

Génesis y ascenso del socialismo chileno

Una antología hasta 1973

Jorge Arrate Mac Niven
Carlos Ruiz Encina
(editores)

Política

CIENCIAS
SOCIALES Y
HUMANAS



Génesis y ascenso del socialismo chileno

Una antología hasta 1973

Jorge Arrate Mac Niven y Carlos Ruiz Encina
(editores)



Política | CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

© **LOM ediciones**

Primera edición, octubre 2020

Impreso en 1000 ejemplares

ISBN: **978-956-00-1291-3**

Todas las publicaciones del área de
Ciencias Sociales y Humanas de LOM ediciones
han sido sometidas a referato externo.

Edición, diseño y diagramación

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Teléfono: (56-2) 2860 68 14

lom@lom.cl | www.lom.cl

Diseño de Colección Estudio Navaja

Tipografía: *Karmina*

Registro N°: 110.020

Impreso en los talleres de LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Impreso en Santiago de Chile

Índice

- [Presentación](#)
- [Introducción](#)
- [Capítulo 1 Una épica: orígenes e influencias en la conformación del socialismo chileno](#)
- [Capítulo 2 La trabajosa configuración del liderazgo socialista en la izquierda chilena: del triunfo del Frente Popular a la constitución de un frente clasista](#)
- [Capítulo 3 Ascenso y desarrollo del proyecto nacional-popular. El liderazgo socialista de la unidad de la izquierda, desde el FRAP a la UP](#)
- [Referencias biográficas](#)

Presentación

Esta es una selección de documentos que constituyen, como un todo, el núcleo central del proceso de formación del pensamiento que constituyó, hasta 1973, el singular ideario del socialismo chileno y sus organizaciones. Como toda selección, los casi cien documentos aquí recogidos fueron elegidos por los autores, únicos responsables del resultado.

Los autores no necesariamente nos identificamos con sus contenidos, y hemos procurado incorporar, dentro de lo posible, visiones diversas.

La mayoría de los documentos han sido fragmentados a fin de aliviar la lectura y mantener el libro dentro de ciertos límites de extensión. Del mismo modo que la selección, la fragmentación es de nuestra exclusiva responsabilidad. Para aquellos que deseen profundizar y leer los textos completos, hemos entregado las referencias de cada escrito.

El trabajo tiene una introducción y tres capítulos. Cada uno está segmentado por pautas de lectura preparadas por nosotros, bajo las cuales se agrupan textos. No hay un estricto orden cronológico, aunque el hilo del tiempo está siempre presente.

Finalmente hay un conjunto de referencias biográficas, concisos apuntes sobre cada uno de los autores que son parte de esta antología.

Agradecemos la valiosa colaboración de Sebastián Caviedes Hamuy en la búsqueda, selección y ordenamiento del material. Debemos también agradecer a bibliotecas y portales digitales que nos permitieron investigar y, en definitiva, acceder a los textos. Muy en especial, agradecemos a la Biblioteca Clodomiro Almeyda, un depósito invalorable de la memoria del socialismo chileno, y a su fundador y director José Balaguer, siempre atento a nuestras consultas. También agradecemos la disposición de LOM, nuestros editores.

JORGE ARRATE MAC NIVEN
CARLOS RUIZ ENCINA
SANTIAGO, JUNIO DE 2020

Introducción

El propósito de este libro es examinar la formación del ideario político socialista chileno mediante un recorrido histórico de su proceso de configuración, entre el decenio de los años veinte hasta el de los setenta del siglo XX. El resultado es una antología de textos representativos de ese transcurso. Es evidente que son muchos más los escritos, discursos, entrevistas, manifiestos o declaraciones que servirían bien al propósito señalado. La selección implica omisiones o preferencias que no siempre lograrán la aprobación unánime de los especialistas o los lectores. El criterio aplicado ha sido, además de la economía de espacio, el significado y/o influencia de los textos y la búsqueda de una suerte de equilibrio global que logre reflejar la riqueza y diversidad de hilos de pensamiento que concurrieron a conformar el acervo ideológico del socialismo chileno en sus diversas expresiones. El examen llega hasta 1973, hito fundamental de la historia de los socialistas y del país. Luego del golpe militar, las bases doctrinarias del socialismo chileno sufrieron conmociones e intentos de reelaboración o recuperación que, pese a su interés e impacto, forman parte de un ciclo distinto y no serán por ahora examinados.

La historia política y social latinoamericana es rica en episodios de lucha y en desarrollos teóricos que, en mayor o menor medida, han dejado huella hasta hoy. Tal es el caso de la Revolución Mexicana, ya centenaria; de las elaboraciones de la Acción Popular Revolucionaria Americana (APRA), que encabezó Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú; o del movimiento «peronista» argentino a partir de la década de los cuarenta. En el ámbito del pensamiento socialista inspirado en el marxismo, hay a lo menos tres expresiones que destacan por su indiscutible originalidad: la línea de pensamiento elaborada por José Carlos Mariátegui en Perú, la elaboración de la teoría de la guerrilla y el «foco», sustentada por Ernesto Guevara desde Cuba e impulsada en Bolivia, y por sus seguidores, en otros países latinoamericanos, y la singular vía no armada al socialismo que encabezó en Chile Salvador Allende. Esta última tuvo inspiración principal en el patrimonio teórico acumulado por los socialistas chilenos.

Revisar esta fuente significa, de algún modo, volver a esa interminable tarea de interrogar al pasado de la única forma en que se debe hacer cuando el horizonte es el de la acción política: desde la compulsión por entender el presente. Dado que se trata, además, de un curso de cosas estrechamente vinculado a los avatares sociales y culturales, económicos y políticos propios del proceso histórico, es entonces un repaso por un camino en donde las formulaciones socialistas se van puliendo y ajustando bajo un agudo curso de transformaciones de la propia realidad, tanto chilena como latinoamericana y mundial, en las décadas señaladas del siglo XX.

Como se sabe —desde hace tiempo insisten en eso los propios historiadores—, el pasado es constantemente revisitado. De ahí que la historia no sea cosa muerta. Cada generación, desde cada nueva realidad, vuelve a revisar el pasado para buscar claves que ayuden a resolver las interrogantes que emanan de la necesidad de comprensión de su propio presente.

Lejos de cualquier pretensión de erudición o exégesis académica, el afán que guía este repaso por la formación del ideario político del socialismo chileno es identificar los procesos, las claves y los dilemas en torno a los cuales se desarrolla su construcción. En ellos ancla sus orígenes y apunta hacia una sociedad chilena que experimenta una brusca transformación social, económica, política y cultural, con su salida del orden oligárquico agrario y su marcha confusa hacia una realidad modificada en la que se intentan fundar disímiles horizontes de modernización. El socialismo chileno surge de cara a los dilemas históricos emergentes y se atreve a ofrecer una alternativa de modernización socialista y popular para esas condiciones nacionales.

Hoy, de un modo que guarda ciertas similitudes con aquel tiempo, la sociedad chilena viene sacudiéndose en distintas formas de una experiencia neoliberal que cubre ya casi medio siglo de nuestra historia. Entonces, las fuerzas políticas de izquierda experimentan las tensiones que significa esa realidad emergente y los idearios políticos se ven exigidos por las disyuntivas que plantea. Claro, la historia no se repite, el presente nunca es calco ni copia de situación pretérita alguna. Pero las experiencias aquí revisitadas y los esfuerzos que cobijan, sus tropiezos y sus desvíos y vueltas al camino, ofrecen claves y estímulos para esta tarea actual; a saber, la de proyectar la superación del neoliberalismo.

Preside este esfuerzo la idea de encontrar elementos críticos para pensar cómo puede ser una izquierda hoy, así como un sujeto popular capaz de erigirse en el protagonista principal de una nueva marcha histórica. En el siglo XX el socialismo chileno lideró, con sus propias vicisitudes y limitaciones, la más grande y relevante articulación de izquierda que haya existido jamás en nuestra historia. En ese complejo proceso hay mucho que hurgar de cara a los desafíos del presente.

El proyecto socialista de transformación de una sociedad chilena que venía saliendo del orden tradicional, oligárquico, marcadamente agrario, fue delineando un curso de modernización que se concibió como estrategia política de lucha, de constitución de fuerzas populares capaces de protagonizar tal cambio histórico. Es allí, como parte de esa estrategia, que se configuran unos horizontes culturales, sociales, económicos y políticos en los que se debaten, con una intensidad que es característica de la experiencia del socialismo chileno, diversas herencias e influencias nacionales e internacionales. Una concepción del individuo, de la libertad, la democracia y el desarrollo, un humanismo socialista, toman forma como partes de una estrategia de transformación de la realidad.

La formación histórica del ideario socialista surge estrechamente vinculada a la vocación política de transformación efectiva. Se trata de un proceso en que se elabora y se discute en función de construir estrategias que son pensadas para transformar las condiciones concretas en que viven chilenas y chilenos. Esta cuestión establece una diferencia temprana con el otro gran partido de la izquierda, el comunista, fuertemente condicionado en sus definiciones, tanto políticas como ideológicas, por su adhesión al movimiento comunista internacional hegemónico por la Unión Soviética. Se trata de una característica que resulta determinante en la construcción del liderazgo con que el PS se proyecta sobre el resto de la heterogénea izquierda chilena, que ya hacia los años sesenta muestra, aparte de la tradición comunista, un arco amplio de organizaciones y sus consiguientes influencias y anclajes en disímiles fuentes ideológicas. Ese apego distintivo del pensamiento socialista a la especificidad irreductible de la realidad nacional, desde la cual se dialoga con distintas experiencias externas, pero siempre desde allí y, puesta la mirada –como se anotó– en función de la elaboración de un proyecto concreto y práctico de transformación, configura una condición que resultará

determinante en la izquierda chilena que se fragua y proyecta hacia la experiencia de gobierno que encabezó Salvador Allende.

También resulta distintivo en los debates estratégicos del socialismo chileno el hecho de que, al contrario de la tendencia que corre en los partidos socialistas y comunistas del siglo XX (en la URSS, en el resto de Europa y también en la mayoría de los países del Tercer Mundo) de cifrar los objetivos del socialismo en cuestiones como el crecimiento económico, el desarrollo tecnológico o la seguridad nacional, compitiendo así con el modelo capitalista liberal, en vez de en la democracia y la libertad, en el caso del socialismo chileno sí hubo espacio para formular los fundamentos de una visión política distinta, preocupada del humanismo, la democracia social, la soberanía política y la independencia económica. De tal modo, si durante gran parte del siglo XX el socialismo tiende a hacerse sinónimo de desarrollo y deviene más un medio para llegar a este último que en un fin en sí mismo – como dijera Hobsbawm–, el ideario del socialismo chileno se constituye desde un lugar donde se cuestiona esta perspectiva.

En este mismo sentido, el socialismo chileno ostenta una especificidad histórica en la formación de una cultura política que adquiere una influencia enorme en las luchas populares que se desatan en la sociedad chilena de la etapa postoligárquica. En efecto, la historia del Chile del siglo XX parece marcada por una tendencia a relevar la institucionalidad, los valores de la República e, inclusive, cierta serenidad política que se contraponen a lo vivido en otras partes de América Latina y el mundo. El fenómeno se debe, en buena medida, no solo a una socorrida tendencia natural de nuestras élites a preferir las instituciones, sino también al hecho de que el socialismo chileno fue capaz de concebir tales horizontes y de movilizar fuerzas sociales en varias de las coyunturas más determinantes de la etapa post-oligárquica y de imprimirles un sentido más democrático en el curso mismo de los hechos.

Ese sentido de urgencia permanente, que se percibe desde la fundación del PS, es lo que parece marcar la trayectoria del socialismo chileno y de la cultura política que impulsa, con la particularidad de que, además, fue capaz de imaginar en plazos más largos un proyecto de izquierda. Esa sugerente articulación con los tiempos erráticos de la historia de la política chilena del siglo XX es reflejo de la capacidad de apropiación de las condiciones históricas de su tiempo, y explica también los propios vaivenes y las

contradicciones que cruzan al socialismo chileno: a diferencia de la forma endogámica de enfrentar las tensiones internas, tan característica de las construcciones burocráticas, las fracturas y recomposiciones socialistas, sus apuestas, triunfos y fracasos, están íntimamente relacionados con las tensiones que ocurren en la sociedad, que se viven intensa y hasta desgarradoramente en su propio interior. De ahí la característica imbricación de las organizaciones socialistas, a lo largo de esta etapa, con las fuerzas sociales que se movilizan.

Este es un libro elaborado desde fuera del Partido Socialista. El socialismo chileno es más que su orgánica legalizada: es una cultura de nuestra izquierda que va más allá de sus afiliaciones formales actuales. Esa cultura, que no es sino la capacidad distintiva de apropiarse de las condiciones de cada época histórica e insertarse en sus contradicciones con la radicalidad necesaria para hacerlas madurar, está en la actualidad desdibujada. El cambio vertiginoso ha dejado atrás formas anteriores de hacer y organizar la política y ha puesto en cuestión la capacidad de los partidos para orientar el proceso social según sus objetivos. A partir del derrumbe del bloque soviético en 1989 y del repliegue defensivo de la socialdemocracia europea, los proyectos de izquierda se han reducido a meros programas de gobierno, cuando no a simples orientaciones para ganar elecciones y ejercer el poder estatal. Estos son, sin duda, elementos a considerar al analizar la realidad chilena. Sin embargo, factores nacionales como la timidez de una transición a una democracia que terminó siendo restringida e incompleta, la tendencia de la principal organización socialista a convertirse en un instrumento de grupos sectarios asociados para beneficiarse electoral y financieramente, el irresponsable proceso de desvinculación de las instancias políticas con sus bases sociales organizadas, entre otros elementos, intensificaron, en el caso de Chile, la crisis del socialismo y sus organizaciones. Ya nadie la discute. Más aún cuando el levantamiento popular del 18 de octubre de 2019 ha dejado más en evidencia las carencias políticas de todos los sectores, entre ellos la izquierda chilena en su conjunto, e impone con urgencia el desafío de dar nueva vida a un movimiento popular que active los sujetos tradicionales, hoy transformados, y potencie los surgidos en las últimas décadas, y de construir un cauce compartido para potenciar su flujo. Es preciso definir con urgencia un qué

hacer que, paradójicamente, será, lo más seguro, de lenta y trabajosa ejecución.

La urgencia exige ser impacientes e impone un tiempo: ahora. El horizonte, uno diría, parece lejano y la única forma de aproximarse es emprender un camino escarpado cuyo derrotero desconocemos. Por eso, la tarea por cumplir es uno de esos desafíos que nunca han esquivado los socialistas.

Capítulo 1

Una épica: orígenes e influencias en la conformación del socialismo chileno

El socialismo chileno, resuelto detractor de la doctrina liberal, recoge, sin embargo, ideas de pensadores de izquierda y del liberalismo progresista de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, y realiza una recuperación crítica y original de las tradiciones locales del republicanismo y el laicismo. Uno de sus aportes más destacados y distintivos es la formulación acerca de la necesidad de ensanchar, hacia una nueva y más amplia noción de pueblo, las bases sociales comprometidas en las luchas por una radical transformación política, social y económica. De esta manera se afirma en la constitución del socialismo chileno –como ideario y como proyecto político diferente al clásico socialismo europeo o a los socialismos atlánticos de América del Sur– el propósito de superar las limitaciones del liberalismo, incapaz de emancipar a Chile del dominio oligárquico y liberarlo de la sujeción imperialista, condiciones necesarias para avizorar la posibilidad del desarrollo. Surge, entonces, una crítica propiamente socialista a la sociedad oligárquica, distinta a la del «liberalismo balmacedista», cuyo portador será una clase trabajadora que crece pujante y belicosa.

Julio César Jobet, *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad (un socialista utopista chileno)* (Santiago: Imprenta Cultura, 1942), 169-205.

(Fragmentos)

Santiago Arcos conocía ampliamente las doctrinas de los diversos socialistas utopistas franceses y había presenciado los movimientos populares que se gestaban en el seno de la sociedad francesa de fines de la segunda mitad del siglo XIX, orientados por dichas teorías. Era, pues, un

ardiente adepto de las ideas democráticas y socialistas y un partidario fervoroso de su establecimiento por medio de la lucha del elemento popular, que era afectado por la miseria e injusticia existentes. Era un convencido reformador y para esa época un franco revolucionario.

Si en verdad los conservadores afirmaban que las ideas de Arcos eran disolventes, puesto que planteaba la necesidad de repartir las tierras como medida fundamental para transformar la sociedad feudal de ese entonces y hacerla progresar efectivamente hacia una verdadera democracia económica e igualitaria, no era menos cierto que los métodos propiciados por Arcos para hacerla realidad eran hasta cierto punto pacíficos y normales, aunque en último trance aceptaba y propiciaba la revolución como camino último para conseguir sus fines.

¿Quién no aplaudirá, Bilbao, nuestra obra, quiénes serán los que nos apelliden revoltosos, desorganizadores? Nadie, amigo mío, tenemos a nuestro favor la conciencia de todo hombre que piensa –nuestros fines son puros, desinteresados, honrosos–, nuestros medios son justos y morales. Si más tarde le hablo de expropiaciones necesarias a la transformación del país, al cambio de condición de la mayoría de los ciudadanos, también le hablaré de un equivalente que la República dará al expropiado, nosotros no queremos venganzas, a nadie queremos castigar. ¡Ojalá, como se lo he oído decir, pueda el manto de la República cobijar a todos y dar amparo a sus más encarnizados enemigos!».

(...)

Arcos era perfectamente consecuente en su análisis penetrante de las causas de los males que afligían al país y en las soluciones que propugnaba para ponerles fin. Su tesis esencial afirmaba que la pobreza de las clases trabajadoras era el peor mal de Chile y ella se originaba por el injusto sistema de propiedad establecido a raíz de la conquista. De ahí que luchaba por la inmediata repatriación de la propiedad territorial como la única y decisiva medida para aliviar las condiciones de vida de las grandes masas laboriosas y la sola base seria y posible de una democracia social y política.

Arcos, fundamentalmente, era un discípulo de los socialistas utopistas del siglo XIX, antes que de los filósofos racionalistas del siglo XVIII, pensadores avanzados y radicales como representantes de los intereses de los sectores proletarios, cuyas miserias se habían agudizado a consecuencia del desarrollo del capitalismo industrial. Arcos daba más importancia a las ideas económicas y políticas que a las filosóficas, y por ello su concepción estima decisiva la solución de los problemas económicos del país, puesto que una vez conseguido esto, se podría lograr un cambio profundo y permanente en las instituciones políticas.

(...)

El hecho sólo de enfocar la realidad nacional a la luz de los principios socialistas era en sí una manera original de tratar de ver nuestros asuntos. Pero lo fundamental es que Arcos, en forma novedosa, enfoca todo el proceso histórico chileno demostrando que la causa última y generadora de todos los males era la injusta distribución de la propiedad, la que diera forma a una estructura social basada en clases sociales antagónicas y a instituciones políticas al servicio de una de esas clases: la aristocracia dueña de la tierra y de toda la riqueza, mientras las masas laboriosas debían permanecer en la explotación y sin ninguna participación en la vida política. Mientras no se modificara substancialmente el régimen de la tierra no podría haber ni justicia social ni libertad, ni verdadera cultura.

(...)

El error de los liberales radicaba en su creencia de poder instaurar un sistema democrático, es decir, de realizar una reforma política amplia, con sólo corregir las líneas del derecho público por medio de leyes adecuadas. Olvidaban que las leyes nuevas tienen que ser la expresión de una realidad económico-social renovada para que puedan tener validez y eficacia. Caían en el mismo error de todos los anteriores reformadores que se limitaron a establecer la igualdad ante la ley en el papel, pero en la práctica existía la más irritante desigualdad económica, que engendraba inmediatamente perjudiciales injusticias sociales y políticas.

Arcos vio con toda claridad que las instituciones políticas, el derecho público, eran derivaciones, manifestaciones, de la estructura económica, la que era preciso modificar en forma radical para lograr la reforma política. Toda transformación política que no se realizara como consecuencia de una profunda modificación de la estructura económicosocial era una quimera.

Raúl Ampuero, «Ensayo sobre Balmaceda», *Consigna*, 44, Santiago, febrero 1940, 2.

(Fragmentos)

En Balmaceda obraba más el instinto del creador que una doctrina impresa. No todos los cánones de su doctrina estaban asentados en leyes escritas. No todos sus vigorosos pensamientos han quedado coleccionados o pueden conocerse con la integridad del epistolario portaliano.

(...)

Hubo rasgos definidos en Balmaceda. Uno de los que más lo ha ligado a la posteridad fue su elevación de la clase media. Ello le ha sido enrostrado por las plumas de los conservadores que niegan el fuego y la sal a todos los que no pertenecen a su cerrado y cerril clan ultramontano.

(...)

Para comprender perfectamente a Balmaceda es preciso invertir los valores y juicios imperantes en una historia política que sólo ha roturado la corteza de los hechos y no ha dominado la esencia recóndita de ellos.

Balmaceda presintió, por intuición genial, la idea de una democracia económica y para fundamentarla patrocinó dos grandes cosas: el Banco del Estado, germen de las modernas ideologías socialistas; y la entrega al Estado de las riquezas salitreras.

Ello determinó la coalición de los más poderosos grupos financieros y su alianza con los grupos políticos tradicionales que consideraban amagadas sus situaciones de privilegio.

(...)

Pero el predominio del parlamentarismo, que se impuso con la caída de Balmaceda, significó el traspaso de la autoridad como la entendían Portales, Montt o el presidente suicida al gobierno irresponsable de las mayorías parlamentarias y de los tornadizos grupos politiqueros de Santiago.

(...)

Balmaceda comprendió que debía conservar el espíritu presidencialista al que se volvió nuevamente con la reforma constitucional de 1925. Pero Balmaceda no tenía el sentido limitado del presidencialismo que poseían otros presidentes americanos y no quería, por otra parte, continuar, sin reformarlo, el viejo espíritu pelucón impuesto a sangre y fuego por Portales y fortalecido entre estados de sitio y facultades extraordinarias por el creador Presidente don Manuel Montt.

(...)

Pero en Balmaceda el concepto de la libertad no se cimentó simplemente en la abstracción romántica de los teóricos. Quiso hacerla compatible con la verdadera libertad que es la económica. Este es su drama y el secreto de su caída. La libertad era algo abstracto que se colocaba en las boletas electorales, o sea, en las llamadas calificaciones que se fabricaban y compraban por los dueños de la tierra y del capital. Y esta libertad era, por otra parte, teórica y no real porque el pueblo apenas intervenía en la elección de los Presidentes de la República y mucho menos en la de los senadores o diputados.

Los Presidentes eran elegidos por los propios Presidentes. La sucesión del poder se determinaba hasta 1891 en La Moneda. Desde 1891 hasta hoy, con concepciones calificadas, se ha determinado en el Club de la Unión, arca

santa de la oligarquía y segunda casa de gobierno en que los intereses y los contubernios han decidido los destinos de este país.

Eugenio González, «La crisis chilena (1952)», en *Eugenio González Rojas. Pensamiento vigente: disjecta membra*, comp. Hernán Contreras Molina (Santiago: Pequeño Dios Editores, 2011), 81-99.

(Fragmentos)

Otro, sería, en cambio, nuestro deseo: que surgiera, dignificando nuestra vida pública, un hombre realmente señero como don José Manuel Balmaceda, personalidad por donde se le mire superior a su medio y a su tiempo, en la que armoniosamente se conciliaron las altas dotes del talento y del carácter, la amplia visión del estadista de rango y la recia voluntad de un constructor apasionado en el servicio de su pueblo. Fecunda como pocas su actividad política y, sin exageración puede decirse, inigualado entre nosotros el noble estilo que se trasunta, con impresionante coherencia, en sus actitudes y en sus palabras, tanto en el ejercicio del poder como en las vísperas de su sacrificio, en su vida y en su muerte. Sería irrespeto inexcusable compararlo –aunque fuera en ocasionales desbordes de la gratitud partidaria– con cualquiera que confunda la energía del hombre de Estado con los arrestos del personalismo.

Los socialistas miramos hacia la tradición, pero con inquietud el futuro. Nos sentimos solidarios del pasado nacional, tanto por efectivo ligamen como por comprensión histórica. Otros partidos lucharon antes que el nuestro por las libertades políticas, se esforzaron por modernizar nuestras instituciones civiles y aun propiciaron reformas sociales. Reconocemos la obra realizada, pero queremos realizar también la nuestra. Como Partido Socialista Popular tenemos los objetivos lejanos que ya he señalado y los objetivos inmediatos que sumariamente indicaré; los primeros definen nuestra oposición revolucionaria al régimen económico social existente; los

segundos, nuestra oposición democrática al actual Gobierno de la República».

Salvador Allende, «Los socialistas somos profundamente patriotas» (discurso en el Senado de la República, 4 de diciembre de 1956), en *Archivo Salvador Allende*, vol. 6, El Partido Socialista de Chile. Socialismo y nación, comp. Alejandro Witker (México: Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, 1990), 77-80.

(Fragmentos)

Soy socialista; y debo declarar, como ya lo hizo el Honorable señor Rettig, que jamás nosotros, ni siquiera en los momentos más apasionados de nuestros debates, hemos desconocido que, en el proceso y en la evolución social de Chile, intervinieron diversas fuerzas y partidos de los cuales nos separa una gran distancia en la concepción de los hechos económicos y sociales, pero que reconocemos que trabajaron por engrandecer la patria. Negar que los llamados ‘viejos partidos’, en su época y hora, contribuyeron al progreso de Chile, es absurdo. Y pedir a los hombres de esa época y de esa hora que tuvieran una mentalidad como la nuestra sería también absurdo.

Todos sabemos que, cuando se generaliza, se cae en tremendos errores. Hubo hombres del Partido Liberal que, indiscutiblemente, lucharon con un gran sentido de progreso que nosotros apreciamos. Y dentro de esos grupos políticos ha habido ciudadanos a quienes el ancho y generoso corazón del pueblo recuerda y recordará. Uno de ellos es el Presidente Balmaceda. Sin embargo, pocos hombres, a lo largo de nuestra historia pública, han sido más vilipendiados, combatidos y más deshonestamente atacados que Balmaceda. ¿Y por quiénes? ¿Y por gente de izquierda? No, señor Presidente, ¡por personeros de la derecha! ¡Por los que defendían sus

privilegios; por quienes, con un sentido pequeño de nuestro destino económico, estaban entregados al imperialismo inglés y defendían las granjerías del salitre; es decir, ¡por los capataces de ese imperialismo! Y nada los detuvo, absolutamente nada; ni el ataque artero ni la calumnia soez, que alcanzaba a lo íntimo de una vida digna en su propio origen.

«Por eso nosotros hemos reivindicado a Balmaceda, por su estatura de gobernante que, con visión de futuro, miró por sobre las fronteras de la patria, más allá de lo transitorio y lo pequeño, para calar hondo en nuestras perspectivas. Entendió que éramos capaces de ser los artífices de nuestro futuro, en función precisamente de defender para Chile las fuentes básicas de nuestras riquezas naturales.

Muchas veces hemos discrepado de otro hombre que comprendió que las mareas de la historia, que la pujanza de las masas, que el dolor del pueblo, debe encontrar su cauce. Todos, quizás sentimentalmente, en un momento de la vida fuimos partidarios de Alessandri. Después muchos de nosotros combatimos al gobernante, sin dejar de reconocer lo que Alessandri aportó al proceso social chileno y lo que significa en la historia nacional.

Pocos estadistas han sido más vilipendiados que Alessandri por un sector de los partidos de Derecha.

¡Y para qué recordar el lenguaje claro, a veces un tanto recargado, con que el Presidente Alessandri se refería a la ‘canalla dorada’. A lo mejor, todavía transita por aquí alguien que pudiera sentirse aludido por la gráfica y elocuente definición del Presidente Alessandri.

Es decir, las mayores figuras del liberalismo, los que mejor interpretaron el ansia y la angustia populares, fueron implacablemente combatidos por los grupos más influyentes de la Derecha. Se usaron contra ellos todos los medios, hasta la conspiración.

(...)

Nosotros, señores Senadores liberales, con legítima satisfacción tenemos también el derecho a proclamarnos profundamente patriotas; pero tenemos

un sentido distinto de sus señorías acerca de lo que es patria, y no aceptamos, en absoluto, que senador o político alguno se sienta albacea o depositario exclusivo del patriotismo.

Dentro del ángulo y la firmeza de nuestras ideas, nosotros conceptuamos antipatriotas y calificamos con dureza a quienes actúan entregando el cobre, el salitre, el petróleo o el uranio, en la creencia de que nuestra condición de pueblo en desarrollo nos obliga a someternos más y más a la prepotencia del imperialismo financiero, el cual, por lo demás, siempre trae aparejado el sometimiento político. Nunca, jamás hemos dejado de decir que no aceptamos ningún tipo de imperialismo y que no somos colonos mentales de ninguna tendencia foránea. Y si hay algo respetable, es nuestra firmeza para defender lo que nosotros entendemos por libertad y autodeterminación y soberanía de los pueblos; porque, desde estos bancos –no ahora, sino siempre–, hemos protestado por las ignominiosas dictaduras del Caribe y las diversas satrapías que des gobiernan a los pueblos de la América Latina; porque desde aquí hemos reclamado de ustedes, viajeros también, que digan su palabra de verdad frente a España, mancillada por la sangrienta dictadura de Franco, pues muchos de ustedes han ido a ese país, como yo estuve en Moscú, de lo cual no me arrepiento. Con la diferencia de que, a mi regreso, no vine al Senado a decir que el régimen soviético era un paraíso; sostuve que no era un paraíso ni un infierno; que era un régimen social distinto; que para nosotros éste era diferente y difícil de comprender; que toda transformación social implicaba errores que se van desfigurando o desdibujando a medida que el tiempo pasa, y que la historia comprueba hechos que se deben preterir, porque si juzgábamos la Revolución Francesa tan sólo por lo que significó la guillotina, ninguno de nosotros estaría sentado aquí. Por eso damos a los hechos sociales el valor real que ellos tienen y los perfiles que proyectan en sus verdaderas dimensiones. Negar lo que significó la Revolución Francesa y la transformación del Estado feudal y el avance de la burguesía, es absurdo. Negar lo que ha significado la Revolución de Octubre en muchos aspectos, también es absurdo, como lo sería magnificar todo lo hecho en esa revolución o creer que todo lo que hicieron sus dirigentes fue acertado.

Julio César Jobet, «El nacionalismo creador de José Manuel Balmaceda», *Arauco*, 32, Santiago, septiembre 1962, s/n.

(Fragmentos)

En resumen, Balmaceda atendió con especial interés el progreso industrial y el fomento de la educación. Comprendió que la misión de un estadista chileno, en ese instante histórico, consistía en invertir las entradas provenientes del salitre en estructurar una nueva economía industrial y extender un sistema educacional humanista y técnico.

(...)

Toda su labor obedeció a un pensamiento unitario y aunque liberal sincero en su formación doctrinaria y en su posición política. En el plano económico-social postuló con firmeza la intervención del Estado para lograr el desarrollo amplio, profundo y homogéneo de la realidad nacional.

(...)

Los elementos afectados por las ideas y actividades de Balmaceda, y concretamente por sus primeras medidas prácticas en correspondencia con ellas, reaccionaron en forma violenta, coaligándose en contra del gran Presidente y de su patriótica gestión.

(...)

Sin duda fue de cierta importancia el factor político en el desencadenamiento de la guerra civil; efectivamente existía en el seno de la minoría culta la creencia en la superioridad del régimen parlamentario frente al autoritarismo presidencialista, pero no es el único fundamental como pretenden los historiadores anti-balmacedistas anhelosos de justificar la absurda guerra civil y de ocultar la participación decisiva, y desdolorosa para los congresistas, del capital internacional, con su fuerte ayuda

financiera directa, en los preparativos de la insurrección y en el control de la prensa, y, a continuación, su fuerte presión material y diplomática en el curso de la contienda.

La aristocracia veía en el sistema parlamentario el medio propicio para imponer su predominio y avasallar al Ejecutivo fuerte, eliminando el presidencialismo. Con este régimen, personalidades recias y batalladoras como las de Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda contenían a la oligarquía, cercenaban sus privilegios y «abrían camino a las nuevas fuerzas sociales.

(...)

Sin embargo, en el fondo de aquella bandera ideológica, se ocultaban causas más hondas y determinantes: el ataque enconado a la actitud de Balmaceda de rechazo absoluto a la gestión de la plutocracia nacional y del capitalismo internacional, fuertemente aliados en vista a tomar el control del gobierno; las maniobras de North y de los magnates ingleses para romper la altiva defensa de las riquezas del país de parte de Balmaceda, y desprestigiar su intento de nacionalización de la industria salitrera y los ferrocarriles; la oposición violenta de los sectores latifundistas, bancarios y grandes comerciantes a los insistentes proyectos destinados a poner término a la desvalorización monetaria que beneficiaba a los propietarios de fundos hipotecados, a los exportadores y a los consorcios extranjeros, y a su política crediticia orientada a crear un Banco del Estado e impedir las especulaciones usurarias de los bancos particulares.

(...)

Balmaceda afrontó casi solitario la trascendental crisis, con la única adhesión del ejército regular, el cual luchó valerosamente, pero sin jefes de calidad. Tal vez el error de Balmaceda consistió en no formar un partido popular democrático abriéndole los ojos al pueblo sobre su responsabilidad en la obra emprendida; señalándole con franqueza quiénes eran sus enemigos y sus explotadores, y cuáles sus verdaderos servidores. Debía formular un claro programa político de defensa del patrimonio nacional,

indicando al país entero el peligro que lo amenazaba. No desenmascaró el plan de ataque de la reacción, sus apetitos e intereses de clase ocultos tras la bandera de la «libertad electoral» y el parlamentarismo. No planteó su pugna con el Congreso y los elementos foráneos en el seno de las masas. Por eso quedó aislado, sin apoyo popular.

(...)

En el enfoque de los problemas económicos nacionales y en el intento de resolverlos, Balmaceda se adelantó medio siglo. Fue incomprendido en su inmensa empresa; a menudo luchó solitario y, finalmente, cayó vencido».

Adonis Sepúlveda, «PS: vanguardia del pueblo chileno» (discurso en el 40° aniversario del PS, Santiago, abril de 1973), *Boletín de Información del Secretariado Exterior*, Berlín, abril 1975, 5-6.

(Fragmentos)

Esos conductores y esos grupos que se tomaron el poder el 4 de junio pagaron su audacia genial con carcelazos y deportaciones, pero serían los pilares del futuro Partido Socialista. El día 19 de abril de 1933, sólo a meses del 4 de junio, se produce la cristalización de esa profunda necesidad social: organizar un instrumento revolucionario de liberación de los trabajadores, enraizado en la tradición de luchas del pueblo chileno.

Esta nueva organización revolucionaria que desde su fundación se desarrolla vertiginosamente, a poco andar recibe el aporte político e ideológico de uno de los sectores en que estaba dividido el Partido Comunista, que ingresa con todos sus cuadros y con plenitud de derechos al Partido Socialista. Así entronca el Partido Socialista con las viejas raíces del movimiento obrero de Chile.

Por eso, con orgullo podemos decir que en nuestras filas vivieron e hicieron gran parte de su vida política muchos fundadores del Partido Obrero Socialista, incluida la gran mayoría de sus dirigentes máximos. De los siete miembros que constituyen el primer Comité Central del POS elegido en 1915, incluido su primer secretario general, cinco de ellos llegaron a nuestras filas y murieron en nuestras filas. Con orgullo histórico recordamos que Ramón Sepúlveda Leal fue el primer secretario general del Partido Obrero Socialista y que cuando éste se transformó en Partido Comunista, también fue su primer secretario general por algunos años; este obrero zapatero continuó sus luchas en nuestro partido hasta su muerte.

Podemos mencionar también a otros dirigentes cuyos nombres van desapareciendo injustamente en la historia. El obrero Onofre González, tesorero en el primer Comité Central del POS; el zapatero Manuel Leiva Veas, Manuel Hidalgo Plaza y el sastre Benjamín Rojas...Cientos de obreros que hicieron sus inicios en el POS llegaron por muchos otros conductos a nuestras filas. Destaquemos sólo el hecho de que los miembros de este Partido Socialista Chileno de Magallanes, que hemos mencionado, llegaron todos a la fundación del Partido Socialista e hicieron de esa zona un baluarte del socialismo.

(...)

Hemos hecho esta puntualización para establecer las raíces históricas que alimentan a nuestro partido. Pero queremos que esto no sólo sirva como clarificación histórica, sino que, además, permita superar viejas querellas: para que los hechos que ayer fueron puntos de discordias, después del transcurso de muchos combates comunes, se conviertan en elementos de concordancia y unidad.

En las relaciones entre socialistas y comunistas ha afectado en distintas etapas este fluir de socialistas hacia el Partido Comunista y de comunistas hacia el Partido Socialista. Y en esta materia se escribe la historia con rencor. Nosotros decimos en este Cuarenta aniversario: seamos generosos para juzgar a los hombres, midámoslos con una vara más amplia que el simple estatuto. Que los revolucionarios que de una tienda saltaron a la otra

en una etapa política superada, sirvan para exaltar una raíz común que debe permitirnos hoy día un accionar también común cada vez más sólido y duradero.

Federico Klein, «Por qué queremos un Partido Socialista», *La Verdad*, 1, Santiago, septiembre 1931, 1.

(Fragmentos)

El socialismo como doctrina que trata de dar a todos los individuos provechosos a la sociedad, cierta condición de vida, conforme al progreso económico, moral y mental de nuestra época, elevando el nivel del pobre e indigente y rebajando el de la burguesía capitalista explotadora, hace obra decididamente anárquica contra el egoísmo sórdido y la burda ambición de determinados grupos sociales.

(...)

Ya no es el socialismo ese monstruo con que se espantaba a los ciudadanos timoratos, sino que es un fertilísimo campo del pensamiento y de la actividad político-social contemporáneos, en el que piensa, la juventud estudiantil, las masas obreras y los intelectuales, sembrar y cosechar los más hermosos frutos para el progreso y la felicidad humanas.

Dividir la propiedad rural y urbana, conceder su explotación al que teniendo aptitudes para el trabajo sufre privaciones; dar participación al obrero y empleado en las ganancias de las industrias y el comercio; negar a las lombrices intestinales extranjeras el quilo de nuestras desfallecidas entrañas; conceder a todos la posibilidad de educarse en colegios laicos y elevar al verdadero talento cualquiera que sea su origen; hacer imperar la organización gremial y la cooperativa para excluir a intermediarios rapaces; todo esto y mucho más, no significa arrebatar, pues se le arrebata a uno y se le da a mil; no se llama desgobernar, pues se anarquiza a uno y se gobiernan

innumerables; no equivale a desposeer, pues por el contrario, socialismo significa ante todo poseer; poseer dignidad, justicia e igualdad. Quien no quiera que la humanidad llegue a estos atributos, quien ampare la inicua diferencia de clases y propicia el imperio de la injusticia y la explotación sanguinaria; sólo ese puede llamarse anarquista; únicamente él es desquiciador del verdadero orden social.

Estas esclarecidas y poderosas causas son las que nos han movido a formar un partido socialista que en poco tiempo más ha de guiar la maltrecha nave nacional a puerto seguro y a refugio cierto.

Óscar Waiss, «La República Socialista. Dos rectificaciones (1978)», en *La República Socialista del 4 de junio de 1932*, 2a ed., comp. Luis Cruz Salas (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2012), 103-105.

(Fragmentos)

El Grupo Avance fue fundado, como grupo de estudiantes e intelectuales de izquierda a comienzos de 1931, por trece estudiantes universitarios, entre los que se contaban estalinistas, trotskistas y otros que no militaban en partido alguno. Fue característico, desde el día mismo de su fundación, un amplio y recio debate interno, en que participaron estalinistas de esa época como Tomás Chadwick, Enrique Sepúlveda, Bernardino Vila, Raúl Vicencio, Roberto Alvarado y otros, trotskistas como Manuel Contreras Moroso, Adrián Pierry, Luis Ernesto Muñoz, Luis Herrera y yo mismo, como también izquierdistas propiamente tales como Salvador Allende, Astolfo Tapia Moore, Federico Klein, Juan Bautista Picasso y muchos más.

No se trataba pues de un grupo de universitarios del Partido Comunista como solía presentarlo la prensa burguesa, para lo cual no había gradaciones ideológicas y los comunistas estaban en minoría, lo que se agudizó aún más cuando, a mediados de 1932, una gran parte de los

militantes de ese partido adoptó las posiciones del trotskismo, entre ellos el jefe de la Fracción Comunista, Tomás Chadwick, y compañeros de tanto prestigio como Enrique Sepúlveda, Raúl Vicencio y otros, razón que llevó a la disolución del grupo en 1933 y su sustitución por el Grupo Vanguardia.

En cuanto al CROC, hubo en él evidentemente una gran mayoría comunista y fue organizado por el propio Partido Comunista, siendo secretario general Carlos Contreras Labarca, allí se dejó dos lugares para los elementos no comunistas y fueron ocupados por el obrero de la construcción Pablo López y por mí, como estudiante, usando el pseudónimo de Jorge Norte.

No fue, por supuesto, idéntica la actitud del Partido Comunista oficial (laffertistas) que la del Partido Comunista disidente (hidalguistas), que el año 1933 pasó a denominarse Izquierda Comunista; el PC oficial, efectivamente motejó como «fascistas» a los líderes de la revolución del 4 de junio, siguiendo la línea del «Tercer Período» de la Internacional Comunista, pero el PC disidente apoyó críticamente al movimiento de Grove y Matte, pidió armas para el pueblo desde la primera hora y luego, cuando Grove fue candidato a la Presidencia de la República, lo apoya pública y entusiastamente.

Concurrí junto a Pablo López, Manuel Hidalgo y Roberto Pinto a La Moneda a exigir la entrega de armas a los trabajadores, y el compañero Marmaduke Grove nos dijo, con su ingenuidad singular, que no era necesario pues ‘los militares me han dado su palabra’.

(...)

Esta rectificación me parece indispensable ya que no es lógico adjudicarle al Partido Comunista la gestación de todas las situaciones, sin que corresponda a la verdad histórica. Ustedes deben comprender que si en el Grupo Avance participábamos, y éramos dirigentes, universitarios como Salvador Allende, Astolfo Tapia, Manuel Contreras, Luis Ernesto Muñoz, Juan Bautista Picasso, Federico Klein o yo, no puedo hablar de que se trataba de un grupo de estudiantes del Partido Comunista.

La temprana formulación de una idea de pueblo amplia y heterogénea, como

base de sustentación de una política antioligárquica y antiimperialista, difiere de otras tradiciones y proyectos de izquierda focalizados en segmentos populares específicos (clase obrera, campesinos, marginalidad urbana, pobreza) y lo distingue desde sus inicios dentro del ámbito de las corrientes emancipatorias. El socialismo chileno define al sujeto histórico como los «trabajadores manuales e intelectuales» y, al hacerlo, afirma como ideal una democracia antioligárquica que apela a una tradición democrática del pueblo. Desde una perspectiva marxista, ampara diversas interpretaciones sobre el socialismo –un ideal genérico anclado en los principios democráticos de las revoluciones europeas y americanas– basadas en los conceptos de libertad política, igualdad social, soberanía popular y justicia económica. Con una perspectiva clasista, que asume un antagonismo general entre los débiles y pobres y los poderosos y privilegiados, adopta concepciones doctrinarias no dogmáticas y hasta cierto punto elásticas, que se acoplan a sus definiciones sobre el carácter social del sujeto de las luchas por los cambios. Aunque afirma la primacía de la clase obrera, no reduce al proletariado a la condición exclusiva de clase revolucionaria, sino que abarca, además, a sectores medios de empleados, pequeños industriales y comerciantes, y al campesinado que conforman pequeños propietarios agrícolas, inquilinos, medieros y peones. Este grado de amplitud en la concepción social y política recoge todo un arco de las tradiciones de lucha desde los inicios de la República y su posterior desarrollo en grupos igualitarios, sociedades de resistencia, mutuales, mancomunales, pequeños partidos populares, agrupaciones sindicales, periódicos y revistas de oposición, y grandes movimientos de masas que se organizan tras reivindicaciones económicas o alianzas políticas aún más heterogéneas con programas democráticos. El socialismo chileno se proyecta, entonces, como alternativa social, política, cultural y moral a los ideales y a las prácticas oligárquicas, aristocráticas y clericales. Su perspectiva anticapitalista comporta una especificidad irreductible: la intransigente contraposición a la explotación y a la búsqueda del lucro como motor del progreso. Desde esa condición, postula el reemplazo del capitalismo por un régimen socialista de colectivización de los medios de producción, que libere a los trabajadores y los organice con fines sociales compartidos e incorpore al pequeño productor. Su orientación antimperialista se vincula a la necesidad de soberanía, que advierte como requisito ineludible para emprender las tareas que exige el desarrollo. En la coyuntura histórica de la década de los

treinta, signada en el mundo por el terrorismo anti obrero y el belicismo, el socialismo chileno rechaza el chovinismo nacionalista y militarista y enfrenta sin vacilaciones al fascismo criollo.

Carlos Charlin, *Del Avión Rojo a la República Socialista* (Santiago: Quimantú, 1972), 867-870.

(Fragmentos)

El tema que luego embargó la total atención de los prisioneros políticos en las tertulias nocturnas de la isla de Pascua fue el problema de haber carecido la República Socialista de un poderoso partido de la clase obrera que le apoyara y colaborara en el Gobierno. Matte creía que Chile estaba maduro para tener un poderoso Partido Socialista que mediante la dialéctica marxista interpretara la realidad chilena y propusiera soluciones que dieran verdadero bienestar a los proletarios. Estuvo de acuerdo con Grove en que la masa obrera que seguía al Partido Comunista era abnegada, disciplinada y de una actividad encomiable, pero sus reacciones siempre estaban más subordinadas a la realidad internacional que a las necesidades nacionales. Los dirigentes comunistas eran hombres extraordinariamente capacitados, pero no podían actuar sin que se les diera la línea internacional respectiva y estas 'líneas', muchas veces contradictorias, tardaban en llegar cuando era urgente adoptar una posición chilena realista. Un Partido Socialista chileno, con una doctrina marxista, con un programa absolutamente nacional, sin sujeción a la autoridad de ninguna internacional, estaba indicado para realizar la conquista del poder político, económico y social para la gran masa proletaria.

No se discutió la existencia de un nuevo partido obrero como un competidor al Partido Comunista, porque, según explicaba Matte, este tendría siempre un crecimiento muy limitado por la ortodoxia que le obligaba a una exagerada selección de los militantes y a las dificultades que tendrían los obreros para someterse a las rígidas disciplinas, tan contrarias a la idiosincrasia esencialmente libertaria del pueblo chileno. En cambio,

dando elasticidad a las bases de un Partido Socialista sería asequible a la gran mayoría que necesitaba de una corriente ideológica que interpretara y defendiera sus anhelos y necesidades de mayor bienestar, con salarios justos, y que correspondieran a la calidad técnica de la mano de obra, con un verdadero control sobre las medidas legislativas de una auténtica previsión social

(...)

Los argumentos de Matte, Grove y los otros prisioneros daban a las tertulias un extraordinario valor. Olvidaban que estábamos prisioneros en una isla a millares de kilómetros de la civilización. Nadie se acordaba del régimen carcelario a que estaban sometidos y sólo se concentraba la atención hacia la forma de hacer realidad mañana lo que el destino planteaba como tema en aquellos trágicos días. Eugenio Matte opinaba que el Partido Socialista debía ser exclusivamente de Chile, para los chilenos y con los chilenos. Con ello quería explicar la absoluta libertad en el plano internacional y una tendencia hacia soluciones nacionales, al margen de otros intereses foráneos. Explicaba una organización piramidal sobre la base de pequeños núcleos como las células comunistas, pero a diferencia de estas existiría una absoluta democracia para la designación de los integrantes de los núcleos y los jefes de estos núcleos, debiendo corresponder más por residencia que por actividades. Con ello se pretendía diversificar al máximo las estructuras básicas, donde estuvieran en cada núcleo elementos profesionales, empleados, obreros e intelectuales. Consideraba indispensable dar una batalla política para otorgar plenos derechos cívicos a la mujer (...) Estimaba que igual que el Partido Comunista, el futuro Partido Socialista debería crear un organismo para la juventud de ambos sexos. De este modo los núcleos de la base del nuevo partido debieran ser de hombres y mujeres, manteniéndose una organización nuclear para los jóvenes de ambos sexos. Creía que sería fácil reunir a muchas de las personas que apoyaron al Gobierno del 4 de junio en un gran Congreso de obreros, empleados, intelectuales y profesionales de tendencias socialistas y sindicalistas, para construir al nuevo Partido Socialista. El programa ideológico debería salir de aquella gran convención de socialistas, a la que podría convocarse apenas se recuperara la libertad. Un programa de soluciones urgentes para

las necesidades nacionales y que, además, contemplara las medidas básicas para los problemas internacionales creados en la lucha antiimperialista de los pueblos subdesarrollados, que tratan de recuperar las riquezas y concluir con monopolios y concesiones irritantes de que disfrutaban los explotadores y financistas extranjeros.

Eugenio Matte, «Nueva Acción Pública» (Programa de la Nueva Acción Pública, discurso en el Senado de la República, 25 de enero de 1933), en *Archivo Salvador Allende*, vol. 18, Historia documental del PSCCh, 1933-1993. Signos de identidad, comp. Alejandro Witker (Concepción: IELCO), 29-37.

(Fragmentos)

A comienzos del año pasado la situación del país iba haciéndose día a día más desesperada, porque la desocupación, el hambre y la miseria iban tomando a más y más hogares chilenos, al tiempo mismo que a un grupo de privilegiados le era permitido especular con el hambre del pueblo –artículos alimenticios y de primera necesidad– y con el valor de la moneda, sin que el Gobierno adoptase medida alguna para evitarlo, fundándose en un liberalismo económico enteramente inadmisibles y repudiado por la opinión del país.

Ese liberalismo, que tan cómoda y ampliamente protegía las actividades antisociales de los privilegios, no servía para dar amparo al clamor popular, que no era otra cosa que voces de hambre y desesperación, gritos de socorro. A aquellos, la protección legal y el amparo de la autoridad; a éstos, la lanza y la bala, aunque se llegara a los repugnantes extremos de las masacres de Copiapó y Vallenar en diciembre de 1931.

(...)

Es un hecho indiscutible que las masas populares llegaron a identificar la acción gubernativa con la de los especuladores nacionales y extranjeros; y es igualmente cierto que repudiaron y se divorciaron por entero de semejante Gobierno.

(...)

De paso quiero decir que esto tenía que ocurrir fatalmente en un país en que el Congreso era impopular por no haber sido elegido por la voluntad nacional y en que el jefe del Ejecutivo se había hecho, a su vez, impopular, y en que la Carta Fundamental es rígida como un riel y no franquea otro recurso que el estallido. Y el estallido vino.

Grupos de distintos campos afines concertaron sus ideas y disciplinaron su acción para instaurar una nueva era de Gobierno eficiente y popular, que organizase y coordinase la iniciativa individual, para ponerla al servicio de la sociedad y desarrollar una actividad sistemática que armonizase, primero, y fundiese, más tarde, el interés particular en el colectivo.

(...)

La compañía que, muy a nuestro pesar, nos impusieron las circunstancias fue, desde el primer momento, serio obstáculo a nuestros propósitos, y nuestra acción constructiva se veía paralizada con desgraciada frecuencia por las iniciativas dictatoriales y reaccionarias que a cada paso se nos oponían.

No imaginaban los trabajadores de Chile cuánto había que luchar por mantenerles íntegras sus pequeñas libertades. Lo acontecido desde el 17 de junio en adelante les hizo comprender plenamente la realidad de la situación.

La prensa, esta misma prensa mercenaria que nos vitupera con crudas palabras, que despreciamos, no ignora lo que habría sido de ella si no hubiera mediado nuestra firme convicción del respeto que merecen las conquistas espirituales de la civilización.

(...)

A pesar de las dificultades internas de la apasionada resistencia del sector capitalista, el Gobierno del 4 de junio marcó un coeficiente muy alto de actividad y de eficacia, y es así como en doce días dio satisfacción a diversos anhelos de la opinión en general y de los trabajadores en especial y abordó la solución de varios problemas, con tal energía que habrían bastado horas más para que hubieran hecho sentir su benéfico efecto medidas de positiva trascendencia.

Así, se procedió de inmediato a suspender los lanzamientos de los arrendatarios modestos morosos, considerando que la miseria general era causante de la mora y que el lanzamiento agudizaba un mal social sin mejorar tampoco la situación del propietario.

Se destinó una suma prudencial a devolver a los trabajadores sus herramientas y prendas de vestir, en atención a que se trataba de un pequeño sacrificio que el Estado bien podía hacer para aliviar la desesperación de los necesitados.

Se domicilió en algunas casas desocupadas a cesantes, en especial mujeres y niños que paseaban su miseria y hasta su desnudez por calles y plazas de día y de noche. La propiedad desempeñó así realmente una función social en momentos críticos para la Nación.

Nos encontramos con que se hallaban presos numerosos ciudadanos por tiempo más dilatado que el de la condena correspondiente al delito de que se le acusaba. Otros venían solicitando su indulto, por razones bien justificadas, desde largo tiempo. A éstos se les otorgó lo que pedían y a aquellos se les normalizó su situación, con lo que se dio al pueblo la sensación de que se hacía justicia para él; lo que no siempre ocurre.

Se indultó a los marinos condenados por los sucesos de Coquimbo y Talcahuano, a fin de que pudieran encontrar trabajo, ya que no era posible reincorporarlos a la escuadra.

A los militantes del llamado «laffertismo» se les desalojó de las propiedades que no les correspondían, sin hacerlos objeto de violencias ni persecuciones injustificadas y contraproducentes.

Se dividió el Ministerio de Bienestar Social, que abarcaba ramos muy diferentes, en dos: el de Trabajo y el de Salubridad Pública, dándose a cada cual, sin incurrir en gastos mayores, la organización adecuada para desempeñar el rol importantísimo que en la vida social les corresponde.

Se disolvió el Congreso llamado termal, que tan enérgicamente repudió la opinión pública, medida cuyo acierto sancionan con su presencia los honorables senadores y diputados que integran el actual Congreso.

La acción inconexa y desorganizada que durante años y en diversos Gobiernos venían realizando los distintos ministerios, fue reemplazada por una política económica sistemática, trazada y coordinada por el Consejo Económico Nacional, integrado por un miembro de la Junta de Gobierno y los ministros de Hacienda, Relaciones, Fomento, Agricultura, Colonización y Trabajo, asesorados de expertos y funcionarios especializados en las diversas materias que iba a tratar.

(...)

La fuerza, la opresión, no se usaron ni para violentar las ideas ni las personas. La inusitada suspensión de sus labores por la Corte Suprema, acto claro e indiscutible de carácter político y de clase amagada, fue solucionada con benevolencia por el Gobierno, que no adoptó ni acordó adoptar medidas coercitivas contra sus miembros, evidenciando su convicción de que la independencia del Poder judicial debe ser respetada y mantenida en su más pura y verídica expresión.

No se diga tampoco que el programa de la revolución era violento y utópico. Era claro en su concepción y firme en su propósito, pero era esencialmente realista: la interpretación de la realidad nacional y la solución de sus problemas, usando los medios existentes y que conservasen la producción.

Ninguna revolución –ni siquiera las de opereta que hemos tenido en los últimos años– puede compararse ni menos aventajar, en su suavidad de métodos y amplitud de libertades individuales, a la del 4 al 16 de junio. Ninguna revolución había ofendido menos la constitucionalidad y legalidad –a las que hoy se quema incienso a carrejadas– que la del 4 al 16 de junio.

(...)

La certeza que adquirió el sector reaccionario de que el nuevo Gobierno – depositario de la confianza y anhelos de los trabajadores manuales e intelectuales de Chile– iba a exigirle un sacrificio –aunque razonable– de su situación privilegiada, ha desatado ese odio y esa pasión. El amor a la Constitución y a la Ley es el manto con que se cubre una intransigente defensa de los intereses materiales, que se niegan al servicio social.

Triste condición la de un pueblo donde los ideales, las doctrinas y aun las cristianas enseñanzas del amor a nuestros semejantes, son postergados y oscurecidos por una ciega y torpe defensa de los privilegios materiales.

Y mientras perdure esta situación ha de mantenerse la lucha que está planteada: las clases privilegiadas de la sociedad que se aferran al poder público para mantener sus privilegios y evitar los justos sacrificios y servir al imperialismo extranjero; y los trabajadores manuales e intelectuales de Chile, férreamente mancomunados y resueltos a conquistar el poder público para realizar un plan profundo, pero armónico y progresivo, de liberación y transformación económica, social, política y cultural de la República.

No complotamos en la sombra. Luchamos a la luz del día, organizando y adoctrinando nuestra falange; y así venimos a decirlo claramente al Senado de la República.

Se pretende hacer creer por todos los medios –entre los que no faltan las amenazas de violencia– que el problema de Chile es un dilema: civilismo o militarismo; orden y constitucionalidad o ilegalidad o caos.

Nosotros afirmamos que esto es absolutamente erróneo y falso, y decimos que el problema fundamental de Chile –como el de Indoamérica en

general— consiste en que somos pueblos de extensos territorios prácticamente despoblados, de escaso desarrollo industrial, llenos de artículos alimenticios y de materias primas codiciadas por los países europeos y norteamericanos, en general, superpoblados y fuertemente industrializados, para transformarlos en sus usinas de productos manufacturados, y revenderlos, con enormes ganancias, al mercado chileno e indoamericano.

A nuestros países les queda una porción mísera de su propia riqueza y la gran parte de ella va a incrementar el acaparamiento de algunas grandes empresas o de algunos poderosos individuos extranjeros y residentes en el extranjero.

Somos países que, en lo económico, no hemos salido del período colonial y sometidos al vasallaje de las grandes potencias industriales y financieras.

En lo interno, debemos confesar que nuestra vida democrática es una farsa, que la representación popular, en su forma actual, es una mentira. No otra cosa puede decirse de un país de cuatro y medio millón de habitantes en que escasamente tienen y ejercitan el derecho a sufragio 350.000 ciudadanos.

(...)

Nuestra incipiente organización económica y nuestra grotesca representación política constituyen el problema fundamental de Chile; de allí arrancan nuestros descalabros económicos, políticos y sociales, y es eso lo que se precisa corregir.

Es vano y estéril hablar de civilismo o militarismo, de constitucionalidad o ilegalidad. Hablemos de lo grande y de lo trascendental: alcanzar la independencia económica de Chile, como parte del gran frente económico indoamericano; y establecer una organización política, económica y social que sirva a ese propósito y que haga beneficiarios de las riquezas de nuestros campos, de nuestras minas, de nuestros bosques y de nuestro océano a las grandes masas que pueden merecer el bienestar, por su trabajo, que representan la base de la economía, porque son el consumo que da vida

a la producción, que representan las glorias pasadas y las grandezas futuras de la República.

Y no es tan difícil...

Eugenio Matte, «Lo que dijo Eugenio Matte Hurtado para La Nación de Buenos Aires (1932)», en *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, comps. Eduardo Devés y Carlos Díaz (Santiago: Ediciones Documentas – Nuestra América Ediciones), 221-223.

(Fragmentos)

—¿Cuál es el origen de la Revolución?

El origen de la Revolución es muy sencillo —nos responde—. Se encuentra en la inconciencia de las fuerzas políticas que militaban en los partidos, que jamás se dieron cuenta de que en la trastienda de sus intrigas y deleznable intereses, se moría de hambre el pueblo, sin encontrar para sus necesidades más inmediatas, no digo la ayuda, sino ni la defensa del Estado. Durante los meses de junio y julio de 1932 debía darse curso a veinte mil demandas de lanzamiento solamente en los Juzgados de Santiago, mientras los «políticos liberales» sólo se preocupaban en repartir sus prebendas entre los que aprovechaban en esta injusta situación social.

(...)

—¿A qué ideología determinada corresponde esta Revolución?

A ninguna. No se sorprenda: nosotros tratamos de hacerle a esta Revolución su peculiar contenido ideológico. Mañana, los que nos sucedan, podrán llamar a nuestras realizaciones con el rótulo que les corresponda. Las doctrinas sociales han sido creadas en la observación de la realidad europea,

es decir, de naciones que seguían el ritmo siempre intensivo de la capitalización financiera, así que, aplicadas en América, cuya realidad es distinta, nos postergan las soluciones inmediatas de nuestros problemas e introducen el confucionismo. Más que principios, nosotros traemos soluciones, y esto no tiene nada de paradójal: las soluciones de hoy engendran los principios que habrán de dar cauce doctrinario a nuestra Revolución.

—¿Por qué, entonces, se llama al movimiento del 3 de junio «Revolución Socialista»?

El individualismo liberal contenido en los principios esenciales de la democracia, que aparece como cristalización histórica de la Revolución Francesa, se ha transformado en la explotación delictuosa de un pequeño grupo de privilegiados sobre la enorme masa del proletariado. Para nosotros, la economía no consiste en leyes abstractas, sino que en hechos positivos. La sociedad se organiza con una obligación recíproca de defensa, en que al Estado le corresponde el ineludible deber de garantizar la vida y el bienestar de los débiles, resguardándoles sus intereses de la explotación organizada de las clases adineradas. Y esto que con la simplicidad rompe el convencionalismo revolucionario, es para nosotros la esencia de nuestra Revolución. La doctrina económica de nuestra Revolución es Alimentar al pueblo, Vestir al pueblo y Domiciliar al pueblo. Por lo demás, todo Gobierno corresponde a su época de transición, y el nuestro corresponde en todos sus aspectos a la época en que Lenin comenzó su «Nueva Política», tendiente a crear la capitalización del Estado, único medio, según Marx, para llegar a la integral socialización del Estado. Felizmente para los que hemos hecho la Revolución de junio, la Historia es una cosa viva...

—¿Cuál será la actitud de la Revolución chilena frente a los Estados Unidos?

«Muy sencilla. Respetar a Estados Unidos, y exigir que Estados Unidos nos respete a nosotros. El panamericanismo es un error. Es algo que repudian la tradición, la Historia y la raza. Nuestra nacionalidad, que hasta ayer era una mera metáfora dentro de nuestra Constitución, empezará a ser una realidad.

(...)

América debe comprender, digo Latinoamérica, que por encima y por bajo nuestras fronteras, hay algo que nos vincula: vetas de petróleo que nacen en los llanos de Venezuela y que mueren en el corazón de Brasil. Enormes sabanas de salitre que amarran a Perú, Bolivia y Chile. Zonas forestales sin solución de continuidad.

El Derecho Internacional europeo no nos sirve. Sigamos mejor la vertebración cordillerana, el macizo bloque montañoso desde el Anahuac hasta nuestros Andes, y estaremos dentro de la Naturaleza, es decir, más dentro del Derecho.

En América hay un solo héroe, que es Bolívar; más que por su eficiencia guerrera, por su visión de estadista; y la Revolución chilena ratifica con la acción, después de más de cien años de disquisiciones académicas, el pensamiento de Bolívar: La Gran Confederación Americana, es lo único que justifica nuestra ubicación en la Historia. Pero, amigo mío, no me gusta soñar... Los pueblos de América seguirán la ruta de Chile porque en la sombra la lámpara que se enciende señala el camino.

Manuel Dinamarca, *La República Socialista Chilena: orígenes legítimos del Partido Socialista* (Santiago: Ediciones Documentas, 1978), 27-28.

(Fragmentos)

El padre del autor, dirigente sindical de los panificadores, recuerdo, me relató cuando era un niño de 7 años, aspectos de esas movilizaciones, las que han quedado grabadas para toda la vida... Entre los relatos familiares mi padre destaca por su contenido proletario la Gran Asamblea realizada por los panificadores la tarde del 4 de junio en el local del Sindicato No. 1, ubicado, para entonces, en la popular calle Victoria, casi esquina de San Diego.

(...)

Se discutió un solo punto: ¡Apoyo o no! a la República Socialista. El informante era Carlos Alberto Martínez, miembro del Comité Revolucionario. Entonces, desde los conventillos que poblaban los barrios empezó a salir gente a las calles y se oían gritos que se transformarían en las consignas populares por esos días y en los próximos años: ¡Viva la República Socialista! ¿Quién manda el buque? ¡Marmaduke! ¡Contra el pulpo imperialista! ¡Revolución socialista!

(...)

Llegan a mi memoria los testimonios de los diarios y revistas de la época. Decenas de miles de trabajadores y estudiantes marcharon por las calles de todo Chile en respaldo del Gobierno socialista y de su programa. En los primeros días de la revolución eran simplemente pueblo... Después, pueblo militante.

Marmaduke Grove, «Discurso en el Senado (23 de Mayo de 1934)», *Núcleo. Mensuario, Órgano de la Seccional Valparaíso del Partido Socialista*, 2, Valparaíso, julio 1934, 3-22.

(Fragmentos)

El movimiento del 4 de Junio tuvo errores, vacilaciones y defectos que no analizaré aquí. Pero declaro muy en alto que todo lo que hice en compañía de Eugenio Matte Hurtado y de los ministros revolucionarios que cayeron derribados el 16 de Junio fue sincero, bien inspirado, y sólo fracasó en parte por acontecimientos y dificultades superiores a la voluntad de los hombres.

Se ha criticado duramente al 4 de Junio y se me ha hecho blanco de esos ataques. Asumo con decisión mi responsabilidad y declaro que sin esa

actuación el socialismo chileno habría visto retardada su marcha por mucho tiempo.

La Junta a que colaboré como ministro de Defensa disolvió el Congreso termal el 6 de junio. El 11 de junio hizo devolver gratuita e inmediatamente a todos los empeñantes los respectivos artículos de uso doméstico, prendas de vestir y abrigo, como también máquinas de coser y elementos de trabajo, que existían empeñados en esa institución, hasta la concurrencia de 300.000 pesos. La Caja Nacional de Ahorros fue obligada por un decreto ley a conceder créditos en cuenta corriente hasta por el 50 por ciento del activo a los comerciantes cuyo capital en giro era menor de doscientos mil pesos.

La Junta afrontó de inmediato los problemas del crédito, de la residenciación y de la alimentación popular. Procuramos residenciar a las clases proletarias y conseguir una mayor eficacia en la distribución de los alimentos para el pueblo.

(...)

El señor Alessandri. –Es curiosa la teoría del honorable senador. Es la consagración de la irresponsabilidad.

El señor Grove (don Marmaduke). –No fue, pues, honorables senadores, el 4 de Junio un acto que repudiara todo el país. Al contrario, fue propiciado por el actual Presidente de la República, quien en todo momento hizo lo humanamente posible por recoger pronto el mando que el señor Montero había perdido por un acto revolucionario.

(...)

Se ha querido esgrimir la legalidad como un arma en mi contra, pero la propia legalidad ha servido ahora para darme una fuerza y un sentido que antes no tuvo el socialismo. Y esto ocurre porque las grandes ideas se imponen y sobrepasan a los moldes jurídicos; porque las revoluciones crean un derecho nuevo; y hasta tienen la virtud de transformar las gastadas armas del sufragio universal y de la democracia en un impulso hacia el porvenir y hacia el triunfo de las ideas redentoras.

Muchos chilenos esperaban estas palabras y a ellos me dirijo con serenidad y con íntegra confianza en el destino del socialismo y de la nación chilena. Se ha dicho que no represento nada, que no tengo programa, que soy un iluso y que detrás de mí no hay nada organizado. Pero esos tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.

El socialismo posee hombres y exhibe un programa. Espero en una oportunidad próxima dar a conocer muchos de sus principios y sus aspectos vigorosos.

El socialismo no constituye una fuerza desorganizada destructora como tantas veces se ha dicho. Es una fuerza organizada y que aspira a una transformación profunda y revolucionaria en nuestra vida económica y política. Ya ha dado pruebas innumerables de cordura, de sensatez y de fuerza incontrarrestable por ser serena y consciente.

Nuestros enemigos interesados nos presentan como demolidores; pero nunca se han tomado la molestia de revisar el programa socialista y las declaraciones de sus más destacados personeros.

El hecho de que un partido sea revolucionario no significa que este concepto se confunde con la simple y estéril destrucción.

(...)

El Partido Socialista en su programa acepta como punto básico para afrontar y solucionar con métodos revolucionarios los hondos problemas de Chile, el marxismo enriquecido y rectificado con todos los aportes científicos del constante devenir social. En otras palabras, tienen un método o una llave económica para enfocar los problemas; pero sin olvidar, en ningún instante, la realidad nacional; las revisiones que reciben a menudo, las interpretaciones muy rígidas de los fenómenos económicos, políticos y sociales.

El Estado capitalista divide a la sociedad en clases que cada día acentúan más su diferencia. Esto se hace más terrible en este país, porque su organización, como lo observó hace años el gran escritor y pensador Isidoro

Errázuriz, se fundamenta en dos clases rivales. Dice este escritor de la oligarquía lo siguiente, que tiene hoy tanta actualidad como en el día que se escribió: ‘Son dos clases rivales, casi dos razas, de las cuales una alienta el orgullo y la conciencia de su usurpación, y la otra lleva escondido en el fondo del alma el instinto de su agravio y el encono de su inferioridad, las que viven así, la una al lado, o más bien, la una sobre la otra en los campos y en seguida en las ciudades de Chile’.

La lucha de clases forma en este país un fenómeno que no lejos de atenuarse va aumentando por hechos sociales y económicos que todos conocen y cuya investigación puede realizarse por medio de la estadística y de la ciencia. La proletarización de la clase media y de los sectores de la pequeña burguesía agudiza la crisis y ha hecho perder toda confianza a millares de ciudadanos en las soluciones políticas de la burguesía, en sus partidos tradicionales y en los remedios y calmantes que estos ofrecen para nuestros problemas.

El Partido Socialista levanta, en presencia de los partidos burgueses, un frente de trabajadores intelectuales y manuales que ya no es una vana abstracción como creen muchos de sus adversarios. La conciencia de clases de los obreros no se ha manifestado hasta aquí entre nosotros con estallidos violentos y demolidores, sino con eficaces y formidables actos de creación revolucionaria»

(...)

El problema agrario es la piedra de toque de las futuras luchas sociales y en él tendrá que resolverse la definitiva organización que hará de Chile un país con una producción racional, humana y destinada a servir a todos, y no un pequeño grupo plutocrático de dos mil familias que han heredado la mentalidad de los encomenderos feudalizantes.

(...)

El Partido Socialista comprende que con el sistema actual, la producción está anarquizada y que los pequeños propietarios que en el sur forman la

legión abnegada y heroica que limpió las selvas y civilizó las montañas hostiles, no reciben los beneficios y la ayuda a que son acreedores.

El Partido Socialista ayudará y exaltará a estos individuos que luchan y crean la riqueza social, pero será inflexible en su gran combate por entregar la tierra a los que la trabajan y por aventar el parasitismo de innumerables hacendados que viven al margen de la justicia, de la moral y del orden.

«Los grandes demoledores son los que pagan salarios de hambre hacen del campesino una bestia de carga que come una galleta insalubre y que recibe unos pocos centavos como salario, después de haber entregado todo su esfuerzo al patrón codicioso.

(...)

Otra de nuestras preocupaciones es que haya una distribución justa y que la economía tenga un sentido social que haga posible en un país de tantos recursos la alimentación del pueblo, así como su vestuario y su residencia.

Este último problema es gravísimo y está sin resolver desde mucho tiempo. La moral de un país no puede reconstruirse sobre masas enormes de individuos que vagan semidesnudos y no tienen una casa propia familiar donde cobijarse.

La mortalidad ha llegado en el último tiempo a cifras que según boletines estadísticos recientes marcan el período más trágico de nuestra historia. Y todo eso ha coincidido con la política de imprevisión, de abandono y de desprecio al proletariado que han esgrimido los actuales gobernantes de Chile.

Así hemos visto que el precio del pan siempre ha ido subiendo, aun en los períodos en que el del trigo y de la harina descendían. En último término, el consumidor ha pagado duramente el tributo a que lo someten los monopolios imperantes.

La política de monopolios y consorcios que dirigen la economía nacional desde el extranjero ha sido la característica más dramática de estos últimos

años. Por eso, junto a la reforma de los métodos políticos, debe hacerse una transformación económica revolucionaria que pueda por primera vez crear una patria y una nación chilena de los trabajadores.

Mi partido es antiimperialista y tiende en lo internacional en su primera etapa a organizar a todos los obreros americanos en su lucha contra los agentes de la explotación extranjera.

En sus métodos para realizar este ideal está el de la propaganda y el de una confederación solidaria de los intereses de todos los explotados de Sud América. Para fijar esta posición nuestros técnicos han estudiado la vida política, social y económica y han creado un programa de eficacia racional que no se basa en lecturas o trasplantaciones de métodos, sino en la viva y palpitante realidad de la nación.

El Partido Socialista es un partido de trabajadores y trata de hacer del país una república de trabajadores en que todos los grupos sociales se organicen de un modo racional. Por esto es un partido revolucionario y que se ha creado sobre el cimiento potente de una enorme masa disciplinada. Pero no se crea que este Partido vaya a establecer en Chile una copia servil de métodos y procedimientos que han realizado otros países.

El pueblo chileno ha demostrado hasta ahora que ni la miseria ni el dolor ni el abandono en que vive logran desesperarlo.

Antes, por el contrario, en él ha crecido una nueva fe y con esa fe en el destino de este país digno de mejor suerte, ha desoído la voz de los agentes provocadores, ha esquivado las invitaciones a la violencia estéril y se ha preparado al triunfo final con la serena conciencia de su fuerza.

El Partido Socialista es y será revolucionario. No admite ni admitirá componendas, no tiene apetito de mando o autoridad, no desea precipitarse.

Carmen Lazo, «Otro recuerdo de Carmen Lazo – 2003: ‘Vota por Marmaduke, es la causa del pueblo’», en

Marmaduke Grove. Liderazgo ético, Moira Brncic Isaza (Santiago: Ediciones Tierra Mía, 2003), 264-265.

(Fragmentos)

«Vota por Marmaduke, es la causa del pueblo». Panfletos que se lanzaban en las calles mientras él estaba aún en Isla de Pascua, como candidato a Presidente de la República. Antes de su llegada yo sentía tanta emoción; había visto sufrir a mis profesoras, por aquella época de tortura y desaparición de tantos maestros que me recogí a mi casa previa la llegada de Marmaduke, y le bordé un pañuelo. Tenía alrededor de dieciséis años. Con mis propias manos e hilos rojos bordé la palabra: SOCIALISMO, para entregárselo en su recibimiento. La cantidad de gente sobrepasaba cualquier cálculo de asistencia. Una multitud entusiasta, emocionada, que no cabía en la calle. Me fui acercando a Marmaduke, entre los trabajadores, los maestros, las dueñas de casa, los profesionales, obreros, abriéndome paso como pude, me apretaba la marea humana y yo continuaba acercándome al Líder. Porque para nosotros él fue nuestro Líder, el de la izquierda, de los trabajadores. Cuando de pronto me vi frente a él, lloraba y le pasé el pañuelo. Él, respetuoso, lo miró con admiración. Me dio un beso. Con la sencillez del hombre sabio, me lo agradeció.

«A poco andar fui la primera militante del Partido Socialista fundado en 1933.

Felisa Vergara, «La mujer y sus derechos», *Nosotras*, 38, Valparaíso, marzo 1933, 1.

(Fragmentos)

Hasta hace poco, el mundo creyó que sólo el hombre podía hacer las leyes, siendo que ellas se han formado por las costumbres sociales dentro de los grupos humanos y, por tanto, en ellas tuvo su intervención indirecta la

mujer. Pero, ya en el terreno práctico de la legislación, por un error absurdo, no se la dejaba participar.

Este error va desapareciendo del concepto masculino, porque la mujer, con su preparación, su constancia y su fervor puestos al servicio de la obra social, va haciendo que se reconozca su labor. Va imponiendo la necesidad de recurrir a su voluntad para la dictación de las leyes que deben regir a hombres y mujeres.

La mujer, por esencia altruista y generosa, no puede achacar a maldad del hombre la negación en que se ha obstinado en mantenerla. Ella sabe que al hombre le ha faltado la comprensión necesaria para aquilatar en toda su amplitud esta injusticia milenaria.

Es que todos ellos han pretendido creerse superiores a la mujer y no han pensado, antes de ahora, en que lo único que puede existir dentro de este problema, es diferenciación. Ni biológica ni moral, ni intelectualmente, hay superioridad de unos con respecto de otros. Unos y otros son un complemento en la vida humana. Complemento que no puede seguir traduciéndose en conceptos de justicia unilateral.

Por esto es que la mujer, al pedir sus derechos políticos y legales, no lo hace con el afán de luchar con el hombre. No lo hace con el afán de superar al hombre. Pide su derecho, porque es una reclamación humana ante la injusticia de la situación en que se encuentra.

El hombre exige de su mujer, de su madre, de su hermana, de su amiga, sacrificios que las encuentra dignas de saber cumplir. Exige, porque sabe que tanto la mujer como él están dotados de inteligencia, voluntad y espíritu humano.

Entonces, ¿por qué le niega lo que a ella pertenece por derecho y merecimiento?

El hombre reconoce en la mujer, dentro del hogar, de los negocios y en el Estado, su colaboración, pero la reconoce a medias, y se ha ido negando para ponerla en el sitio de merecimientos en que él está, arrogándose todo el

prestigio de artífice único de la obra de civilización y progreso a que la vida ha logrado alcanzar.

Esto, pienso yo, porque creyéndose fuerte, cree que la mujer es incapaz de soportar lo magnífico del reconocimiento a su labor.

Esta fragilidad, esta debilidad, esta inferioridad femenina tan explotada y vilipendiada, es la que ha sido capaz de llevar su consuelo, su apoyo, su infinito amor maternal, en la guerra y en la paz, al olvidado, al caído, al desamparado.

Su labor de infinita misericordia y su absoluto desprendimiento para realizarla va haciendo la vida más buena y más vida.

Los hombres saben esto y lo reconocen. Y muchos, al reconocerlo, piensan que es obra exclusiva para las mujeres. Pero al reconocerlo así, olvidan que: amor, justicia, misericordia, honradez, verdad, son atributos que ellos y ellas deben tener para ponerlos al servicio del hogar, del Estado, de la humanidad. Olvidan que son ellas las guardadoras de la vida. Olvidan que son ellas sus dueñas y creadoras.

¿Y así, cómo puede concebirse que ellas no puedan intervenir en la dictación de las leyes que a ambos deben regir?

¿Cómo ellas podrán defender a su hijo, a su Estado, a su raza?

Ellas están inermes ante la vida, y se les exige sean defensoras de su hijo, de su raza. ¿Y cómo podrán defenderse y defender cuando son menores ante la ley?

Por eso es que las mujeres piden, exigen y obtendrán ser equiparadas ante las leyes con el hombre.

Las barreras de la superioridad, de la injusticia social que las mantienen arrinconadas, tendrán que caer, para cumplir lo maravilloso de que: hombre y mujer y mujer y hombre rozan en la divinidad.

Ni guerras, ni injusticias, ni maldad. Sólo en manos de la mujer y en cooperación e igualdad con el hombre la vida rozará en la divinidad.

Héctor Barreto, «Ranquil, ciudad de muertos», en *Historias Ociosas. Cuentos y Relatos de Héctor Barreto*, comp. Rafael Videla Eissmann (Santiago: Editorial Puerto de Palos, 2003), 31-32.

(Fragmentos)

Con toda la confianza que podía darles su natural inocencia, vivían inclinados sobre su tierra desde veinte años.

Ajenos a todo deseo difícil, gozaban la sencillez de su vida. Amaban la dulzura de su vida sencilla.

Nada querían ellos sino vivir.

Los padres talaron los bosques con sus brazos. En la tierra terca abrieron el surco. Espigaron las dulces manos de las mujeres.

Crecieron los niños, y crecieron para continuar la labor de los padres. Crecieron al amor de las yerbas olorosas. Crecieron fuertes y dulces, naturalmente honrados.

Nada querían ellos sino vivir. Eran alegres. Pensaban que nada mataría su vida o su alegría. Creo que no sabían lo que es una ciudad.

Y un día –no es posible saber si se supo su alegría o fue simplemente sucia codicia de bestia gorda– los hombres de la ciudad, paladines del dinero o dueños de apellidos contundentes, miraron hacia Ranquil y desearon.

Tuvieron el apoyo de un régimen y el de una fuerza ciega; irresponsable casi en su ceguera.

Fue robo y crimen. Gesto bárbaro de inhumanidad y abuso. Fue el gesto primario del hombre de la piedra. Pero fue cosa vieja en estas tierras nuestras.

Yo creo que aparte del deseo de llenar sus inconmensurables estómagos hubo otro también. Yo creo que sus negras y oscurecidas almas envidiaron. Yo creo que esos hombres maltratados por su accidentada conciencia y por su propio espejo, envidiaron la inocencia y la dulzura en los colonos, tan suyas; yo creo que envidiaron su clara paz, su inmensa alegría.

Y es sabido de todos. Los hombres fueron desalojados de sus casas y sus tierras; con las mujeres y con los niños.

Y hubo un peregrinar amargo por los campos. En medio del otoño descarnado y hostil; en medio del llanto de los niños, con el hambre a cuestas.

Y hubieron de inclinarse largas tardes sobre los ríos, por seguir viviendo.

Luego, el invierno. Vinieron la nieve y el frío duros. Vino el hambre aulladora y desesperada.

Morían de frío los niños.

«Las madres clamaban, enloquecían. Las mandíbulas se contraían por el hambre o el dolor. Clamaban las mujeres y los niños. Y se hincharon los pechos de los hombres, enrojecieron sus frentes, se crisparon las manos. Y comenzó a caminar la multitud de errantes harapientos.

Fueron hacia lugar de pan. A encontrarlo a cualquier precio. Hacia lugar de pan vida fueron; y no pocos encontraron la muerte por el feo delito de tener hambre.

Y la muerte creó el fuego. Y hubo llamas y humo. Y el viento se llevó el humo pero dejó los muertos.

Y fue peor; el feo delito de tener hambre se sumó entonces el más imperdonable: el descarado y cínico delito de reclamar los más derechos naturales.

Y hombres de Ley llegaron al lugar. Llegaban con máquinas que escupían la muerte con una rapidez sin duda maravillosa. Y hubo sangre y fuego. Y colonos muertos...

Y sin embargo nada pedían ellos sino vivir. Nada pedían ellos sino lograr de nuevo su día y su alegría.

Pero los hombres del capital odian la alegría de vivir. La estrangulan siempre que pueden. La ahogan.

A cosas tan brutalmente inhumanas y torpes sólo puede responderse de un modo, según la ley mosaica.

Y el día está pronto, y la verdad es que el color de la sangre no se olvida.

Nada pedían ellos sino vivir...

Paz para los caídos y los mártires. Paz.

Amén.

Óscar Schnake, «No somos un partido más (1938)», en *Archivo Salvador Allende*, vol. 18, Historia documental del PSCh, 1933-1993. Signos de identidad, comp. Alejandro Witker (Concepción: IELCO), 23-24.

(Fragmentos)

La revolución socialista del 4 de junio de 1932 es el acto de mayor trascendencia política. Es un violento impulso dado al pueblo para orientarlo hacia su unidad de mira y la voz de orden para realizar su unidad

de acción. Son las grandes líneas de esta revolución las que abren un cauce. Los trece días de junio –el junio de Grove y Matte– nacen de la unión conjunta de un comité de intelectuales y obreros; hombres que vienen de sindicatos revolucionarios, de la Universidad, de la clase obrera y la media. A lo largo del país se moviliza la fe entera de un pueblo sobre esta base de trabajadores manuales e intelectuales que amasan con fervor una acción unida de las clases medias y obreras contra la oligarquía nacional y contra el capitalismo extranjero que impera y domina en nuestro país. Queda así lanzada la gran consigna: Unión de todos los que trabajan en el campo, en la fábrica, la escuela, la oficina, la unión de los sectores sociales que hasta ayer permanecieron aislados, sujetos por prejuicios, sectarismo, divisionismos personalistas. El pueblo se incorpora a la política activa del país, halla su cauce en una acción clara, revolucionaria, contra la oligarquía latifundista, bancaria y financiera nacional, aliada del gran capitalismo extranjero que nos estrangula. Frente a él se levantan como signos negativos los partidos históricos con su cortejo de corrupción y traición al país y a su pueblo...

La revolución de junio despierta en la masa las consignas de verdadera unidad: unidad de propósitos (lucha contra el imperialismo y la oligarquía nacional), unidad de sectores zonales hasta ayer separados, unidad de acción encarnada en un caudillo y que demuestra un hecho trascendental como es la desorganización política de las masas. Falta un instrumento político eficaz, que resuma las esperanzas y la fe del pueblo. El pueblo necesita un partido que por su organización, por los hombres que lo dirijan y su voluntad de unión sea garantía de su nuevo destino político. Es el Partido Socialista que nace como depositario de su unidad de propósitos y llamado a realizar su unidad de acción. Nace como una necesidad y por eso es recibido como el Partido del pueblo... El Partido Socialista no es un partido más en el juego de la política chilena. Es el único Partido nuevo. Nuevo por la composición social de sus bases, nuevo por su orientación, nuevo por sus métodos de lucha, nuevo por su organización.

Las bases del Partido provienen de la clase obrera y los sectores medios. Campesinos pobres, pequeños agricultores, profesores, técnicos de todas las actividades, pequeños industriales, pequeños comerciantes, universitarios,

es decir, todos aquellos que viven exclusivamente de su trabajo y cuyo bienestar depende del salario, jornal, sueldo o pequeña renta, forman nuestros cuadros de militantes y simpatizantes. Es la realización de la consigna de verdadera y sólida unidad social y política de la clase obrera, sectores campesinos y clase media del país; unidad eficaz de grupos sociales que tienen un interés común en liberarse de la explotación económica y política del gran capitalismo internacional y de la oligarquía nacional; unidad social capaz de formar una República libre y soberana enfrentada a toda potencia política o económica más fuerte que Chile para hacer una democracia en que imperen el bienestar económico y la libertad económica. Nuestro Partido es el resumen de todo un pueblo unido en sus propósitos de liberar el país, la República y todos los trabajadores del predominio imperialista. Es la unidad de un pueblo forjando su historia, haciendo su destino. No es una unidad política circunstancial para propósitos efímeros. No se viene a nuestro Partido porque se sea intelectual u obrero; se viene porque se ha adquirido conciencia revolucionaria del actual momento histórico. Por eso luchamos contra la demagogia, la mentira de hacer creer que sólo los intelectuales podrán salvarnos, o que sólo los obreros son los revolucionarios. Por eso es un atentado a la unidad de nuestro Partido el divisionismo mentiroso de obrerismo e intelectualismo, y quien atenta contra la unidad del Partido Socialista atenta hoy con el futuro del pueblo, pretendiendo destruir su instrumento de liberación.

«Nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social y hacer del Partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad. Pretendemos movilizar al pueblo entero hacia una acción de segunda independencia nacional, de la independencia económica de Chile. Queremos poner todo lo bueno de nuestra tradición histórica, política y social al servicio de esa acción; despertar la sangre, los gustos, los afectos, despertar lo heroico que ha fecundado estas tierras latinoamericanas para darle un valor moral traducido en voluntad, espíritu de sacrificio y solidaridad a nuestra acción. Vamos impulsando la acción de todo un pueblo, el movimiento de un pueblo hacia su liberación. Por eso queremos darle un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir, para hacer un

pueblo nuevo en todas sus facetas. Somos los instrumentos de la revolución que Chile necesita para hacer su historia dentro de la historia de Latinoamérica y de la humanidad en estos días preñados de un futuro grandioso...

La influencia anarquista es significativa en la formulación del ideario del socialismo chileno –en diálogo con el avance de los sectores medios y populares en la conformación de su propia identidad cultural desde comienzos del siglo XX–, a tal punto que sin su consideración resulta imposible comprender la vocación libertaria de los socialistas. Se manifiesta en sus orígenes en un planteamiento distintivo de la idea de libertad y de la cuestión de la autonomía individual. En una oposición crítica a los idearios liberales y mercantiles individualistas, el socialismo chileno descarta la acción de los individuos aislados y al egoísmo propio de la codicia como motor de la actividad humana. Funda su perspectiva, en cambio, en un énfasis en la organización y la lucha social por la emancipación de la sociedad y la elevación de la condición humana. Desde esa definición se opone también al dominio centralista y burocrático del Estado y concibe la función estatal como de servicio social, con énfasis técnico y planificador, en la cual la participación de los trabajadores en su gestión deviene condición relevante de la democratización de la sociedad en su conjunto.

Grupo universitario Lux, «Manifiesto del Grupo Universitario Lux a los Estudiantes e Intelectuales de Chile», *Claridad*, Santiago, 23 de julio de 1921, 4.

(Fragmentos)

Cada régimen económico tiene sus instituciones características, específicas, que no pueden funcionar en otro régimen. Así, el Parlamento, las fuerzas armadas y el sistema judicial actuales son instituciones que únicamente pueden funcionar en el capitalismo y para el capitalismo. No se puede, pues, derribar el capitalismo sin atacar sus instituciones específicas. Todo demuestra que el sistema económico actual es ya incapaz de responder a las

necesidades de la época. El producto del trabajo común queda en poder de una minoría insignificante, la que, entonces, sojuzga, dirige y oprime a la mayoría productora. Para mantenerse en una situación tan injusta y arbitraria, el capitalismo distrae a los obreros del terreno de la lucha de clases. Al efecto, les inculca sentimientos que los obliguen a destrozarse mutuamente en nombre de símbolos tantos más ficticios cuanto que han sido creados con ese objeto. Las guerras son fomentadas únicamente por los capitalistas ya sea para esquivar la solución de problemas sociales internos; ya sea para lanzarlos a la conquista de regiones ricas en productos comerciables o para obtener un predominio o privilegio comercial cualquiera. Resulta, entonces, la necesidad de un régimen económico en que las fuerzas productivas y el producto del trabajo sean de propiedad común. Desapareciendo la opresión económica, las instituciones específicas del nuevo régimen perderían el carácter opresivo e injusto que tienen en la actualidad. Una sociedad en la que se tenga el derecho de satisfacer ampliamente las necesidades materiales e intelectuales; en la que el trabajo común pase a ser también propiedad común; en la que desaparezcan las matanzas colectivas; en la que el famoso gobierno del pueblo por el pueblo sea tal y no el gobierno de unos cuantos viñateros e industriales; una sociedad, en fin, en que desaparezca la explotación del hombre por el hombre, y en la que el obrero, en vez de ser una máquina más o menos barata, pase a ocupar la categoría del ser humano, consciente y libre. Para conseguir todo esto necesitamos derribar al capitalismo atacándolo en sus instituciones específicas. Esto debe hacerse por la acción del proletariado que debe unirse en organismos de lucha, o sea, de acción revolucionaria. Estas asociaciones de lucha deben formar también organismos que se hagan cargo de la producción y repartición en el periodo de transición revolucionaria. Es indispensable para atacar las instituciones capitalistas abstenerse de tomar parte y contribuir de cualquier modo a su funcionamiento. Debe, pues, boicotearse eficazmente esas instituciones que se han hecho sólo para mantener el capitalismo. Creemos que es deber de todo hombre consciente contribuir a la supresión del actual régimen de violencia y de injusticia. Este deber es mayor aún para los intelectuales que han sido siempre los que han reflejado el sentir de las masas e impulsado las revoluciones. El Grupo Universitario Lux hace, pues, un llamado a los intelectuales para combatir el espíritu reaccionario que tiende a invadir

todos los campos de actividad chilena. Pretendemos orientar a instituciones como la Federación Obrera de Chile y la Federación de Estudiantes, que cada día tienden más hacia el colaboracionismo burgués. El Grupo Universitario Lux invita a todos los intelectuales chilenos a que ingresen a sus filas y contribuyan al progreso de la idea y la acción revolucionaria.

Eugenio González, «Afirmando posiciones (1924)», en *Eugenio González Rojas. Pensamiento vigente: disjecta membra*, comp. Hernán Contreras Molina (Santiago: Pequeño Dios Editores, 2011), 391-393.

(Fragmentos)

A propósito del manifiesto de Claridad

Cualquier movimiento que agite, como el actual, a los elementos sociales, produce naturalmente una grave confusión de doctrinas y una deplorable pérdida de orientaciones. Naufragan en el desconcierto general los principios que antes se sostenían con firmeza y hasta con intransigencia, se confunden finalidades y propósitos y termina por incurrirse en claudicaciones y renuncios que después es difícil remediar. Conviene, pues, afirmar siempre los principios aunque la acción que las circunstancias exijan difiera algo de ellos en sus modalidades prácticas y en sus consecuencias inmediatas.

Así, en presencia de la grotesca revolución militar del 5 de septiembre, consecuentes con nuestros principios afirmamos, una vez más, nuestra hostilidad hacia el Estado coercitivo y violento por esencia; pero, al mismo tiempo, considerando la dictadura militar entronizada como una intensificación de las funciones liberticidas del Estado, adoptamos, frente a ella, una franca posición de combate. Comprendemos el valor relativo de los ideales y bien sabemos que en beneficio de los mismos ideales es preciso adoptar actitudes congruentes con la realidad del ambiente y del momento.

Desde luego, los ideales libertarios exigen para su realización el nacimiento de una nueva conciencia, el desarrollo de hábitos inéditos de cooperación solidaria, la formación de un medio favorable al pleno florecer de las individualidades. Esos ideales son fuertes y puros porque dan al destino humano un sentido de perfeccionamiento infinito, significan una cumbre hacia la cual, según todas las probabilidades visibles, conduce la evolución histórica. Actualmente, es cierto, no tienen otra eficacia que la de la esperanza. Son energías en marcha, que se abren paso, dificultosamente, a través de la estulticia de los hombres y la solidez de instituciones seculares. Son acicate de progreso. Mientras el principio de autoridad ha levantado siempre cadalsos para los esfuerzos innovadores, el principio de libertad, la crítica osada, la investigación antidogmática han ido aclarando el horizonte de la vida verdadera.

Aplicados a la política, a la sociabilidad y a la economía los postulados libertarios, resultan, en la actualidad, poco menos que impracticables. Los sostenemos como una bandera de propaganda y como una anunciación del futuro; estaremos al lado de todo aquello que permita acercarnos a su realización total, y combatiremos todo aquello que, abierta o solapadamente, contribuya a empequeñecerlos. Por eso hemos luchado y lucharemos contra los políticos que representan el poder y la odiosa tiranía de la plutocracia capitalista, y luchamos hoy contra los militares que sirven desde los organismos del Estado de los mismos intereses, pequeños y parasitarios que los otros defendían y que continuarán defendiendo cuando entren de nuevo a disfrutar del ejercicio de la autoridad.

Nuestro criterio para apreciar el pronunciamiento de septiembre es simple y claro: vemos en él una crisis del Estado, el cual empezaba a desmoronarse, como un edificio ruinoso, debido a las flaquezas y a las inmoralidades de los partidos. Las clases oligárquicas y clericales, y la bancocracia, amenazadas en sus intereses y prebendas por una inminente intromisión violenta del pueblo, se echaron en brazos del Ejército y de la Marina, que a su vez se sentían descontentos y preteridos. Movimiento reaccionario por su esencia, por la fisonomía doctrinaria de sus dirigentes, por las fuerzas políticas que en la sombra fijan el cariz de sus determinaciones cotidianas, representa para todo espíritu o tendencia libre una amenaza constante y un

peligro evidente. Aceptarlo como una fatal imposición de fuerza sería cobardía y señalaría un triste desconocimiento del juego de los fenómenos colectivos; cruzarse de brazos ante él, en nombre de ideales de libertad absoluta, sería absurdo y entrañaría una inconsciente complicidad con la dictadura.

Por nuestra parte, queremos el pronto término de esta situación oprobiosa por que atraviesa el país; pero no deseamos, como otros, la vuelta a la 'normalidad', es decir, al imperio de las viejas instituciones, sino el establecimiento de una fórmula que, dentro de las posibilidades que pueda ofrecer el desarrollo espiritual de Chile, garantice del modo más amplio las libertades individuales y la justicia social. Contrarios al régimen imperante no podríamos sin embargo guardar contacto o reconocer concomitancias con las banderías políticas que, en un prudente y mesurado silencio, esperan que la dictadura militar se derrumbe bajo el peso de sus propias ineptias o al empuje de la asonada callejera para entrar a medrar, como antes, a costa de la indiferente pasividad de todos. Estamos franca, abierta, firmemente contra los militares; pero bastante alejados de los antiguos intereses que empiezan a manifestarse repuestos ya del estupor de la derrota y de la vergüenza de sus actuaciones últimas.

Solos como ayer, ejerciendo nuestra crítica apasionada contra este régimen, como la ejerceremos contra todos los regímenes fundados sobre la autoridad y el privilegio, quisiéramos, sin embargo, que las fuerzas nuevas, las que no tienen complicidad con el pasado ni con el presente, se unieran para actuar y conseguir un mañana más digno. No tenemos gran fe en que esto se verifique. Faltan en Chile anhelos colectivos; los organismos proletarios carecen de cohesión y por lo tanto de fuerza y de eficacia. Pasará la dictadura militar dejando en el haber de la República un cúmulo de torpezas políticas y de inmoralidades administrativas y, sobre todo, leyes peligrosamente reaccionarias que obligarán a repetidos y acaso violentos esfuerzos de liberación. Y subirán los viejos títeres del tinglado parlamentario —es posible que los más viejos, los más teñidos de conservantismo— a continuar el juego de sus intereses ante las miradas bobas y las sonrisas aquiescentes de un pueblo estólido, ignorante y cobarde que no sabe comprender ni se atreve a querer».

Eugenio González, «El problema del divorcio (1924)», en *Eugenio González Rojas. Pensamiento vigente: disjecta membra*, comp. Hernán Contreras Molina (Santiago: Pequeño Dios Editores, 2011), 381-384.

(Fragmentos)

Sin ser Freud, se puede afirmar que la influencia ejercida por lo sexual en la formación del individuo es decisiva. Ahondando en las actividades humanas más disímiles, siguiendo el curso de las más tortuosas tendencias, se encuentra, al fin, que convergen subrepticamente al sexo. Pero el alimento propio del espíritu humano es la mentira. La hipocresía es la norma absoluta de la conducta social, y es por eso que los problemas del amor son contemplados siempre a través de una niebla romántica de novela y juzgados con el criterio de un puritanismo convencional.

La vida sexual en la sociedad contemporánea es una lucha dolorosa entre el instinto y tradición. Mientras el uno impele a la vida fuerte y plena, a la libre satisfacción de las imperativas necesidades naturales, la otra, obliterando las expansiones gozosas de la pasión, conduce al vicio, a la degeneración, a la angustia taciturna. Las proyecciones del triunfo de la tradición social y religiosa sobre el instinto puro son incalculables. El desequilibrio nervioso, la decadencia de la voluntad, las tendencias mórbidas, casi todos los estigmas degenerativos de la juventud, se deben, en gran parte, a los obstáculos que rodean el cumplimiento de las funciones sexuales, desvirtuándolas, a veces, hasta lo patológico.

Por razones de clima, de herencia, de idiosincrasia, los latinos o latinizados despertamos demasiado temprano al amor. Antes que las primeras inquietudes del pensamiento nacen en nosotros los inexplicables ardores de las entrañas. Y el instinto naciente no admite dilaciones; la mujer nos atrae con el prestigio sugestionante de lo irreveado y prometedor. Pero está más allá de lo que es posible para nosotros; hay en ella y nuestro deseo un mundo secular de temores, de estupideces cristianas, de prejuicios sociales

y morales. Dominados por las vagas y ardientes melancolías de la adolescencia, desesperadas, ansiosas del misterio que se nos escapa, por primera vez sentimos odio contra la sordidez de la vida. Nos quejamos de todo; es la hora noble de pesimismo y de inquietud que antecede a la clínica complicidad con la costumbre. Es posible que entonces hagamos versos – «¿quién que es no ha hecho versitos?»– en los que, rimando, con adocenada amargura, amor con dolor, hablemos de una mujer imposible que atraviesa el inevitable jardín bajo los inevitables rayos de la luna... Junto a esa balbuciente efusión de lirismo aparece, pronto, la sucia realidad dominadora. La sociedad, alcahueta sibilina, nos ha enseñado el camino que conduce al amor mercenario. A veces, cuando el bolsillo lo permite, tomamos recatadamente por ciertas calles hasta que, desde el quicio de una puerta, una mujer nos llama. Esa mujer es, para nosotros, la única princesa posible, la dríada complaciente del bosque de nuestros sueños. Siguiéndola, nos hundimos con ella en la miseria de una parodia bestial, nos revolcamos en su desgracia de mujer condenada por la iniquidad social, hasta que, saciados, nos alejamos escupiendo rencor, vergüenza, rebeldía.

La prostitución es una puerta de escape que la sociedad burguesa deja a los hombres. Como en un resumidero trágico, ahí van a depositarse todas las sensualidades constreñidas. El hombre, en el prostíbulo, es el bruto en acción, despojado de los abalorios con que la educación lo adorna. El prostíbulo, o mejor dicho, la prostitución, es una institución tan necesaria a la sociedad burguesa como la cárcel y el ejército.

La mujer, en cambio, no tiene otra salida legítima que el matrimonio. El Estado y la Iglesia velan por la santidad de la familia. La naturaleza, sin embargo, exige siempre el cumplimiento de sus derechos. El Estado y la Iglesia no han conseguido con sus imposiciones que la mujer sea casta, sino que sea hipócrita. Cada una busca, por cualquier medio, la satisfacción de sus anhelos apremiantes. Sobrevienen los excesos ocultos, el histerismo, las tragedias silenciosas de la carne que pintan ojeras más elocuentes que un tratado en los rostros pudibundos.

El problema para la mayoría de las mujeres consiste en dar alimento a su sensualidad sin perder el reconocimiento oficial de su virtud. Se relacionan

con el hombre, realizan con él ese grotesco y escabroso simulacro, consentido por la hipocresía ambiente, que llaman «pololeo». A veces no resisten las tremantes exigencias de los sentidos, y se abandonan ocultando lo que, para su cristianismo pegajoso, es un pecado, en los sórdidos cuartuchos de hoteles de lance o en recatadas casas de cita.

Después continúan ese irritante sport burgués que es la caza del marido, adoctrinadas por las amigas y la mamá, apremiadas por el tiempo que huye robándose los graciosos atractivos de la lozanía. Un día cualquiera se casan, se amarran a un hombre por los vínculos jurídicos sagrados de la Iglesia y por los vínculos jurídicos del Estado. Y desde entonces ya no se pertenecen a sí mismas, pasan a la categoría de cosas, no pueden vivir su propia vida. El código pone en manos del marido armas contundentes. La mujer está obligada a la sumisión, a la servilidad doméstica, a una irremediable obediencia pasiva.

¿Y el amor? El amor, como todas las cosas fuertes y bellas, no tiene importancia en la sociedad burguesa. El hombre y la mujer se ayuntan por razones generalmente ajenas a las famosas razones del corazón de que hablara Pascal: por interés, por conveniencia, por prestigio social. Y el absurdo de la ley y de la costumbre alcanza hasta a los hijos. Ilegítimos se llama a los que nacen de la pura efusión amorosa, al margen del código; sólo tienen derechos los que resultan de la unión burocrática ante un oficial del Registro Civil.

Luego el matrimonio es, en la actualidad, entre nosotros, indisoluble. Aparte del absurdo inicial que significa la intromisión del Estado en un asunto de orden tan personalísimo como la pasión, se llega hasta el esclavizamiento total de la vida. El hombre busca el matrimonio como un asilo; llega a él gastado, acaso enfermo, roído por los efectos del placer buscado en cualquier esquina. Así, las mujeres están obligadas muchas veces a ser leales a desgraciados atrabiliarios, a respetarlos, a sufrir sus caprichos enfermizos y sus caricias vergonzantes. La ley es rígida.

Hoy día se quiere innovar, paliar en algo la ridícula situación existente, por medio del divorcio con disolución de vínculo. Esto ha producido

indignación en los altos círculos de la aristocracia; la prensa seria opina en contra; la Iglesia siente amenazada la dignidad católica de la familia, y señoras copetudas y «demivierges», que llevan encima el dulce recuerdo de más de un sonado adulterio, arremeten contra los bárbaros que pretenden atentar contra su esclavitud. Esta actitud sería ridícula si no fuera extraordinariamente irritante. Da repugnancia la impudicia hipócrita de nuestra burguesía que, corrompida hasta los tuétanos, disfraza sus vicios tras las bambalinas artificiosas de la actual organización social.

Somos partidarios en esto, como en todo, de la más amplia libertad. No aceptamos la mentira organizada de la sociedad, ni las imposiciones del Estado, ni la persistencia de las supersticiones morales que impiden la espléndida plenitud de la vida libre. El divorcio significa un paso hacia delante; por el momento estaremos, pues, con él, y contra la ciega conservadora. Pero seguiremos, también, combatiendo la intromisión vejatoria del Estado, la imbecilidad tonsurada de la Iglesia, los prejuicios de un cristianismo falseado por veinte siglos de doctores, de concilios y de pontífices.

Hay que limpiar el amor de la peste de hipocresía, de maldad y de mercantilismo que lo cubre. Queremos el predominio inocente y creador de la naturaleza. El hombre y la mujer deben juntarse conforme a sus instintos y simpatías, fuera de las influencias de todo poder limitador. La unión sexual de dos seres no necesita la sanción oficial ni la aquiescencia divina. Ella, cuando es sana, se realiza por una fatalidad de la naturaleza, que nada debería obstaculizar y nada debiera desvirtuar.

Sin embargo, no nos engañemos: el camino por recorrer es largo todavía. Hay que ir formando conciencias, preparando los espíritus para la vida nueva, iniciándolos en el difícil aprendizaje de la libertad. El matrimonio llegará a ser un día la fusión de dos voluntades afines en un mismo propósito ideal. Para ello, es necesario arremeter de frente contra todo lo que, empequeñeciendo y conculcando la vida, hace que los seres no se conozcan a sí mismos y desperdicien las infinitas posibilidades de perfección, es decir, de libertad, que llevan en el fondo confuso de los espíritus...

Julio César Jobet, *Doctrina y praxis de los educadores representativos chilenos* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1970), 509-516.

(Fragmentos)

¿Cuáles eran las principales ideas del credo anarquista? Augusto Pinto las resume al trazar de don Pedro Godoy y al exponer su proceso de conversión al anarquismo. Escribe: «Pedro fue un militante resuelto, aunque silencioso y sin premura, como se me ocurre que serían esos constructores de las viejas catedrales... compartió las negaciones del anarquismo, Dios, las religiones y el cortejo de supersticiones que la acompañaban; el Estado, la ley y sus representantes, el legislador, el juez y el policía; la propiedad y el capitalismo con su ley de la concurrencia; la moral fundada en la revelación o en las nebulosidades de la metafísica; la sujeción de la mujer al hombre y todas las formas de esclavitud; el patriotismo con sus fronteras artificiales, sus vanidades y sus guerras, guardando en él un hondo sentimiento de gratitud para este pueblo que le hizo posible una vida elevada y le dio una Universidad.

Los anarquistas pretendían conseguir el ennoblecimiento del individuo a través de un desarrollo moral constante, extrayendo de él todas sus cualidades del animal social. Al mismo tiempo, lograr la seguridad económica por medio de la organización de las actividades materiales del trabajo y la distribución de los bienes, suprimiendo la lucha de los intereses y basándose en las formas de cooperación del genio popular, que le permitieron al primitivo entrar en la Historia y avanzar hasta elevados grados de civilización sin la tutela del Estado. Por otra parte, la técnica ayudando al trabajo liberaría al obrero de la maldición bíblica, y la educación libre de dogmas favorecería el despertar de todas las aptitudes del individuo. En esta forma 'la libertad seguirá siendo la condición permanente del progreso y la garantía del equilibrio en las relaciones humanas. La justicia y la igualdad como punto de partida para arribar a las excelsitudes del amor'.

El escritor José Santos González Vera ha descrito, con su finura acostumbrada, ese deseo de saber y el afán de formarse una personalidad en el elemento anarquista. En una de sus crónicas de *Babel* (número de mayo-junio de 1947), escribe: «Augusto Pinto llegó a ser el mejor zapatero santiaguino, fuera de consagrarse al estudio con pasión. Durante un año entero estudiaba geografía, al siguiente francés y así por espacio de decenios». Pero, a la vez, ese conocimiento adquirido no era guardado en forma egoísta para sí; lo transmitía a innumerables discípulos y a la ciudadanía en general. El propio González Vera anota que la avanzada obrera era anarquista y en Santiago hubo una Universidad Popular, bajo el lema: «Educación mutua y libre», donde se estableció el primer contacto entre estudiantes y obreros. Como elementos más representativos estaban Pedro Godoy, entre los estudiantes, y Augusto Pinto, entre los obreros. La actividad de esta universidad; el movimiento antirreligioso, desatado a raíz de la visita de monseñor Sibilia, y la constitución de la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional, integrada por elementos obreros y estudiantes (de la IWW, FOCH y FECH), se encuentran en la base profunda del vasto movimiento social y político del año 20.

Augusto Pinto figuró entre los grandes dirigentes de la IWW y en su calidad de tal actuó con brillo en las inolvidables jornadas cívicas del año 20. Según el maestro y escritor Carlos Vicuña Fuentes, uno de los protagonistas principales de aquel movimiento, el campo obrero había dejado muy rezagados a los partidos políticos de avanzada. Sólo el Partido Radical contaba con una juventud idealista y generosa, pero se encontraba a una distancia astronómica de la gente que animaba las inquietudes del proletariado. Esta se componía de intelectuales ligados al proletariado y de obreros autodidactas de fuerte solidez doctrinaria. Figuras como las de Pedro Godoy, Pedro León Loyola, Juan Gandulfo, Javier Lagarrigue, Augusto Pinto, Laín Diez, Julio Rebosio, Luis E. Recabarren, Aquiles Lemire y muchos otros, conferían una superioridad ideológica y cultural indiscutible al movimiento proletario frente al oportunismo electoralista y a la politiquería intrascendente de los llamados partidos históricos y al podrido sistema parlamentario. Esta capa de intelectuales proletarizados y de obreros de amplia cultura fue la verdadera creadora del ambiente de

renovación social y política del año 1920. Y en su seno Augusto Pinto destacó siempre sus excepcionales condiciones humanas e intelectuales.

A pesar del fracaso de aquel promisorio movimiento, de la esterilidad del gobierno de Alessandri y de la dura tiranía de los militares, Augusto Pinto no desesperó ni perdió su fe libertaria. Se mantuvo sereno en medio del caos, pero entró a revisar su actitud anarquista en favor de una acción política constructiva.

Al caer derribada la dictadura de Carlos Ibáñez se preocupó de ayudar a la creación de un organismo nuevo, combativo, de composición social amplia, orientado por la filosofía socialista, entendida como un humanismo revolucionario, a cuya sombra se unieran los obreros, estudiantes e intelectuales para cambiar el régimen y dar vida a una sociedad igualitaria y libre. Augusto Pinto, Eugenio González Rojas, Óscar Schnake Vergara, Julio E. Valiente y otros ciudadanos, constituyeron la ARS (Acción Revolucionaria Socialista), para cumplir aquellos propósitos. En seguida, ante la existencia de diversos grupos políticos con idénticos fines, la ARS impulsó su unidad en un gran partido revolucionario de trabajadores manuales e intelectuales.

(...)

Tuve oportunidad de alternar más a fondo con él a raíz del Congreso Extraordinario de Curicó (en mayo de 1940), convocado con la finalidad de contrarrestar los efectos de la escisión provocada por los diputados César Urrutia y Natalio Berman. En ese torneo tuvo una brillante intervención. Originó una polémica de alto rango sobre los principios doctrinarios del Partido Socialista. Sometió a una inteligente crítica algunas de las teorías del pensamiento marxista y condensó sus puntos de vista en un proyecto de declaración de principios, de acuerdo con los postulados del socialismo humanista. En el fondo, para A. Pinto, las periódicas crisis doctrinales y políticas del socialista de orientación marxista tenían por causa el dogmatismo y esquematismo del pensamiento de Marx-Engels y de sus intérpretes ortodoxos.

«Aunque sus posiciones fueron rechazadas por quienes participaron en el debate (Julio Barrenechea, Julio César Jobet, Astolfo Tapia, Heriberto Alegre, Manuel E. Hübner), y por el Congreso, se conquistó grandes simpatías entre todos los concurrentes por su cultura socialista y su habilidad polémica, además de su comportamiento vigoroso, pleno de entusiasmo y ardor.

La nítida orientación popular de las medidas de la República Socialista de 1932 revela una clara intención de vincular lo político y lo social, absolutamente opuesta al burocratismo y al centralismo político. En el ideario del socialismo chileno, el rechazo al Estado burocrático va a la par con la condena al individualismo capitalista y ante ambos prevalece el colectivismo y la socialización. Desde su declaración de principios, el Partido Socialista adopta como método de interpretación de la realidad el marxismo, «rectificado por todos los aportes del constante devenir social», y coloca acento, junto a los principios clásicos del socialismo revolucionario –lucha de clases, socialización de los medios de producción, gobierno de trabajadores, internacionalismo– en la especificidad de la condición latinoamericana. El socialismo chileno elige no integrarse a las «internacionales», tanto a la II Internacional, de signo socialdemócrata, por su conformismo con la democracia burguesa y el capitalismo, como a la III Internacional comunista soviética, por su dogmatismo formalista y su defensa de los intereses de la URSS como eje orientador. En su lugar, los socialistas chilenos definen una lucha contra las oligarquías agrarias y contra la injerencia imperialista del capital extranjero, orientada a construir la unidad política de América Latina. Es una noción de independencia nacional antiimperialista, que permite una propuesta que va más allá de una pura clase, formulada como un objetivo pluriclasista. Las definiciones socialistas, que se enmarcan en la crisis social y política que precede a su nacimiento y sigue más allá, reconocen la necesidad de la unidad política del pueblo. El PS se integra al Frente Popular, proclama a Grove a la Presidencia de la República en 1937 y, para evitar un quiebre inminente, renuncia a su opción en favor del Partido Radical y Aguirre Cerda. Aún sin disipar los ecos de la crisis social y política revolucionaria que signan el nacimiento del PS en los años treinta, el Frente Popular contribuirá a la postre a despejarlos para iniciar un nuevo ciclo. Son también parte del proceso de consolidación socialista las pugnas que suscita

la opción entre Grove y Aguirre Cerda, en que, a la tesis triunfante, que sostiene la «unidad amplia contra la oligarquía», se oponen las inquietudes por la construcción de la «unidad de los desposeídos» y por lograr la disolución del centro político oportunista que representa el radicalismo. Aquellos debates marcarán las definiciones posteriores sobre las alianzas políticas y su textura social.

Eugenio González, «El peligro yanqui (1922)», en *Eugenio González Rojas. Pensamiento vigente: disjecta membra*, comp. Hernán Contreras Molina (Santiago: Pequeño Dios Editores, 2011), 367-370.

(Fragmentos)

El capitalismo norteamericano, desarrollado hasta límites fabulosos, necesita mercados nuevos y nuevos veneros de riqueza natural para su afiebrado acrecentamiento. Su objetivo neto es uno solo: la expansión. Y el Gobierno que representa a los ‘trusts’, el dólar que dictamina desde los sillones del Parlamento Federal, dan las normas de una diplomacia altanera y sin escrúpulos.

Los Estados Unidos tienden, hoy más que nunca, a sus confiados vecinos con discretas argucias las redes de un protectorado financiero pronto a convertirse en opresión política. Los sindicatos que monopolizan las industrias se tornan desmesurados en sus exigencias de expansión. Y el Gobierno de Washington, concreción y representante de una burguesía plutocrática, levanta sobre la América Latina, riquísima e ingenua, la espada de un odioso imperialismo.

(...)

El Panamericanismo –tendencia a la unificación de ideales e intereses dentro del continente– tiene su expresión formal: la Doctrina Monroe. Sintetiza esta doctrina, en su origen, la desconfianza americana ante las

pretensiones de las grandes potencias europeas, pero establece, asimismo, la existencia de un vago anhelo de predominio y la conciencia de una superioridad por parte de los Estados Unidos. El fondo de las declaraciones de Monroe se reduce a dos cosas: la negación del derecho a intervenir en los asuntos de América a los Estados extraños al continente, y el hecho de que los Estados Unidos considerarán como una provocación cualquier atentado contra la integridad de las naciones emancipadas.

(...)

En México –‘la frontera de la raza’– sus insinuaciones se han estrellado con un viejo rencor nacional y la videncia de algunos hombres incorruptibles. Y en vista de que el imperialismo capitalista no encuentra ahí asidero para sus pretensiones de privilegio, el Gobierno de Washington, su representante, se niega a reconocer el Gobierno de Obregón. En el Golfo la agitación es constante.

Más al Sur, en cambio, las naciones reposan en la ilusoria defensa de la distancia. Y contemplan con indiferencia risueña a los pueblos insignificantes que se debaten en las doradas garras del águila. Sin embargo, el peligro está cerca. La búsqueda de los empréstitos, la imitación de sus métodos políticos, la copia de sus instituciones educacionales, indican que existe una admiración colectiva hacia los Estados Unidos. Y esa admiración puede ser el primer eslabón de la cadena y la cruz de nuestra libertad.

(...)

Urge intensificar en los espíritus libres la inquietud del futuro. Urge que frente al interrogativo del Norte, se forme una conciencia latinoamericana. Urge que afirmemos una vez más nuestro espíritu libertario, nuestra oposición a todo lo que signifique tiranía, ya sea del capitalismo nacional, ya sea del capitalismo extranjero. Y urge, para ello, también, descubrir el verdadero alcance de esa doctrina que ha servido de antifaz a la voracidad de los traficantes de moral. El Panamericanismo es algo artificial, sin raigambre en la Historia ni en la realidad política de América. La hipocresía

adulona de los gobiernos y la ignorancia de los pueblos le rinden acatamiento, temerosos los unos de las iras tutelares de la Unión, deslumbrados los otros por una ficticia solidaridad continental. Sin embargo, recias voces disonantes se han elevado para condenar la peligrosa mentira y dar el anuncio salvador y la norma de la defensa necesaria. Y todos convergen a afirmar que el inconsistente panamericanismo debe ser sustituido por una sólida alianza hispanoamericana. ¿Alianza de Estados? No. Alianza de los pueblos dispersos que son un solo pueblo. Unión, unión, unión –dijo al morir el hombre representativo de la Independencia–.

«Programa de acción económica inmediata de la República Socialista (1932)», en *La República Socialista del 4 de junio de 1932*. 2da ed., Luis Cruz Salas (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2012), 79-92.

(Fragmentos)

El deber del Estado de proveer a la subsistencia del pueblo lo obligaría, desde luego, mientras se hacen sentir los efectos del programa económico que se ha expuesto, a recurrir al crédito de subsistencia para requisar los artículos de consumo de primera necesidad, tanto de alimento como de vestuario, que hoy día mantienen acaparados los comerciantes o productores con la esperanza de hacer una injusta ganancia por las diferencias de precios. Esos artículos serían repartidos gratuitamente a las familias y a las personas indigentes por intermedio de los propios sindicatos y gremios obreros.

La obligación del Estado de dar domicilio al pueblo engendra ínter tanto, mientras su plan de domiciliación no está realizado, el deber de suspender los lanzamientos. Para no perturbar la circulación de la economía se recurrirá desde luego en los recintos urbanos, al crédito de domiciliación, para liberar a los actuales deudores de sus compromisos atrasados de

arrendamiento y para rebajar el 50% de los cánones actuales. Finalmente, el crédito de domiciliación popular permitirá con la garantía del Estado transformar a los actuales ocupantes de domicilios urbanos en propietarios de ellos. En los recintos rurales se reconocerá inmediatamente a los actuales inquilinos la propiedad de sus posesiones, situación que se mantendrá hasta que el Estado le proporcione el domicilio de acuerdo a su plan de reforma agraria. Por tanto, en breve plazo, con la ayuda del Estado, se verán los trabajadores del campo y de la ciudad en posesión de sus domicilios.

Los Créditos Extraordinarios de subsistencia y domicilio de que el Gobierno tendrá que hacer uso para satisfacer las reivindicaciones inmediatas del pueblo, serán retirados por medio de contribuciones especiales garantizadas con la fortuna privada.

La realización del plan económico anterior requeriría la concentración, en un solo Ministerio, de las actividades correspondientes. Este MINISTERIO DE ECONOMIA NACIONAL tendría dos Subsecretarías de Producción y de Consumo, tres Direcciones Generales: del Crédito, del Comercio y del Salario; y, dos Departamentos, de Estadísticas y de Control.

Medita el país sobre las ideas que exponemos para solucionar en forma efectiva el más grave de los aspectos de la vida nacional. Los momentos que vive la República son para soluciones inmediatas; ya no hay tiempo que perder en estudios dilatorios. Necesitamos enfocar la naturaleza, gravedad y trascendencia de nuestros problemas fundamentales a través de un criterio nuevo, conforme con las realidades vivientes del ciclo histórico en que estamos.

La obra de transformación constructiva de la República no puede ser la acción de unos pocos; es indispensable la colaboración de todos los hombres de buena voluntad.

A estos nos dirigimos para que compenetrados de los principios salvadores que exponemos, contribuyan con nosotros a la formación de la conciencia social y a la realización, a breve plazo, de todos los puntos de este

PROGRAMA DE ACCIÓN ECONÓMICA INMEDIATA, que habrá de traer la liberación material, social y espiritual de la República.

Reivindicaciones inmediatas

1. El crédito debe ser monopolizado por el Estado en beneficio de la colectividad para evitar la explotación de los que trabajan por el capitalismo.

2. El Gobierno no aceptará paralización de las actividades de la producción, por lo tanto, ninguna empresa, nacional o extranjera, podrá sustraerse a pretexto de resguardar el interés o la ganancia del capital, del cumplimiento de la obligación que tiene de contribuir con su producción a la solución del problema económico.

Se pondrán, en consecuencia, en marcha las oficinas salitreras que se estimen convenientes y que están hoy día paralizadas.

Se intensificará el trabajo de las faenas fabriles y mineras que estén paralizadas o que hayan limitado su producción, declarándolas empresas de interés nacional.

3. El Gobierno reconoce su obligación de controlar el comercio interno y externo tomando en cuenta únicamente el interés social.

En consecuencia, en sus relaciones con los mercados extranjeros, tenderá a liberar la economía chilena del yugo del capitalismo extranjero y del capitalismo nacional al servicio del imperialismo.

El Gobierno procederá de inmediato a tomar por su cuenta las importaciones de azúcar, petróleo, bencina y demás artículos de primera necesidad.

Para que el Gobierno tome inmediatamente el control del comercio interno, procederá a exigir de las casas nacionales y extranjeras la declaración de sus existencias de artículos de primera necesidad, a fin estar en condiciones de asegurar la subsistencia normal del pueblo.

4. El Gobierno reconoce como uno de los deberes fundamentales asegurar la subsistencia de cada uno de los individuos de la colectividad, usando todos los medios de que dispone el país.

El Gobierno hará efectiva la obligatoriedad del trabajo para que cada cual disponga del poder adquisitivo suficiente.

Mientras se organiza la economía en forma que el Gobierno pueda cumplir su obligación de asegurar trabajo para todos, se adoptarán las medidas necesarias para dar al pueblo ALIMENTO, VESTUARIO Y VIVIENDA.

Se intensificará, bajo el control de las organizaciones obreras, el reparto de víveres, utilizando también el personal y los elementos de movilización y de preparación de que dispone el Ejército.

Mientras el Gobierno pueda cumplir su obligación de dar domicilio a toda persona, asegurará la vivienda al que hoy no tiene con qué pagarla.

En consecuencia se suspenderán todas las órdenes de lanzamiento y se arbitrarán las medidas para liberar a los arrendatarios de sus deudas atrasadas y para rebajar los cánones.

5. El Estado reconoce que la propiedad tiene una finalidad social y que, en consecuencia, sólo puede ser ejercida teniendo en vista los intereses de la colectividad.

Para evitar la injusticia que significa la desigual repartición de la riqueza se modificará el sistema tributario gravando las grandes rentas.

Mientras esta modificación se realiza se impondrá desde luego un impuesto extraordinario y progresivo a las fortunas superiores de un millón de pesos.

6. A fin de evitar entorpecimientos a la realización de este programa inmediato de reivindicaciones se procederá a la disolución del Congreso y de toda sociedad que coarte la libertad de acción del Gobierno».

Partido Socialista de Chile, «Declaración de principios», *Consigna*, 1, Santiago, marzo 1934, 1.

(Fragmentos)

El partido declara y acepta como puntos fundamentales de su doctrina los siguientes:

1. Método de interpretación. El Partido acepta como método de interpretación de la realidad el Marxismo enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social.

2. Lucha de clases. La actual organización económica capitalista divide a la sociedad humana en dos clases cada día más definidas. Una clase que se ha apropiado de los medios de producción y que los explota en su beneficio; y otra clase que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario.

La necesidad de la clase trabajadora de conquistar su bienestar económico y el afán de la clase poseedora de conservar sus privilegios, determinan la lucha entre estas dos clases. La clase capitalista está representada por el Estado actual, que es un organismo de opresión de una clase sobre otra.

Eliminadas las clases, debe desaparecer el carácter opresor del Estado, limitándose a guiar, armonizar y proteger las actividades de la sociedad.

3. Transformación del régimen. El régimen de producción capitalista, basado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, crédito y transporte, debe necesariamente ser reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva.

La producción socializada se organiza por medio de planes ordenados y sistematizados científicamente, conforme a las necesidades colectivas.

4. Dictadura de trabajadores. Durante el proceso de transformación total del sistema, es necesaria una dictadura de trabajadores organizados. La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible, porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación.

5. Internacionalismo y antiimperialismo económico. La doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo.

Para iniciar la realización de este postulado, el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica, para llegar a la Federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y la creación de una economía antiimperialista.

Partido Socialista de Chile, «Estudio crítico del salitre», en *Programa del Partido Socialista de 1935* (Valparaíso: Impresiones Aurora, 1936), 16-21.

(Fragmentos)

Al hacerse cargo del poder el Presidente Balmaceda, avanzado dentro de su época con una visión clara del porvenir, en su primer Mensaje Presidencial consagró un párrafo en el sentido de que debía procurarse nacionalizar la industria salitrera.

A medida que avanzaba el tiempo, el gestor North organizaba nuevas sociedades salitreras y los gestores político sociales a cuya cabeza se encontraban los Edwards y los Ross de esos años, estrechaban más y más el círculo que oprimía al Presidente nacionalista.

Estos hombres, en representación de los intereses imperialistas extranjeros financian y hacen la Revolución del 91, y con la derrota de Balmaceda

puede continuar impunemente el plan del capitalismo internacional de apoderarse de toda la riqueza salitrera.

Desde el 91 hasta hoy han realizado totalmente su plan. Han contado para ello con la ayuda incondicional y pagada de presidentes, ministros y congresales, la mayoría de ellos grandes abogados conservadores y de los demás partidos históricos con sueldos fabulosos de estas compañías extranjeras, y así han logrado por medio de decretos, leyes y decretos leyes vender el salitre, riqueza que era del Estado y que debe volver a manos del Estado.

(...)

Esta breve reseña objetiva del salitre es semejante a la que puede hacerse de todas las grandes riquezas nacionales. Todas ellas están hoy en manos del capitalismo internacional: salitre, cobre, yodo, caída de agua, fierro, azufre, etc.

(...)

Considerando que el salitre, como todas las riquezas del suelo y subsuelo, es una riqueza colectiva y es artículo de primera necesidad para la alimentación de la humanidad y muy especialmente para la fecundación de las gastadas tierras milenarias de Europa y Asia.

Que la economía de Chile está principalmente basada en la exportación de salitre, y que el abaratar el costo del producto es una necesidad social y económica. El Partido Socialista acuerda:

1. La nacionalización de la industria salitrera por expropiación, y
2. La explotación de todas las pampas y oficinas salitreras por grupos compuestos de técnicos, obreros y empleados, bajo la protección y control del Estado Socialista.

Partido Socialista de Chile, «Posición sindical del

Partido Socialista», en *Política sindical del Partido Socialista. Aprobada por el V Congreso del Partido, celebrado en Santiago en Diciembre de 1938* (Santiago: Impresiones Darricarrere, 1939), 23-27.

(Fragmentos)

Cuando el P.S. nació a la vida pública, el panorama sindical no podía ser más desastroso. Contrariando abiertamente las enseñanzas de Lenin, los comunistas criollos despedazaron el movimiento sindical chileno para hacerlo servir a sus particulares intereses de partido. Primero fue la FOCH; en seguida los sindicatos legales; no importaba la educación de las masas, sino el apoderamiento de las directivas, costase lo que costase, llegando a la destrucción del sindicato cuando este objetivo no se podía alcanzar. La clase trabajadora dejaba de formar un conjunto a quien había que enseñar y conducir, sino que estaba dividida pintorescamente según ciertos colores: aquí los rojos; acá los amarillos; más allá los blancos...

(...)

El Sindicato es para el partido no una escuela partidista, sino una escuela en que los propios trabajadores aprenden a estudiar, resolver y defender sus problemas económicos. Es necesario que la propia experiencia les indique el provecho de la organización, y, por consecuencia, su papel de clase puesta de relieve a través de sus demandas con sus patrones y de los conflictos colectivos planteados por su Sindicato. No hay otra manera más eficaz para despertar la conciencia clasista de los retardados e indiferenciados. La experiencia de más de cinco años demuestra que la táctica adoptada por el partido era la justa y que su política sindical acabó por dar la seriedad y empuje necesarios a la lucha contra el sistema.

Pero esta posición sindical del partido no significa que pierda de vista la misión que tiene en la lucha en contra del régimen, porque la experiencia histórica indica que es indispensable la existencia de un Partido obrero, una

organización política de la clase obrera, capaz de dirigir las fuerzas proletarias y de darles una dirección unitaria en la persecución de un objetivo determinado, cual es su emancipación política y económica completa. El partido se convirtió así en el director de todo un vasto movimiento político-económico de los trabajadores, a través de los sindicatos y a través de su partido, el Socialista.

Armado de una teoría y de una experiencia sumamente provechosa, el partido afronta hoy por hoy la responsabilidad de conducir a las masas al triunfo. Esta teoría es la dialéctica marxista que, en su esencia, consiste en el estudio de los hechos sociales para deducir de ellos lo que es necesario al proletariado para proseguir en su avance. Esta misma teoría indica al Partido que no se puede hacer una diferencia radical entre los problemas de carácter económico y los políticos, porque ambos entran en el conjunto de la lucha de la clase obrera y porque este conjunto está dirigido a un fin: la derrota de la burguesía y la conquista del poder. Por otra parte el partido domina todo el panorama de la lucha, no sólo en un aspecto unilateral; por eso está en condiciones de dirigir a la clase. No cumpliría fielmente su cometido si dejara al margen de su actividad como partido a los sindicatos bajo el pretexto de no mezclar la política con la gestión económica de los trabajadores. Lo que sostenemos es que el sindicato no debe servir a los intereses partidarios, muchas veces transitorios, sino que un Partido verdaderamente responsable de su misión revolucionaria debe dirigir la acción sindical en una línea común con el movimiento general del proletariado.

Por otra parte, cuando nosotros los socialistas hablamos de política obrera, entendemos la oposición de la clase de los trabajadores a la clase capitalista, la presentación y defensa de reivindicaciones generales de clase. Considerado de este modo el asunto, se ve que en todo movimiento económico hay elementos de carácter político, porque en la más insignificante huelga, por ejemplo, la lucha en contra del patrón es, en buenas cuentas, la lucha contra el régimen. Por estas circunstancias es que el Partido tiene la obligación de orientar el frente económico-político de los trabajadores.

Alejandro Chelén, «El Partido Socialista forjador de la unidad», en *El partido de la victoria* (Chañaral, Chile: Imprenta Avance Chañaral, 1939), 13-17.

(Fragmentos)

Las convulsiones políticas que habían agitado al país, la atmósfera candente que se respiraba en los propios sectores de izquierda y el recelo y la desconfianza con que se miraba al intelectual dentro de los grupos obreros, fueron factores que retrasaron durante muchos años las luchas sociales en Chile. El Partido Socialista, que pudo apreciar la gravedad que encerraba tal actitud y que supo valorar el inmenso porvenir que aguardaba a estos sectores bajo una bandera común de luchas, borró esa desconfianza existente del obrero hacia el intelectual. Los unos aportarían el fragor combativo y la dureza de sus convicciones revolucionarias, adquiridas a través de innumerables huelgas y de heroicos sacrificios; además, daría al partido, la certidumbre de un fuerte contenido proletario. Los otros, contribuirían con sus conocimientos teóricos y doctrinarios; ayudarían a fortalecer, en forma efectiva, el concepto revolucionario de la acción, mediante un plan de trabajo elaborado conforme a los principios sustentados por los estatutos que rigen la marcha del Partido. Se puede decir, que el Partido Socialista, en un fraternal abrazo –entre obreros y empleados–, hizo ver que tan explotados eran los unos como los otros, y precisaban desde una misma barricada luchar como hermanos de infortunio contra los explotadores, esa casta minoritaria que había hecho de Chile un feudo avasallador y egoísta, una bastilla de intereses creados.

Después, tras una larga y titánica pelea, en que el Partido Socialista hubo de vencer muchas incomprendiones, logró conquistar una nueva victoria, para dar a la clase trabajadora una verdadera unidad que permitiera coordinar los trabajos de las izquierdas en un solo haz y así tener posibilidades de triunfo sobre sus enemigos tradicionales. Llamó a la unidad a los demás partidos afines, creando el año 1934 el Block de Izquierdas. Fue en aquel entonces cuando la administración Alessandri empezó a hacer uso de las leyes

drásticas y el Block de Izquierdas, desarrolló una activa campaña de oposición a las torpes e inicuas medidas tomadas por el gobierno.

Este organismo estaba integrado por radicales, socialistas, comunistas y democráticos. Podemos afirmar que ha sido el primer proceso unitario que se ha conocido en el país y que dos años después culminó en la formación de ese poderoso movimiento de liberación nacional y que tan acertada actuación ha tenido: el Frente Popular. Este organismo que nos dio la victoria en octubre del año recién pasado, tuvo como base y fue nervio y alma de su acción de lucha en la campaña presidencial el Partido Socialista. Así como había logrado unir dentro de sus filas al intelectual y al obrero, en seguida, organizar el Block de Izquierda y después, hizo posible la victoria del Frente Popular, gracias a su espíritu unitario, así también, este partido supo valorar lo que significaría la unidad de los sectores de izquierda, en un plano de lucha más grande, podemos con toda justicia llamarlo, el partido de la unidad y de la victoria.

Dentro del Frente Popular, el Partido Socialista ha sido el único forjador de la unidad. Desde el 4° Congreso del Partido efectuado en la ciudad de Talca, Grove fue proclamado candidato a la presidencia de la república. Y desde ese día, de Arica a Magallanes, sólo se oía un grito, que condensaba todo un mundo de justicia y de libertad; ya sea en la ciudad o en la aldea, en el campo o en la mina, en todos los rincones de Chile, una voz que los trabajadores lanzaban con fervor: Grove al poder.

(...)

Sin embargo, frente a todos estos hechos, que claramente demostraban el interés de las clases populares de llevar a Grove como candidato presidencial, el Partido Socialista, antes que se produjera la ruptura del Frente Popular y en vista de la incomprensión de algunos sectores de izquierda, acordó asistir a una Convención que se realizó en los salones del Congreso Nacional. De esa Convención tendría que salir el candidato único de las izquierdas a la presidencia de Chile.

Largo sería enumerar los pormenores habidos en la Convención; pero de los dos candidatos en lucha, Marmaduke Grove por los socialistas y Pedro Aguirre Cerda por los radicales, triunfó este último, con el apoyo de los democráticos y el apoyo indirecto de los comunistas, que se abstuvieron de votar hasta el último. En tal situación, el Partido Socialista, una vez más, de acuerdo con Grove, dieron prueba de su espíritu altamente unitario, al apoyar incondicionalmente la candidatura Aguirre Cerda. Con esto, no sólo demostraba el Partido honradez revolucionaria y de lucha, sino que al sacrificar a Grove daba al pueblo la unidad para luchar y la daba también, para vencer.

Capítulo 2

La trabajosa configuración del liderazgo socialista en la izquierda chilena: del triunfo del Frente Popular a la constitución de un frente clasista

La Segunda Guerra Mundial y la lucha contra el fascismo generan tirantez entre los partidos Socialista y Comunista y la disputa, atizada también por otros factores, concluye en la ruptura de la alianza frente populista. El PS formula una política antiimperialista de alcances latinoamericanos que se basa en el principio de autodeterminación de los pueblos en situación colonial o semicolonial. Subraya su inquietud por la futura inserción económica de Chile en el escenario de posguerra, enfrenta el dilema entre la expansión del capitalismo estadounidense y el nacionalismo desarrollista. En dicho marco, debido a la posición exportadora altamente vulnerable del país, algunos sectores se acercan a las posiciones estadounidenses. Los socialistas son los primeros en demandar la ruptura con Alemania y sus aliados. El problema del imperialismo y del fascismo tensionan la configuración de los términos del nacionalismo latinoamericanista, que es parte del proceso de construcción de un socialismo chileno.

Salvador Allende, *La realidad médico social chilena* (Santiago: Lathrop, 1939), 5-7.

(Fragmentos)

Chile, al igual que la mayoría de los demás países sudamericanos, ha vivido a merced del coloniaje económico y cultural que ha obstaculizado el progreso social y el desarrollo de nuestras riquezas naturales. Más aún, estos factores han impedido que el pueblo logre el standard de vida compatible con el de país civilizado y medianamente culto. Ciento veinte años de vida política independiente no han bastado para incorporar a la vida

cívica a las clases proletarias dentro del juego normal del progreso; apenas han sido suficiente para que las capas modestas, en escaso porcentaje, disfruten de una mínima parte de los adelantos económicos, técnicos y culturales alcanzados por la humanidad.

El formidable auge del industrialismo, los progresos de la ciencia, los adelantos realizados dentro del campo de la higiene y de la medicina, los beneficios del acervo cultural, les han estado prácticamente vedados a la gran masa de los chilenos, que es en definitiva la forjadora de la riqueza pública. Nuestra economía nacional estuvo, hasta hace pocos años, dependiendo exclusivamente de dos o tres productos de exportación, principalmente el salitre y el cobre, que constituyeron las primordiales fuentes de entrada del Estado; industrias extractivas que no han sido explotadas por capitales chilenos ya que siempre han estado en manos de empresas extranjeras y a merced de los intereses del imperialismo económico internacional. Por el contrario, la agricultura y las industrias fabriles se han desarrollado en la rutina y el empirismo, debido a la imprevisión de los regímenes pasados, al sentido conservador de la casi mayoría de los gobernantes del país, y a que el progreso de la técnica no había logrado infiltrarse en grande escala en las labores del campo y de la industria. Nuestros agricultores continuaron el cultivo de aquellos productos de fácil mercado que iniciaron los primeros colonos, desaprovechando una gran cantidad de terrenos cultivables, explotando más al hombre que a la tierra, carentes de un sistema orgánico y metódico de regadío y de comunicaciones, y utilizando instrumentos y maquinarias anticuadas. Por otra parte, las industrias ligeras se preocuparon del desarrollo de aquellos productos que tenían mercado fácil y seguro, sometiéndonos a la condición de consumidores de mercaderías manufacturadas producidas por los grandes países industriales. De ahí la razón de que casi el 35 por ciento de los recursos provenían de las actividades del salitre y, en menor proporción, del cobre, que obtuvieron para sí un régimen favorable en el pago de tasas.

La crisis económica mundial del año 1929 determinó una baja súbita en el rendimiento de nuestras dos grandes industrias de exportación, y la economía chilena vio quebrarse los dos pilares que la sostenían. Las

medidas tomadas apenas lograron paliar los efectos producidos por la repercusión de la crisis internacional. Sometida a los acontecimientos, la economía chilena buscó otros caminos, y en diez años recorridos, se ha conseguido desarrollar algunos otros aspectos de nuestra agricultura: se han encontrado nuevos mercados en el exterior y ha crecido, por el empuje de pequeños capitales nacionales, la producción industrial manufacturada que ha obligado a disminuir, en parte, los porcentajes de exportación. No obstante estos progresos alcanzados, en términos históricos seguimos siendo un país colonial y dependiente.

El progreso obtenido en el rendimiento de la producción nacional no ha dado un margen sensible de bienestar en las capas populares porque al capitalismo internacional –dueño económico y financiero de los grandes centros de producción– le interesa sólo producir para satisfacer la demanda de los mercados, y no más. A las empresas capitalistas no les inquieta que haya una población de trabajadores que viva en condiciones deplorables, que esté expuesta a ser consumida por las enfermedades o que vegete en el obscurantismo.

Lo que mueve su afán de producir es el lucro, la ganancia ilimitada, sin reparar que en esta tarea un pueblo se aniquile o se malogre, ya que ni siquiera se detiene ante el recurso de la guerra en su obsesión de conquistar los mercados mundiales. Este ha sido el deleznable destino de los países semicoloniales, de nuestros países sudamericanos que han sido inagotables emporios de riquezas y de materias primas al servicio del esplendor de las grandes naciones del mundo.

(...)

Sabemos, pues, que el desarrollo de nuestra economía nacional está enmarcado dentro de las posibilidades que ofrece el mercado mundial. La solución de nuestros problemas económicos no está, como algunos creen, en el cambio automático del régimen de propiedad de ciertos productos de exportación, sino preferentemente en encontrar para ellos un mercado seguro y ventajoso. La nacionalización de las fuentes productivas para satisfacer el puro sentimiento nacionalista nada resuelve ni agrega ventaja

económica; es menester hacerlo con vistas al juego del mercado y de la competencia mundial. Naturalmente, el desarrollo de la producción nacional, al crear nuevas fuentes de trabajo, al incorporar grandes contingentes de obreros y de empleados a una actividad remunerativa, ha de elevar la capacidad adquisitiva del conjunto de la Nación; pero por mucho que se modifique la estructura interna de nuestra economía, el verdadero aumento de sus dimensiones está vinculado, sin duda, a la economía internacional. La guerra que se desarrolla en estos momentos, al cerrar para Chile algunos de los mercados europeos que nos eran habituales, es la prueba fehaciente de esta verdad y demuestra que la buena voluntad de los estadistas tiene su límite en la relación que las leyes de la economía mundial han impuesto a los países secundarios y dependientes.

Luis Zúñiga, «El pacto nazi soviético y la política internacional del PS (1939)», en *Archivo Salvador Allende*, vol. 19, Historia documental del PSCh, 1933-1993. Socialismo y nación. Socialismo y mundo, comp. Alejandro Witker (Concepción: IELCO, 1993), 183-187.

(Fragmentos)

El pacto firmado entre Hitler y Stalin para repartirse Polonia encierra graves proyecciones políticas internacionales que debemos plantear con absoluta franqueza ante las clases trabajadoras. Desde luego significa la ruptura violenta de la línea política de defensa de las democracias seguida por Stalin y la 3a. Internacional después del famoso ‘gran viraje’. En seguida, es un reconocimiento de la política de agresión armada llevada a cabo por las grandes potencias imperialistas contra los países débiles. Es una legitimación de la política imperialista y el rechazo de la política de libre determinación de los pueblos. Además, provoca la desintegración de las Internacionales de Europa, y sobre todo de la tercera, pues quiebra todos sus principios teóricos con los cuales se había enfrentado a la Segunda

Internacional, dado que el gobierno de la U.R.S.S. está en manos del Partido Comunista ruso, columna central de la Tercera Internacional.

(...)

Los acontecimientos producidos en Europa y las alternativas contradictorias de la política internacional soviética, las luchas encendidas nuevamente entre las organizaciones internacionales del proletariado, revelan la justeza de nuestra posición para apreciar las relaciones entre los trabajadores de los diversos países del mundo y para fijar nuestra orientación política en el plano nacional.

1. Hemos permanecido al margen de las luchas fratricidas desencadenadas entre los partidarios de la Tercera Internacional e igual actitud hemos observado en la contienda llevada al plano universal entre Trotsky y Stalin, porque hemos considerado que esa política divisionista y sectaria, encendida por disputas teóricas o de caudillo, eran contrarias a los intereses de los trabajadores de América.

2. Rechazamos la intervención de consignas impuestas desde el extranjero para orientar nuestra política nacional y negamos la eficacia de las internacionales de Europa para dirigir los destinos de la clase trabajadora de nuestro continente. A menudo esas directivas han carecido de arraigo en nuestra realidad, no han sabido interpretar nuestras modalidades ni fijar nuestros rumbos, y sus orientaciones han dado resultados contraproducentes y perjudiciales para nuestros movimientos populares. América tiene problemas que le son propios, como la lucha contra el latifundio y el imperialismo, el desarrollo de sus fuerzas económicas, y necesita resolverlos de acuerdo con sus modalidades sociales y políticas.

Por eso no admitimos en el seno de nuestro Partido las consignas estalinistas ni las teorizaciones trotskistas, planteadas generalmente en función de una lucha de la cual deben quedar exentas nuestras clases trabajadoras. El reformismo de la Segunda Internacional, el estalinismo y el trotskismo no tienen cabida en nuestras determinaciones políticas ni en la vida interna de nuestro Partido.

3. La desintegración y las contradicciones de las internacionales europeas, asimismo el análisis de nuestros problemas del continente, exigen la unidad de los trabajadores americanos dentro de normas de lucha y orientaciones comunes. Con este objeto sostenemos la necesidad de concertar la unión de los partidos socialistas y organizaciones políticas afines de América en una gran entidad unitaria que signifique la creación de una agrupación internacional, con miras a la solución de nuestros problemas comunes, a la defensa de los trabajadores del continente y sin sujeción a directivas fracasadas de los organismos internacionales de Europa. Esta nueva agrupación internacional americana debe constituir un gran paso hacia la unidad universal de los trabajadores y no está en modo alguno reñida con la solidaridad para con el proletariado de todos los países del mundo.

4. En el primer plano del programa de esa agrupación de fuerzas populares de América debe figurar la lucha contra el fascismo tanto en el aspecto nacional como en el internacional. Debemos fortalecer y uniformar la lucha antifascista de tal modo que jamás el fascismo pueda llegar a nuestro continente. La actual guerra plantea la necesidad de una rápida era de comprensión de partidos socialistas y fuerzas afines americanas para coordinar la lucha contra el fascismo.

5. De igual manera, debemos propulsar la unidad de acción de todos los países y gobiernos democráticos americanos contra la penetración del imperialismo fascista.

6. Debemos, en seguida, concertar una política antiimperialista continental de todos los pueblos sometidos a la intromisión del imperialismo, cualquiera que sea su nombre, pues frente a la política avasalladora del capitalismo internacional debemos imponer como principio indestructible el de la libre determinación de los países que hoy se hallan en situación colonial o semicolonial. No cabe otra norma de convivencia internacional que el justo respeto a la soberanía económica y política de los Estados y las relaciones deben mantenerse en un plano de completa igualdad y libertad entre las diversas naciones, sean grandes o pequeñas.

La acción aislada de un país frente a las grandes potencias imperialistas que dominan la América Latina ha resultado estéril e ineficaz, dada la magnitud de la empresa por realizar.

La lucha contra el imperialismo exige unidad de acción de los países sometidos a su funesta penetración, y esta tarea debe ser emprendida por los partidos socialistas y fuerzas antiimperialistas latinoamericanos.

Óscar Schnake, «Misión del ministro Schnake en La Habana y EE. UU.», en *América y la guerra*. *Sensacional discurso del ministro Schnake* (Santiago: Departamento de Publicaciones, Taller de publicaciones PS, 1940), 9-32.

(Fragmentos)

La Conferencia de La Habana fue el fruto del malestar que creó en los países de la América Latina la actual guerra mundial. Las consecuencias económicas desastrosas que la guerra mundial creaba en todos los países de la América Latina encendió este concierto de todas las naciones, para reunirse por segunda vez después de la Conferencia de Panamá de 1939, a fin de cambiar ideas y ver manera de pactar la cooperación económica entre todos los países del continente que viven libres de la guerra y, una vez concertada esta cooperación económica, poder seguir manteniendo a los países de este continente en la paz, en la neutralidad y el trabajo que todos deseamos. Ese fue el origen de estas Conferencias; la Conferencia de Panamá del año 1939 y la Conferencia Interamericana de La Habana, realizada en el corriente año.

Es necesario que miremos la guerra mundial no según la quieren hacer ver los que hoy se disputan el dominio del mundo. La guerra mundial ha envuelto hasta hoy a tres continentes del Universo y a más de 20 países que están viviendo las angustias de la guerra y sufriendo el bloqueo y el contrabloqueo que hacen que el intercambio entre nuestros países y los

países que actualmente están en guerra se haya hecho difícil, y que cada día sea más difícil para nosotros todo intercambio comercial. Este conflicto mundial no puede ser, ni debe ser, una especie de espectáculo que nos divida aplaudiendo más a uno o a otro contendor. La guerra actual no es para nosotros un espectáculo que pueda darnos esa tranquilidad de mirar a algunos con simpatía desde Moscú, a otros con simpatía desde Berlín; a otros con simpatías desde Roma, o a otros con simpatía desde Londres.

La guerra mundial, camaradas, es una tragedia que dificulta las relaciones comerciales de todos los países y que lleva la miseria no sólo a los países que están actualmente en guerra, sino aun a los mismos países que permanecen en la paz. La guerra, para nosotros, ha llegado, casi se puede decir, a traspasar las fronteras de nuestros países americanos con sus consecuencias económicas; ha producido la carestía de la vida, la escasez de algunos artículos y amenaza con la miseria a los habitantes del continente americano. Vivimos, sólo al parecer, fuera de esta guerra. Luego, camaradas, no podemos seguirla mirando con indiferencia sin preocuparnos de sus consecuencias. Esta guerra la debemos mirar tal como si la población civil indefensa, que forma la retaguardia de un país en guerra, fuera víctima de bombardeos, y debemos comprender que el pedazo de pan de menos que tiene cada uno de nuestros niños es un pedazo que la metralla de esta guerra quita a todos estos hogares que quieren vivir en paz.

Los países de la América Latina tienen una población de 130 millones de hombres; 130 millones de hombres que fueron y serán disputados por las grandes potencias capitalistas del mundo para tenerlos como compradores de las mercaderías que producen sus fábricas, es decir, disputados como mercados consumidores, ya que necesitamos comprar las máquinas que ellos fabrican y que nosotros no construimos todavía, y tantos artículos que no se producen en nuestros países y que ellos elaboran en sus fábricas que están enormemente adelantadas. De otro lado, estos países de la América Latina producen todas las materias primas que van a las fábricas para ser transformadas; producen de ellas el 30 por ciento; casi un tercio de las materias primas necesarias para el mantenimiento de la población mundial y del actual régimen económico.

(...)

Esos fueron los objetivos de la reunión de La Habana, y creo yo que no puede haber ninguna voz seria y honesta, ninguna voz de un chileno, que pueda decir que se traiciona al país porque se ha ido a consolidar, se ha ido a firmar un convenio de paz y de neutralidad para nuestros países de Latinoamérica. ¿O quieren, aquellos que protestan, como el Partido Comunista, que no lleguen hasta las tierras americanas algunos de los contendientes pero que pueda libremente llegar a estos países el contendiente que ellos apoyan para que encienda aquí entre nosotros la división y para hacer lo que han hecho en otras partes: el papel de quinta columna, traidor de la clase trabajadora?

Pues bien, camaradas: ¿desean con esto, desean acaso, con la oposición a esta política de cooperación y de recíproca ayuda a los países del continente americano que mañana puedan tener libre entrada no sólo los civiles instrumentos de los Gobiernos nacistas y fascistas de Europa, sino que también puedan pisar libremente nuestra tierra independiente y soberana los grupos armados de aquellos países que hoy día tienen bajo la bota a todo el continente europeo? Si es esto lo que desean, camaradas, que esta tierra sea la ‘tierra de nadie’, para que las potencias del mundo vengan a jugar con nuestra suerte y que para los dictadores del mundo seamos nosotros un bocado apetitoso, creo yo íntimamente que se equivocan, y que recibirán de todo el pueblo de Chile, de toda la clase trabajadora, el repudio más grande y la condenación más efectiva...

Otro acuerdo adoptado en La Habana es uno ‘Sobre actividades dirigidas desde el exterior contra las instituciones nacionales’. Yo declaro hidalgamente que he firmado un acuerdo en virtud del cual los países se comprometen a crear, dentro de su absoluta independencia y soberanía, todos los resortes legales eficaces para impedir que lleguen hasta el seno de algunos, la acción dirigida por Gobiernos exteriores o por grupos extranjeros que no desean otra cosa que nosotros seamos carne de cañón para ellos... y este acuerdo, camaradas, es un acuerdo que defiende la integridad de nuestro país. No debemos ser juguetes de lo que los grandes genios del extranjero inventan para servir el capital y servir a las clases

trabajadoras. Es necesario que seamos capaces de hacer nuestros propios instrumentos, de hacer nuestro camino, que seamos capaces, por nuestra inteligencia, por nuestra idea, por nuestro sacrificio' de hacer la liberación por la cual luchamos, la liberación de los trabajadores y la liberación del país entero...

Camaradas: cuando se mira la guerra mundial desde aquí, desde el fondo de la mina, desde el fondo del conventillo, desde el fondo de la fábrica chilena, desde el fondo de toda nuestra tierra, llegamos a la conclusión lógica de que son equivocados los caminos enemigos de la unidad de todos los países del continente americano.

Salvador Allende, «Posición y actuación del Partido Socialista en la política chilena» (discurso en el Teatro Caupolicán, 1944), en *Salvador Allende. Obras Escogidas*, comp. Gonzalo Martner García (España: Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar y Fundación Salvador Allende, 1992), 97-121.

(Fragmentos)

Hemos dicho que Chile no puede ser considerado como una isla, como un pueblo al margen del desarrollo del mundo. Hemos sostenido y sostenemos la necesidad imperiosa de un entendimiento político y económico de los pueblos de América, débiles en su economía y en su desarrollo industrial, ricos en materias primas.

El año 37 se decía: El Partido Socialista afirma y exalta la personalidad propia y definida que debe tener la revolución latinoamericana antifeudal, antiimperialista y antifascista, cuyo objeto esencial es la unión económica y política de Latinoamérica en los marcos de una democracia de trabajadores organizados.

Dentro de esta idea, el VI Congreso Ordinario del Partido Socialista, el año 38, al hacer pública la independencia del partido de todas las Internacionales y su falta de sometimiento a directivas extrañas a nuestra realidad, expresamos: ‘a menudo estas directivas han carecido de arraigo en nuestra realidad; no han sabido interpretar nuestra modalidad ni fijar nuestros rumbos. Sus orientaciones han dado resultados contraproducentes y perjudiciales para nuestros movimientos populares. América tiene problemas que le son propios, como la lucha contra el latifundio y el imperialismo, el desarrollo de sus fuentes económicas, y necesita resolverlos de acuerdo con sus modalidades sociales y políticas’.

(...)

El VII Congreso del Partido Socialista reafirmó nuestros puntos de vista frente a la necesidad de un entendimiento económico y político de América y nuestra decisión de luchar por un franco apoyo a las democracias.

Planteamos nuestros puntos de vista cuando gran parte del país y la totalidad de los partidos políticos eran partidarios de una neutralidad absoluta. Fuimos los primeros, los únicos, que hablamos del rompimiento con el Eje. Dijo el partido en esa oportunidad: «Un día cualquiera esta neutralidad que algunos predicán con tanta maña y otros con verdadera convicción patriótica, puede saltar hecha trizas por las necesidades de un beligerante. Es preferible mirar de frente y anticipadamente los peligros que pueda correr nuestra independencia política y nuestra soberanía económica. Sólo así podemos buscar el camino del interés nacional y continental. Olvidan unos de buena fe, y otros quieren hacer olvidar, que Sur y Centroamérica son un mercado consumidor de 130.000.000 de hombres, con escaso desarrollo industrial, que produce el 30% de las materias primas de consumo disputados por las grandes potencias capitalistas mundiales. Nuestra neutralidad no puede ser sino relativa; para mantenerse estrictamente neutrales sería menester que los países desde México al Cabo de Hornos aumentaran a tal punto su intercambio comercial y su standard de vida que fueran capaces de absorber todo lo que producen, realizando una especie de autarquía continental, y esto no es posible. Las estadísticas dicen todo lo contrario. Mientras tanto, tenemos obligadamente que vender

lo que más podamos a los Estados Unidos, que está al borde de ser una potencia francamente beligerante, si queremos impedir el derrumbe de los precios, el colapso de nuestra producción minera y agrícola, con su cortejo y fatal de cesantía».

En el VIII Congreso, realizado el año 41, se propició con mayor rigor la ruptura de relaciones con el Eje, pero sobre bases y condiciones que dieran a Chile la seguridad de una amplia, seria y efectiva colaboración económica de los Estados Unidos para la industrialización de nuestro país: desarrollo de las industrias del acero y del cobre, y de todas aquellas que, de acuerdo con nuestras posibilidades, fueran necesarias para el progreso industrial de Chile.

Afirmaba también el VIII Congreso que nuestra actitud de apoyo a las democracias afianzaba nuestra convicción de que los países latinoamericanos deben defender con toda energía su independencia política y soberanía económica de toda agresión o predominio imperialista de las grandes potencias, y que las relaciones de nuestros países con los gobiernos extranjeros deben mantenerse en un pie de absoluta igualdad, dignidad y soberanía.

Después de dos años, a pesar de la acción de los vacilantes y de los recalcitrantes, el gobierno rompió. Los puntos de vista sostenidos por el partido se confirmaron, pero esta política de ruptura no significó ni ha significado un cambio fundamental de rumbos en las actividades económicas y financieras de la nación, y, al contrario, ha pasado a ser administrada por grupos que la resistieron anteriormente que no han tenido una visión responsable de los interrogantes que el futuro deparará al país.

(...)

Al considerar la repercusión que traerá la guerra en el mundo, dijimos, en un manifiesto al país, el 21 de febrero de 1943:

«Esta guerra es una revolución. Los que todavía esperan que no lo sea, no se dan cuenta de que la revolución inherente al actual conflicto se encuentra ya en marcha. Las nuevas condiciones sociales y económicas en Inglaterra

y Estados Unidos, el estrechamiento de relaciones con la URSS, la convulsión de Francia, las consecuencias internas y externas que producirá la caída del nazifascismo, la indudable alza material y política de América Latina, el nuevo status que se anuncia ya para la India, el resurgimiento de una China unida y moderna, el acercamiento de Canadá al resto del continente, las más íntimas relaciones con Australia y el consiguiente cambio de actitud al respecto, todo esto es ya, sin duda, una revolución.

«Esta nueva revolución en marcha habrá de significar nuevas modalidades económicas, nuevas relaciones de convivencia entre los hombres y los pueblos, que aseguren una paz basada en la justicia y el bienestar colectivos. Pero este proceso no puede quedar abandonado al azar ni expuesto a las asechanzas de sus enemigos, prontos a desfigurarlo o a destruirlo. Ha de ser organizado y dirigido por el pueblo mismo, por sus clases laboriosas y masas productoras.

«La etapa histórica en ciernes deberá implantar algunas soluciones esenciales del socialismo, que otorguen a las masas la plenitud de derechos y el disfrute del bienestar material y cultural que son acreedores los que, con su trabajo, constituyen el factor fundamental de la riqueza.

«Para esa labor, el país debe estar preparado. Si consideramos que la guerra actual es una ‘guerra de pueblos’, y el siglo ‘el siglo de las masas’, nunca ha sido mayor la urgencia de que los trabajadores organicen, disciplinen y actúen con miras a su liberación definitiva. De otro modo, la paz, lejos de sancionar los principios que ahora movilizan a las Naciones Unidas hacia la victoria, será malograda por los intereses creados y la reacción».

(...)

El Eje nazifascista tiene perdida la guerra. Alemania hace intentos para demorar la hora final de su derrota, y su penetración en los distintos países contribuye con sus planes a una confusión general. Rusia, por su parte, comprende el creciente carácter político de esta guerra, que, como hemos dicho, es una revolución. Ve el peligro de que el movimiento de evolución social que representó sea constreñido por lo que ello significa en los

cambios profundos del régimen de propiedad. Por eso, Rusia juega sus cartas políticas sobre Europa.

La transformación de su régimen en una Confederación de Repúblicas no sólo significa la posibilidad de llevar delegaciones tan numerosas como las de Gran Bretaña y sus dominios, y las de Estados Unidos y sus satélites, sino la de abrir las puertas para aumentar esta Confederación con otros pueblos. Rusia impulsa al mariscal Tito, niega al Gobierno polaco de Londres, pero reconoce a los militares polacos organizados en Rusia. Crea un Comité de Alemania Libre, dirigido por el famoso general Von Paulus, el vencido de Stalingrado. Se entiende con Checoslovaquia, es no beligerante frente a Bulgaria, le ofrece paz a Finlandia, les da carácter especial a sus representantes ante De Gaulle, y trata con Badoglio.

Por su parte, las potencias anglosajonas ven este predominio y tratan, a su vez, de neutralizarlo. Sólo así puede entenderse su apoyo a los regímenes conservadores europeos representados por los Gobiernos exiliados en Londres, sus primitivos tratos con Darlan, colaborador de Pétain, su no ruptura contra Finlandia, su apoyo indirecto al régimen de Franco en España.

Gran Bretaña, en particular, junto con salvar su propio Imperio, procura acrecentar su influencia política reforzando, por una parte, los lazos que la unen con sus dominios, y ratificando, por la otra, la permanencia de su autonomía imperial.

Estados Unidos esencialmente busca el apoyo de sus satélites de América Latina. De ahí la tolerancia frente a gobiernos dictatoriales. Gobiernos pseudo-democráticos, a los cuales maneja fácilmente, porque le deben su existencia, su apoyo económico.

Por su parte, España también entra en este juego y trata de influir sobre América Latina. El régimen de Franco quiere ser la cabeza de un imperio espiritual de habla española, que le permita perpetuarse y tener una importancia en la postguerra. Por eso, España está interesada en la formación de regímenes políticos que obedezcan a sus grandes líneas

arquitecturales; son regímenes antiobreros, antinorteamericanos y militares fascistizantes. El surgimiento del movimiento argentino y sus proyecciones en América tienen esta característica; éste no puede ser un movimiento local; tiende a reconstituir los antiguos virreinos, sobre las bases ya enunciadas.

En otros países de América se observan despuntes de grupos militares o de caudillos civiles que tienen la misma factura.

Frente a estos hechos, frente a este reparto futuro de mercado y de fuentes de materias primas, frente a este vasallaje que se insinúa, que se perfila, o que ya se siente, la América nuestra se presenta siempre como un continente lleno de contradicciones; la guerra ha lanzado ya sobre ella ideas y hechos que chocan con realidades nacionales, ajenas al sentir y al pensar de muchas de estas naciones. América debe sentir con fervor creciente la necesidad de su unidad, y la América popular la necesita sobre la base de una soberanía continental y dentro del ejercicio de una auténtica democracia y de una auténtica libertad.

En nuestra afiebrada inquietud por el destino de Chile y de nuestros países, el Partido Socialista ha planteado la necesidad de firmar la Carta del Atlántico y de establecer relaciones comerciales con la Rusia soviética, pero la Carta del Atlántico no basta; las cuatro libertades consignadas para los pueblos en ella: la libertad de expresión, la religiosa, la de vivir sin temor y la liberación de la miseria, sólo serán efectivas en aquellos países que poseen la fuerza suficiente para imponerlas dentro de su propio territorio y hacerlas respetar por los demás.

No basta la política de Buena Vecindad para confiar permanentemente en ella. Es propiciada por sólo un sector de Estados Unidos, y a su sombra, por lo demás, han prosperado dictaduras y gobiernos antidemocráticos, antipopulares.

Por eso, por la inquietud que sentimos por estos pueblos nuestros de economía incipiente, de desarrollo industrial escaso, fuentes de materias primas y bases de mercados, es que el Partido Socialista ha ido más allá y

propugna la Carta de América, en la cual se consulten las garantías económicas, sociales, culturales y políticas de los pueblos de América en el presente y en el futuro.

Sólo una América unida impedirá que, en la hora de la paz, se burlen sus derechos y que persistan en ella influencias del gran capital internacional o de los sectores políticos retardatarios que hasta ahora la han dominado.»

La experiencia de gobierno del Frente Popular abre en el PS el antagonismo entre un corporativismo burocrático que no tarda en constituirse y la opción por la organización y movilización social. Los partícipes en el Frente Popular viven un momento en que los gobiernos deben hacerse cargo de los procesos de cambio: urbanización, industrialización, desarrollo de la infraestructura pública, crecimiento de los servicios estatales y modernización del aparato estatal. En paralelo a la transformación económica tiene lugar la mutación de los sectores sociales, en especial obreros y capas medias, que potencian sus organizaciones y adquieren protagonismo. El programa socialista incluye la nacionalización de las riquezas básicas, la expropiación del latifundio y una poderosa política educacional laica que se enfrenta al poder de la Iglesia Católica. Sin embargo, los socialistas deben pronunciarse sobre temas más contingentes y elaborar propuestas de mayor viabilidad política. En ese curso cobran peso y se redefinen las tradiciones que el socialismo arrastra desde antes de la convergencia de 1933 y sus primeros años de formación. Una corriente conocida como «inconformismo» se escinde y da origen al Partido Socialista de Trabajadores (PST), crítico de la colaboración de clases que implica el Frente Popular encabezado por los radicales y defensor de la autonomía obrera frente a la pequeña burguesía. El PST retoma la crítica originaria al ejercicio autoritario de las jerarquías partidarias y los liderazgos caudillistas, y denuncia la indefinición doctrinaria que se intenta imponer de cara a los requerimientos de flexibilidad política. En efecto, hasta su adhesión al Frente Popular, el socialismo chileno no tenía un cuerpo doctrinario plenamente definido y uniforme que proyectara su acción política concreta. En ese sentido, en la tensión entre responsabilidad gubernamental y empuje de masas subyace un complejo proceso de elaboración de una estrategia política capaz de combinar ambas dimensiones, advirtiéndose un desafío que volverá a estar presente en el período 1970-73. Por otro lado, nuevos actores

insinúan su futura influencia: logra espacio un discurso aún difuso por la igualdad social de la mujer, mientras una generación de jóvenes se proyecta a un futuro protagonismo que está más próximo de lo que se piensa.

Salvador Allende, «Inconformistas somos todos los socialistas (1940)», en *Archivo Salvador Allende*, vol. 18, Historia documental del PSCh, 1933-1993. Signos de identidad, comp. Alejandro Witker (Concepción: IELCO), 147.

(Fragmentos)

Ante todo hay que esclarecer el concepto inconformista que el grupo divisionista reclama para sí. Inconformistas somos, seguramente, todos los socialistas. Yo me declaro un inconformista, pero mi inconformismo no se resuelve en gritos demagógicos ni en actitudes personalistas que han llevado al divisionismo. No. Mi inconformismo se ha traducido en hacer conocer al pueblo de Chile su realidad sanitaria, sus miserias, planteando medidas para su solución. Mi inconformismo como el de otros funcionarios del Partido Socialista destacados en el Gobierno está traducido en acción, en proyectos de ley presentados al Congreso, en medidas tendientes a conquistar, para las clases explotadas de Chile, mejoramiento económico, dentro de las directivas programáticas del Frente Popular. Pero de ninguna manera podíamos cometer el error político de plantear divisiones estériles y funestas aconsejados por la pasión, ambiciones subalternas o falta de sentido de lo que significa nuestro momento político en el orden mundial. Está superada la etapa de la demagogia; el iconoclastismo es una enfermedad de revolucionarios infantiles estancados que sólo quieren demoler. Dentro del concepto moderno de la política interesa plantear soluciones constructivas, antes de remover las viejas edificaciones.

César Godoy, *Qué es el inconformismo* (Santiago:

Editorial Combate, 1940), 9-16.

(Fragmentos)

A medida que las directivas claudicantes del ex Partido Socialista fueron arrastrando pesadamente el carro del ‘oficialismo’ y haciendo crujir su eje por los pasillos ministeriales y las oficinas burocráticas, al socialismo chileno le fue ocurriendo lo que a ciertas monedas que, de tanto circular de mano en mano, terminan por perder los signos específicos; apenas se las reconoce. Primero, insensiblemente, luego de una manera desembozada y grosera, el Partido fue perdiendo su cuño de los tiempos de guerra y de oposición hasta terminar dando vuelta la espalda a la doctrina, olvidando la experiencia histórica de las luchas del proletariado, y renegando de su pasado y mejor tradición, para asimilarse a las formas de la socialdemocracia, de la colaboración de clases antagónicas y de la capitulación más vergonzante. Todo ello, con (as.), y quizá hasta con un poco de rubor, al comienzo, para hacerlo sin escrúpulos, y hasta con placer, al final... ¡Tal el camino recorrido; tales sus terribles consecuencias!

Para presentar y definir al ‘inconformismo’, nos encontramos con un obstáculo insalvable: el ‘inconformismo’ no existe como doctrina. Teóricamente, en el campo del socialismo, no sabemos lo que significa. Pero las fuerzas superiores de los hechos nos determinan a aceptar esta denominación y a proclamarnos inconformistas. Sea que se trate de un simple estado de ánimo colectivo; sea que signifique una reacción saludable contra el empantanamiento y el reformismo; sea que traduzca un impulso de restauración de los principios, lo cierto es que aquí y ahora está el INCONFORMISMO, reclutando adherentes y movilizándolo a las masas en dirección hacia sus verdaderos e insobornables intereses de clase, conforme a la teoría y a la acción preconizados por el socialismo marxista.

En otras palabras, ‘inconformismo’ es la vuelta al SOCIALISMO; la adhesión invariable a doctrinas y métodos de lucha que no debieron haberse abandonado jamás; la afirmación leal y definitiva de la fuerza que

representa el proletariado y cuya organización producirá los cambios que han de operarse en las condiciones económicas y políticas de la sociedad.

(...)

Se ha dicho que en el socialismo todos son ‘inconformistas’. ¡Piadosa mentira que los hechos se encargan de desvanecer! ¿No vemos que mientras unos quieren empujar y acelerar los acontecimientos, otros se empeñan en frenarlos, so pretexto de que las etapas no se pueden omitir o de que no hay que crearle dificultades al gobierno, o de que las cosas no se pueden transformar en un par de años?

Se ha pretendido sostener también, para restarle categoría e importancia al ‘inconformismo’, que se trata de resentimiento derivados de postergaciones en el reparto del botín presupuestario y de las regalías del poder. ¡Triste manera de deformar los hechos y defender situaciones indefendibles! ¿Quién puede, honradamente, sostener que el conflicto surgido, primero en el interior del Partido, y volcado más tarde hacia la periferia, tenga algo siquiera que ver con pretensiones desatendidas o ambiciones frustradas?

(...)

Nunca se quiso prestar oído a las advertencias saludables de las bases, que por intuición presentían los inconvenientes del despeñadero colaboracionista, ni se quiso tampoco poner atención a las voces de alarma de los militantes de choque, con mayor conciencia y responsabilidad clasista. Se prefirió la línea quebrada de los compromisos a la línea recta de la revolución. Se olvidó, maliciosamente, que ‘la táctica puede ser oportunista; la doctrina, jamás’. Se optó por el camino fácil del ascenso prematuro al gobierno –que ni siquiera es el ejercicio del poder–, a la preparación de los cuadros y organización de las masas para las jornadas decisivas. Sencillamente, se decidió vivir al día, improvisándolo todo, como quien dice, a salto de mata, sin planes ni condiciones previas de ninguna especie, iluminados sólo por la buena estrella que había mostrado el camino en los primeros tiempos. Pero ya no se hacen milagros y los hechos obedecen a una dialéctica ineluctable, que dirigentes de visión deben

dominarla. Nada de esto se hizo, y el Partido siguió a la zaga de los acontecimientos, a remolque de fuerzas más audaces y mejor dirigidas, como el furgón de cola de un tren en marcha, que no puede señalar dirección, sino que debe conformarse fatalmente a la velocidad y rumbo que fuerzas extrañas a él quieran imprimirle.

(...)

Por nuestra parte, en el VI Congreso ordinario, de diciembre de 1939, después de analizar la dolorosa experiencia de un año de gobierno frentista, propusimos hacer un esfuerzo gigantesco para imprimirle al Gobierno una tendencia popular, y, complementariamente, sostuvimos que la consigna a salir de esa reunión no podía ser otra que preparar la evacuación del partido del Gobierno, antes que acentuara su desintegración interna, su esterilidad en las funciones gubernativas y su desprestigio entre las masas. Nos parece estar oyendo cómo se contestó a nuestras palabras: «Cuando nosotros salgamos del Gobierno, el Gobierno cae con nosotros». Ingenuidad e insensatez.

Alejandro Chelén, *Trayectoria del socialismo. Apuntes para una historia crítica del socialismo chileno* (Buenos Aires: Editorial Astral, 1966), 96-103.

(Fragmentos)

Uno de los torneos más dramáticos del Partido Socialista es el realizado al cumplirse el primer año de Gobierno de Aguirre Cerda. El descontento de las bases se expresa de manera violenta en aquel VI Congreso Ordinario entre los días 20 al 23 de diciembre de 1939, celebrado en Santiago. Allí surge ‘el inconformismo’, corriente opositora a la línea colaboracionista; estuvo a un paso de triunfar, perdiendo la oportunidad por la violencia de sus intervenciones en el curso de los debates con el sector ‘oficialista’.

El 'oficialismo' elige secretario general a Marmaduke Grove y un Comité Central adicto a continuar en el Gobierno. 'El Inconformismo', actuando como fracción dentro del Partido, precipita el cisma que culmina en los primeros días de marzo de 1940, debido al asesinato de Pablo López, uno de los dirigentes obreros más sobresalientes con que entonces contaba el socialismo.

En realidad, necesitábase ser ciego o un arribista sin escrúpulos para aceptar pasivos el cuadro de descomposición moral que avanzaba corroyendo la espina dorsal del Partido. El dirigente honesto, el militante batallador, no pudo continuar por ese camino. La 'colaboración', al encumbrar a cargos políticos y administrativos a los cuadros direccionales, los induce a hacer tabla rasa de los postulados que tienen el deber de imponer y defender. La coalición con la burguesía generada por el Frente Popular, detiene la combatividad de las masas, abona el campo para que prenda el descontento y se empantanen en el fracaso y la corrupción los promovidos a cargos públicos de responsabilidad. Además, las diferencias habidas en el VI Congreso entre las bases y la burocracia, exigiendo aquéllas una rectificación de rumbos, son demasiado profundas. Facilitan al 'oficialismo' detener el avance de los inconformistas que, no obstante su impetuosidad, se identifica con los principios fundamentales del marxismo. Al imponerse la burocracia, crea una nueva clase nacida como cizaña de la propia organización partidaria. Es el golpe más fuerte propinado al desarrollo ideológico del socialismo. El instrumento de lucha forjado por toda una generación en seis años heroicos se triza en pleno crecimiento. Y no por persecuciones del enemigo de clase, sino por la burocracia parasitaria surgida de sus filas; ávida de mejorarse social y económicamente, deforma ideales y objetivos a los que debe su existencia. Trabajaron, cierto es, por levantar un partido de principios revolucionarios, pero a cien kilómetros de distancia de la acción revolucionaria. La alianza con la burguesía radical derrumba como un dinamitazo los ideales impulsados en sus comienzos.

No fue posible detener la avalancha que condujo a la división desbordando todos los cauces y acrecentada por una campaña de odios, insidias, procacidades, sin precedentes hasta entonces. Perdida toda esperanza de entendimiento rectificador, los 'inconformistas' citan a un Congreso

Extraordinario en mayo de 1940, originando el nacimiento del ‘Partido Socialista de Trabajadores’.

(...)

La política practicada –colaboracionista– por el Frente Popular que frena el impulso combativo de las masas y hace estéril toda iniciativa en su beneficio, recibe del nuevo Partido la más severa crítica, colocándose en una posición de aislamiento, pues la línea generada en su Congreso lo aparta de la política conciliadora acordada por socialistas, comunistas y radicales. Los efectos producidos no tardan en trizar la voluntad de lucha que animan las tareas iniciales de sus dirigentes. En 1940, defendiendo la tesis de ‘Frente de Trabajadores’ –que años más tarde hará suya el socialismo unificado–, César Godoy fue candidato a senador a una elección complementaria por Valparaíso. La derrota es contundente, alcanzando apenas el 2% de la cifra electoral. Si bien no se esperaba la victoria, creíase en esa oportunidad que las masas responderían a la posición clasista del nuevo Partido con un elevado número de sufragios. Ese descalabro electoral indujo al Comité Central a modificar rumbos, girando gradualmente hacia un entendimiento con los partidos del Frente Popular, cuya línea había repudiado.

(...)

En sus publicaciones e intervenciones públicas, califica la guerra como un choque inevitable entre dos corrientes imperialistas en pugna provocada por el Tratado de Versalles, herencia funesta legada por las potencias capitalistas vencedoras en la primera conflagración... En consecuencia – afirma el Partido Socialista de Trabajadores–, el conflicto se produce por las contradicciones propias del capitalismo, y la Paz, esgrimida por uno y otro bando, resulta una farsa. Nazismo y Democracia burguesa son una misma cosa: enemigos irreconciliables de los trabajadores y del socialismo. Es, pues, una traición ignominiosa la cooperación de la Unión Soviética a la Alemania nazista.

Sin embargo, el acaecer de los acontecimientos conduce al P.S. de T. a un viraje en la política nacional, que desvirtúa los principios que tuvo al fundarse. No obstante la posición correcta que asume, al solidarizar con la Unión Soviética cuando es atacada por Alemania, esa actitud le significa el apoyo del Partido Comunista a la candidatura de diputado —en una elección complementaria por Santiago— en favor de César Godoy, secretario general, que resulta elegido. Desde ese día se reblandece ideológicamente y pierde sus atributos combativos; termina, por último, ingresando como organización al Partido Comunista.

Esa actitud final fue resistida por un grupo minoritario que dos años más tarde reingresa al Partido Socialista. Lo hacen cuando la vieja tienda política inicia la etapa rehabilitadora, depurándose de los oportunistas y falsos revolucionarios causantes de los descalabros que ha sufrido.

El ‘Inconformismo’ o PST tuvo comienzos heroicos y correctos en defensa de sus principios y de las masas trabajadoras defraudadas de otras colectividades. Su prematuro ingreso al Partido Comunista lo hace perder la mejor oportunidad de reorganizar un poderoso movimiento socialista revolucionario. Podría haber unido su esfuerzo a la generación joven que toma las riendas del viejo Partido animadas de los mismos propósitos que dan origen al ‘Inconformismo’. De haber ocurrido, sin lugar a dudas, habrían dado vida a la fuerza más promisoriosa del marxismo chileno.

Salvador Allende, «Posición y actuación del Partido Socialista en la política chilena» (discurso en el Teatro Caupolicán, 1944), en *Salvador Allende. Obras Escogidas*, comp. Gonzalo Martner García (España: Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar y Fundación Salvador Allende, 1992), 97-121.

(Fragmentos)

Con insistencia comparable, por lo menos, con la majadería con que se ha pretendido desconocer nuestra acción política y administrativa durante nuestra permanencia en el Gobierno, hay que repetir hoy con el mismo énfasis con que lo hemos hecho en otras ocasiones, que, a pesar de todo, no hay partido en Chile que pueda exhibir en tan corto tiempo una acción tan positiva en el estudio y solución de los grandes problemas nacionales. Así, decimos nuevamente:

Nuestra es la reforma agraria, esfuerzo tendiente a modificar el régimen semifeudal que impera en Chile, proyecto del año 1938; el año 1940 entregamos a la Cámara un proyecto destinado a crear el Ministerio de Economía y el Banco del Estado, trabajo de la Brigada de Ingenieros, y las bases de una planificación de la economía nacional.

Nos preocupamos de la industria pesada con el proyecto de astilleros; el desarrollo industrial, con la creación de la Fábrica de Cemento del Estado, y la explotación de las reservas carboníferas por el mismo, con la ampliación de la siderúrgica y las actividades químicas. De la producción, con nuestro plan de regadío, de caminos y de la explotación de las tierras baldías; de la cultura, con el proyecto de alfabetización obrera y campesina; y el de la reforma educacional; de legislación social, con las modificaciones del Código del Trabajo; de la seguridad social, de la garantía del trabajador y su familia, con las reformas del Seguro Obligatorio y de Accidentes del Trabajo, y con el Crédito de Salud y la defensa de la madre y del niño; de los empleados públicos, con una serie de iniciativas tendientes a permitirles vivir, pero fijando también un límite a los sueldos máximos y mínimos del Escalafón Administrativo y una escala única de ellos.

Desde que el Partido Socialista se retiró del Gobierno –y lo hicimos porque no pudimos impulsar las reformas económicas que propugnamos– dijimos que mantendríamos nuestro apoyo al régimen democrático y nuestra colaboración al Ejecutivo, sin exigencia de ninguna especie de orden administrativo, y tan sólo preocupados de la acción que éste desarrollara, del programa que esgrimiera, de las soluciones que patrocinara.

Recalcamos que mantendríamos nuestra libertad de crítica, y que ésta la ejercitaríamos como la mejor colaboración al Gobierno. Manifestamos que el Partido Socialista no era un conjunto de hombres indisciplinados, no era pasta de incondicionales ni de hombres doblegados, como no era tampoco un conjunto de demagogos, entregado al oportunismo político.

(...)

El 1° de diciembre de 1943, en la carta política dirigida al Partido Comunista, planteamos nuestros puntos de vista frente a lo que se ha llamado el Partido Nuevo. Dijimos entonces que la creación de un Partido Nuevo, Partido auténticamente chileno y popular, la entendíamos como una etapa de superación de la realidad actual, que ella vendría cuando tuviéramos la evidencia de que ese instrumento sería mejor que los actuales partidos que podrían integrarlo; que, para preparar este camino, era previa la acción conjunta de socialistas y comunistas en un plan político, parlamentario, sindical y electoral; le hacíamos ver al Partido Comunista que era previo dilucidar los puntos de discrepancia que existían entre el Partido Socialista y el Comunista, en un tono de elevada dilucidación doctrinaria; le decíamos que el Partido Nuevo podía ser realidad cuando los sectores populares llegaran a tener un mismo pensamiento filosófico y doctrinario, cuando aceptaran los mismos procedimientos y las mismas tácticas.

Hemos creído, y sostenemos, que esta unidad requiere etapas previas para llegar a una unidad que represente nuevos métodos, nuevas tácticas, nuevos procedimientos, en que no se vaya a hacer parcela de los viejos grupos políticos que la integran y que no se vayan a tratar de imponer, en trabajo fraccional, determinados sectores.

En esa comunicación, hicimos presente nuestra discrepancia, en muchos aspectos, de la política internacional con el Partido Comunista, y expresamos fundamentalmente que no concordábamos con la postulación del Partido Comunista de un Gobierno de Unión Nacional Antifascista, sino que propiciábamos un franco cambio de rumbos que significara un Gabinete de izquierda; dijimos que sosteníamos esta posición no porque

creyéramos que la lucha antifascista debía ser postergada o abandonada, sino porque estimábamos que la única forma de mantener la democracia y derrotar al fascismo era la implantación de una política definida en lo nacional e internacional. Hicimos ver que la pretensión de una política de izquierda, junto con producir un paulatino retroceso en las conquistas económicas y sociales, constituía el más grande peligro de la entronización de la reacción fascista y debilitaba la defensa de los sectores populares.

(...)

En presencia de la Convención Radical – torneo que preveíamos iba a constituir una etapa importante en el movimiento de avanzada nacional– quisimos también fijar nuestro pensamiento. Así fue que enviamos a esta Convención una comunicación en la cual analizábamos el momento político que vivía el país y le decíamos a ese Partido con sinceridad y convicción que era necesario que asumiera el rol que le señalaba el momento histórico, que no era otro que el de asumir la responsabilidad de gobernar, como Partido al cual pertenecía el Presidente de la República y la mayor cuota parlamentaria y administrativa del país.

Le expresamos que el Partido Socialista sólo deseaba un cambio de rumbos en lo económico, en lo social y en lo administrativo, y que, sobre la base de un programa de acción inmediata orientado hacia una planificación económica de tipo estatal y a una acción drástica en favor de las clases populares, especialmente en cuanto al costo de la vida, estábamos dispuestos a dar todo nuestro apoyo al Partido Radical.

Recalcamos que no nos interesaba que fuera gente de nuestro Partido la que realizara este programa, sino que lo fundamental era que se llevara a la práctica.

Tal como lo preveíamos, la Convención Radical fue el campo de batalla donde se batieron las fuerzas de ese Partido que buscan el avance social del país, con los sectores retardatarios, que esta vez actuaron de acuerdo con elementos que creían tal vez sinceramente que el ‘statu quo’ era indispensable fuera mantenido, para no perturbar la acción gubernativa. Se

impuso la primera de estas corrientes, resultando triunfante una línea política concordante con la nuestra, y elegida una directiva que representa estas ideas.

Raúl Ampuero, «Nuestro movimiento popular y la juventud (1939)», en *Raúl Ampuero 1911-1996. El socialismo chileno*, ed., Hernán Ampuero (Santiago: Ediciones Tierra Mía, 2002), 39-48.

(Fragmentos)

La cuestión de las generaciones y las clases sólo se ha presentado en estos últimos años en la política juvenil, y tiene cierto valor estudiar de paso las diferentes opiniones.

El error de algunos consiste en basar toda la acción social de la juventud en una divergencia de generaciones y en concebir los problemas de la juventud como que abrazaran a toda una generación con la misma intensidad. Tal es el fondo de la cuestión, aun cuando prácticamente se manifieste como una tendencia evangélica a ‘unir a los jóvenes por encima de sus diferencias’. Por otra parte, algunos camaradas nuestros niegan o subestiman los problemas específicos de la juventud. Unos y otros se equivocan. La verdad es que como fundamento indiscutible de toda acción política y social encontramos el principio de la lucha de clases. Negarlo sería desconocer el motor de todo movimiento, la dinámica de toda la historia. Pero nos parece que, como sector juvenil del socialismo, nuestra misión tiene que referirse, en especial, a desentrañar los problemas propios de la juventud trabajadora y estudiantil, como capa intensamente explotada de nuestra población, la primera, y como sector indirectamente oprimido, la segunda. Porque la juventud tiene condiciones especiales de vida que se refieren a su estado de desarrollo y formación física e intelectual, y porque ella es la que con mayor abnegación y entusiasmo emprende las tareas renovadoras; por eso debemos hacer que todas sus energías vengán a acrecentar las fuerzas de la Revolución.

Desde sus primeros pasos, el fascismo derrochó una intensa demagogia ‘juvenil’, que distribuía pródigamente en todos los sectores de las nuevas generaciones. Tal hecho hizo sospechosa cualquier tendencia que tratara de reivindicar para la juventud un papel preponderante en la Revolución, «no en balde las jornadas del fascismo se cumplían al ritornello de Giovinezza, Giovinezza» (Mariátegui). Pero algunos años de fascismo en Europa nos permiten ver con extraordinaria claridad el papel de soldados y de esclavos que tienen que jugar los jóvenes bajo el yugo totalitario, y los acontecimientos de España y China nos muestran, a su vez, el magnífico aporte que significa para una causa revolucionaria el tener a su lado a la enorme mayoría de la juventud. Nuestra convicción es –como hace años decía Mariátegui– que «la conquista de la juventud no deja de ser una de las necesidades más evidentes, más actuales de los partidos revolucionarios. Pero, a condición de que los jóvenes sepan que mañana les tocará cumplir su misión sin la ligereza de la juventud, con responsabilidad y capacidad de hombres».

Raúl Ampuero, «Una nueva política juvenil. Acción política desde el III Congreso» (Informe al IV Congreso de la Federación Juvenil Socialista, mayo de 1939), en *Raúl Ampuero 1911-1996. El socialismo chileno*, ed., Hernán Ampuero (Santiago: Ediciones Tierra Mía, 2002), 49-54.

(Fragmentos)

Nos interesa plantear con el máximo de claridad, las condiciones indispensables para una política de masas, necesaria para crear un pueblo orgánico y una juventud con personalidad y fuerza. Tales condiciones serían:

1. Constatar que la política de masas aún no ha sido hecha. Reconocer nuestra tremenda suficiencia cuando decimos que ‘controlamos la mayoría

de la juventud trabajadora'. Una seria posición, una autocrítica responsable, tiene que concluir que nuestro trabajo ha sido estrecho, unilateral, sin ninguna flexibilidad;

2. Deshacernos del prejuicio teorizante que pretende trabajar con masas perfectas. En «*El extremismo, enfermedad infantil del Comunismo*», Lenin dice: «debemos (y podemos) emprender la construcción del socialismo, no partiendo de un material humano fantástico, creado por nosotros, sino del que nos deja como herencia el capitalismo». Debemos tomar la juventud como es, con sus virtudes y sus defectos, con sus vicios y madurez actual, para aplicar, sobre esa realidad, los métodos de trabajo apropiados. Las formas de agolpamiento actuales de la juventud, las que busca instintivamente, tienen que ser la base de toda acción de masas. Necesitamos una política acertada para interesar y movilizar a los sectores jóvenes tales como son, y no como abstractamente quisiéramos que fuesen;

3. Hay que hablar a la juventud en su lenguaje. A veces nuestros camaradas hablan en un lenguaje teórico que nadie entiende, a no ser ellos mismos (y lo dudamos). Urge adoptar un lenguaje sencillo y claro, convincente y objetivo. Que cada vez que expliquemos algo, la juventud sienta que expresa sus propios pensamientos a través del orador;

4. Identificar nuestros intereses con los de la juventud entera del pueblo. No somos una secta encargada por la Divina Providencia de guiar a la juventud hacia la verdad; somos, eso sí, una parte de esa juventud que comparte sus problemas, sus inquietudes, sus pasiones. No tenemos intereses opuestos, ni siquiera diferentes a los de la masa de la juventud; sólo tenemos una responsabilidad más acentuada, por militar en su vanguardia;

5. La organización de la FJS no es una finalidad en sí misma, sino una herramienta de acción. La hemos edificado no para que sea un monumento de organización, para contemplarlo y admirarlo, sino para que con esa organización actuemos y luchemos en la vida. La mejor organización no es la más perfecta desde el aspecto teórico, sino la que mejores resultados consigue en la práctica;

6. Los dirigentes de masas no se forman en los invernaderos, sino en contacto con la masa misma. Se aprende a nadar en el agua y no en los gimnasios. La mejor escuela es la lucha; pueden haber errores al comienzo, pero al fin se almacenan experiencias, todo esto, sin subestimar en absoluto la tenaz preparación teórica del dirigente;

7. Variedad en nuestras manifestaciones y actividades. Que no nos empantanemos en la rutina de la amargura; que todos los días se hagan cosas nuevas. Que haya también alegría. La lucha tiene ancho margen para el optimismo. No seamos como aquel alemán, hombre de dinero, que durante toda la guerra pasó durmiendo en el suelo, junto a una magnífica cama, ‘porque los pobres soldados dormían en el barro, en las trincheras’. La juventud tiene que reconquistar el optimismo y llenar con su vida y su dinámica todas las actividades grandes, nobles y útiles.

8. Un trabajo más externo, más visible. No somos una organización conspirativa; somos la organización más generosa y combativa de la juventud. No tenemos que escondernos de nadie y en cada minuto debemos mostrarnos al pueblo, enteros y altivos, bregando por nuestra emancipación y la de nuestros hermanos;

9. Educación, estudio, cultura. Hay que aprender mucho para ser buen socialista. No es, simplemente, una postura superficial. Debemos transformar la Federación en una inmensa escuela, en que adquieran todos los conocimientos posibles y en que cada afiliado sea un serio estudioso de los problemas que nos afectan;

10. Responsabilidad y audacia. Todo esto debe ser llevado adelante con fe y con esfuerzo, sintiéndonos responsables del destino de la juventud oprimida y realizando con la más grande audacia las tareas de la hora presente.

Llamamos, pues, la atención del Congreso, sobre estas premisas que estimamos esenciales.

María Montalva, «El voto femenino», *Consigna*, 44,

Santiago, febrero 1940, 3 y 6.

(Fragmentos)

Hace pocos días, durante el acto de clausura de la Exposición de Actividades Femeninas, las oradoras se refirieron con preferencia a la necesidad cada vez más apremiante de exigir amplios derechos políticos para la mujer, como el remedio más eficaz para solucionar en el futuro los problemas de la mujer dentro de la sociedad.

Si el propósito que guiaba a las oradoras estaba inspirado en el idealismo y en la más noble rebeldía, no por eso dejaba de ser menos erróneo en su fundamento, porque los hechos han demostrado que, excepción hecha de la Rusia soviética, en los demás países donde la mujer ha alcanzado iguales derechos políticos que el hombre, ha seguido ella en iguales condiciones de sumisión a una sociedad regida por las mismas costumbres y principios sociales basados todos en la moral burguesa y en la explotación capitalista.

Por lo tanto, el derecho a voto político dentro de la democracia burguesa no puede considerarse como una conquista de la mujer, sino exactamente como una conquista de la clase burguesa que, con el sufragio femenino, adquiere un arma más para defender sus posiciones y prerrogativas de castas que le permiten mantenerse así indefinidamente en el ejercicio del poder.

No necesitamos sino recordar la facilidad con que fue aprobado aquí el derecho a voto municipal de la mujer y los resultados desastrosos de las primeras elecciones en que ella intervino, que fueron aprovechadas por la derecha para afianzar posiciones, o para reconquistar las que consideraban perdidas en el gobierno de los municipios.

Además, los gráficos existentes en la misma Exposición nos demuestran una estadística exacta del poder electoral de cada partido en cuanto al número de inscritos se refiere y por supuesto que, tomando en cuenta el enorme porcentaje de inscritos de filiación derechista, y sobre todo las dificultades que se sigue poniendo a los elementos populares para su

inscripción, no es de esperar que el escaso período que nos queda de aquí a las elecciones del 41, vaya a mejorar tan notablemente la posición de la izquierda, como para que no se vea claro el peligro que significa el exigir tan prematuramente el derecho de la mujer a participar en las elecciones generales.

No creo, pues, oportuno el seguir insistiendo, por el momento, en la igualdad política para ambos sexos. Con ello, no conseguiríamos más que hacerles juego a quienes interesada y solapadamente inspiran estas campañas porque usufructúan del sufragio femenino.

La agitación del problema de la emancipación política de la mujer es inútil, sin haber alcanzado ésta antes su emancipación social y económica. Por lo tanto, nuestro deber y, sobre todo, el de los hombres de gobierno consiste en elevar por todos los medios posibles el nivel cultural de la mujer, proporcionándole la instrucción indispensable para arrebatársela a la ignorancia y al fanatismo religioso, para que así pueda ejercer sus derechos políticos con plena conciencia de sus deberes, o sea, con entera libertad y de acuerdo con sus intereses de clase, sin la presión de la Iglesia y los politiqueros, eternos traficantes de la ignorancia, de la superstición y la miseria.

Nuestra sociedad, que como todas las contemporáneas está constituida a base de los más torpes y rancios preceptos sociales, encuadrada en el marco legalista de una moral hipócrita y cobarde y en total desacuerdo con las necesidades humanas y las leyes biológicas, trata por todos los medios de hacer imposible la realización de las más justas aspiraciones de la mujer en general, y muy especialmente, las más hondas de la mujer proletaria.

La mujer, a través de las edades, ha estado sometida a las más absurdas y ridículas leyes impuestas por los hombres, productos de una sociedad corrompida cuyas instituciones están basadas en el error, la desigualdad social y de sexos, el fanatismo religioso, y toda esa vasta red de convencionalismos con que se sostiene el régimen capitalista que gobierna los países contemporáneos.

La mujer proletaria, que últimamente, junto con crearse una nueva personalidad, ha logrado marcar nuevos rumbos al proceso de la emancipación femenina, ha obtenido precisamente esta transformación desde su incorporación a la producción económica. La miseria, la desocupación, la lucha por la vida, la han empujado a hacerle la competencia al hombre en casi todas las industrias y oficios, y alentada por el capitalismo, que la prefiere porque le paga menos y le exige en cambio un rendimiento igual al del hombre. La explotación inicua que el capitalismo ejerce sobre la mujer trabajadora ha tenido el poder de abrirle los ojos a la amarga realidad, ya que al rebelarse se ha desprendido de su sumisión y pasividad y ha podido comprender su verdadero papel y el de su clase.

Son pues los capitalistas monopolizadores de las grandes industrias y para quienes la explotación en masa de las mujeres significa ganancias fabulosas que rellenan sus arcas día a día con un minimum de desembolso; son ellos, pues, los que se oponen a la emancipación femenina en cualquiera de sus formas, en defensa de sus intereses amagados.

En Chile, son precisamente las mujeres trabajadoras con una nueva concepción ideológica basada en las necesidades naturales de la vida las que forman ya una poderosa vanguardia femenina constituida por mujeres de todas las capas sociales. Según sus convicciones e intereses, se las encuentra incorporadas en los diversos partidos políticos existentes, correspondiéndole, como es natural, a nuestro Partido Socialista el mayor número, pues las mujeres que hemos ingresado a sus filas estamos convencidas de que sólo nuestro Partido será capaz de luchar hasta obtener el aplastamiento definitivo de la reacción latifundista, clerical y bancaria, para imponer una democracia socialista, bajo la cual obtendremos todos los derechos, pues se habrá abolido la desigualdad de clases y de sexos.

En 1946 asume una nueva dirección del Partido Socialista y comienzan a perfilarse con más claridad ciertas ideas claves que, aunque delineadas ya en los años anteriores, no habían adquirido una expresión teórica precisa. Entre otras, que la pura estatización no es sinónimo de una socialización de los medios de producción, que la reivindicación humanista del trabajo es un

factor clave en el desarrollo y que la democracia es un valor en el ordenamiento institucional que concibe el socialismo y que extiende un sentido humanista a la propia planificación; la relación entre socialismo y libertad es hondamente discutida. En la política de alianzas se termina la subordinación al radicalismo y comienza la búsqueda de entendimientos más decididos en la izquierda. A partir de la Fundamentación Teórica del Programa, de 1947, el humanismo socialista se reafirma en oposición al humanismo formal o burgués que se recluye en las formas políticas y jurídicas, y reclama el desarrollo integral de la persona humana. En directa relación con el debate sobre la planificación socialista opuesta a la planificación capitalista (orientada a la satisfacción del interés privado) y soviética (orientada a robustecer el estatismo autoritario), sostiene la centralidad en el socialismo del sujeto creador, dentro del conjunto de las fuerzas materiales. La idea de la apropiación colectiva del producto social surgido de la comunidad trabajadora está a la base de una democracia donde las cosas que tienen un origen y destino social no pueden ser propiedad particular de intereses o de grupos. Dicha idea se encuentra presente, además, en la noción de economía socializada que se defiende, opuesta a la concepción liberal individualista, como salida posible a la economía oligárquica. También el socialismo chileno elabora los argumentos de un singular nacionalismo, enmarcado en la idea del resurgimiento de la Nación con base en las nociones de desarrollo nacional y democracia social (cultura, salud, educación y, en general, aumento del bienestar popular).

Eugenio González, «Fundamentación teórica del programa del Partido Socialista (1947)», en *Por una democracia de trabajadores. Programa del Partido Socialista* (Santiago: Imprenta Gutemberg, 1948), 6-12.

(Fragmentos)

El socialismo encuentra actualmente, en todas partes, como uno de sus principales obstáculos, la acción de los partidos comunistas que diciéndose propulsores del movimiento emancipador de la clase obrera no hacen sino servir la política de expansión del Estado soviético. La doble faz que presenta la política comunista introduce la desorientación en los trabajadores: a primera vista; no siempre es fácil discernir, en efecto, lo que en ella hay de socialismo revolucionario de lo que en ella hay de nacionalismo expansionista.

La Revolución de Octubre tiene, en la historia del movimiento proletario, una significación trascendental. Por primera vez, a través de ella, la clase obrera se apoderó del Estado y emprendió una política tendiente a crear las bases objetivas y subjetivas para la construcción ulterior del socialismo. Esto implicaba la acelerada transformación, a través del proceso revolucionario, de una sociedad todavía semifeudal en una sociedad democrática orientada hacia el desarrollo de una economía de tipo socialista.

Sin embargo, la política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder de forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora. De este modo, los auténticos fines del socialismo, para servir a los cuales se realizó la Revolución de Octubre, se han ido desvirtuando cada vez más en función de una política de Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores.

Dentro del régimen soviético se encuentra suprimida, en general, la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio; pero la forma de capitalismo de Estado, bajo el control de una burocracia política de carácter totalitario, ha invalidado los objetivos esenciales de la revolución socialista.

Hay, por eso, una diferencia radical entre la posición teórica y práctica del socialismo revolucionario y la que ha asumido, en la realidad de los hechos el comunismo soviético. El socialismo revolucionario lucha

fundamentalmente por el establecimiento de un nuevo régimen de vida y de trabajo en el que se den las mayores posibilidades de expansión de la personalidad humana.

Medio indispensable para alcanzarlo es la socialización de los instrumentos de producción y de cambio. Pero en ningún caso acepta la estatización burocrática del poder económico, porque ello conduce necesariamente a la esclavitud política de la clase trabajadora.

El socialismo revolucionario combate en todas partes la política comunista, porque ella vulnera los fines históricos del movimiento proletario y supedita las reivindicaciones de la clase trabajadora de los distintos países a las conveniencias específicas del Estado soviético en el plano de las relaciones con las grandes potencias. El socialismo defiende el sentido internacional del movimiento revolucionario de los trabajadores y no puede aceptar, por lo tanto, que se pretenda ponerlo al servicio de los intereses económicos, diplomáticos o estratégicos de ningún Estado nacional.

En resumen, la trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores, en cuanto instrumento genuino de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo. El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo.

(...)

Producto genuino de la evolución económica y social de los pueblos modernos, el socialismo representa, en cambio, la continuidad orgánica de la cultura. El sentido profundo de su acción revolucionaria lo constituye una valoración integral de la persona humana, hoy día desvirtuada por las condiciones de vida negativas y mecánicas de la sociedad burguesa.

La jerarquía de los valores se encuentra alterada y los fines han sido suplantados por los medios. El hombre, que es el valor por excelencia,

aparece convertido en un mero resorte de la prodigiosa maquinaria industrial, y la producción de riquezas materiales, en vez de servir a las necesidades colectivas, se ha constituido por sí misma en un fin. El socialismo quiere rescatar al hombre de esta servidumbre en que se encuentra; quiere, para ello, establecer una legítima jerarquía tanto en los valores como en las cosas.

El orden positivo que reclama la evolución económica debe corresponder al orden ético que exige la justicia social. Uno y otro son inseparables para el socialismo como expresiones de una situación histórica. La tarea fundamental de nuestra época –que es, también, la misión de honor de la clase obrera, cuyo destino se identifica con el de toda la sociedad– consiste en organizar racionalmente las fuerzas productoras para hacerlas servir los intereses del hombre y de su vida. Estos intereses no pueden ser otros que aquellos que miran al pleno desenvolvimiento de la personalidad humana, dentro de las condiciones justas de vida y de trabajo.

La técnica de producción creada por el hombre debe estar íntegramente al servicio de sus necesidades; el progreso de la economía no puede ser considerado como el objetivo final de sus esfuerzos, sino la base de su desarrollo cultural. Dentro de la sociedad burguesa sucede, precisamente, lo contrario; la técnica, manejada con propósitos de lucro por las minorías capitalistas, esclaviza al hombre al trabajo asalariado, y la producción de riquezas, desvirtuada en sus fines por el interés de clase, ha sido colocada por encima de todos los valores de la cultura.

El socialismo es, en su esencia, humanismo

A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras.

El humanismo de la revolución burguesa ha tenido que limitarse a las formas políticas y jurídicas y, aun dentro de ellas, se ha manifestado más en las leyes que en los hechos. El humanismo de la revolución socialista, que

ha de eliminar la división de la sociedad en clases de intereses contrapuestos, tiene, en cambio, un carácter total.

Los fines del individuo y los fines de la sociedad son, ciertamente, incompatibles sobre la base del dominio privado de los instrumentos de producción, pero ellos han de identificarse en un régimen que asegure a cada cual los medios para resolver los problemas de su propia existencia con su aporte de trabajo al bienestar común. Así, mediante la abolición de los privilegios económicos, será posible la verdadera libertad en una democracia auténtica.

El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad.

La organización socialista del poder económico está lejos de suponer, como los enemigos del socialismo pretenden, el control gubernativo de la vida espiritual y política de los individuos; por el contrario, únicamente sobre la base de la propiedad social de los medios de producción podrán los individuos obtener la seguridad material que les permita ejercer en forma completa sus derechos políticos y desarrollar, sin las restricciones que la situación actual les impone, sus iniciativas creadoras en relación con los valores del espíritu.

Como heredero del patrimonio cultural, el socialismo no pretende otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas.

Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas, así como a su expresión legítima, son tan inalienables para el

socialismo como el derecho de los trabajadores a designar libremente a sus representantes en la dirección de las actividades comunes.

No excluye, pues, el socialismo, ninguna de las formas superiores de vida. A la inversa, él es la única garantía de que en un futuro próximo puedan ellas darse con mayor contenido humano, una vez superada la crisis por que atraviesa el mundo contemporáneo. El proceso de la decadencia de la cultura –acelerado por los conflictos de todo orden que resultan de las contradicciones internas, cada día más agudas, del capitalismo imperialista– sólo puede ser detenido por la implantación del socialismo.

(...)

Como socialistas, consideramos el concepto de libertad en relación con las condiciones de vida de la época. No se trata de la abstracta libertad de los filósofos, ni de la libertad para la explotación de las masas preconizada por el liberalismo burgués.

Cada etapa del desenvolvimiento histórico ofrece al hombre determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan fundamentalmente del régimen de propiedad y de producción. Las libertades que proclamó la burguesía han sido, por eso, letra muerta para los que no disponen sino de su fuerza de trabajo.

Los progresos de la técnica social alcanzados hasta ahora, unidos al desorden inherente a los modos capitalistas de producción, han reducido al extremo el margen de acción de las iniciativas creadoras y entran, esterilizándolo, al juego de las fuerzas vitales de la sociedad. Si continúa la anarquía económica en que el capitalismo se debate, la civilización entera corre el peligro de caer en la pendiente de una progresiva disolución. La etapa de la libre competencia tiene que ser definitivamente superada.

Esto lo comprenden los directores de las grandes empresas que realizan sus negocios dentro y por encima de los Estados y tratan de coordinar sus actividades de modo que les permitan mantener la política de ganancias. Hay una tendencia a la planificación en los círculos nacionales e internacionales del capitalismo, la que se ve estimulada por el interés de los

gobiernos que tropiezan con dificultades cada vez mayores en la solución de los problemas que se les plantean. Ninguna política de índole constructiva puede realizarse sin la base estable de una economía orgánica.

El capitalismo liberal, fundado en la concurrencia y la libertad de comercio, ha desaparecido. El capitalismo monopolizador que lo reemplazó no sólo no ha reducido la anarquía del mercado, sino que, por el contrario, le ha dado un carácter particularmente convulsivo. La necesidad de un control sobre la economía, de una 'dirección estatal', de una 'planificación', es reconocida ahora por casi todas las corrientes del pensamiento burgués y pequeñoburgués, desde los teóricos del fascismo hasta los de la socialdemocracia. Pero este control, esta dirección, esta planificación, que esbozan o realizan en parte los capitalistas en períodos de alta tensión social, se efectúa en los cuadros de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio y en beneficio de los propietarios de dichos medios, y no atenúan ni mejoran la situación económica de las masas, redoblando, por el contrario, su explotación.

Existe también la planificación de tipo soviético que, si bien diverge totalmente de la de tipo capitalista por sus fines y naturaleza, no ha traído el debido mejoramiento de las clases trabajadoras rusas, en razón de que la burocracia la realiza con acelerado ritmo para mantener sus privilegios de casta, intensificar el poderío militar del Estado y mantener su inestable equilibrio ante el amenazante cerco capitalista mundial.

Ni la planificación capitalista ni la planificación soviética responden al imperativo histórico

El estado de la técnica productora, con la complejidad de relaciones que determina, sólo hará posible la liberación de los trabajadores de todos los países dentro de una planificación de la economía mundial. La planificación del socialismo se distingue de las otras en que no se hará para satisfacer el interés privado ni para robustecer un despotismo político, sino para colocar el poder económico al servicio de la colectividad trabajadora.

Esto implica la necesidad de transformar radicalmente el régimen de propiedad. Por razones éticas, y ahora principalmente por razones prácticas, las cosas que tienen un destino social no pueden continuar siendo propiedad particular de individuos y de grupos. La socialización de los medios de producción, como fundamento de una economía planificada para satisfacer mejor las necesidades humanas, constituye el objetivo primordial de la política socialista.

Las circunstancias concretas determinarán en cada país las modalidades a que el proceso de socialización del poder económico tenga que ajustarse en su desarrollo, pero, en términos generales, él deberá evitar cuanto conduzca a una centralización burocrática que esterilizaría las iniciativas creadoras de los trabajadores y abriría paso a nuevas formas de opresión estatal.

Fundamentar la democracia política en la seguridad económica es condición básica de una planificación socialista

La madurez política de la clase obrera, expresada en una sólida organización sindical, es indispensable para la planificación socialista. Los sindicatos han de ser considerados no sólo como instrumentos de lucha para obtener reivindicaciones específicas de clase, dentro del régimen capitalista y del Estado burgués, sino también como los cuadros técnicos de la futura sociedad y los organismos de base para la generación del poder revolucionario. Sólo a través de ellos podrá realizarse la planificación de las actividades económicas sin menoscabo de las libertades democráticas de los trabajadores.

(...)

El socialismo no acepta, en ninguna forma, la deificación del Estado

Como órgano coercitivo, el Estado es un producto de la lucha de clases y su función consiste en defender, mediante la fuerza si es necesario, los privilegios de la clase dominante. Cuando los antagonismos de clase hayan desaparecido, el Estado en su actual carácter represivo carecerá de razón de ser. La tendrá, en cambio, como organismo técnico que coordine superiormente los procesos económicos y los servicios públicos, de acuerdo

con los planes de los trabajadores organizados de las distintas funciones sociales.

La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora.

Este desplazamiento será necesariamente la culminación de un proceso orgánico, que se realizará en la superficie de la vida histórica en la forma que determine la resistencia que ofrezcan los grupos privilegiados a las fuerzas en ascenso de la revolución socialista.

El socialismo es revolucionario. La condición revolucionaria del socialismo radica en la naturaleza misma del impulso histórico que él representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines. Sean éstos cuales fueren, el socialismo es siempre revolucionario, porque se propone cambiar fundamentalmente las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social.

Las condiciones objetivas y subjetivas determinarán en cada país los caracteres en que se desenvuelva el proceso revolucionario.

Ningún cálculo abstracto puede anticiparse eficazmente a las contingencias reales del devenir social.

El socialismo tiene que adecuar su política a las situaciones concretas, procurando aprovechar las posibilidades que ellas ofrezcan para el logro de sus objetivos históricos. La permanente subordinación de los medios a los fines le impedirá caer en el burocratismo pasivo de la socialdemocracia y en la desviación nacionalista del comunismo soviético, los dos peligros que amenazan al movimiento revolucionario de la clase trabajadora en su espíritu y en su sentido.

Expresión política de la burguesía y del capitalismo, el Estado democrático-liberal tiene órganos diferenciados de poder que expresan el juego de los intereses de clase dentro de un orden jurídico definido, pero carecen de una

estructura que corresponda a la naturaleza de las fuerzas sociales que en él actúan, sobre todo en el plano de las actividades directamente productoras.

La democracia concebida así, de una manera mecánica, tiene un alcance puramente formal y la libertad interpretada como expresión abstracta de la soberanía no pasa de ser una ficción metafísica.

Resueltos los antagonismos de clase por la socialización del poder económico, la autoridad pública ha de ser la expresión superior de la interdependencia de las funciones colectivas. La desaparición paulatina de las formas estatales de control político, correlativa al desarrollo planificado del trabajo social, hará posible una verdadera democracia, es decir, una democracia orgánica en la que los hombres, ciudadanos y productores, realizarán la integración de lo individual y lo colectivo, de la libertad y de la necesidad.

(...)

Para el socialismo, el concepto de clase trabajadora no está circunscrito a los sectores urbanos del proletariado industrial, sino se extiende a todos aquellos que, no siendo poseedores de instrumentos de producción de riqueza material, obtienen sus medios de subsistencia en forma de sueldos, salarios o remuneraciones directas, con el empleo de su capacidad personal de trabajo. La clase trabajadora es, en todos los países, la mayoría nacional.

Así entendida, la clase trabajadora comprende desde los profesionales libres hasta los campesinos a jornal. Todos experimentan, en mayor o menor grado, los efectos de la inseguridad económica propia del régimen capitalista y deprimente para la persona humana. No hace el socialismo distinción esencial alguna entre las diversas formas de trabajo. Todas son igualmente dignas y necesarias en el dinámico complejo de relaciones que constituye la realidad social. Ello no obstante, es la clase obrera la que experimenta en sí, con mayor intensidad, su condición de explotada en la sociedad capitalista. Es ella en consecuencia, también, la que objetivamente representa el núcleo central del movimiento revolucionario de los trabajadores.

Es el actual régimen económico el que condena a la mayoría de la clase trabajadora, es decir, a los obreros de la ciudad y del campo, a una vida precaria de esfuerzo físico mecanizado y casi exclusivo, que les impide incorporarse al goce pleno de los bienes culturales. El sentido profundo de la revolución socialista se define precisamente por su aspiración a que todos los hombres –liberados de la inseguridad económica mediante el cumplimiento de su deber social de trabajador productor– puedan vivir su vida intelectual y moral integrándose en la cultura de la época y dándole el impulso vital que ella necesita.

La unidad de la clase trabajadora es condición necesaria de la revolución socialista, tanto en el orden económico como en el orden político. El socialismo propicia, por lo tanto, la organización unitaria, nacional e internacional, de los trabajadores para la lucha por sus reivindicaciones de clase. Esta unidad es la base indispensable para la acción revolucionaria que deberá llevar, en un momento determinado, a los sindicatos y demás organismos obreros a la lucha directa contra la sociedad capitalista en su conjunto.

(...)

Los problemas económico-sociales tienen en la América Latina características que no se dan en el resto del mundo. Debemos plantearlos en términos positivos y buscar sus soluciones específicas sin subordinar nuestra posición revolucionaria a los fines políticos, económicos o estratégicos de ninguna de las grandes potencias que actualmente luchan por la hegemonía mundial.

No podemos estar ni con el imperialismo anglosajón ni con el expansionismo ruso. Debemos estar únicamente con nosotros mismos, al servicio de la revolución socialista.

Para que la América Latina pueda influir en la conservación de la paz y en el destino de la civilización es necesario que deje de ser una expresión geográfica y se convierta en una realidad política. Consciente de ello, el

socialismo lucha por la unidad continental, sobre la base de la formación de una economía orgánica antiimperialista.

La política socialista en la América Latina tiene un doble significado: es el único medio eficaz para la emancipación de las masas obreras y campesinas y la única garantía cierta de nuestra independencia nacional y continental.

Nuestra burguesía no ha conseguido desarrollar, ni en lo económico ni en lo político, la totalidad de sus posibilidades como clase dominante. Nuestra estructura económico-social presenta las contradicciones de fondo propias de los países semicoloniales y dependientes que dificultan la acción revolucionaria de los partidos populares: junto a las formas de vida y de trabajo de tipo feudal, como las que existen en la agricultura bajo el régimen del latifundio, tenemos una fragmentaria producción industrial dependiente en sus principales rubros del control técnico y financiero del capitalismo internacional.

Correlativamente, la madurez política de las masas acusa en el campo y en la ciudad considerables desniveles, que se acentúan en aquellas zonas en que predomina el elemento indígena. Por otra parte, las clases dirigentes, tomadas en su conjunto, se encuentran psicológica y socialmente retrasadas en el campo de las rápidas transformaciones de la economía moderna. No están en condiciones de llevar a cabo la política constructiva de gran alcance que ha de colocar a nuestros países a la altura de las circunstancias históricas.

Una política de tal naturaleza exige la movilización de todos los recursos humanos y materiales para integrar económica y culturalmente a las masas en una auténtica sociedad democrática, levantando su nivel de vida mediante la extirpación de los residuos feudalistas de nuestro régimen agrario y el aprovechamiento intensivo de nuestras fuentes de riqueza. Sólo podrá realizarla la voluntad organizada del pueblo mismo, a través de los partidos nacionales que efectivamente lo representan con sentido revolucionario y conciencia responsable, capaces de enfrentarse con igual energía a las dos fuerzas que amenazan nuestro desarrollo democrático y

nuestro porvenir socialista: el capitalismo reaccionario y el totalitarismo ruso.

Por las razones señaladas, corresponde en el momento actual a los partidos socialistas y afines de la América Latina llevar a término en nuestros países semicoloniales las realizaciones económicas y los cambios jurídicos que en otras partes ha impulsado y dirigido la burguesía. Las condiciones anormales y contradictorias en que nos debatimos, determinadas por el atraso de nuestra evolución económico-social en medio de una crisis, al parecer decisiva, del capitalismo, exigen una aceleración en el proceso de la vida colectiva: tenemos que acortar las etapas mediante esfuerzos nacionales solidarios para el aprovechamiento planificado del trabajo, de la técnica y del capital que tengamos a nuestra disposición.

El progreso material, en naciones más favorecidas, ha sido el efecto del espontáneo juego de fuerzas vitales y sociales en tensión creadora. Entre nosotros, tendrá que ser el resultado de una organización de la actividad colectiva, hecha con un criterio técnico y dirigida con un propósito social. El giro de los sucesos mundiales y la urgencia de los problemas internos no dan ocasión para esperar. Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas, las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático-burguesa –reforma agraria, industrialización, liberación nacional– se realizarán, en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista.

(...)

La situación de Chile es, en la actualidad, paradójica: sociológicamente, es decir, en cuanto dice relación con el desarrollo institucional, somos tal vez el país más adelantado, pero en lo que se refiere a las bases naturales del progreso material –población, fuentes de riquezas, etc.– estamos en condición subalterna en la América Latina. Lo segundo nos impide desempeñar, en la determinación de los destinos comunes, la función rectora que, de acuerdo con lo primero, debiéramos tener.

Por su misma madurez política y social, Chile no puede apartarse, en la consideración de ninguno de los problemas, del punto de vista continental. Una política chilena de sentido socialista tiene que basarse en el examen objetivo que nuestras realidades y posibilidades dentro del sistema de correlaciones que determina la situación americana tomada en su conjunto. No estamos en condiciones –ningún país lo está– de poner en obra iniciativas de gran trascendencia que se sustraigan a toda conexión con los demás procesos económicos y políticos que se desenvuelven en América Latina.

Los países de América Latina formamos de hecho un complejo orgánico. Cada uno de ellos puede desarrollarse independientemente de sus congéneres, pero a condición de someterse cada vez más a la influencia colonizadora del capital monopolista. Si queremos actuar con cierta personalidad histórica en la determinación de una pacífica y democrática convivencia mundial, estamos previamente obligados a cambiar nuestros esfuerzos nacionales en una política unitaria.

Esto significa, en primer lugar, el abandono de los propósitos anarquizantes de autarquía y competencia que han inspirado, hasta aquí, el fomento de la producción agrícola e industrial, sin otro resultado que mantener en las masas bajos niveles de vida y acentuar en los rubros sustantivos del comercio nuestra subordinación con respecto de las grandes empresas extranjeras.

El nacionalismo político, estimulado en su propio interés por las oligarquías criollas, ha facilitado el control imperialista de nuestros mercados de consumo y de nuestras fuentes de materias primas.

Como un aporte funcional a la constitución de una economía latinoamericana de carácter orgánico corresponde a Chile, en este período de transición a nuevas formas de convivencia, realizar una política técnicamente planificada de activa industrialización.

Por las condiciones naturales de su medio geográfico y las aptitudes predominantes de su pueblo, está Chile llamado a ser, en el continente, una

gran usina que complemente con su actividad la vida económica de los demás países, cuyos productos específicos vengan también a complementar la nuestra a través de mecanismos regulares de cooperación y de intercambio.

Una política de esta naturaleza, que tienda al aprovechamiento intensivo de nuestros recursos naturales, exige la movilización completa del potencial humano por medio de las organizaciones de trabajadores, la nacionalización de las industrias básicas y las reformas del régimen agrario, el manejo estatal de los servicios públicos, especialmente de los de seguridad, salubridad y educación, la convergencia, en fin, de todas las fuerzas sociales creadoras en un propósito de superación nacional. El Estado mismo tiene que ser rehecho en su estructura orgánica de acuerdo con la realidad geográfica y económica de la nación.

Sólo la voluntad de la clase trabajadora puede llevar a término esta empresa cuya urgencia se hace sentir tan fuertemente en este periodo de transición que estamos viviendo. Sobre ella no actúan las inhibiciones que se derivan de los intereses creados ni gravita el lastre de los prejuicios tradicionales. Únicamente ella está en condiciones de dar a la sociedad chilena la superior integración e impulso constructivo que la coloquen, de nuevo, en la avanzada del movimiento continental.

Clodomiro Almeyda, «Directivas principistas del Programa Socialista de 1947», en *Clodomiro Almeyda. Obras escogidas (1947-1992)*, ed., Guaraní Pereda (Santiago: Fundación Clodomiro Almeyda– Ediciones Tierra Mía, 1992), 24-28.

(Fragmentos)

De acuerdo con lo expuesto, la acción política del Partido Socialista chileno se ajustará a las siguientes directivas:

I

El Partido Socialista, sobre la base de una interpretación marxista de la realidad, lucha porque se establezcan condiciones de vida –económicas, sociales y políticas– que permitan al hombre el pleno desarrollo de su personalidad por el trabajo, dentro de una estructura social renovada en función de los más altos valores éticos de la conciencia humana. Para ello, el Partido Socialista considera de imperativa necesidad la transformación integral del régimen existente, hecha sobre la base de las conquistas sociales alcanzadas hasta ahora por la actividad de los hombres en el proceso orgánico de la cultura.

II

Como medio de llegar a una transformación completa del régimen capitalista, el Partido Socialista propicia la socialización del poder económico, es decir, la abolición de la propiedad privada de los instrumentos de producción que tienen un empleo de alcance social.

El Partido Socialista considera que la socialización de la producción y el intercambio de la riqueza sólo podrán alcanzarse, sin menoscabo de los fines libertarios y humanos del socialismo, sobre la base de las organizaciones sindicales y técnicas de la clase trabajadora.

III

El Partido Socialista sostiene que sólo la planificación técnica de la producción, la circulación y la distribución de la riqueza pueden liberar al hombre de la servidumbre económica, asegurándole su derecho a la vida por medio del trabajo, el acceso a todos los bienes de la cultura y el goce efectivo de las libertades humanas.

Desaparecidas las clases mediante la socialización del poder económico, se hará posible una convivencia democrática real y no meramente formal, como la que existe en la sociedad burguesa. El Estado perderá sus atributos de poder sobre las personas para convertirse en el supremo coordinador de los procesos económico-sociales.

IV

El Partido Socialista rechaza, por lo tanto, como esencialmente contraria al socialismo, la concepción totalitaria del Estado que implica una regimentación coercitiva de las conciencias individuales. El régimen por cuya implantación lucha ha de fundamentar la democracia en la seguridad económica.

Junto con socializarse los medios de producción, será reemplazada la pseudodemocracia actual, que se basa en un concepto individualista y abstracto de la soberanía popular, por una democracia orgánica que responda a la división real del trabajo colectivo.

V

El Partido Socialista sustenta, en lo internacional, la política revolucionaria y democrática de la clase trabajadora, opuesta a toda forma de imperialismo, y propicia a todo lo que facilite la cooperación pacífica de los pueblos. Esta última sólo será realmente estable cuando la clase trabajadora haya alcanzado en los distintos países sus objetivos históricos.

En las condiciones actuales y en el plano continental, el Partido Socialista lucha por una pacífica y democrática convivencia internacional, ajena a toda forma de presión imperialista y opuesta a la existencia de regímenes dictatoriales y totalitarios.

Para hacer posible este sistema de convivencia continental se hace necesario que los países latinoamericanos traten con los Estados Unidos en un plano de igualdad y dignidad, para lo cual el Partido Socialista propugna la progresiva unificación latinoamericana, sobre bases progresistas y democráticas.

El proceso de unificación latinoamericana, mirado con perspectiva socialista, implica el desarrollo concertado de nuestros recursos económicos con miras a nuestra liberación del imperialismo. Los pueblos de la América Latina integrados en una comunidad de naciones socialistas constituirán un factor decisivo para el porvenir del mundo.

VI

Para superar la crisis porque atraviesa Chile y dar comienzo a la reconstrucción orgánica de la vida nacional, con miras a establecer las condiciones que requiere la realización del socialismo, el Partido Socialista propicia una planificación económica que promueva el aprovechamiento intensivo de nuestros recursos naturales y asegure el alza del nivel de vida de las masas.

La planificación económica propugnada por el Partido Socialista debe tener un carácter integral y revolucionario. Debe ser integral en cuanto debe afectar al total de nuestra vida económica, en todas las fases del proceso y en todas sus modalidades. Debe ser revolucionaria en cuanto no ha de limitarse sólo al control y dirección de las actividades económicas privadas, sino que ha de promover la transformación de las bases estructurales de nuestra economía.

Una planificación integral de nuestra economía, con la perspectiva revolucionaria de transformar nuestra estructura económica, exige una modificación básica de la organización política y administrativa del Estado que permita a éste llegar a ser el instrumento de la acción política de los trabajadores en pos de sus objetivos históricos y el instrumento eficaz para realizarlos.

Raúl Ampuero, «Continuidad y cambio. Notas sobre el Programa del Partido Socialista de 1947», *Cuadernos de El avión rojo*, 1, Santiago, septiembre 1994, 7-12.

(Fragmentos)

Habían pasado catorce años desde su fundación cuando el Partido Socialista realizó su primera Conferencia de Programa. Durante todo ese tiempo no se disponía de otros documentos ideológicos que la Declaración de Principios de 1933 y, en un plano más primario, el Programa de Acción Inmediata del

mismo año. Entre esas fechas habían variado profundamente las circunstancias en Chile y en el Mundo:

– Había quedado atrás la Gran Depresión del 29 y comienzos de la década del treinta y sus ruinosos efectos en la economía chilena, particularmente en la industria salitrera;

– Bajo las banderas del Frente Popular y de la unidad de la izquierda, la vieja oligarquía había sido desplazada del poder, parcialmente al menos;

– Habíamos seguido con apasionado interés la guerra civil española y su dramático desenlace: la caída de la República y la instalación de un régimen fascista que se agregaba a las dictaduras de Italia y Alemania;

– De la segunda guerra mundial había surgido una institución planetaria –la ONU– como corolario del triunfo militar de las potencias occidentales y la Unión Soviética sobre el Eje. Se redibujaba el mapa político de Europa y comenzaba el proceso de descolonización en el Tercer Mundo;

– Stalin, en la Unión Soviética, había liquidado a la vieja guardia bolchevique, consolidando así su poder personal y consagrando una versión dogmática del marxismo: el ‘marxismo-leninismo’, como doctrina oficial de la Tercera Internacional y de los partidos comunistas a ella afiliados.

En suma, una serie impresionante de acontecimientos exigía reformular los postulados originales del Partido a la luz de la historia reciente. Con tal propósito, la nueva dirección del PS elegida en el XI Congreso General (octubre de 1946) resolvió convocar a una Conferencia Nacional de Programa en el curso del año siguiente. La Comisión encargada de elaborar la ponencia inicial contó con la participación de un gran número de compañeros y, luego de aprobado su texto en la Conferencia, fue sometida a la sanción final del XII Congreso General.

El Programa del 47 está dividido en dos secciones: una primera parte teórica, de fundamentación ideológica, y una segunda donde se diseñan los planes sectoriales. Mientras en esta última fue indispensable y valiosa la colaboración de numerosos especialistas y profesionales de cada ramo, la

introducción teórica fue prácticamente redactada por el recordado compañero Eugenio González quien, con este escrito, nos dejó una herencia intelectual de valor singular. Este documento enunció los principios que sirvieron de plataforma y orientación al Partido en los veinte años siguientes.

La escueta referencia al marxismo como método de interpretación de la realidad, formulada en la primitiva Declaración de Principios, resulta demasiado esquemática, insuficiente para situar ideológicamente al Partido, pero adquiere consistencia en los años que siguen, a través de un persistente y severo enjuiciamiento crítico de las experiencias y actitudes comunistas, dentro y fuera de la Unión Soviética.

(...)

El rechazo del modelo comunista se extiende tanto a la concepción del Estado como simple instrumento del partido, como a la política exterior de Moscú. En este campo, el Programa señala una línea que inspirará más adelante la firme condena de las intervenciones soviéticas en Hungría (1956), Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1979). Con ocasión de la ruptura soviética con Yugoslavia (1948) el Partido no se limitó a solidarizar con la posición de independencia del país ofendido, sino que acogió con esperanza las nuevas orientaciones contenidas en la política de Belgrado. Tanto el sistema de la autogestión como las iniciativas del no alineamiento calzaban con los conceptos de democracia económica y autodeterminación de los pueblos consagrados en el Programa que comentamos.

El postulado de la autonomía en sus diversas dimensiones anima todo el documento, sea como premisa de las relaciones interestatales o como condición en los compromisos con otras colectividades políticas dentro y fuera de Chile. En su ejercicio, el Partido solidarizó con la Revolución Boliviana (1952), con la insurrección promovida en Cuba por el Movimiento 26 de Julio (1959), con la lucha independentista argelina (1962), en momentos en que otros partidos políticos de izquierda les regateaban su apoyo. El mismo principio nos permitió condenar la agresión franco-británica contra Egipto (1956), con motivo de la nacionalización del

Canal de Suez, pese a que en aquella época el jefe del Gobierno en París era Guy Mollet, dirigente de primer plano en el Partido Socialista francés y en la Internacional Socialista.

En realidad, el rigor autonomista del Partido está estrechamente asociado a una vigorosa revalorización de la democracia. Si en 1933 había tenido ciertos fundamentos la incorporación del concepto de la ‘dictadura de los trabajadores’ en la Declaración de Principios, en 1947 la gravitación objetiva de esas circunstancias había desaparecido: la Milicia Republicana –como guardián del viejo orden oligárquico– estaba disuelta; durante diez años el Poder Ejecutivo se había movido en un espacio de izquierda moderada, con la presencia –en algunos períodos– tanto de ministros socialistas como comunistas, y, por último, el desenlace de la guerra mundial había rehabilitado el valor sustancial de la democracia en el mundo, luego de experimentar en toda su barbarie el totalitarismo fascista. Sin consignarlo en forma expresa, el Programa diseña un proyecto político que será conocido en los años siguientes con la denominación de República Democrática de Trabajadores. Dos elementos principales sirven de soporte a ese enunciado: uno es la reducción del papel del Estado en el proceso de socialización de los medios de producción, y el otro la reivindicación humanista del trabajo, como factor económico y como supremo valor social.

(...)

Tal vez la concepción de una planificación integral y centralizada del proceso productivo sea la más discutible de las ideas inspiradoras del Programa, aún cuando diversos pasajes la condicionan muy estrictamente, dejando importante espacio a la economía de mercado. El sistema implantado en la Unión Soviética vino a demostrar que la planificación total es virtualmente impracticable y sobre todo estimula la transformación del personal que la maneja en una ‘nueva clase social’, por la magnitud de sus ingresos en dinero y en servicios. Independientemente del carácter teóricamente ‘estatal’ o ‘social’ de la propiedad sobre los medios de producción, es la tecnocracia la que maneja el aparato productivo,

asumiendo simultáneamente una situación dominante en la conducción política.

Nuestra idea de la democracia como una radical socialización del poder en todas sus formas, como sustancial extensión del campo de decisiones del pueblo y del autogobierno, superando los privilegios de clase, ha estado siempre implícita en la mentalidad del Partido y desmiente los injustificados reproches de quienes nos atribuyen una pretérita insensibilidad hacia los valores democráticos tradicionales. A nuestro juicio, si tratamos de encontrar una clave objetiva para juzgar el nivel de democratización de una comunidad en determinada fase histórica, podríamos encontrarla verificando el grado en que el sistema contribuye a emancipar las fuerzas del trabajo. Frente a quienes aceptan la democracia exclusivamente como un sistema destinado a perpetuar el capitalismo, nosotros la concebimos siempre como un ordenamiento institucional que debería garantizar el advenimiento pacífico de los cambios requeridos por la evolución de la sociedad.

Es importante subrayar el carácter anticapitalista de todo el documento, porque es él un elemento esencial en todo socialismo verdadero. La magnitud de la planificación, la extensión del mercado, las diversas formas de propiedad, el grado de participación del Estado, todos esos factores, en mayor o menor medida, pueden ser empleados como instrumentos en la conducción económica de una comunidad con un criterio pragmático para enfrentar sus peculiares problemas, independientemente de su estructura socialista o capitalista. Teóricamente, la misma economía de mercado, en sus versiones menos dogmáticas, podría compatibilizarse con un régimen socialista de autogestión, donde la empresa privada estuviese sustituida por las empresas autoadministradas por sus trabajadores.

La visión marxista de los fenómenos políticos que acusa en la dinámica de la historia una presencia determinante de los antagonismos de clase es otro postulado que hoy se niega o se oculta en nombre de una solidaridad social puramente retórica. En el Programa del 47 esa perspectiva ilumina sus párrafos más elocuentes.

Enrique Burmeister, «Entrevista a Luciano Kulczewski en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile (1969)», Blog El Colegio de Arquitectos de Chile. Investigación de una obra de Luciano Kulczewski

<<http://kulcz.blogspot.com/2006/05/entrevista-kulczewski-parte-i.html>>.

(Fragmentos)

—¿Qué es la arquitectura, para usted?

La arquitectura, lejos de ser una ciencia, es un hecho fundamental en las vidas humanas: dar vivienda, dar cohesión a la familia, dar un hogar donde se desarrollen las vidas humanas; alegrías, tristezas, penas, todas cobijadas dentro de un ámbito ...Y además es un arte ...reúne, así, estas dos condiciones que son sublimes.

(...)

—¿Podría enumerar algunas de las innovaciones que usted introdujo a Chile?

Desde luego. Los ascensores, la calefacción central, el sistema de servicios comunes, centrales de agua corriente. Esto, a su vez, trajo cambios a la forma de proyectar, porque ya no era llegar y hacer una casa común y corriente: había que adaptar el terreno, la superficie de que se disponía, la necesidad de ascensor y los servicios comunes, y dentro de ese hueco, proyectar las casas.

—¿Qué obras tuyas considera como las más logradas?

El cerro San Cristóbal y la Quinta Meiggs. Porque hay una cosa importante para el arquitecto, y es que aquellas obras que hace ayuden a la felicidad y al buen vivir. Es el éxito más grande. De manera que los domingos, cuando

ando por ahí y veo en las tardes miles y miles de obreros y de gente que viene bajando del cerro, donde han pasado el día, esa es una de las grandes satisfacciones que tengo, posiblemente más que cualquier otra satisfacción producida por una situación de orden estético, si usted quiere.

—¿Está usted en contra de la proletarización del hombre común?

Por supuesto. Totalmente en contra de la proletarización del hombre común. Eso fue lo que me llevó a participar en la fundación del Partido Socialista, a hacer todas esas poblaciones con las casas distintas unas de otras, pero dentro de una semejanza común. Fíjese en el hombre común, porque lo he conocido a fondo, y que muchas de mis construcciones las he hecho yo directamente, sin contratista. El noventa por ciento de los obreros, o sea el hombre más pequeño en términos económicos, de vida más difícil, más dura, es bondadoso; lejos de ser un amargado, es esencialmente bondadoso. Comprenderá usted, después de esto, el verdadero horror que para mí representa la población José María Caro, donde se pierde la vista en callejuelas estrechas y donde el pobre hombre común, para ir a su trabajo debe maltratarse y perder por lo menos dos horas diarias de su tiempo en el ir y venir, en condiciones vejatorias, en una micro indecente, fea y ruidosa. No hace vida familiar ni conversa con sus hijos. En fin.

Y como si esto fuera poco, frente a esta población o ciudad callampa, un arquitecto, con un orgullo que debería ser vergüenza, nos cuenta en un enorme letrero que habrá mil casas más iguales. Vivimos en la ciudad más fea del mundo por culpa exclusiva de los arquitectos.

—¿Qué opina usted de lo que podría llamarse arquitectura chilena?

Respecto a una cosa típicamente chilena en arquitectura, que puede designarse como usted me lo manifiesta, 'arquitectura chilena', la encontramos más que en ninguna parte en las grandes casonas campesinas, con muros de adobe grueso, grandes corredores que distribuyen el acceso a las diferentes habitaciones; están más en ambiente del campo, en los árboles. Esta, sin embargo, no es una receta que pueda aplicarse a la ciudad.

Manuel Rojas, «El socialismo y la libertad», *Babel. Revista de arte y crítica*, 30, (Santiago, diciembre 1945), 133-136.

(Fragmentos)

La experiencia ha demostrado que existen varios tipos de socialistas, casi tantos como constituciones psíquicas hay. No obstante, a primera vista pueden distinguirse cuatro tipos principales y quizá si fundamentales: 1°. el socialista tipo intelectual, que está dispuesto a aceptar, y acepta, todo aquello que se le presenta como socialismo, aunque ello no sea más que una banda de músicos y un tony o un organillero con su mona; 2°. el socialista por afanes o principios materiales, que está convencido de que el socialismo ha sido creado únicamente para mejorar su situación económica; 3°. el socialista por afanes o principios administrativos, que se cree llamado a dirigir, ahora y siempre, a los anteriores; y 4°. el socialista por afanes o principios morales. Al primero podrá encontrarse en las innumerables sociedades de amigos del socialismo y al segundo y al tercero en los partidos socialistas de todo el mundo. En cuanto al cuarto, rara vez se le hallará acompañado de más de dos o tres personas. No es miembro de ningún partido político y el socialismo de partido, por su parte, le mira siempre con oblicuos ojos, considerándole siempre como un ser demasiado independiente. Su excesiva independencia le hace sospechoso de tibio socialismo y de otras cosas peores.

Demás está decir que el socialista por afanes o principios morales no es un individuo que anhele el socialismo porque vive mal y quiera vivir mejor o porque considere que la sociedad está mal organizada y peor dirigida y estime que él es el llamado a organizarla y dirigirla mejor, no; este socialista es socialista porque vive más o menos bien en un mundo que vive decididamente mal. Al decir que vive más o menos bien no queremos decir que viva en la opulencia o en la ociosidad; nada de eso: carece de bienes de fortuna y debe ganarse la vida como cualquier hijo de vecino. Vive más o menos bien en el sentido de que su inteligencia y su espíritu tienen

satisfacciones –sin índole política o social de ninguna especie– que compensan sus angustias materiales o de otro orden más elevado, procurándole un equilibrio de que carecen no sólo los socialistas del segundo y tercer tipos sino que también la mayor parte de los individuos que componen una sociedad cualquiera, sean esos individuos de la clase que sean.

Esta condición es una condición de que él puede gozar en cualquiera sociedad de tipo democrático y es obvio que no necesita esperar el advenimiento del socialismo para disfrutar de ella, ya que, como se comprende, es una condición natural. Siendo así, su socialismo es puro, es decir, desinteresado: no lo desea para mejorar de situación ni tampoco para reemplazar a los gobernantes o policías de la sociedad actual, transformándose en un gobernante o en un policía socialista. Nada de eso. Desea el socialismo exclusivamente porque su conciencia moral le dice que es necesario que la humanidad, y dentro de ella especialmente lo que se llama pueblo, cambie su actual situación por otra más noble. No ve, por otra parte, en ninguna otra doctrina político-social –las religiosas no le interesan– la grandeza que tiene el socialismo.

Es innegable que el concepto que este socialista tiene de la libertad en relación con el socialismo es completamente diverso del que tienen los demás tipos de socialistas: al segundo sólo le interesa vivir bien; al tercero, mandar.

El tema del socialismo y la libertad fue puesto de actualidad cuando el conocido líder de la plutocracia y del imperialismo británico, Mr. Churchill –que años antes había declarado que si fuera italiano sería fascista–, al atacar en mala forma al partido laborista durante la última lucha electoral inglesa declaró que no podía haber socialismo sin una policía que, como la Gestapo o la Gepeú, controlara todas las actividades del individuo, incluso sus opiniones y hasta sus pensamientos. Al leer esas palabras, lo primero que acudía a nuestra mente era el recuerdo de Rusia, único país en que hasta este momento ha ocurrido una experiencia llamada socialista y al cual, indudablemente, se refería Winston Churchill, aunque sin nombrarlo. Ese recuerdo era seguido de un amargo sentimiento: Mr. Churchill, a pesar

nuestro y en lo que a Rusia se refería, tenía razón. Quedaba, sin embargo, una pregunta que era como una esperanza: ¿es en realidad Rusia un estado socialista?

La revolución de Octubre (o Noviembre) fue realizada bajo las consignas dadas por Lenin en sus famosas diez tesis, de las cuales la tercera y la quinta pedían el establecimiento de una república soviética, en tanto que la sexta propugnaba la expropiación de los latifundios, y la séptima y la octava la entrega a los soviets del control de todos los medios de producción y de distribución. Era una revolución para el pueblo y fue hecha por el pueblo; y como no hay en la historia, y talvez –felizmente– no lo habría nunca, el caso de un pueblo que haga una revolución para perder su libertad, asombra que veintiocho años después de realizada aquella alguien pueda decir, sin encontrar a nadie que le diga –con serias razones– que miente, que su fruto ha sido la creación de un estado en que una policía política controla todas las actividades del individuo, incluso sus opiniones y hasta sus pensamientos. ¿Qué causas han hecho posible semejante desviación?

Esta desviación resulta tanto más extraordinaria si se recuerda que en ninguna de las tesis de Lenin, padre de la revolución, así como en ninguno de sus escritos, puede hallarse nada que no sea fruto del más encendido amor a la libertad y al socialismo. Lenin era, sin duda, un hombre violento y fanático, sarcástico e hiriente (¿qué papel habría hecho en una sociedad de amigos del socialismo?), pero a nadie que no sea un estúpido se le ocurriría acusarlo de falta de amor al socialismo y a la libertad.

Podríamos dar vuelta un año y otro año buscando aquellas causas, sin que al final lográramos otro resultado que el de asegurar que existieron y aún existen. Pero, examinando los acontecimientos ocurridos en Petersburgo en 1917, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

– La insurrección de Febrero fue un movimiento eminentemente popular, y como tal, de tendencia libertaria;

– La de Noviembre, aunque organizada y dirigida por un partido político, el bolchevique, tuvo idéntica tendencia, ya que pedía todo el poder a los soviets y el establecimiento de una república soviética;

– Esa consigna era de carácter socialista, y siéndolo, era también de carácter libertario, ya que nadie puede imaginar que una república dirigida por organismos populares como eran los soviets tuviere como finalidad la de privar de libertad a los individuos que los formaban y elegían;

– De lo que se desprende que existe una vital relación entre la libertad y el socialismo, siendo la primera condición sine qua non del segundo.

Con todo esto, y dando como aceptado tácita y explícitamente que en Rusia no existe la libertad que el socialista del cuarto tipo concibe como tal, llegamos a un final inesperado aunque fatal; el socialismo de la Unión Soviética no es el socialismo de Marx, de Engels ni tampoco el que Lenin diseñó en su famosa obra *El Estado y la Revolución*. Por lo demás, nadie jamás ha asegurado que exista en Rusia tal socialismo y nadie, si lo asegurara, podría demostrarlo. Cosa extraña, cuando Lenin discutió sus tesis en la asamblea general del partido bolchevique, se pronunció abiertamente contra la instauración del socialismo: «Nuestra tarea –dijo– no debe ser la edificación del socialismo; debemos ocuparnos, únicamente, de que el control de todos los medios de producción y de distribución sean entregados a los soviets». Era una medida socialista, pero no era el socialismo. El socialismo vendría después.

En 1945, todavía lo estamos esperando.

Pero si en Rusia no existe el socialismo, las palabras de Mr. Churchill no tienen significado, ya que se refieren a algo que no existe. Decir que no puede existir el socialismo sin una policía que controle todas las actividades del individuo, incluso sus opiniones y hasta sus pensamientos, es como decir que no puede existir la Atlántida sin un gobernador que use calzoncillos de franela. Cuando exista la Atlántida o cuando surja del fondo de los mares, si es que alguna vez llega a surgir, podremos ver si eso es verdad; del mismo modo, cuando exista socialismo, si es que llega a existir

—no nos hacemos muchas ilusiones—, veremos si podrá existir o no sin una Gestapo o una Gepeú.

La defensa de un ideal de democracia social contrapuesto a la democracia liberal apunta, además, a habilitar una política que vaya más allá de la movilización de las demandas de un sector social específico, para abordar los problemas nacionales con un horizonte de transformación que supere los límites del Frente Popular. Así, vuelve a adquirir fuerza la discusión sobre una noción de pueblo más amplia, como base social de sustentación de semejante horizonte político. Pero los relevantes desarrollos teóricos que efectúa el socialismo chileno no son suficientes para impedir que las pugnas internas provoquen un nuevo quiebre. La postguerra se convierte en «guerra fría» y una persecución se desata sobre los comunistas y los coloca en la ilegalidad. Los socialistas se oponen a las nuevas leyes represivas, pero discrepan entre sí sobre el mejor camino para derrotar a la derecha y reestablecer la democracia. Mientras Salvador Allende sostiene la necesidad de materializar una alianza de izquierda, el segmento mayoritario del partido —en ese entonces llamado Partido Socialista Popular y dirigido por Raúl Ampuero— se inclina por hacerse parte de la masiva adhesión popular que recibe la candidatura del ex general Carlos Ibáñez, que promete abrir opciones de cambio sustancial. La hiriente polémica sobre el apoyo a Ibáñez expresa las apasionadas posiciones que se despliegan en el PS a propósito del afán de ensanchar la base popular para superar el estancamiento político y volcar la correlación de fuerzas mediante la conquista de sectores de la pequeña burguesía y el emergente voto femenino. Luego de nueve meses de participación en el gobierno de Ibáñez los socialistas populares se retiran. Se iniciará una nueva etapa de reconstrucción orgánica.

Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida*
(Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1987), 122-126.

(Fragmentos)

La segunda administración Ibáñez constituye una desviación de la trayectoria general seguida desde 1932 hasta 1973 por el proceso político chileno.

Pero lo anterior sólo en un sentido, en el de que su base social y política estaba más bien constituida por el populismo inorgánico de las masas y no por los partidos políticos y sus esferas de influencia. La insurgencia del ibañismo refleja una crisis de legitimidad de los partidos, en especial del radicalismo, que durante un largo período constituyó el eje de la política nacional.

Mas no es una desviación en el sentido de un cambio en la dirección de las políticas sustentadas por los gobiernos desde 1932 en adelante. El Gobierno de Ibáñez retomó la orientación centro izquierdista de las administraciones radicales, que fue abandonando para desviarse hacia la derecha durante la mayor parte del Gobierno de Gabriel González Videla.

La administración de este último marca el fin del ciclo de gobiernos radicales. Al final de su gestión, el desgaste producido por catorce años de indiscutido predominio en la administración del Estado, las volteretas y virajes que caracterizaron su administración, incluida la felonía política que significó la represión al Partido Comunista, los primeros síntomas del agotamiento del modelo de desarrollo hacia adentro sustitutivo de importaciones y el empate político entre el capital y el trabajo en la pugna por repartirse los frutos del desarrollo económico, configuraron una situación política que exigía cambios en la orientación del Estado. Cambios hacia la derecha o hacia la izquierda, pero cambios de todas maneras. Y, sobre todo, cambios en la conducción política, porque el radicalismo estaba tocando fondo en el descenso de su prestigio y hasta de su legitimidad como eje del sistema político.

En el supuesto caso de que para suceder a González Videla se hubieran enfrentado la derecha y la izquierda, con el radicalismo como tercer postulante, la victoria habría correspondido a la derecha. La izquierda estaba deteriorada por la represión al Partido Comunista y por la división del socialismo. Y el radicalismo, está claro, no tenía posibilidad alguna de

mantenerse en el poder. La reacción anti-radical de las masas era incontenible. Recordemos la consigna que voceaban los trabajadores en sus paros y protestas, reclamando por las alzas de precios y solicitando aumento de sus remuneraciones: «El Partido Radical es vergüenza nacional».

Pero las cosas no se dieron de esa manera. En el proceso político chileno se introdujo un factor imprevisto, ajeno al sistema de partidos y de alianzas tradicionales: Ibáñez y el ibañismo. No es mi propósito filosofar ahora acerca de este apasionante tema, sólo diré algunas palabras para caracterizar el sentido de la irrupción arrasadora del ibañismo en 1952.

El país, y con ello quiero expresar la media de la opinión pública, después del agotamiento del radicalismo, percibido como símbolo de los arreglines y componendas entre los partidos para cautelar sus intereses, de sus vacilaciones, traiciones e inconsecuencias, quería un gobierno fuerte, honesto y realizador que se pusiera al servicio de los intereses populares. Quería un gobierno antimperialista y anti-oligárquico, aunque ajeno a todo extremismo que, por lo demás, no se visualizaba entonces como una amenaza al orden establecido.

Indiscutiblemente, quien mejor podía encarnar esos valores era el general Ibáñez. Su tradicional animadversión contra la oligarquía, fenómeno más de piel que de otra cosa, que había constituido uno de los rasgos de su anterior administración, y a la que no perdonaba haber sido agente decisivo de su deposición, lo llevaba a hacer un discurso político de contenido antiderechista. Su inveterada hostilidad hacia la partidocracia, cristalizada en la politiquería radical, y la sensación de fuerza y autoridad que emanaba de su persona, lo hacían proclive a ganarse la adhesión de la clase media independiente y de vastos sectores populares antigobiernistas que no reconocían filas en los deteriorados partidos Socialista y Comunista y que, todavía inmersos en la cultura política de antaño, de origen rural, tendían a buscar, como tantas veces ha ocurrido en América Latina, un hombre fuerte que pudiera imponer el orden e impartir justicia.

Alrededor de Ibáñez fue configurándose una base de apoyo nacional populista. Los antecedentes de su primera administración advertían el

peligro de que su gobierno pudiera degenerar en un autoritarismo de derecha, e incluso en una abierta dictadura. Pero, por otra parte, era evidente que Ibáñez quería ahora relegitimarse como demócrata y borrar la imagen represiva de su primer gobierno. Fue así como en su programa presidencial ofreció derogar la legislación anticomunista, contenida en la llamada Ley de Defensa de la Democracia, y terminar con el régimen de proscripciones políticas e ideológicas que había impuesto González Videla.

Mucha gente de izquierda intuía que la única manera de parar a la derecha en sus intentos por recuperar el poder era Ibáñez, pero sólo algunos pocos se atrevían a decirlo y proclamarlo abiertamente.

Al comienzo, en el seno del Partido Socialista, Ibáñez y el ibañismo eran malas palabras. Los antiguos militantes, sobre todo, no se habían olvidado de la fase represiva de su primera administración. Pero, de manera natural, cada vez con más frecuencia, en los corrillos y encuentros informales de compañeros surgían voces, aisladas al comienzo, y con el tiempo cada vez más numerosas, que planteaban la posibilidad de que nuestro Partido Socialista Popular apoyara a Ibáñez. Seguramente en ello influían las opiniones de sus vecinos o compañeros de trabajo sin partido, los que paulatinamente iban inclinándose en favor de Ibáñez. Era éste un fenómeno que expresaba la tendencia de la mentalidad tradicional a seguir a un caudillo u hombre providencial.

Tomás Chadwick fue el primer dirigente nacional del Partido que rompió el fuego y se atrevió a levantar el tabú, proponiendo se estudiara la posibilidad de apoyar la candidatura de Ibáñez. Con rapidez esa proposición fue ganando adeptos en la directiva. Eugenio González, Oscar Waiss, Alejandro Chelén y yo mismo, entre otros, fuimos tomando posiciones en favor de la postulación de Ibáñez. Ampuero y sus amigos más próximos vacilaban, era un «plato muy fuerte» que los socialistas apoyaran al ex dictador. En su gran mayoría, la base del Partido fue alineándose en favor de Ibáñez; el problema lo constituían los cuadros medios profesionales e intelectuales de formación liberaloide, muchos de los cuales consideraban la adhesión a la candidatura del general como un renuncio oportunista inaceptable.

Para tomar una decisión debió convocarse a un Pleno Nacional en la ciudad de Temuco. Tomé bajo mi responsabilidad la tarea de defender el apoyo del Partido a la candidatura de Ibáñez, y creo que ésa fue la mejor intervención política de toda mi vida. Sinceramente, pienso que mi argumentación fue suficientemente convincente. La pugna se ganó casi sin resistencias, porque quienes no pensaban como nosotros no atinaron a organizarse ni a ofrecer otra alternativa mejor y más viable. En su esencia, mi alegato fue sencillo. No podía discutirse que la mayoría del pueblo trabajador era ibañista; esa masa no tenía orientación ni ideas claras y nosotros debíamos tratar de dárselas, aprovechando nuestra estructura orgánica y nuestro nivel político e ideológico. Por lo menos teníamos la posibilidad de desarrollarnos y crecer como partido, asumiendo un papel de dirigencia en la campaña electoral; tendríamos la oportunidad de dejar de ser un partido relativamente pequeño (como lo éramos a la sazón) y de convertirnos nuevamente en un gran Partido. Nuestra influencia unida a la de los demás sectores de izquierda que estaban pronunciándose por Ibáñez en el Partido Democrático, en el propio radicalismo disidente y entre los independientes de avanzada podía determinar que las potencialidades progresistas de su candidatura fueran las predominantes, sobre todo tomando en cuenta su arraigo popular. Así podríamos darle continuidad al desarrollo democrático del país bajo un nuevo liderazgo que sustituyera el del desgastado radicalismo oficialista. Si aquello no fuese posible y los sectores rechazantes que acompañaban su candidatura terminaban imponiéndose, no perdíamos nada. De todas maneras, habríamos fortalecido el Partido y el movimiento popular al concientizar a la masa ibañista y, de paso, evitar un retorno de la oligarquía tradicional al poder en gloria y majestad. Por otra parte, debíamos tener presente la experiencia argentina, en la cual la obstinada oposición al populismo peronista por parte de los partidos de izquierda había terminado por separarlos y antagonizarlos con la mayoría del pueblo, dejando el paso libre para que una dirigencia sindical oportunista y desclasada se apoderara del movimiento obrero, convirtiendo a socialistas y comunistas en grupos marginales sin ningún respaldo entre el pueblo y la clase obrera.

No me arrepiento de las posiciones que defendí en aquella ocasión. En definitiva, será la historia la que diga si aquél fue o no un paso acertado,

tomando en cuenta el momento y el contexto en el cual se dio. Lo que sucedió después fue harina de otro costal.

Aunque la enorme mayoría del Comité Central contribuyó con su voto a decidir el apoyo a Ibáñez, la verdad es que una parte significativa de esa mayoría, y hasta creo que inclusive el secretario general Raúl Ampuero, adoptó esa actitud sin internalizar las razones de fondo que nos habían llevado a Eugenio González y a mí, entre otros, a sostener esa posición. Concibieron ese paso como un mero oportunismo político, del cual el Partido como tal sólo podría sacar dividendos electorales. Y no se trataba de eso, sino de una ambiciosa empresa destinada a enraizar el Partido en la masa ibañista; se trataba de aprovechar su disposición combativa y su repudio al status imperante, y su decepción y rebeldía frente al régimen anterior, para configurar un gran movimiento popular nacional en el que la izquierda, y en especial el Partido, podría ejercer hegemonía, para luego convertirse en una alternativa popular de masas. En otras palabras, significaba romper el equilibrio entre la derecha y la izquierda tradicionales en un proceso en el cual esta última se convertiría en vanguardia de la inmensa mayoría popular que apoyaba a Ibáñez, arrastrando incluso a importantes sectores de las clases medias proclives al ibañismo. Pero esto requería un estilo resuelto, decidido y audaz de nuestra conducción política. Era preciso tomar la punta en el proceso, sobre todo a nivel del pueblo, ya que por el lado de las cúpulas políticas aquello era muy difícil.

Mas no ocurrió así. El apoyo a Ibáñez se hizo en forma vergonzante, como pidiendo disculpas y dando explicaciones, a medias tintas, sin intuir la esencia de la operación política que se pretendía emprender.

Oscar Waiss, *Presencia del socialismo en Chile*
(Santiago: Ediciones Espartaco, 1952), 23-26.

(Fragmentos)

La candidatura de Salvador Allende representa la incapacidad stalinista para asimilarse la iniciativa creadora de las masas. No estudiaremos aquí el

carácter de la fracción socialista que allí actúa, ya que lo haremos en el capítulo siguiente. Pero podemos afirmar que esa candidatura no es otra cosa que la reafirmación del comunismo bajo el imperio de una testarudez dogmática.

El Partido Comunista sabe perfectamente que la clase obrera aislada es incapaz de impulsar la revolución democrático-burguesa y conducir a las masas en la lucha efectiva contra el imperialismo. Debe, en consecuencia, aceptar la necesidad de ampliar su frente con los sectores de la burguesía inferior y del campesinado. Objetivamente, debe optar entre el radicalismo y sus aliados convictos y confesos de traición, o el ibañismo que es la unión de vastos sectores populares. Cualquiera que sea la cuota electoral que alcancen –y nosotros no somos muy optimistas– su aislamiento significa dejar al azar la solución del problema. Lejos de asumir una actitud decisiva, los comunistas optan por la contemplación budista. Mientras el mundo lucha y las fuerzas sociales chocan, ellos se miran el ombligo. Con el debido respeto nos permitimos sostener que esa actitud es auténticamente anti-marxista.

Llegamos, finalmente, al bloque sustancial agrupado en la Alianza Nacional del Pueblo, y en el cual actúa decisivamente el Partido Socialista Popular. Quiero volver a las palabras de Ampuero en el XIV Congreso del socialismo popular, en Chillán:

«Pero una cosa es evidente: las multitudes necesitadas, los sectores golpeados por la crisis inflacionista, el pueblo en su expresión más abigarrada y más espontánea (sic), se agrupa junto a Ibáñez en un deseo, no por elemental menos recio, de destruir el viejo orden tradicional.

«¿Dónde está la fuente de su rencor? ¿Contra qué cosas y contra qué hechos arremete instintivamente? ¿Esa energía de las masas es susceptible de usarse en la reconstrucción orgánica del país o está destinada a estrellarse sin esperanza en el muro de su propia impotencia creadora.

«A la contestación de estas preguntas desearía contribuir modestamente, convencido de que contienen un enigma que solo el socialismo puede

desentrañar.

«Considero que la impaciencia del pueblo obedece a un profundo sentimiento de frustración colectiva, cuya causa hay que buscarla en tres cuestiones principales: la subyugación de la soberanía nacional por el capitalismo extranjero; el carácter cada vez más notoriamente fraudulento de nuestra democracia, y el mantenimiento de niveles de vida que no guardan relación con la riqueza potencial del territorio».

Esto significa que la tendencia liberadora se encarna, en Chile, en el ibañismo, que es un amplio frente popular que va, desde el proletariado revolucionario representado por el Partido Socialista Popular, hasta las clases medias que se reagrupan en movimientos como el Partido Agrario Laborista, el Partido Democrático del Pueblo y el Movimiento Nacional Ibañista. Este bloque de partidos posee un dinamismo creador que garantiza realizaciones serias y merece ampliamente el apoyo obrero, con la condición ineludible de resguardar la independencia de las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera. El sometimiento de estas organizaciones reduce al proletariado, como en Argentina, al papel de apéndice de la burguesía.

Los trabajadores han visto en el ibañismo el vehículo de sus aspiraciones y confían en que los sectores populares que se movilizan con esta candidatura serán aliados leales en la etapa inmediata de la lucha por el socialismo. El ibañismo debe apreciarse positivamente en el balance general de la lucha antiimperialista. Y, por lo demás, la participación de un partido obrero, de claro programa socialista, como es el Partido Socialista Popular, da a esta nueva experiencia un carácter distinto que la individualiza en el conjunto de los movimientos nacionalistas de América Latina. Podemos agregar que esta experiencia solamente podía darse en Chile, único país de América Latina donde existe un socialismo revolucionario de envergadura.

Partido Socialista de Chile, «Programa del Frente del Pueblo (1952)», en *Salvador Allende Senador (1951-1953)*. Archivo Parlamentario Salvador Allende,

Partido Socialista de Chile (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2014), 203-214.

(Fragmentos)

El Frente del Pueblo, movimiento político popular de carácter permanente que va más allá de lo electoral, está llamado a unificar, con la clase obrera como espina dorsal, a los sectores más conscientes de la sociedad chilena: campesinos y agricultores progresistas; empleados, artesanos, maestros e intelectuales; profesionales, comerciantes e industriales con sentido nacional; mujeres y jóvenes dispuestos a producir en Chile un profundo cambio, que lo arranque del estado de atraso y de crisis en que se encuentra y lo impulse por el camino del progreso en todos los órdenes, actuando sobre la base de la unidad de los Partidos Socialista y Comunista, Izquierda Socialista.

Significa, en un plano superior, la continuidad histórica de los movimientos populares que, triunfaron en 1938, 1942 y 1946. Asimilando las experiencias y enseñanzas del pasado, ha abierto un proceso unitario de las fuerzas creadoras de nuestra nación enarbolando el único programa que plantea las medidas que deben adoptarse para solucionar la dramática crisis económica, política, social y moral del país. Ellas están contenidas esencialmente en la urgencia de nacionalizar nuestras fuentes de materias primas, de llevar a cabo la Reforma Agraria, de permitir el desarrollo sin trabas de nuestro comercio exterior, democratizar todos los órganos del Estado, e impulsar la cultura de las masas, para garantizar así a los habitantes el derecho al pan, al trabajo, a la paz, a la salud y a la educación.

(...)

Chile es, por su economía, un país semicolonial. Sus principales fuentes de materias primas: cobre, salitre, hierro, etc., no le pertenecen. Debe adquirir en el exterior abastecimiento para su desarrollo económico y para su consumo alimenticio. Los ingresos de moneda extranjera que necesita son proporcionados en su mayor parte –alrededor de un 60%– por el cobre y el

salitre. Las industrias que producen estas materias primas son de propiedad del capital norteamericano, cuya principal misión es dirigir la producción con fines de predominio político y comercial.

El comercio y la colocación de nuestras materias básicas en el exterior, en condiciones ventajosas, se hallan impedidos por discriminaciones políticas y por el monopolio de los consorcios internacionales. El imperialismo norteamericano nos cierra los mercados, mientras aprovecha para vender en ellos nuestros productos a precios usurarios.

Por medio de convenios económicos, agrícolas, militares, educacionales, de salubridad, etc., el imperialismo norteamericano ha ido afianzando cada vez más su hegemonía sobre países que, como el nuestro, deben entregarle sus materias primas y comprarle productos elaborados con esas materias a los precios que él determina.

Esto significa que Chile debe vender barato y comprar caro.

El Frente del Pueblo, movimiento antiimperialista, lucha por recuperar para Chile el control de sus materias primas, de sus industrias y servicios y de su comercio exterior.

(...)

El Frente del Pueblo plantea una real industrialización del país para elaborar las materias primas, produciendo bienes de capital y bienes de uso o consumo popular, especialmente alimenticios; el desarrollo de la actividad agropecuaria para asegurar un más alto standard de vida a la población y el aumento de la renta nacional, asignando un porcentaje superior de distribución a los sectores laboriosos.

(...)

Ningún programa de desarrollo económico del país podrá abastecer el consumo de alimentos, elevar la productividad de las faenas agrícolas, crear un mercado apreciable, si no contempla, como punto fundamental, la Reforma Agraria.

La deforme estructura agraria de nuestro país es la causa principal del atraso nacional, del estancamiento y crisis de la agricultura y una de las razones básicas del bajo estándar de vida de nuestro pueblo. Los grandes terratenientes no están interesados en aumentar la producción y en elevar la eficiencia de sus métodos de explotación, porque se sienten satisfechos con las ganancias que obtienen sin gran esfuerzo, aumentadas con la política de precios remunerativos; porque están aprovechando las utilidades parasitarias de la plusvalía de los suelos; porque gozan de créditos amplios y a largo plazo que van pagando con moneda depredada; porque no existe una tributación que castigue a las tierras incultivadas y porque la falta de organización sindical entre los trabajadores del campo les permite continuar desarrollando una explotación criminal de los campesinos y obreros agrícolas, pagándoles miserables salarios con jornadas de sol a sol, al amparo de una Ley de Sindicalización Campesina que impide la organización y favorece, de este modo, a los terratenientes.

(...)

En el curso de los últimos años el funcionamiento del régimen democrático en Chile ha sido gravemente mutilado. Se ha pisoteado y destruido la organización de los trabajadores; se han dictado leyes represivas; se ha encarcelado y relegado a miles de ciudadanos patriotas y las mismas elecciones se realizan en un plano incompatible con una jornada cívica normal, con miles y miles de ciudadanos borrados de los registros electorales y con un Partido popular fuera de la ley.

El Frente del Pueblo, nacido en especial para devolver al pueblo sus derechos arrebatados, propone:

1. Derogación de toda legislación represiva; Ley de Defensa de la Democracia; Ley de Sindicalización Campesina; Decreto Ley N° 425 sobre abusos de publicidad.
2. Libertad inmediata de todos los presos y relegados políticos.
3. Restitución de todos sus derechos civiles y del empleo a todos los ciudadanos privados de ellos, como consecuencia de la aplicación de las

leyes represivas.

4. Reforma Electoral que otorgue derecho a sufragio a todos los chilenos mayores de 18 años, sepan leer o no, y que suprima el cohecho.

5. Abolición de la Policía Política y reorganización de los Servicios de Investigaciones.

6. Creación de Tribunales Especiales de sanción pública que juzgue a los grandes culpables de delitos contra el pueblo y el erario nacional.

7. Democratización de las Fuerzas Armadas, asegurando a todos sus miembros derechos ciudadanos y ascensos por méritos.

(...)

El Frente del Pueblo, al mismo tiempo que la recuperación de nuestras riquezas y el restablecimiento del régimen democrático, se propone, en el plano internacional, luchar por el mantenimiento de la paz y la convivencia pacífica entre las naciones; el establecimiento de relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con todos los países del mundo, sobre la base de la conveniencia recíproca, con vista al aceleramiento de nuestro proceso de industrialización y de la formación de una economía libre de tutelaje de los monopolios imperialistas.

Salvador Allende, «El discurso de Salvador Allende»,
en *Las mujeres de Chile con el Frente del Pueblo*
(Santiago: Imprenta Gutemberg, 1952), 37-39.

(Fragmentos)

Razón os sobra en lo esencial. El problema de la mujer es, en sí mismo, el problema total del país y del pueblo.

Pues no hay duda de que constituye él, por sí solo, todo un proceso sujeto a leyes propias, generado específicamente por la incorporación de la mujer a

la actividad agrícola, industrial y administrativa, y la consiguiente dualidad de sus nuevas obligaciones con las que fueran sus tareas seculares: las labores domésticas y la responsabilidad familiar.

Mas ello mismo plantea, como bien lo anotáis vosotras, una sucesión conexas e inescapable de problemas también específicos, que van desde lo económico, lo político y lo estrictamente nacional, hasta lo educativo, lo sanitario asistencial, y lo que atañe, inevitablemente, al campo internacional.

NO ES POSIBLE DESCONOCER que un concepto feudal y retrasado de la existencia tiene, en muchos aspectos, sujeta a la mujer a una dependencia económica y social que ya no debe existir en ningún pueblo libre de la tierra.

(...)

NO ES POSIBLE DESCONOCER la injusticia que significa pagar a la mujer salarios o sueldos de hambre y de vergüenza por el solo hecho de ser mujer.

(...)

¡Y qué larga todavía la ruta que tenemos que recorrer...! Felizmente, para corregir estos males, para ayudar a la transformación de la sociedad que los produce, la mujer ha obtenido ya la primera victoria de gran responsabilidad democrática: la plenitud de los derechos políticos.

Y con la fuerza de este nuevo derecho habrá de restablecer la mujer el equilibrio que le corresponde, rompiendo los viejos moldes de nuestra arcaica organización social, y podrá obtener aún dentro de ella la eliminación de discriminaciones vergonzosas...

Salvador Allende, «La reciente elección presidencial. Actitud del Frente del Pueblo» (discurso en el Senado,

septiembre de 1952), en *Salvador Allende Senador (1951-1953)*. Archivo Parlamentario Salvador Allende, Partido Socialista de Chile (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2014), 192-203.

(Fragmentos)

Pienso que el Honorable Senado debe considerar un hecho cívico de gran trascendencia lo que ha ocurrido en el país: me refiero a la elección del 4 de septiembre.

Tengo la impresión de que pocas veces se ha estado en presencia de un hecho de alcance social que merezca un estudio más detenido que éste.

Creo que el resultado de esta elección ha de ser analizado a través del proceso político, económico y social que ha venido siguiendo Chile en los últimos tiempos.

(...)

Por otra parte, había otro sector, otro grupo bastante numeroso de nuestros conciudadanos, que, decepcionado, perdidas sus esperanzas, creyendo que la responsabilidad residía sólo en ciertos partidos políticos, se había agrupado en torno y detrás de la candidatura del actual senador, candidato triunfante, señor Carlos Ibáñez del Campo. Y las fuerzas políticas de esta candidatura eran la expresión de lo heterogéneo y de lo contradictorio. Al lado del fervoroso católico, el ateo; al lado del demócrata convencido, el 'nazi' confeso; al lado del luchador social, el hombre que nunca tuvo inquietud social. Es decir, grupos humanos, cientos y miles de chilenos, fueron llevados, por la decepción y la amargura, a levantar un movimiento que imantaba un caudillismo inevitablemente personalista, pero que vitalizaba la necesidad suprema de encontrar a toda costa un camino nuevo, barriendo a cualquier precio con la triste realidad actual de la República e impidiendo, al mismo tiempo, toda posibilidad de retomo a un pasado igual

o parecidamente penoso para centenares de miles de hombres y mujeres exasperados.

Todo ese torrente de opinión se precipitó tras la figura del ex Presidente de Chile, del actual Presidente electo, el hombre que acaba de obtener la más extraordinaria mayoría electoral que recuerda nuestra historia: el señor Carlos Ibáñez del Campo.

En estas circunstancias, señor Presidente y Honorable Senado, nació lo que se ha llamado el Frente del Pueblo, que levantó mi candidatura.

Declaro que nunca en mi vida he sentido mayor satisfacción que la de ser el vocero de un numeroso y amplio grupo de mis conciudadanos, militantes o no de determinadas tiendas políticas, que fijaban en el porvenir de Chile un camino distinto del resto de los partidos políticos, y que también luchaban con legítimo derecho para llegar al solio de los Presidentes de Chile.

(...)

Por eso, nació el Frente del Pueblo, que se definió como un movimiento antiimperialista, antioligárquico y antifeudal, que expresaba la necesidad imperiosa de planificar nuestra economía y de establecer la seguridad social, y de transformar esta democracia política, de opereta y de carátula, en una democracia económica y social que dé al hombre chileno, por lo menos, el derecho al trabajo, a la cultura y a la salud. Esa fue, en esencia, la postulación programática del Frente del Pueblo, es decir, el camino exacto para llevar a cabo en Chile la revolución democrático-burguesa.

(...)

Señor Presidente, en estas condiciones se realizó el acto electoral del 4 de septiembre; condiciones, a mi juicio, antidemocráticas, porque había en Chile más de 45.000 ciudadanos borrados de los registros electorales, es decir, 'apátridas' en su propia patria, hombres sin derechos ciudadanos. Y estos comicios se efectuaron con una ley, como la actual de Elecciones, que permite el vergonzoso delito de cohecho y hasta incita a él.

Forzoso es reconocer que el país fue sorprendido con el resultado de la elección; ni aun los más intransigentes partidarios del senador por Santiago señor Ibáñez del Campo se imaginaron el número de sufragios que obtendría su candidato. Nunca pensaron en la posibilidad de un triunfo de esta magnitud. Y esto permite recoger una experiencia que hay que analizar a la luz de los hechos ocurridos. Desde luego, se produjo la derrota aplastante, aun cuando en menor proporción, por cierto, de los viejos partidos tradicionales, que sólo han mantenido el estroma, el esqueleto de su organización. A pesar de la persona misma de su candidato, la derecha chilena ha sufrido por cuarta vez una derrota, que en esta oportunidad podemos calificar de decisiva, pues no le deja puerta alguna al porvenir y la despoja, al contrario, de muchas de las armas que hasta ahora han determinado su supervivencia en un medio político como el nuestro.

(...)

Para nosotros, los que tenemos alguna experiencia en el análisis de los problemas sociales y conocemos lo que es el sector obrero, la disminución de votos de los partidos Socialista y Comunista en zonas donde la conciencia de la clase obrera apuntó siempre en actitud digna y rebelde, que creyeron en sus organizaciones partidarias y que lucharon con una orientación política de clase, se explica por la tremenda y despiadada persecución que se ha realizado en las industrias del carbón, del salitre y del cobre, en donde fueron aventados los mejores dirigentes, los que tenían una conciencia política más desarrollada. A mi juicio, a numerosos sectores de la clase obrera chilena les ha faltado la dirección política: primero, porque nuestra candidatura nació tarde; segundo, porque no teníamos los medios económicos para llegar hasta ellos o inundarlos con nuestra propaganda, y, tercero, porque había que reconocer su tremendo escepticismo, que los llevaba –más que nada, precipitadamente– a entregarse al mito de la esperanza hecha hombre, al inevitable caudillismo, antes que a recordar la experiencia de lucha que obliga, a sectores que tienen una posición de clase, a reconocer filas en los partidos de clase y en las organizaciones sindicales de los trabajadores.

Sin embargo, hay un hecho que nadie puede desconocer: el triunfo resonante del senador Ibáñez del Campo, cuyo programa no hemos conocido con la claridad meridiana que deberíamos conocer y cuyas líneas esenciales tampoco el país conoce.

Al decir esto declaro que mi análisis es objetivo, sin entrar siquiera a considerar el pasado ni el presente político del senador por Santiago. Analizo el hecho social; lo que significa ese triunfo desbordante y lo que implica esta votación, en donde también, evidentemente, ha intervenido la mujer chilena, que, por primera vez, ha actuado en estos comicios cívicos; y hay que reconocer el hecho, porque creo que un altísimo porcentaje de conciencias femeninas fortaleció el triunfo del señor Carlos Ibáñez del Campo. Esto significa que hay una gran mayoría de hombres y mujeres en Chile que, indiscutiblemente, reclaman un cambio de fondo, total, en la vida política, económica y social.

(...)

Creo, también, que el Frente del Pueblo debe contribuir a formar una conciencia unitaria de los obreros chilenos, de los empleados chilenos. Hay que facilitar, sin que ello implique tutelaje político alguno, la creación de una gran central de obreros y empleados independientes, al margen de influencias partidistas. Es preciso que la clase obrera se una, sin discriminaciones, en defensa permanente del interés de Chile por medio de su propio interés de clase.

(...)

Señor Presidente, seguiremos actuando en el Frente del Pueblo, y hasta pensamos ampliar sus bases políticas. Llamaremos a aquellos que creen que nuestros postulados programáticos tienen un hondo, profundo y arraigado sentido patriótico; a aquellos que tengan confianza en la posición de lucha de los organismos de clase; a aquellos que no hayan quebrado su voluntad ante nada; a aquellos que aprenden de la derrota; a aquellos que entienden que en la vida de un pueblo, mientras más pesado, arduo y difícil es el

camino, más hermoso es recorrerlo con la certeza de tener un acervo doctrinario y un pasado y un presente limpio.

Respaldo por su experiencia en los años del Frente Popular y los gobiernos radicales, y en circunstancias en que se produce una transformación de la estructura social que lideran las capas medias y populares, el socialismo chileno reitera y sostiene que los límites del liberalismo político son un impedimento para el desarrollo de una democracia sustantiva. Discute la experiencia de la democracia en el capitalismo y en el socialismo real y reivindica la necesidad de recuperar su sentido social. Una visión autocrítica sobre el Frente Popular releva la ausencia de avances sociales y económicos como la reforma agraria y, en especial, de una planificación económica conducente a la primacía efectiva de criterios sociales sobre los principios liberales. Emerge también en los años cincuenta el tema del rol de las Fuerzas Armadas en la democracia, siempre presente y de difícil abordaje en las luchas socialistas.

Eugenio González, «Socialismo y liberalismo. Posición del Partido Socialista Popular frente a la situación nacional» (discurso en el Senado, 1953), en *Eugenio González Rojas. Pensamiento vigente: disjecta membra*, comp. Hernán Contreras Molina (Santiago: Pequeño Dios Editores, 2011), 115-132.

(Fragmentos)

Voy a referirme ahora al discurso pronunciado por el Honorable señor Marín en la última Sesión de la Legislatura Ordinaria. Apoyado en un profuso material de referencias históricas, filosóficas, literarias y estadísticas, el Honorable señor Marín –con encomiable esfuerzo para situarse en un nivel de objetividad crítica, que no excluyera la expresión vehemente de sus sinceros ideales– creyó hacer un enjuiciamiento del socialismo para concluir que, como política, ha fracasado donde quiera se

lo haya puesto en práctica, porque, como doctrina, sus principios son contrarios a la naturaleza humana y a las leyes económicas. Más todavía, evidentemente complacido al verse interpretado por un autor que estima el valioso, hizo suya esta frase temeraria de Ludwig von Mises: ‘El socialismo es el destructor de todo lo que penosamente ha creado siglos de civilización’.

(...)

No creo necesario advertir que está lejos de mi ánimo hacer un juego baladí de palabras y de conceptos. Para mayor claridad, empezaré tratando de fijar nuestros respectivos puntos de vista. El de nuestro severo impugnador es dogmático, es decir, se basa en consideraciones abstractas, absolutas, acerca de la condición del hombre y la naturaleza de las cosas; el nuestro es histórico, es decir, se basa en consideraciones realistas, relativas, inspiradas en la experiencia del continuo transcurrir de la vida humana y de las condiciones en que se desarrolla.

(...)

El sentido de la historicidad de lo humano, de su esencial temporalidad, tan característico del espíritu de nuestra época, lleva a una interpretación relativista de la cultura en todos sus órdenes: de las ideas y de las instituciones, de las formas del arte y de las modalidades del Estado, de los sistemas filosóficos y de los regímenes políticos, de las creencias religiosas y las categorías económicas.

Toda ideología –bien lo han puesto de relieve Mannheim y Scheler, entre los contemporáneos y, antes de ellos, Marx– es producto de una determinada situación histórico-social, como toda política es el resultado de una determinada correlación de las fuerzas y los intereses. Para juzgar, entonces, correctamente una doctrina y una política hay que ‘comprenderlas’, penetrar en su intimidad viva, aprehender los valores que entrañan, lo que jamás puede conseguirse si se prescinde de las circunstancias en que ellas aparecen. La manera racionalista, abstracta de juzgar las cosas históricas conduce a esas extrañas tergiversaciones a que

alude Spengler –autor por el que nuestro colega manifiesta laudable devoción– cuando crítica ‘el culto tributado por el Club de los Jacobinos a Bruto, millonario y usurero, que en nombre de una ideología oligárquica y con aplausos del Senado patricio, apuñaló al hombre de la democracia’.

Son frecuentes estas tergiversaciones derivadas de una falta de comprensión histórica. Los ideólogos de la Revolución Francesa y, en general, los representantes del racionalismo político, los políticos ‘metafísicos’, como diría Comte, incurren en ellas con atolondrada complacencia. Aplican sus esquemas lógicos y valorativos –que, modestamente, estiman de alcance universal y eterno– a las más disímiles circunstancias para equiparar –valgan los ejemplos por lo repetidos– la democracia antigua a la democracia moderna, con olvido de las bases reales de la una y de la otra, y hablan de la llamada Edad Media, la época de poderosa germinación de la gran cultura de Occidente, como de una época tenebrosa, digna de vilipendio de los espíritus esclarecidos, porque en ella no existieron el régimen parlamentario y la educación de masas.

Sólo para efectos oratorios es comprensible que se califique de ‘socialistas’ a los regímenes de la Esparta de Licurgo, de la Roma de Diocleciano y del Imperio de los Incas. El socialismo no es creación antojadiza de ilusos contumaces, ni de demagogos resentidos, ni de gobernantes arbitrarios, creación que haya podido darse en distintas épocas y en distintas sociedades. El socialismo es un producto natural de la evolución del capitalismo que, a su vez, aparece en la historia de la moderna sociedad occidental.

(...)

La deshumanizada concepción de leyes económicas inmutables –que no eran otra cosa, como se ha dicho, que las leyes del gran capitalismo industrial en su fase primera–, leyes en cuyos marcos rígidos quedarían sofocadas exigencias fundamentales de la conciencia moral, hubo de provocar también el rechazo de eminentes representantes del poder espiritual: sacerdotes de las iglesias cristianas, pensadores y maestros, escritores y artistas, de orientaciones ideológicas dispares, pero

concordantes todos en la estimación de la dignidad humana. El señor Marín ha citado a Macaulay, en apoyo de su tesis. Admiro los ensayos políticos y biográficos de Macaulay, la elevación de su estilo que linda a menudo con lo majestuoso, pero, como intérprete de la nueva época y de sus angustiosos problemas, prefiero entre los ingleses a Carlyle, por su patético repudio del sórdido utilitarismo de la sociedad industrial; a Ruskin, por su visionario idealismo imbuido de afanes de belleza; a Dickens, por su generosa y comunicativa simpatía humana.

Pero la gran reacción contra los males del industrialismo capitalista tenía que producirse en las masas obreras que el nuevo régimen económico condenaba –en razón de las ‘inflexibles’ leyes de la producción y el intercambio de la riqueza– a una situación en muchos aspectos más terrible que la del esclavo antiguo y la del siervo medioeval. A lo largo del siglo XIX, sobre todo a partir de la Revolución de 1848, se suceden los movimientos obreros, se constituyen grandes organizaciones sindicales y aparecen los partidos socialistas. El socialismo va definiendo una doctrina cada vez más orgánica frente al individualismo económico de la burguesía liberal y, conjuntamente, se robustece como fuerza política que tiende al perfeccionamiento del sistema democrático.

(...)

Dije en mi breve comentario al discurso del señor Marín –y a más de alguien tal vez pareció antojadiza paradoja– que no se había referido precisamente al socialismo, y agregué que en varias afirmaciones hechas por él desde un punto de vista liberal, podríamos concordar nosotros desde nuestro punto de vista socialista.

(...)

Los socialistas no tenemos, sin embargo, de la libertad un concepto metafísico como los ideólogos de la burguesía liberal, lamentablemente aficionados a suplantarse las realidades de la Historia por entidades de la razón. Dice, al respecto, el Programa de nuestro Partido: «El hombre, que es valor por excelencia, aparece hoy día convertido en un mero resorte de la

prodigiosa maquinaria industrial, y la producción de riquezas materiales, en vez de servir a las necesidades colectivas, se ha convertido por sí misma en un fin. El socialismo quiere rescatar al hombre de esta servidumbre en que se encuentra».

(...)

Es decir, no hay oposición entre el liberalismo político y el socialismo democrático. Por el contrario, el socialismo democrático quiere hacer efectivas para todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, las realizaciones de la burguesía liberal en el orden político y, para conseguirlo, considera necesario extender a todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, la seguridad económica.

(...)

¿De qué manera habrá de hacerse efectiva la seguridad económica –según el socialismo– sin que sufra menoscabo la libertad política? ¿Cómo habrá de realizarse la socialización de los medios de producción y de cambio que el socialismo considera necesaria para llegar a un verdadero ordenamiento económico? Frecuentemente –y en esta equivocación ha incurrido el honorable señor Marín– se identifica la política socialista con el intervencionismo estatal; mejor dicho, con la burocratización de la economía, y se sostiene que el socialismo supone inevitablemente la absorción del hombre por el Estado, que la libertad política, base del sistema democrático, sólo puede darse acompañada de la libre iniciativa económica, sustentada en la propiedad privada y que, por lo tanto, cualquier forma de planeamiento técnico y de organización social, y de las actividades productoras y distribuidoras de bienes y servicios, conduce a la regimentación política y aun espiritual de los ciudadanos.

Ni en la teoría, ni en la práctica, ni como doctrina, ni como política corresponde el auténtico socialismo a esta deformada imagen que de él propalan sus detractores. Ninguno de los grandes pensadores socialistas ha concebido la absorción de la sociedad por el Estado, sino a la inversa, la extinción del Estado –por lo menos en su forma coercitiva, policial y

burocrática— en una sociedad sin clases económicas. La progresiva identificación de la sociedad con el Estado es un fenómeno notorio en la historia contemporánea. El socialismo quiere contribuir a que se realice con prevalencia de los valores, las relaciones y los organismos de espontánea cooperación que caracterizan a la sociedad sobre los valores, las relaciones y los organismos de poder que son propios del Estado.

El socialismo no pretende, pues, ‘estatizar’ la economía. El señor Marín hizo suyas las palabras de Pestalozzi: «No hay que estatizar al hombre sino humanizar al Estado». Algo semejante dice el socialismo con relación a la economía: no hay que estatizar la economía sino socializarla, es decir, humanizarla. Es bien sabido que cuando el Estado se hace cargo de determinados servicios se comporta frente a los trabajadores como un empresario cualquiera, y los trabajadores, a su vez, se mantienen frente al Estado en virtual actitud de lucha, como si se tratara de un empresario particular. De ahí que se produzcan los mismos conflictos sociales en las empresas privadas y en las empresas ‘nacionalizadas’, es decir, estatizadas. Huelgan los ejemplos. La administración directa de empresas, por parte del Estado, a través de la burocracia tramitadora y lenta por esencia, es una forma casi siempre dispendiosa y, generalmente, ineficaz de capitalismo público.

El socialismo es otra cosa. No aspira el socialismo a reforzar el poder político del Estado con el manejo del poder económico. No pretende el socialismo que sea el Estado quien planifique, regule y dirija los complejos procesos de la producción y distribución de bienes y servicios. No se propone el socialismo levantar sobre las ruinas de las empresas privadas a una especie de gran empresario que sería el Estado burocrático y policial. Por el contrario, quiere el socialismo que los propios trabajadores y técnicos, a través de sus organizaciones, planifiquen, regulen y dirijan, directa y democráticamente, los procesos económicos en beneficio de ellos mismos, de su seguridad, de la sociedad real y viviente. Para el socialismo es tan imperativa la defensa de los intereses y los valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal como frente al poder económico del capitalismo monopolista.

¿Quién podría impugnar las observaciones en que abunda el señor Marín respecto de la necesidad de incrementar la producción como base de cualquier política económica? No constituyen precisamente novedades las opiniones del ‘distinguido economista chileno’, a cuya autoridad recurrió al comienzo de su disertación. El socialismo está muy lejos de querer la destrucción del capital, que –como dice el ‘distinguido economista chileno’, con sagacidad digna de mayor encomio– es un factor indispensable de la producción que ningún régimen económico puede suprimir; es un producto del trabajo que no se consume, trabajo cristalizado; una riqueza que se ahorra y se guarda para invertirla después y producir otra riqueza. El socialismo aspira, justamente, a desarrollar el capital, en cuanto fuerza productora, para aumentar las disponibilidades de bienes y servicios en términos que hagan eficaces sus principios de seguridad humana y de justicia distributiva. No tiende su política a disminuir la renta nacional ‘per cápita’, a que tanto aludió el señor Marín, sino a aumentarla; no quiere el socialismo socializar la miseria, sino el bienestar.

Aquí nos encontramos con el problema de la propiedad privada. Limitándome a recordar que también la propiedad es una ‘categoría histórica’ y, por lo tanto, se presenta en diversas formas según las circunstancias y las épocas, debo insistir en que el socialismo sólo rechaza la propiedad privada de los medios de producción en cuanto representan un poder económico y tienen un alcance social. El fin de la propiedad es la seguridad frente al porvenir, y cuando la forma en que se ejerce deja de servir a tal fin, se impone su modificación. Es lo que está sucediendo en la sociedad capitalista: la propiedad privada de los medios de producción –útil al progreso económico durante largo tiempo– se ha hecho incompatible con las nuevas exigencias de la vida económica.

(...)

Los liberales –no creo necesario advertir que los tomo como especie política, sin intención de aludir a nadie en particular, menos al honorable señor Marín– protestan académicamente de la intervención del Estado en la economía, pero se apresuran a solicitarla cuando se trata de la defensa de sus capitales y de sus beneficios. ¿Algún empresario liberal, en ufano alarde

de ortodoxia ha rehusado los subsidios del Estado, por medio de bonificaciones, cambios preferenciales y precios remunerativos? ¿Hay alguno que por ‘respeto a la doctrina’, convencido de que ‘el mejor Estado es el más barato y el que actúa menos’, se haya negado a participar en organismos económicos de los cuales el Estado es socio? El Estado es para los liberales –y en esto podríamos estar de acuerdo, en términos generales, con respecto a la burocracia– mal industrial y mal comerciante, pero deja de serlo cuando une sus recursos a los recursos de los particulares, abriendo a éstos mejores perspectivas de ganancias.

Los socialistas, en cambio, buscamos la intervención del Estado, dentro del régimen económico-social imperante, cuando se trata de la defensa de los trabajadores y del trabajo, aunque en principio no queremos tampoco que la economía nacional se convierta en esfera de la acción del poder político. Comprendemos, sin embargo, que este principio no puede razonablemente aplicarse en los países que necesitan acrecentar con rapidez sus fuerzas económicas, ‘quemando’ etapas, ni en situaciones de crisis que exigen un empleo coordinado y total de los recursos nacionales, públicos y privados. La historia contemporánea ofrece impresionantes ejemplos de aceleradas transformaciones económicas mediante la intervención del Estado: de tipo socialista, como en la Unión Soviética, y de tipo capitalista, como en el Japón y Turquía. Para los países latinoamericanos, de incipiente capacidad industrial y en estado de crisis, la exigencia de una política económica técnicamente planificada se torna perentoria.

La intervención del Estado en la economía, en cualquiera de sus formas – total o parcial, directa o indirecta, de sentido capitalista o de intención socialista– es sólo un medio cuyo valor dependerá de las circunstancias en que se emplea. No es contraproducente o provechosa en sí misma. Por lo demás, son siempre las necesidades económicas, sociales y políticas las que deciden en esta materia. He querido dejar en claro que los socialistas no somos ‘doctrinarios’ del intervencionismo estatal, que no propiciamos el absurdo económico de reemplazar a los productores por funcionarios y a los técnicos por políticos. Los socialistas queremos –repito– una economía para el hombre, no para el Estado.

(...)

¿Ha sido útil o perjudicial en nuestro país la intervención del Estado en la economía? ¿Está nuestro país en condiciones de alcanzar, mediante las iniciativas privadas, un equilibrio dinámico de sus recursos económicos que asegure el mejoramiento de los niveles de vida de su población, a la vez que le permita liberar paulatinamente sus materias primas del ‘control’ imperialista? Nuestra capitalización es, sin duda, baja, pero ¿se debe ello a la intervención del Estado en la vida económica, al peso de un sistema tributario que reduce las posibilidades de ahorro del sector privado, al entorpecimiento de las actividades creadoras de riqueza por engorrosos ‘controles’ burocráticos, a una prematura extensión de los servicios de seguridad social? ¿No será ello, más bien, el efecto de la anarquía reinante en el sector privado, del predominio en él de un afán de lucro fácil, de la ausencia de mentalidades verdaderamente ‘capitalistas’, emprendedoras, audaces, la falta de previsión, las inversiones desmedidas en consumos suntuarios, factores negativos a los que se añade la acción del Estado cuando es incoherente en sus medios y vaga en sus fines y se ejerce a través de mecanismos burocráticos desconectados de la realidad económica?

(...)

No podría desconocerse que ha habido, en nuestro país, durante los últimos decenios, un progreso general: desordenado; con despilfarro de recursos por falta de una política de conjunto, bien orientada dentro de una perspectiva amplia, más superficial que de fondo en ocasiones; de notorios desequilibrios, pero innegable y rápido en aspectos fundamentales de la realidad nacional. Mediante nuestra escasa capitalización no habría sido posible obtener grandes cosas en un proceso natural de crecimiento. Ha sido necesario insuflar energías artificiales a nuestro organismo económico débil y dependiente, además, de un modo sustantivo, del mercado internacional y del ‘control’ imperialista. Sometido a una tensión extraordinaria, tenía que resentirse y entrar en un período de crisis. La aceleración del proceso inflacionista fue colocando al país en situación de apremio, en una dramática encrucijada de su destino.

(...)

La fuerza que llevó a la Presidencia de la República al general Ibáñez emanaba de un estado de espíritu de las masas: no era una fuerza propiamente política, capaz de ofrecer soluciones convergentes a los múltiples problemas chilenos. Ahora bien, sobre la base de un 'estado de espíritu' no se puede hacer política, por lo menos política democrática, que requiere el encauzamiento de la opinión pública en sus órganos regulares de expresión y de acción: los partidos políticos. Los movimientos independientes improvisados en la campaña electoral como reacciones ocasionales contra los 'vicios de la politiquería', sólo vinculados a intereses personalistas, no logran convertirse, a su vez, en nuevos partidos políticos. Tarea básica del régimen que se instauraba hubo de ser la transformación de un estado de espíritu —el ibañismo— en un instrumento de política. Todos los esfuerzos hechos en ese sentido han terminado en el fracaso.

(...)

Hay que consolidar nuestra democracia y reconstruir nuestra economía. Sobre todo, hay que restablecer nuestra moral. Está a la vista un serio relajamiento del espíritu público, de los sentimientos de disciplina y responsabilidad, de la voluntad de trabajo, de cooperación y de servicio, de respeto a valores esenciales de convivencia y, como contrapartida lamentable, dentro de todas las categorías sociales, un desenfreno de los apetitos egoístas, de los afanes de lucro fácil, de los impulsos de mezquino utilitarismo, de las tendencias más pugnaces y más contradictorias. Individuos, gremios y partidos parecen atender sólo a sus propios intereses y, todavía, a sus intereses inmediatos, que suelen no ser, bien mirados, sus verdaderos intereses. Perdida la fe en sí mismo, carente de ideales superiores de vida, el chileno medio de hoy mira hacia el Estado, hacia el Gobierno, como a una especie de Providencia de la que todo cabe esperar.

Es urgente iniciar un proceso de severa y sincera clarificación de la política. La línea divisoria entre la oposición y el Gobierno no pasa por los puntos en que realmente divergen los intereses económicos y las tendencias políticas. El Gobierno carece, por eso, de una sólida base y la oposición de una

consistencia eficaz. ¿Qué significan para el destino nacional las querellas internas de las directivas partidistas, las ambiciones de figuración de personajes ocasionales y sus ajetreos publicitarios en torno a situaciones de Gobierno? ¿Tiene sentido una oposición que se haga para ‘capitalizar el descontento’ con vista a comicios electorales todavía lejanos, como si la política fuera simplemente el arte de ganar elecciones? ¿Revisten alguna importancia para la salvación de la crisis en que el país se debate, los acuerdos y votos, hinchados casi siempre de fatigante retórica, de asambleas y convenciones, las maniobras de candidatos prematuros y de sus equipos? ¿Será normal que se contradiga desde el Gobierno lo que se ha sostenido desde la oposición?

¿Es eso la política? ¿Simple juego de mentiras convencionales en la lucha por el poder? Si así fuera, si se tratara del poder por el poder, si no hubiera nada trascendente al poder mismo, la democracia carecería de sentido. Pero la política en una democracia es otra cosa, debe ser otra cosa: actividad de creación de las formas en que ha de dignificarse cada vez más la vida del hombre, función de servicio de las necesidades y las aspiraciones del pueblo para hacerla, hay que tener una cabal comprensión de las realidades y las posibilidades del país, y también claros principios y normas para orientar la acción. Hay que atenerse, en política, fundamentalmente a los hechos, pero situándolos en una perspectiva. El realismo sin principios se agota, por lo común, en una política de arbitrios superficiales, oportunistas; el doctrinarismo sin respeto por la realidad conduce, por su parte, inevitablemente al fracaso.

Aniceto Rodríguez, «Democracia y lucha de clases (1955)», en *Democracia y revolución. Dos discursos sobre nuestra realidad política*, Departamento Nacional de Propaganda y Educación Política del P.S.P. (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1955), 5-27.

(Fragmentos)

Es necesario decir, una vez más, que el Partido condena la aventura ‘golpista’. La condena porque comprende que no constituye ninguna salida creadora, provechosa, para resolver la grave crisis que sufre el sistema. Comprendemos que un grupo de militares no puede satisfacer la angustia de la población mayoritaria de Chile ni elevar el nivel de vida para librar al pueblo de la miseria que lo envuelve y lo exaspera. Pero esta condenación de las maniobras militares y ‘golpistas’ no nos lleva, traduciendo con fidelidad los principios y el programa del socialismo popular, a justificar el actual ‘Status’, a justificar plenamente el orden jurídico vigente, a estimar como válida una democracia que, muchas veces, resulta mezquina, estrecha, que no se profundiza en la latitud de las miserias populares ni da satisfacción generosa a anhelos colectivos que estamos en la obligación de interpretar y traducir.

(...)

Se habla de maniobras ‘golpistas’, que nosotros condenamos. Siendo contrarios a ese tipo de aventuras, tenemos el deber de expresar que el régimen actual no calza con las aspiraciones multitudinarias de un pueblo, expuestas reiteradamente y burladas por numerosos Gobiernos y personeros, entre ellos el actual Presidente de la República. Nos interesa transformar esta democracia, en forma de poner término a un sistema de derechos que permanecen en el plano literal de las disposiciones constitucionales, con el objeto de acercarnos a la satisfacción de estos anhelos y aspiraciones frustradas. Hace un instante repasaba las garantías constitucionales que consagra la Carta Fundamental, en su artículo 10, al establecer en su No. 1 «La igualdad ante la ley. En Chile no hay clase privilegiada». Los socialistas populares nos preguntamos, ¿es que este precepto frío y literal de la Constitución enraíza en la realidad de Chile y hace imposible la supervivencia de sectores privilegiados en el país? ¿O, por el contrario, la realidad quemante está demostrando que hay sectores minoritarios que disfrutan de beneficios desmesurados, que dejan egoístamente en la penumbra de la miseria y la incultura a amplias masas de compatriotas?

(...)

Leamos más sobre estas garantías constitucionales. El número 39 expresa que la Constitución asegura «la libertad de emitir, sin censura previa, opiniones de palabra o por escrito, por medio de la prensa o cualquiera otra forma...». Pues bien, ¿qué nos indica la experiencia acerca de la libertad de prensa? ¿No sabemos que el pensamiento de las organizaciones populares y partidos políticos como el nuestro se tergiversa a cada instante por los plumarios que trabajan al servicio de los consorcios capitalistas? ¿No hemos comprobado que gran parte del circuito noticioso tiene cercada por el silencio a la opinión popular de Chile?... Tenemos, pues, que mirar como una ficción esta ‘libertad de prensa’, no sólo por lo que acabo de expresar, sino porque cada vez que las organizaciones particulares han logrado montar, con el esfuerzo de miembros de sindicatos y colectividades obreras, modestos periódicos, los sistemas represivos de algunos gobiernos pasados los han empastelado, han aherrojado a sus sostenedores o apresado a sus periodistas.

(...)

Insistiendo en este planteamiento de fondo, surge una conclusión muy concreta: no basta el simple enunciado de defensa de las libertades públicas y del régimen democrático. Hay amplios sectores nacionales que están exigiendo de sus grupos y comandos populares, soluciones mucho más tajantes, mucho más concretas, que les vengán a resolver sus agudizados problemas en el orden económico y social. Así se explica, señor Presidente, que amplios sectores de trabajadores, en cuyo seno fecundo conviven los socialistas populares, no han aceptado hasta ahora, como no aceptarán jamás, caminar bajo la bandera sospechosa del ‘Frente Cívico’, que no ofrece ningún camino claro a esas mayorías que representamos en parte, y porque –hay que decirlo, aunque duela– en sus filas existen grupos y personas que no pueden constituirse en avales del régimen democrático ni de las libertades públicas. En el Frente Cívico viene un contrabando de grupos y personas que conocemos demasiado bien, y cuya conducta política antidemocrática, en el pasado, el pueblo ha tenido que sufrir más de una vez.

Es relativa por ello, señor Presidente, la tradición democrática en Chile, de la que suelen hacer tanta gala los grupos dominantes. Más de una vez se ha señalado cómo no pocos procesos electorales han constituido el resultado del fraude, de la intervención y del cohecho, que, siendo prácticas vergonzosas, permiten a no pocos comprar sillones parlamentarios, en vez de conquistarlos limpiamente, para responder así a superiores y verdaderos ideales de democracia. Algunos libertarios de última hora, señor Presidente, me dan la impresión de esos falsos católicos que después de cometer pecados veniales y de los otros, creen que confesándose tienen ganado el cielo.

(...)

Por eso, señor Presidente, condenando nosotros el grupo militar llamado de la 'Línea Recta', tal actitud no nos puede llevar a fundirnos en el Frente Cívico ni a suscribir declaraciones en que se confunden moros y cristianos; en que se confunde el Frente Nacional del Pueblo con los Partidos de Derecha.

Estimamos, por ello, justa y laudable la posición intransigente planteada por el Partido Socialista Popular a los compañeros del Frente Nacional del Pueblo, que saben que nos tendrán a su lado para configurar un movimiento popular que termine con la actual confusión ambiente y que, en un plano opositor a este Gobierno ineficaz, tenga finalidades claras que ofrecer al pueblo, en vez del panorama incierto y la ninguna perspectiva que le brinda el Frente Cívico, en el cual permanece sumido.

(...)

A no pocos elementos de ese Frente Cívico no podemos reconocer solvencia para defender el régimen democrático, pues tan sólo ayer sostuvieron la dictadura legal de González Videla y dieron vida a la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, levantaron el campo de concentración de Pisagua y aherrojaron a numerosos luchadores del movimiento social. ¡A ellos no reconocemos un ápice de solvencia para constituirse, ahora, en avales de las libertades públicas!

(...)

Nosotros creemos, en consecuencia, que es falso hablar de la dictadura en general, como de la democracia en general, elevando a la categoría de abstracciones situaciones sociales concretas. Nos parece aventurado sostener que la dictadura es la expresión política de países débiles, enfermos y anarquizados. Es así cuando la dictadura se ejerce por clanes reaccionarios o pandillas militares, para oprimir y aterrorizar al pueblo. Pero cuando el pueblo conquista el poder y recurre a la violencia para destruir la resistencia de las clases enemigas, la dictadura es necesaria y abre el camino a la verdadera democracia, o sea, aquella en que se ejerce realmente el poder por el pueblo.

Repito: cuando el pueblo conquista el poder y recurre a la violencia para destruir la resistencia de las clases enemigas, la dictadura es necesaria y abre el camino a la verdadera democracia, o sea, aquella en que se ejerce realmente el poder por el pueblo mismo y en su beneficio. Es preciso defender las libertades democráticas y ampliarlas cada vez más; es imprescindible mantener esas conquistas y no retroceder frente a los intentos de vulnerarlas; pero es un error defender todo el sistema tal como lo han edificado nuestros enemigos de clase, y crear ilusiones en una Constitución, en unas leyes y en un sistema que sancionan un régimen de explotación de los trabajadores y una farsa electoral que ha permitido a las minorías gobernantes vestirse con un ropaje democrático fraudulento.

(...)

Se equivoca una vez más el honorable señor Moore cuando afirma que hemos prestado siquiera algún apoyo de orden moral o político a lo que significa el peronismo. Muy por el contrario, señor Presidente. La actitud reiterada de nuestro Partido ha sido denunciar el régimen peronista, como un factor regresivo en la República hermana.

Cuando el señor Perón vino a Chile, participábamos en el Gobierno, pero deliberadamente la totalidad de los personeros del Partido Socialista Popular se marginaron de la comitiva y actos oficiales respectivos. Cuando

el señor Perón ha enviado personeros sindicales, como el que recientemente llegó a Chile para enlazar una acción común con el señor Ibarra, que pretende destruir y dividir las organizaciones sindicales desde La Moneda, nuestros militantes en el seno de ellas han advertido el peligro que significa esta intromisión foránea en el alma y en el cuerpo de las entidades gremiales chilenas. Y mientras fuimos Gobierno en los primeros gabinetes del señor Ibáñez, fuimos celosos vigilantes para conducir con autonomía los asuntos internos y externos de la nación frente al régimen peronista. De manera que la afirmación antojadiza del honorable señor Moore en este terreno nos deja perfectamente tranquilos. Nuestra actitud, al respecto, fue y ha sido muy clara y categórica siempre.

Raúl Ampuero, «El P.S.P. a la cabeza de la ofensiva popular (1955)», en *Democracia y revolución. Dos discursos sobre nuestra realidad política*, Departamento Nacional de Propaganda y Educación Política del P.S.P. (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1955), 29-53.

(Fragmentos)

Estamos en una actitud de oposición al Gobierno, señor Presidente, porque él ha defraudado una esperanza popular; porque ha desconocido el mensaje progresista que el pueblo de Chile le entregara hace un par de años; porque ha sido absolutamente incapaz para acabar con el sistema de privilegios y de corrupción que impera en el país y contra el cual se levantó casi medio millón de chilenos en la jornada presidencial que llevara al señor Ibáñez a la Primera Magistratura.

Por estas razones somos definitivamente opositores al Gobierno. Consideramos que su papel ha sido negativo y que fuera –y lo digo con orgullo– de los tres meses en que nuestro partido tuvo responsabilidades de primera importancia en el Gobierno, esta Administración se ha

caracterizado por su incompetencia, su cobardía frente a los intereses creados y, sobre todo, por sus amenazas permanentes contra las libertades públicas que los socialistas populares defendemos con intransigencia desde la fundación misma del partido.

Ubicado el partido en este terreno, definimos nuestro papel dinámico en el desarrollo político del país: reafirmamos nuestra decisión de no sólo defender el patrimonio de libertades y de conquistas que actualmente tenemos, sino, al mismo tiempo, de luchar denodadamente por una transformación del régimen en el sentido de crear una nueva y revolucionaria democracia de trabajadores.

(...)

Sé que mis palabras, como las expresadas por mi compañero de representación, el honorable señor Rodríguez, van a dar motivo, como de costumbre, a toda clase de artilugios dialécticos para demostrar que nosotros no somos efectivamente un movimiento democrático. Pero aun contando con la tendenciosa interpretación de nuestra actitud y nuestro criterio, quiero afirmar de nuevo lo que expresamos en el documento enviado al Frente Nacional del Pueblo, en uno de cuyos párrafos decimos: «Se acostumbra presentarnos la democracia como una categoría inmutable, como un sistema político perfecto; tiene, sin embargo, sólo un valor históricamente relativo. Lo que en cierta etapa de la evolución cívica puede significar una conquista de las masas y una real ampliación de los derechos ciudadanos, con el correr del tiempo y las transformaciones que se operan en la relación de fuerzas sociales se transforma a menudo en el disfraz del predominio de las minorías explotadoras, en una dictadura encubierta de los grupos privilegiados. En ese momento, para devolverle a la democracia su calidad representativa de la comunidad nacional, es indispensable que las nuevas clases sociales que han irrumpido en la vida colectiva asuman su dirección y manejo. Las capas cuyo papel ha caducado y que no juegan ya ningún papel progresivo deben, en cambio, desaparecer. Por eso la revolución y la democracia son conceptos y categorías históricas que, en lugar de contraponerse, se funden y complementan para hacer posible el indefinido progreso de los pueblos y las naciones».

Dentro de las líneas doctrinarias enunciadas, nosotros buscamos la renovación revolucionaria de nuestra democracia para devolverle su valor humano, su valor vital.

Y quiero añadir, en un empeño que espero no sea estéril, para rectificar la caricaturización de nuestra posición ideológica, que nosotros, los revolucionarios, no buscamos deliberadamente la violencia para imponer nuestros objetivos. Nunca los revolucionarios buscan premeditadamente la violencia; pero acontece, en las grandes coyunturas históricas, que la violencia se la imponen a las fuerzas progresistas las resistencias torpes de los que obstruyen el progreso, las fuerzas conservadoras.

(...)

Deben estar en la tabla de esta acción colectiva, proyectos como el de salario mínimo, de reforma agraria, de derogación de las leyes represivas, y, sobre todo, uno, que tienda a obtener un reajuste extraordinario y compensatorio de los sueldos y salarios para todos los trabajadores, tanto de la industria particular como del sector público. Son proyectos que requieren suma urgencia. Estamos convencidos de la justicia de una ley encaminada a restablecer, en el curso del presente año, la pérdida de la capacidad de consumo que vienen sufriendo los sectores asalariados. Y, repito, dicha iniciativa no sólo alcanzará a los empleados y obreros que, de una u otra manera, dependen del Estado, sino también a los que laboran para la industria privada.

Un impulso colectivo de los partidos populares para hacer realidad tales aspiraciones vendría a remediar, en parte, por lo menos, las injusticias que está produciendo la inflación sobre las clases proletarias y los sectores empobrecidos de la clase media. Todo esto nos conduce, también –y los acuerdos del Pleno han sido explícitos en esta materia–, a prestar nuestro apoyo fraternal y solidario a la unidad y fortalecimiento de la Central Única de Trabajadores.

(...)

Detrás de la cortina de humo de la conspiración, que un día es en favor del

señor Ibáñez, y otro en contra suya; que en un momento es financiada por Perón, y en otro por el Departamento de Estado, hay hombres que complotan impunemente. Y se ha querido rodearnos de una cortina de sospecha para acallar nuestra voz, para sembrar la desconfianza entre las masas. Pero también tal propósito se ha malogrado. La influencia y el prestigio que en el campo sindical tiene nuestro partido es razón suficiente para mantenernos tranquilos. Y aunque de mis palabras puedan deducirse mediante algunos artificios de lógica, nuevos elementos acusatorios, quiero decir aquí que no aceptaremos prohibiciones ni tabúes que no respeten nuestros adversarios. Porque se ha llegado a tanto, que la relación personal de un militante o parlamentario socialista popular con cualquier elemento de las Fuerzas Armadas ya es un indicio sospechoso. Yo afirmo que tengo amigos en las Fuerzas Armadas, a quienes aprecio, y con quienes converso. Mantengo vínculos con dignos soldados de nuestro Ejército, Fuerza Aérea y Armada, y desafío a que algún señor senador me diga que él no los tiene. ¿Por qué nosotros vamos a imponernos una prohibición que no se establece el propio senador González Madariaga? Porque no es por el «correo de las brujas» ni por telepatía que el señor senador obtiene las informaciones de que ha dado cuenta a la Corporación. Los miembros de la Comisión de Defensa Nacional ¿acaso no sabemos que todos procuramos cumplir nuestra misión, conociendo en la mejor forma posible el manejo, las virtudes y deficiencias, materiales y morales, de las Fuerzas Armadas de Chile? Pues bien, seguiremos manteniendo esas amistades y vínculos que carecen en absoluto de significado político.

(...)

Se pretende, además, sostener algo que yo refuto aunque suene a escándalo: se pretende sostener que el militar, ideológicamente, es un hombre neutro, un hombre que no tiene derecho a pensar ni a conocer nada que se refiera a religión, a filosofía, a economía o a política; esto es que el militar es una ficha, es un autómeta.

Yo acepto, honorables colegas, que sea perjudicial a la disciplina, y que tenga que sancionarse la afiliación política de los soldados a cualquier partido, porque eso rompería la disciplina militar y sería un factor de

desintegración en instituciones que deben permanecer siempre unidas. Pero ¿no hemos visto desfilar a nuestros generales en las procesiones de la Virgen del Carmen? ¿No sabemos que en las logias masónicas, noche a noche, se hallan presentes en sus reuniones oficiales del Ejército? Esto no lo rechazo ni lo condeno, porque creo que en materia religiosa, filosófica, económica, y en general, en lo que respecta a cualquier tendencia fundamental del pensamiento contemporáneo, el militar tiene tanto derecho como cualquier hombre que vista ropas de civil para adherir a ellas intelectualmente. Afirmo, por eso, que un militar, en el terreno ideológico, en el terreno de los afectos espirituales, puede ser socialista con igual legitimidad con que otros tienen inclinaciones radicales o conservadoras.

(...)

He dicho lo anterior con el solo ánimo de que la opinión pública sepa que todo esto aparece confundido por las intrigas de la prensa reaccionaria, que formulan acusaciones en torno a inclinaciones y actividades que, en el fondo, son perfectamente lícitas. Concuero con cualquier parlamentario o partido que condene la descomposición del Ejército cuando en éste, por ejemplo, se forman grupos o facciones de carácter político. Partidarios de la 'Línea Recta' o contrarios a ella, quienes hacen circular un plan de Gobierno o un anónimo para condenar a sus compañeros de armas, todos están, desgraciadamente, trabajando involuntariamente contra la integridad de las instituciones armadas, respecto de las cuales tenemos la obligación de hacer que permanezcan incólumes frente a cualquier situación de crisis.

Pero hay más, señor Presidente. Existe una especie de carrera entre los partidos políticos para ver cuál es más antimilitarista, cuál hace más bulla, más escándalo, alrededor de los procesos militares. Nosotros no queremos seguir ese camino ni participar en esta carrera. Queremos que se investigue y se sancione, que la Justicia Militar proceda con celeridad y con seguridad. Nada más.

En un país como el nuestro, en que sabemos a plena conciencia que existen deficiencias en las condiciones materiales de las Fuerzas Armadas, en el espíritu de ellas, en sus instrumentos de experimentación y adiestramiento,

y que, además, vive, como está viviendo Chile, con dos fronteras flanqueadas por poderes dictatoriales y agresivos, no se puede jugar con esta campaña. Los socialistas populares estimamos que debe hacerse un supremo esfuerzo para que las investigaciones se sigan y las sanciones se apliquen dentro de un ambiente, no de escándalo, sino de prudencia, y para que, juntos todos los señores senadores, que –repito– conocen las precarias condiciones materiales y morales en que se desenvuelven nuestras Fuerzas Armadas, nos esforcemos por restaurar su unidad, su prestigio, su solvencia cívica.

Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida*
(Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1987), 6.

(Fragmentos)

En aquellos años que siguieron a la dictadura de Ibáñez, la ‘civildad republicana’ ubicaba a los militares en la barricada contraria, entre los partidarios del desorden. Tanta era su desconfianza hacia las Fuerzas Armadas y tanto el desprestigio en que éstas habían caído, que todo el mundo oficial, para poner coto a sus reiteradas intervenciones en la política, decidió crear su propia autodefensa armada, las llamadas Milicias Republicanas, destinadas fundamentalmente a cautelar el orden amenazado por ‘la plebe’ inquieta y subvertida por la acción de los agitadores comunistas, anarquistas o ‘maximalistas’. Las Milicias Republicanas eran una organización civil y armada, sujeta a disciplina militar, e integrada principalmente por gente de la oligarquía y la clase media acomodada de tradición liberal, sobre todo profesionales. Su papel real fue el de constituirse en verdaderas ‘guardias blancas’ para hacer frente al peligro de una Revolución Social. Las Fuerzas Armadas tradicionales no eran ya garantía suficiente para el ‘orden’.

Desde que un 4 de septiembre de 1924 sus oficiales hicieran rechinar sus sables en las tribunas mismas del Congreso Nacional, como una forma de expresar su descontento, su actitud inconformista y veleidosa les había

hecho perder todo crédito ante la clase gobernante. De ellas habían surgido Ibáñez, ‘el tirano’, y Grove, ‘el demagogo’.

Raúl Ampuero, «Entrevista en *Revista Plan* (1966)», en *Ampuero Ahora. 50 preguntas y 50 respuestas de actualidad* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1968), 37.

(Fragmentos)

No me cabe duda de que nuestras Fuerzas Armadas pueden exhibir una tradición que las prestigia mucho, pero creo que el problema que el país y las Fuerzas Armadas enfrentan en relación con la Defensa Nacional es otro. Ha hecho crisis la vieja concepción civilista y liberal que segregaba a las Fuerzas Armadas de la realidad y los problemas del conjunto de la sociedad. Hoy día cualquier político y cualquier oficial sabe que esta disociación es imposible; de una u otra manera, la política militar se inserta en el cuadro de la política interior y exterior del Estado.

Hasta ahora –y a contar de 1950–, paulatinamente todos los últimos gobiernos han insistido más en la función de nuestras Fuerzas Armadas en orden a materializar la ‘solidaridad hemisférica’ que en fortalecer su rol de custodios del territorio y la soberanía de Chile. La solidaridad hemisférica, por su parte, de doctrina basada en la simple vecindad territorial y en cierta unidad de destino determinado por la convivencia geográfica, ha pasado a transformarse en la doctrina de las ‘fronteras ideológicas’, de claro sentido proimperialista y antipopular.

El antagonismo, pues, entre la función natural de nuestras Fuerzas Armadas y su integración creciente en el dispositivo militar norteamericano nos aboca a un dilema que tarde o temprano tendremos que resolver.

Carlos Altamirano, *Dialéctica de una derrota* (México

D.F.: Siglo XXI Editores, 1978), 148-152.

(Fragmentos)

Las veleidades populistas de las Fuerzas Armadas fortalecieron el sentimiento antimilitarista de la oligarquía, al cual confluyen las demás fuerzas políticas, acentuando en esta forma su confinamiento profesional. En 1932, este sentimiento y la desconfianza de la clase dominante llegan al extremo de crear un ejército burgués paralelo, concebido como garantía del civilismo: ‘las Milicias Republicanas’, que agrupan a más de cien mil hombres poderosamente armados. Esta estructura paramilitar, abiertamente inconstitucional, subsiste hasta 1938.

No obstante, el presunto ‘apoliticismo’ militar está en esencia condicionado por la propia capacidad del sistema para regular sus crisis internas, sin necesidad de recurrir a la violencia. Tanto los conflictos interburgueses, como los que surgían entre la burguesía y los demás sectores sociales eran resueltos en el interior de la institucionalidad. Dicho en otra forma, no estando cuestionado el sistema de dominación capitalista, bien podían permanecer en sus cuarteles.

Finalmente, influye en las relaciones entre los uniformados y la organización civil un factor que debe estar presente en todo análisis, cual era la debilidad política de las Fuerzas Armadas.

En ello convergen diversos elementos. Desde luego, un generalizado consenso nacional les impedía actuar como grupo de presión, incluso en el plano de sus intereses profesionales. Desde otro ángulo, en Chile la profesión militar, al menos en el presente siglo, no tuvo un nivel de prestigio social aceptable, a diferencia de lo ocurrido en los demás países de América Latina. La oligarquía la consideró siempre despectivamente.

Otro elemento de su debilidad política es su restringido nivel de ilustración. Mientras otros ejércitos del continente se asoman al complejo mundo de los problemas sociales, políticos, económicos e internacionales, los militares

chilenos permanecen recluidos en una suerte de subcultura, que de hecho los mantiene aislados de la sociedad.

Vemos entonces cómo una concatenación de factores convergentes alimentan la ilusión de una fuerza armada políticamente prescindente, no deliberante y sometida al poder civil. Una especie de mítico ejército profesional, más allá de las clases y por encima de sus conflictos.

(...)

Los hechos posteriores demostrarían que el ejército no era un compartimento estanco ubicado más allá del bien y del mal.

El mandato constitucional, que establecía su obediencia al poder civil tenía validez sólo en la medida en que su presencia no fuera reclamada para ‘salvar’ el sistema. Formulada esta exigencia, los mecanismos determinantes de su conducta serán, en definitiva, activados por su ideología y su ubicación en el espectro clasista.

Abrumadoramente –al menos desde 1920– la oficialidad de las Fuerzas Armadas era reclutada entre la pequeña burguesía. Hacia 1960, la hegemonía de estos estratos en el cuerpo de oficiales es casi absoluta. No obstante, otros factores de clase influyen en su alineamiento ideológico. En el curso de su carrera, y desde los primeros rangos, el oficial debe permanecer un tiempo prolongado en las guarniciones de provincia. Allí, sus contactos sociales los vinculan con la clase alta rural y, en general, con los sectores ‘acomodados’ del medio local. Con extraordinaria frecuencia el matrimonio se realiza con personas pertenecientes a estos sectores. Así, un oficial tipo del ejército chileno es integrante de la clase media en cuanto a su origen familiar, pero por su actividad social y profesional crea interconexiones sólidas con la burguesía. Tal situación se veía acentuada en la Fuerza Aérea y la Marina, ramas en que la selección clasista ha sido tradicionalmente más rigurosa.

Es ello lo que define y delimita el corpus ideológico al cual están adscritas. Si bien sus características institucionales diseñan, en ciertos aspectos, una relativa autonomía, en lo sustantivo son ideológicamente tributarias de los

sectores pequeñoburgueses. En otras palabras, poseen una ‘ideología institucional’ que no es antagónica, sino complementaria de su ‘ideología social’, en cuanto expresión de las capas medias.

El apoliticismo de las Fuerzas Armadas es otra ilusión creada por el sistema. Se trata de una hábil trampa dirigida a bloquear la influencia social y política del medio ambiente, y más específicamente, de que pudiera ejercer el pensamiento revolucionario. Socialmente el apoliticismo del ejército es un fenómeno unidireccional. En la misma medida en que lo enclaustra respecto de toda influencia ideológica izquierdista, lo entrega indefenso a las ideas reaccionarias.

Hasta fines de la primera mitad de este siglo, el pensamiento militar –al igual que su estructura orgánica interna– aparece notoriamente influido por las tradiciones y concepciones geopolíticas prusianas.

El componente ideológico fundamental es el nacionalismo.

Alimentan el concepto de un destino de ‘gran nación’, de un papel histórico cuya frustración se atribuye a la ‘demagogia’ y a la ‘politiquería’. Esta afirmación nacionalista estrecha, lleva a las Fuerzas Armadas a rechazar intelectualmente la existencia de la lucha de clases y la politización ‘disgregadora’ de la nación, organizada –según ellos– para el cumplimiento de su ‘destino histórico’.

A partir de la Conferencia de Río de Janeiro en 1948 (Chile suscribe el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca con EU), las ideas militares se orientan en función de otros factores. El Tratado de Río, impuesto por los norteamericanos en el período más gélido de la guerra fría, incorpora una nueva noción al militarismo: la defensa del hemisferio en la perspectiva de una eventual guerra mundial.

Es un hecho comprobado que el ascenso del movimiento popular estimula la preocupación norteamericana –y por cierto la de la burguesía nativa– para mantener una estructura militar cada vez más amplia, eficientemente entrenada y equipada, y dotada de elevado nivel disciplinario. Ella es concebida como la última línea defensiva frente a la amenaza

revolucionaria, expresada en el creciente poderío electoral y social de los partidos populares. Mientras la clase obrera ganaba votos, el sistema ganaba fusiles. Desde 1965 empiezan a aumentarse significativamente los montos absolutos de los gastos militares. Chile se ubica –inmediatamente después de Cuba– como el país de más alto índice de personal militar per cápita.

El imperialismo norteamericano irrumpe en la formación profesional de nuestros militares usando todas sus variadas formas de penetración, articulando al mismo tiempo una casi absoluta dependencia en el plano tecnológico y en el aprovisionamiento de material bélico. Podemos medir la magnitud de esta infiltración, si consideramos que entre 1950 y 1972, 4.932 militares chilenos fueron entrenados intensivamente en territorio de EU, y que a contar de 1968, casi todos los cadetes de la Escuela Militar han recibido instrucción antiguerrillera en la Zona del Canal de Panamá por un lapso de dos meses. Un antecedente aún más revelador: el 55% de la oficialidad recibió algún tipo de instrucción en centros de adiestramiento norteamericanos.

El ascendiente norteamericano se proyecta indistintamente sobre las tres ramas de los institutos armados. La Marina chilena, el más reaccionario de los cuerpos castrenses, si bien adhiere románticamente a la tradición inglesa, se somete con igual fidelidad a las ideas y dictados norteamericanos. La Fuerza Aérea, la más joven de las ramas militares, carente de una tradición singular, aparece también firmemente ubicada en la esfera de influencia del Pentágono. La situación de Carabineros, en cambio, muestra algunos rasgos peculiares, útiles de consignar. Sus tareas propias –mantención del orden público– lo vinculan con los problemas reales de la población, determinando contradicciones ausentes en las otras instituciones.

Después del éxito de la Revolución cubana, EU fortalece aún más su sistema defensivo continental, estrechando los nudos vinculatorios con los ejércitos de América Latina. La preocupación militar se homogeniza esta vez en torno a un nuevo concepto catalizador: ‘el enemigo interno’.

En definitiva, los institutos armados asumen teóricamente tres funciones esenciales: la defensa de la soberanía nacional; la defensa hemisférica, y la

defensa de ‘las fronteras ideológicas’.

Aniceto Rodríguez, «Forjando la unidad popular. Cuenta Política del Camarada Secretario General Aniceto Rodríguez Arenas al Vigésimo Congreso General del Partido Socialista Popular, Valparaíso, 29-30-31 Oct y 1° Nov. de 1955» (Manuscrito no publicado) (Santiago: Archivo Salvador Allende, Biblioteca Clodomiro Almeyda).

(Fragmentos)

El enjuiciamiento crítico que con valor y sin flaquezas hemos formulado acerca de los vicios del régimen de democracia burguesa imperante, también ha contribuido a perfilar una política substantiva, haciendo distinguirse al Partido como una entidad autónoma, de pensamiento propio, que, pese a las dificultades materiales que encuentra a cada paso y al cúmulo de infamias y calumnias que se lanzan día a día contra sus dirigentes, ha sabido mantener la entereza de una organización política que está consciente de jugar un señalado papel ante los fenómenos económicos y sociales del país. En efecto, resulta difícil encontrar un partido que haya podido perfilar su política de manera mejor y más determinada que el PSP, diferenciándose del resto de las agrupaciones que han caído en la enajenación de sus principios, viviendo de prestado y perdiendo su propia y específica individualidad.

(...)

Chile, como país dependiente, de escasa capitalización nacional, de profundos desniveles en el orden social y económico, por su esencial característica de país sometido a las fuerzas imperialistas, atraviesa por una seria y profunda crisis en desarrollo ascendente. Si a esta realidad, repetida con ligeras variaciones en el resto de los países latinoamericanos, se une la

incapacidad histórica de la burguesía para salvar siquiera el proceso que la terminología marxista denomina la revolución democrático-burguesa, tenemos que concluir que las soluciones que plantean los grupos dominantes a los problemas que afectan al Estado y a la población serán siempre de típico corte reaccionario, anomalía que subsistirá hasta que no se instaure en plenitud un auténtico poder popular, Aquí está, camaradas la clave de la conducta política del Partido en los últimos años, traducida en negar validez a los aspectos formales de la actual democracia que se ha demostrado estéril, limitada y estrecha para dar satisfacción a los grandes anhelos nacionales, explicándose, también por lo mismo, la búsqueda persistente de un objetivo revolucionario destinado a ganar para las mayorías la República Democrática de Trabajadores.

Lo expresado anteriormente representa en cierta medida el telón de fondo en que se ha proyectado la justa política del Partido. Ahora bien, para acelerar los objetivos de esta verdadera tarea revolucionaria, interesa sacar al Partido de su trabajo rutinario, dotando a cada militante de una profunda ambición de conquista del poder, debiendo convencerse dirigentes y militantes que lo que hacen a diario por el Partido no es sólo porque lo manden estatutos y reglamentos, sino por la fe y el convencimiento de que cada pequeña labor que realizan forma parte del proceso de preparación de la toma de poder, otorgándole así a la actividad política, sindical y organizativa una especie de misión de cruzada en que no estén ausentes ni la mística ni la esperanza, puestas al servicio de una gran meta que deberemos alcanzar más temprano que tarde.

(...)

Chile, con una estructura de país dependiente y sometido de manera singular al imperialismo norteamericano, ayudado éste por los sectores políticos y sociales más regresivos en lo interno, atraviesa por una seria y profunda crisis en pleno desarrollo que encuentra dramáticas expresiones en la vida económica y social de amplias capas de la población. Dicha crisis – producto de aquella realidad– impide a países como el nuestro lograr con soberana autonomía su liberación en los más variados órdenes de su vida interna y externa, cuadro que con ligeras variaciones se repite de manera

sistemática en el resto de las Repúblicas latinoamericanas. A esta realidad negativa para los pueblos comprometidos en el proceso, debe ligarse íntimamente el hecho singularizado por la incapacidad histórica de las burguesías nacionales para salvar y resolver en forma progresista lo que la terminología clásica marxista denominada ‘revolución democrático-burguesa’, lo que conduce a concluir que las soluciones planteadas por los grupos dominantes a los problemas que afectan al Estado y a la población serán siempre de típico corte reaccionario, anomalía que subsistirá hasta que no se logre instaurar por la presión de las más amplias y modestas capas sociales, un auténtico poder popular.

Raúl Ampuero, «Carácter de la revolución chilena», en *Raúl Ampuero 1911-1996. El socialismo chileno*, ed., Hernán Ampuero (Santiago: Ediciones Tierra Mía, 2002), 55-61.

(Fragmentos)

Pese a que los calificativos no son del todo exactos ni aplicables a todas las áreas, se ha definido nuestra economía como semifeudal y semicolonial. Probablemente sea este un aserto de aquellos que no requieren discusión en un congreso del partido. Sabemos de qué manera subsisten, en el campo, los rasgos esenciales de la encomienda española; la magnitud de los latifundios; el cultivo extensivo; las formas indirectas de explotación rural; los métodos anticuados de cultivo; las condiciones elementales de vida de los trabajadores agrícolas, en fin, todos los factores característicos de una economía precapitalista. Conocemos, igualmente, la estrecha dependencia de Chile con relación a las inversiones y al mercado norteamericano; su calidad de país monoprodutor, el trato excepcional que reciben aquí las grandes empresas extranjeras, la estructura colonial de su comercio exterior, su capitalización fundamentalmente basada en recursos foráneos, todo lo cual se proyecta en una mutilación real de su soberanía política.

Para un marxista no es difícil comprender cuáles son, en consecuencia, las clases dominantes y, por tanto, conservadoras, en el más fiel sentido de la palabra: la oligarquía agraria, los sectores sociales vinculados al imperialismo, todos los integrantes del sistema bancario, industrial y comercial, que tienen por plataforma la estructura económica actual de la nación.

Los observadores desprejuiciados, y con mayor razón los socialistas y los hombres de criterio avanzado, saben que el sistema ha llegado a un punto crítico en su evolución natural: no es posible expandir la economía chilena, desarrollarla cuantitativa y cualitativamente, en términos apreciables y lograr un progreso rápido de las fuerzas productivas sin cambiar profundamente sus bases estructurales.

Esta es, en su más puro sentido, una tarea revolucionaria. Significa despojar del poder político a las clases dominantes y reemplazarlas por otras, actualmente explotadas o dominadas, pero capaces de colocar al país sobre cimientos nuevos y de inaugurar una fase de transformaciones radicales.

(...)

Expresado positivamente, los objetivos económicos que se propone la revolución son, por tanto, la reforma agraria y la liberación nacional antiimperialista.

Allí donde el latifundio impone su sello a la producción rural, debe ser reemplazado por una redistribución de la tierra entre pequeños propietarios, sujetos a programas nacionales de cultivo. Las empresas extranjeras deben ser nacionalizadas. Tal es nuestra misión inmediata reducida al más elemental de los esquemas.

Son, también, los rasgos característicos de la ‘revolución democrático-burguesa’ –según la clásica terminología marxista–, definidos desde un ángulo económico: consolidación del Estado nacional y eliminación de la clase terrateniente.

En todos los países desarrollados, esa lucha fue conducida por la burguesía en ascenso, transitoriamente aliada a los siervos, a los artesanos y al proletariado en formación. Políticamente, su victoria trajo consigo una nueva forma de la democracia, enunciada esta vez en los planos jurídico y filosófico como la más alta, universal y definitiva expresión de la convivencia colectiva.

Como antítesis y sucesora natural de esta fase histórica Marx enunció su teoría de la revolución proletaria y socialista, destinada a eliminar las clases sociales y, eventualmente, el Estado. Debería realizarse bajo la dirección de los obreros industriales, para entregar a la comunidad entera el dominio de los medios de producción.

Sin embargo, en el caso chileno y, generalizando, en casi todos los países coloniales y dependientes, la realidad es mucho más compleja. Nuestra burguesía nació con un campo de operaciones limitado y subsidiario de las grandes empresas foráneas. Porque nunca tuvo el poderío necesario para abordar inversiones de gran magnitud: en lugar de rivalizar con el capital imperialista, estableció con él una estrecha asociación de intereses más o menos complementarios.

En tales condiciones —a las que se añaden otras que la vinculan a la clase de los poderosos propietarios rurales—, está orgánicamente incapacitada para cumplir las tareas revolucionarias que tomó en sus manos en las naciones maduras.

Ha dado, es cierto, uno que otro líder de relieve en las crónicas americanas, pero los protagonistas de todos los movimientos libertadores han sido la clase obrera, los indios y campesinos.

(...)

Esta es la primera lección que se desprende de cualquier estudio: la burguesía no es, en nuestros países, una clase revolucionaria. Lo son, en cambio, los trabajadores industriales y mineros, los campesinos, la pequeña burguesía intelectual, los artesanos y operarios independientes, todos los sectores de la población cuyos intereses chocan con el orden establecido. Y

en este conjunto, cada vez juega un papel más determinante la clase obrera, por su organización, su experiencia sindical y política. Su sentido de clase es el núcleo más resuelto de la lucha social.

Ahora bien, una clase que asume la misión históricamente abandonada por otra necesariamente le imprime sus propias características, le da un alcance de mayores proyecciones, le introduce modalidades propias de un estado más avanzado y radical. No puede tener la misma fisonomía ni igual contenido la revolución capitalista y burguesa realizada, bajo el mando de la burguesía, que si ella se desencadena y es conducida por los trabajadores, o más específicamente, por la clase obrera.

(...)

No sé hasta qué punto expreso el pensamiento del partido, pero quisiera resumir el mío acerca de los objetivos y la naturaleza de la revolución chilena en los términos siguientes: es una revolución democrática de los trabajadores manuales e intelectuales orientada hacia el socialismo, y destinada, en su primera fase, a liberar a la nación de toda dependencia extranjera y a eliminar las formas feudales de explotación agraria.

Casi todo lo dicho vale para la generalidad de los países hermanos de América Latina. En un grado u otro, están sometidos al imperialismo y a los terratenientes, sin perjuicio de la existencia de condiciones internas peculiares que, naturalmente, exigirían una adaptación relativa de las conclusiones anteriores.

Este solo hecho bastaría para encarar sus luchas como un proceso unitario, integrado en un gran movimiento de liberación continental. No obstante, más allá de las consideraciones sociológicas, lo que exige una teoría común, una estrategia común, es, por una parte, las circunstancias de que todos ellos se mueven en la órbita del poder norteamericano; por otra, la certeza de que sólo unidos podrán alcanzar su independencia, vale decir, la condición primaria para su progreso.

Allende y Ampuero construyen, a pesar de sus contradicciones y discrepancias, un liderazgo socialista para la izquierda chilena que habrá de

recoger el aporte y a la vez confrontarse con las aspiraciones de un Partido Comunista que vuelve a la legalidad luego de la traición de sus aliados radicales y su proscripción. Este proceso se sintetiza finalmente en el «allendismo», el FRAP y la Unidad Popular. La unificación socialista de 1957 es un punto de inflexión: los socialistas se han decepcionado de su colaboración con gobiernos pequeñoburgueses (radicales e Ibáñez) y se juegan sin concesiones por un «frente de trabajadores». El radicalismo es la víctima principal. ¿Cómo debe ser el PS que impulse esa línea de acción? La discusión sobre la naturaleza del partido madurará como tema polémico en los años sesenta, en estrecha vinculación con el debate sobre las vías para acceder al poder.

Partido Socialista de Chile, «Tesis Política. Un nuevo camino para el socialismo chileno (1957)», en *Tesis política, sindical y organizativa aprobadas por el Congreso de Unidad Socialista* (Santiago: s/e, 1958), 10-13.

(Fragmentos)

La acción política futura del Socialismo deberá estar fundamentalmente orientada por el análisis crítico de la realidad nacional, realizada de acuerdo con sus principios teóricos.

El actual momento social y político de Chile puede caracterizarse por los siguientes rasgos:

1. La definitiva inclinación del actual gobierno hacia la derecha, la adopción consecencial de una agresiva política antiobrera, de una política económica liberal caracterizada por: el otorgamiento de crecientes facilidades al capital extranjero, el levantamiento de controles sobre el comercio interno y externo, la disminución del esfuerzo del Estado en pro de la industrialización y el intento de hacer recaer sobre el pueblo, mediante

la congelación de sus remuneraciones, el peso de sus medidas antiinflacionistas.

2. El fracaso de la política gubernativa expresada en la prosecución del alza del costo de la vida, en la disminución del ritmo de la actividad económica con la consiguiente cesantía y paralización de faenas, y en los resultados negativos de sus esfuerzos por mantener y acentuar el desarrollo general del país mediante el impulso del capital foráneo.

3. Los partidos Conservador y Liberal, y sus apéndices, expresan los intereses de la feudoburguesía ligada al imperialismo. Los partidos Agrario Laborista y Demócrata Cristiano expresan intereses de la burguesía agraria e industrial y de algunos sectores medios, ligados al imperialismo y al Vaticano, cuya tendencia no es otra que continuar la defensa de la actual estructura económico-social del país y la explotación de las clases trabajadoras, y su única diferenciación con otros sectores es su marcada tendencia a la clericalización del país

4. La existencia del FRENTE DE ACCIÓN POPULAR, que agrupa a los partidos obreros y de auténtica izquierda, con una apreciable influencia sindical y política, pero aún insuficiente para derrotar en el plano electoral y social, a las fuerzas que defienden el orden establecido.

5. El repunte político de los partidos centristas, especialmente Radical y Social Cristianos, que pretenden capitalizar en su favor el descontento popular y traducirlo en pretensiones presidenciales para personeros de sus respectivos partidos.

6. El radicalismo constituye un partido centrista, socialmente híbrido. En su masa de afiliados y en su dirección predominan los elementos pequeñoburgueses, pero, a la vez, en ambas bases y directivas, abundan los elementos acaudalados, terratenientes y grandes industriales, comerciantes ligados por intereses concretos y por posición clasista con intereses foráneos y con las instituciones más retrógradas de la sociedad.

Los políticos radicales, por estar obligados a actuar en una realidad social cada vez más compleja y dinámica representando a una clase heterogénea e

inestable, como es la pequeña burguesía en proceso de desintegración, sucumben a la presión del sector burgués cuyos intereses entran a servir, y así su actividad adquiere caracteres de confusiónismo, inconsecuencia e irresponsabilidad. Decididos a conquistar el poder a cualquier precio, galantea simultáneamente a la reacción capitalista y a las fuerzas progresistas de la clase obrera y de la pequeña burguesía pauperizada. Su carencia programática seria es mitigada por una trama híbrida de consignas equívocas, en las cuales formulaciones aparentemente avanzadas son reducidas y condicionadas por cláusulas condicionantes, evasivas y reaccionarias. Su posición frente a la clase obrera está determinada, a la vez, por el temor a su movilización profunda en forma independiente y el deseo de ganarla electoralmente para sus fines, para enseguida aplastarla en forma violenta.

Toda la actividad y actitud del Partido Radical es una combinación demagógica de vagas formulaciones progresistas y de efectivos compromisos reaccionarios, hasta ser el peor freno para una real democratización del país.

7. En razón de lo anterior, al Socialismo Unificado no le merecen confianza las declaraciones democráticas y populistas de alguno de sus personeros, y, por el contrario, estima que es su deber denunciar ante las clases trabajadoras el contenido deliberadamente confusionista y reaccionario del radicalismo.

8. El divorcio existente entre las aspiraciones de vastísimos sectores populares y los partidos políticos que pretenden interpretarlos, manifestado en el abstencionismo electoral y en un repudio general al orden vigente, sus hombres, partidos e ideas. Este estado de ánimo de las masas, expresado a veces en manifestaciones espontáneas (sic) de protesta, señala la existencia de enormes reservas potenciales de energías revolucionarias que no han encontrado todavía su cauce constructivo y que los partidos políticos, incluso de extrema izquierda, no han sido capaces de interpretar y conducir.

En consecuencia, el SOCIALISMO CHILENO, declara y resuelve que:

- a. Reafirma su más decidida y resuelta oposición a la gestión política, social y económica del actual gobierno, lo denuncia como mero instrumento del imperialismo y de la reacción chilena y lo acusa de haber defraudado las esperanzas populares y traicionado el programa que ofreciera realizar;
- b. Traduce concretamente esa posición en su decidido propósito de trabajar incansablemente por el fortalecimiento del FRENTE DE ACCIÓN POPULAR y la más amplia movilización de masas a su alrededor, sin sectarismos ni exclusivismos de ninguna especie, a fin de convertirlo en el eficaz instrumento para la toma del poder por los partidos auténticamente populares;
- c. Desestima las tentativas de los partidos centristas para encabezar el movimiento político popular y recuperar el poder del estado, por considerarlos fuerzas interesadas en el mantenimiento del statu quo, dóciles a la influencia del imperialismo y de la reacción. Y afirma que las próximas elecciones presidenciales ofrecen la oportunidad para que los trabajadores puedan expresarse como clase social mayoritaria dispuesta a iniciar el camino hacia la conquista del poder con un personero de sus filas. Ante tal evento, el FRAP debe llevar su propio candidato, surgido de una amplia y democrática Convención del FRAP y de los diversos organismos económicos y sociales de las clases asalariadas nacionales, de acuerdo con su línea de clara independencia política, de independencia de clase, en su lucha revolucionaria por la conquista del poder.

9. Compete al Socialismo Unificado la tarea de continuar sus funciones de guías de las luchas del proletariado nacional y de las fuerzas nacionales que aspiran a una transformación económica, social y política del país. El Socialismo Unificado, por su reciedumbre ideológica, su claridad en los objetivos, la honradez de sus procedimientos de lucha, el realismo de sus planteamientos programáticos y su férrea estructura orgánica, tiene la obligación histórica de transformarse en la herramienta indispensable e irremplazable de aquella función. Su política revolucionaria, su actividad cotidiana para orientar la lucha de clase en todos los campos y organizar en torno a esta lucha a las fuerzas más decididas y conscientes del proletariado

y del pueblo, harán del Partido el instrumento más vigoroso de la acción de los intereses nacionales, la libertad de los trabajadores, la democracia y el socialismo.

10. La política de FRENTE DE TRABAJADORES debe dejar de ser una simple consigna o posición ideológica, para transformarse en una fuente constante de acción permanente e intransigente de esa política. El Partido puede llegar a influir decisivamente en los acontecimientos políticos y puede transformarse en la expresión más justa de los trabajadores, ganando su confianza y devolviéndoles, al mismo tiempo, la fe en su poderío como clase organizada.

11. En función de sus finalidades mediatas, y de acuerdo con la realidad nacional, el Partido debe organizarse como un partido de masas y como un partido de cuadros capaces de dirigir e impulsar todos los movimientos obreros, políticos, culturales, juveniles, etc., que tiendan a transformar en un sentido progresivo la actual estructura económica, social y política del país.

Partido Socialista de Chile, «Tesis Sindical (1957)», en *Tesis política, sindical y organizativa aprobadas por el Congreso de Unidad Socialista* (Santiago: s/e, 1958), 17-19.

(Fragmentos)

Frente de trabajadores para luchar por un plan obrero de estabilización

1. Nacionalización sin indemnización de todas las empresas imperialistas extractivas y servicios de Utilidad Pública bajo control y administración obrera.

2. Por un recuento de las necesidades populares, realizada por Comités de obreros, campesinos y empleados, y por una planificación de la producción

de acuerdo con dichas necesidades.

3. Por un control, por medio de Comités de obreros y dueñas de casa, de la existencia de los artículos de primera necesidad para combatir la especulación.

4. Nacionalización de la Banca privada y compañías de seguros. Monopolio del comercio exterior por el Estado.

5. Reforma y revolución agraria. Nacionalización sin pago de los latifundios y solución de los problemas de los campesinos, con la ayuda del Estado, por medio de créditos sin intereses para adquirir herramientas, animales, útiles y enseres.

6. Derogación de todas las leyes de congelación. Salario y sueldo vital con escala móvil y escala móvil de horas de trabajo cuando el capitalista disminuya la jornada de trabajo. Confiscación por parte del Estado de toda empresa parada y que pase a ser administrada por un Comité obrero encargado de hacerla marchar.

7. Por un Gobierno obrero encargado de hacerla marchar.

8. Complementación Económica de América Latina, eliminando las barreras aduaneras. Comercio con todos los países del mundo.

9. Derogación de todas las leyes represivas, en particular Ley de Defensa de la Democracia y Circular Koch-Yáñez.

10. Unificación de la Previsión y creación del seguro de desempleo.

Todos los organismos del Partido que trabajan hacia el movimiento sindical, como las brigadas, deben convertirse en los portavoces y ejecutores de su línea política. Los militantes en el movimiento sindical deben ser los principales promotores de la política de FRENTE DE TRABAJADORES, impulsar las tareas del movimiento obrero, especialmente la formación de sindicatos únicos, sindicatos campesinos,

sindicalización en masa. Formar en cada empresa, en cada lugar de trabajo, comités de FRENTE DE TRABAJADORES para impulsar tales tareas.

La misión de nuestro Partido es elevar la conciencia política del proletariado y ayudarlo a su maduración de clase. De otra manera nuestro Partido, lejos de jugar un papel de vanguardia consciente, se adaptará al movimiento sindical en sí, e irá a la zaga de los movimientos y concluirá en acciones oportunistas.

Jaime Suárez, *Allende, visión de un militante*
(Santiago: Editorial Jurídica Cono Sur, 1992), 29-31.

(Fragmentos)

Concurrí encabezando la delegación de Osorno al Congreso Nacional de Unidad realizado el 5 de julio de 1957. Los delegados habían sido elegidos por la militancia en los diferentes organismos de base del país a través de los Congresos Regionales de Unidad.

(...)

Intervinieron Salvador Allende, como secretario general del Partido Socialista de Chile, y Aniceto Rodríguez, en representación del P.S.P. El gran ausente fue Raúl Ampuero, quien se encontraba fuera del país.

Allende se refirió al congreso como: «La cita por tanto tiempo esperada».

Pasajes marcados de su discurso fueron:

«El último acto del PS, de su Comité Central y su secretario general, es el de poner en el primer y único lugar del orden del día: la consolidación de la unidad del socialismo».

«... Que nuestra ideología marxista la utilicemos acertadamente en la interpretación de la propia realidad nacional de Chile».

«... Habíamos vivido un proceso de aparente perfeccionamiento institucional; pero cuyo proceso, en el fondo, se torna ficticioso y aborrevativo. Nuestras fórmulas jurídicas ya no constituyen, por sí, base propicia para dar solución a los problemas de carácter social que un Estado moderno ha de encarar... El PS tiene sobre sus hombros la tarea nítida y trascendente de hacer de Chile una democracia moderna, efectiva y acorde con las finalidades propias de este. Hay que hacer de nuestro país una gran democracia popular».

En el marco de esa atmósfera unitaria, Aniceto, por su parte, destacó:

«El caudillismo y los personalismos deben ser reemplazados por un trabajo colegiado y de equipo en todos los niveles de la organización, particularmente en la dirección nacional. Los hombres que se destacan por sus merecimientos humanos, en último término no pueden ser sino el trasunto o la expresión de una política colectiva, democráticamente decidida por las bases. Que nadie, en el futuro, tenga temor de expresar su pensamiento crítico».

«... Mientras muchos callaron y siguen callando, nosotros cometimos el pecado de haber llamado a las cosas por su nombre. Así hemos tenido el valor de pronunciarnos contra una democracia falsa que vive sólo en el papel».

«... El FRAP se debe vitalizar, para no servir de trampolín a nadie. El FRAP tiene fuerzas y vitalidad propias suficientes para proyectar su acción hacia el porvenir».

Salomón Corvalán, *Partido Socialista* (Santiago: Edición de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas de la Universidad de Chile, 1957), s/n.

(Fragmentos)

El socialismo rechaza, enérgicamente, el intento de deformar el marxismo transformándolo en un dogma y tratando de aplicar las enseñanzas prácticas de Marx, Engels y Lenin, en la época en que vivieron, a la realidad actual, en forma rígida y esquemática. Rechaza, igualmente, la aplicación mecánica de experiencias realizadas en otras latitudes, bajo la inspiración de la misma doctrina, a la realidad chilena o americana, y denuncia esta actitud como la negación de lo esencial del marxismo.

El camino del socialismo va emergiendo de la diaria confrontación de las realidades. Las contradicciones que se suceden en las relaciones de producción, entre las clases sociales, marcan hitos que, cada vez, nos acercan más al fin deseado.

De ahí que, siendo un movimiento revolucionario, tiene plena conciencia de que en su camino es necesario cumplir etapas que hagan, del cambio fundamental de la estructura social y económica, un proceso asimilable, sin violentar cruelmente la voluntad creadora de las mayorías nacionales.

El socialismo se construye con la permanente participación, activa, de las masas trabajadoras, y éstas deben tener conocimiento cabal del papel que están jugando en cada etapa, de manera que ella se cumpla con el aporte constructivo y consciente de los proletarios, que irán entregando lo mejor de su esfuerzo a la obra de su propia emancipación.

Acelerar el proceso, más allá de la capacidad de asimilación de un nuevo sistema de vida de las masas corre el peligro de degenerar en tiranía. Opresión y tiranía que se ejercerá no sobre la minoría reaccionaria y retardataria, sino sobre las mayorías mismas que se resistan a aceptar una modificación drástica y total de sus costumbres, relaciones y manera de pensar.

De ahí que el socialismo sepa que, en las diferentes regiones del mundo, debe operar siempre con la participación consciente de las masas, cumpliendo tramos previos que lo acerquen cada vez más a la organización de una sociedad socialista.

Planteando el crecimiento del socialismo en términos del cumplimiento de

etapas que vayan creando las condiciones para su dialéctica imposición, interesa deducir cuál es el carácter de la revolución 'regional' que debe desarrollarse en América Latina. Al respecto, nos referimos en términos genéricos continentales, porque las características de los estados que forman la América del Sur son similares en su actual desarrollo y porque es imposible concebir un proceso revolucionario de perspectivas totalmente aislado de la realidad americana.

¿Deberá ser ésta una revolución burguesa o una revolución socialista?

Sostenemos que no es ni la una ni la otra.

No es una revolución burguesa, definida dentro de la terminología marxista, porque, a pesar de que muchas de sus realizaciones corresponden a las aspiraciones de la revolución burguesa, las clases sociales que deberán asumir este papel revolucionario están comprometidas con sus antagónicas, por razones características de los países subdesarrollados.

La revolución burguesa, desde un ángulo económico, aspira a la consolidación del Estado Nacional y a la eliminación de la clase terrateniente, logrando el máximo desarrollo de las fuerzas productivas dentro de los marcos de la libertad económica, libertad de comercio, libertad de inversión, libertad de consumo. Su motor descansa esencialmente en el poder de la competencia, ya sea industrial, comercial o tecnológica, y su antítesis la constituye el feudalismo campesino, la oligarquía terrateniente, el colonialismo extranjero, etcétera.

Esta revolución democrática burguesa es una revolución positiva, en cuanto liquida las formas feudales de producción y crea una mentalidad de igualdad racional entre los hombres, haciendo operar, dentro del terreno intelectual, esta premisa fundamental de la competencia, estimando los valores intelectuales en su individualidad y propiciando su emulación.

Hijo de la revolución democrática burguesa es el capitalismo y sus formas inherentes de producción, organización social y política.

Esta revolución ha prosperado en los países capitalistas del mundo de hoy. Su estado de desarrollo científico y técnico lo están indicando. El progreso desde este ángulo ha sido extraordinario y las formas de producción del pasado han sido totalmente desplazadas por la técnica de esta revolución industrial.

Sin pretender penetrar en el enjuiciamiento del estado de desarrollo del capitalismo en el mundo, me interesa solamente destacar que, allí donde las condiciones objetivas se dieron favorables para su desarrollo, éste creció y fue causa de transformaciones serias y profundas en el sistema de producción feudal y artesanal.

Sin embargo, tal como se deduce del enjuiciamiento de los acontecimientos históricos y económicos a la luz del marxismo, hoy estamos asistiendo a la crisis del capitalismo mundial, representado por el imperialismo, los países que mantienen colonias, etcétera. O sea, el paso del capitalismo al socialismo se acerca cada día más, a medida que estas crisis se acentúan y que la posibilidad de encontrar en una guerra la salida a las presiones económicas internas se haga cada vez más imposible.

En consecuencia, en estos países en que se logró desarrollar en todas sus etapas la revolución burguesa, las fuerzas de la burguesía lograron hacer un papel de progreso traducido en el avance de la ciencia y de la técnica orientados fundamentalmente a otorgar un mayor bienestar y comodidad al hombre.

Sin embargo, este papel, cumplido por la burguesía en los países capitalistas como clase comanditaria de la revolución, no pueden desenvolverlo estas mismas clases en los países subdesarrollados. La distancia, en cuanto a condiciones de vida, grado tecnológico, industrialismo, etcétera, entre los países subdesarrollados y los países capitalistas, es tan enorme, que ya no habrá actividad capaz de las burguesías criollas para acortar estas distancias y, cada vez con mayor dramatismo, tendremos que seguir apreciando el estado de retroceso, en términos relativos, de estos países.

Las características económicas y sociales de ellos, hacen que las fuerzas que tendrían que tomar el comando de la revolución hayan perdido todo factor creador, porque han perdido su independencia y su individualidad. Por una parte, están aliadas con las oligarquías terratenientes, que se oponen a una alteración de la actual estructura agraria; por otra, son usufructuarias de los despojos que en estos países dejan los imperialistas en la explotación de las materias primas. Su papel histórico está totalmente neutralizado y han pasado a ser clases parasitarias y usufructuarias del régimen actual, al que defienden y pretenden perpetuar.

La revolución americana no puede ser, en consecuencia, una revolución democrático-burguesa, a pesar de que gran parte de las realizaciones que corresponderá efectuar son características de un sistema de producción capitalista.

Sin embargo, sostenemos, que no es tampoco la revolución socialista, en cuanto signifique la implantación de las formas de producción y de vida, en general, que involucra el socialismo.

La revolución socialista pretende la socialización de todos los instrumentos de producción (tierras, minas, fábricas y maquinarias) y de cambio, para realizar la producción en común, dejando sólo la propiedad privada de los bienes de disfrute y de uso. Es un sistema de producción planeado con fines de uso y los productos se distribuyen de acuerdo con la cantidad y la calidad del trabajo prestado.

Las condiciones para la realización de una revolución socialista pueden aparecer en los países que han llegado a su máximo desarrollo capitalista, donde las contradicciones internas del sistema amenazan su propia destrucción, donde las burguesías capitalistas han entregado todo lo que son capaces de dar y el estagnamiento sólo se rompe con el vasallaje a países coloniales, con la hipertrofia de los trusts y monopolios; en fin, con la generación del poder imperialista.

En cambio, en los países subdesarrollados, a pesar de que las burguesías debían estar en pleno crecimiento, acusan un estagnamiento, una

paralización, una inercia que mantiene definitivamente a estos países en un estado de subdesarrollo. Todo ello porque nuestras burguesías son dependientes, de la oligarquía campesina por una parte, y del imperialismo extranjero por la otra. Esta alianza les inhibe para su acción creadora, pues tienen asegurado sin mayor esfuerzo una tasa de utilidad importante para sus inversiones.

En consecuencia, para crear las condiciones que permitan la instalación de una república socialista es necesario acelerar el crecimiento de todos los sectores del proceso económico, permitir su expansión, hasta que lleguen a su total desarrollo y generen las contradicciones necesarias que provoquen un cambio de sistema. Siendo incapaz la burguesía para cumplir esta etapa de crecimiento y siendo ella indispensable en el camino del socialismo, debemos crear los factores sociales necesarios para que pueda cumplirse sin restricciones.

Esta etapa, que no es la burguesa ni socialista, es la característica de la revolución americana y, en general, de los países subdesarrollados del mundo, y tendrá que realizarse por la conducción de la clase trabajadora, bajo la dirección política de los partidos socialistas o formas políticas similares de América.

Esta revolución es la que hemos denominado revolución democrática de trabajadores.

Belarmino Elgueta, *El socialismo en Chile. Una herencia yacente* (Santiago: Tiempo Robado Editoras, 2015), 414-417.

(Fragmentos)

En la historia del Partido Socialista de Chile destacan dos figuras principales, representativas de la definición y crítica de una estrategia revolucionaria y de la lucha por el poder, tareas que si bien fueron ejercidas

por el conjunto de los militantes de este movimiento político, tuvieron en ellos sus impulsores decisivos, asumiendo un liderazgo indiscutible. Estos hombres son Salvador Allende y Raúl Ampuero.

(...)

Cada uno de ellos representó preferentemente una de las más grandes temáticas centrales en la trayectoria del Partido Socialista de Chile. La definición de una nueva estrategia revolucionaria en una primera etapa, y la crítica en la última etapa de su vida correspondió a Ampuero. La lucha por el poder, con una constancia sin igual, por la vía democrática, en cuatro campañas presidenciales, singularizaron a Allende... Allende y Ampuero fueron, en suma, no sólo los intérpretes de nobles ideas y aspiraciones de los socialistas, sino de todas las organizaciones del movimiento popular de Chile.

(...)

Por encima de diferencias y contiendas, entre Allende y Ampuero se produjo una integración teórica y política en el transcurso del tiempo. La extensa hegemonía de Ampuero terminó con su expulsión del partido en 1967, pero su pensamiento político fue asumido por Allende, de acuerdo a su perspectiva histórica. En el XXII Congreso general celebrado en Chillán, después de la expulsión de Ampuero, Allende defendió la línea democrática de cambio político institucional para la conquista del gobierno, siendo derrotado por una amplia y heterogénea alianza de tendencias reformistas y ultra revolucionarias, representada por Aniceto Rodríguez, Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda y Adonis Sepúlveda, la misma que había expulsado a Ampuero.

Jaime Ahumada, «Prólogo. Fundamentos de una política y construcción de una fuerza dirigente», en *Raúl Ampuero 1911-1996. El socialismo chileno*, ed., Hernán Ampuero (Santiago: Ediciones Tierra Mía,

2002), 27-36.

(Fragmentos)

Ampuero es, junto a Allende, uno de los más importantes líderes del socialismo chileno. Ambos se proyectan hacia el presente con sus propias identidades y estilos. Tanto en la historia del partido como del movimiento popular, sus vidas se cruzan y constituyen ejemplos de liderazgo consecuente, proyección histórica, honradez a toda prueba y decisión revolucionaria.

Ampuero, resalta como teórico, organizador y dirigente del partido. Allende es el indiscutible líder de masas y articulador del movimiento popular.

La firmeza en la expresión de los principios, en la dirección estratégica y en la creación de una política de poder son las más relevantes cualidades de Ampuero. Su carisma de conductor de masas, su lealtad al pueblo y a los trabajadores y su protagonismo histórico en la praxis de la vía chilena al socialismo, distinguen la vida política de Allende.

(...)

Juntos, constituyen la expresión más acabada de las grandes matrices históricas del socialismo en Chile que arrancan de una visión original para aplicar el marxismo a las particularidades nacionales, construir un partido de los trabajadores y desarrollar un movimiento popular, democrático y revolucionario de gran autonomía ideológica, política y orgánica, portadores singulares del cuestionamiento radical al desarrollo capitalista y, a la vez, impulsores de la construcción del socialismo en los escenarios del país y de la región latinoamericana.

En el entorno de ambos líderes, se desarrolla, también, una notable generación de dirigentes cuyo enlace histórico con los fundadores es la lúcida figura intelectual de Eugenio González.

En esta perspectiva, y comprendiendo a fondo la relación dialéctica de personalidades y dimensiones de la política que conduce a la histórica victoria popular de 1970, destaca el rol jugado por Ampuero en el partido eje de esta política.

No en vano él es el hombre que recupera al socialismo de sus crisis de los años '40, que les abre decididamente paso a los procesos unitarios del partido y de la izquierda, que consolida la autonomía ideológica y política de la organización partidaria en todo el país, le otorga identidad y definición internacional, que cohabita en un complejo juego de contrarios y de hegemonía política con Salvador Allende y que contribuye poderosamente en la reconstrucción de una fuerza socialista, independiente, plural y alternativa de poder y sociedad, fundamentada en la unidad de la izquierda, en el singular entendimiento con los comunistas y con otros partidos y fuerzas populares.

Si bien Ampuero es el que posiciona al partido como candidato al poder, la destreza táctica de Allende es el factor que posibilita la construcción de un gobierno popular y que proyecta la vía chilena al socialismo como uno de los más singulares caminos para avanzar hacia la nueva sociedad. La historia y las circunstancias conspiraron para que estas tremendas personalidades no pudieran unirse en un ejercicio conjunto de un proyecto de país que ellos habían contribuido tanto a elaborar.

Capítulo 3

Ascenso y desarrollo del proyecto nacional-popular. El liderazgo socialista de la unidad de la izquierda, desde el FRAP a la UP

Los socialistas formulan la idea de un frente que, bajo la conducción de los partidos de los trabajadores, garantice la efectividad de un programa transformador de izquierda. En 1957 la unificación entre el PSP, combativo y en constante crecimiento, y el PSCh, que capitaliza el prestigio de Allende y su relación privilegiada con un PC ahora legalizado, consolida la alianza entre socialistas y comunistas en el Frente de Acción Popular (FRAP), formado el año anterior. Este pacto clasista se materializa y expande en todos los ámbitos políticos y sociales, a pesar de diferencias y asperezas que se debaten públicamente y que son parte de una competencia legítima por el liderazgo popular. El socialismo chileno persevera y profundiza su confrontación con el liberalismo y el individualismo posesivo y forja su propia concepción de la sociabilidad y la libertad socialistas. Marxismo y modernidad se despliegan en el ideario socialista.

Eugenio González, «Posición doctrinaria del socialismo» (discurso en el Senado, 1957), en *Eugenio González Rojas. Pensamiento vigente: disjecta membra*, comp. Hernán Contreras Molina (Santiago: Pequeño Dios Editores, 2011), 133-138.

(Fragmentos)

El hombre ya no es el hombre, en la terminología al uso, aun entre políticos de avanzada: es una cifra de la estadística, un elemento del cálculo de la producción de bienes y servicios, una pieza en el complejo engranaje

industrial. Nunca, tal vez, en la historia universal se había producido semejante confusión de los medios y los fines, una transmutación tan negativa de los valores vigentes en la convivencia humana. Recursos inventados y perfeccionados por el hombre para mejorar su vida, que es sustantivamente vida social, se han emancipado de su voluntad y, como dice un pensador contemporáneo: «el hombre aparece a la zaga de sus obras; el mundo creado por él se le enfrenta con una independencia elemental».

Así, la técnica, la economía y la política, de simples medios, han llegado a convertirse en fines eminentes. El socialismo –y ésta es la raíz de su fuerza ética y de su significado cultural– tiende a restablecer la subordinación de los medios a los fines y a determinar estos últimos de acuerdo con una jerarquía de valores cuyo eje sea la dignidad de la persona. Aprovechar la técnica, organizar la economía y configurar el Estado de modo que sean posibles, conjuntamente, la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual. Podría decirse, en lenguaje de Toynbee, que el socialismo es una respuesta positiva al desafío de las fuerzas disgregantes del mundo actual.

Planificación económica dentro del Estado democrático con vistas a la dignificación espiritual de la vida humana, tal podría ser la fórmula expresiva del pensamiento socialista. Si ella puede prevalecer como pauta rectora en los viejos países de Occidente, enraizado en su rica tradición cultural que el socialismo aspira a continuar y a superar, ¿tendrá ella algún sentido en los países latinoamericanos, en nuestro Chile? ¿O habrá que buscar una fórmula distinta, en virtud de nuestras peculiaridades humanas, sociales y geográficas? Las formas de vida en que el socialismo se vaya realizando dependerán, por cierto, de las circunstancias nacionales, pero ellas sólo serán auténticas y, por lo tanto, verdaderamente progresivas si están animadas por lo esencial de su espíritu: la dignificación del hombre.

Ningún método de violencia estatal, menos aún la violencia erigida en sistema, es compatible con la índole del socialismo. Puede realizarse por la violencia una cerrada planificación económica que, acortando etapas, haga pasar a un país, en breve plazo, del feudalismo agrario al industrialismo

exacerbado, pero ello se hará a costa de una inevitable deformación moral de las nuevas generaciones en el ámbito inhumano del Estado totalitario. El socialismo es revolucionario por sus objetivos, que implican un cambio radical en la estructura de la sociedad capitalista, pero no puede ser dictatorial por sus métodos, desde el momento en que procura el respeto a valores de vida que exigen el régimen de la libertad.

De ahí que no nos parezca posible separar el socialismo de la democracia. Más aún: sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados. No se trata, por cierto, de la democracia estáticamente concebida, en pugna con el proceso histórico, sino de una democracia viva, que se vaya modificando orgánicamente, de acuerdo con las mudables circunstancias de la existencia colectiva. La democracia puramente formal, de alcances civiles y políticos, tiene que llegar a ser una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral, que es, por sobre todo, la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del Estado o del progreso de la economía.

(...)

He aquí el primer deber del socialismo en América Latina: esforzarse por la vigencia del régimen democrático, por implantarlo donde nunca ha existido, por restablecerlo cuando haya sido abrogado, por perfeccionarlo si tiende a anquilosarse obstruyendo el progreso social. Aunque sobremanera defectuosa, la actual democracia tiene en sí misma los factores de su perfeccionamiento ulterior. Entre la dictadura y la anarquía, tradicionales polos de la política latinoamericana, el socialismo está decididamente por el régimen de derecho dentro del Estado democrático. Ni aun a pretexto de realizar una política social de avanzada y de sostener actitudes antiimperialistas, puede el socialismo comprometerse con gobiernos generados y mantenidos por la fuerza, como varios de los que afrontan la conciencia civil del continente.

La planificación económica dentro de la evolución democrática es, a nuestro entender, absolutamente necesaria para acelerar el desarrollo

interno de nuestros países, como lo es también, en dinámica correlación con ella, la complementación de sus peculiares economías en el plano continental. No queremos los socialistas –en varias oportunidades hemos insistido sobre el particular– la absorción burocrática de las actividades económicas por el Estado, sino su coordinación técnica, por intermedio de organismos sociales y públicos que representen a los grupos de productores y a la sociedad en su conjunto. Esto supone, mientras no cambien las bases mismas de la estructura social, la subsistencia de la empresa privada y el fomento del capitalismo nacional en cuanto sean factores útiles para el desenvolvimiento orgánico de las fuerzas productivas.

Tampoco podríamos ser adversos a los aportes externos, financieros y técnicos, que vengan a suplir nuestras deficiencias de capitales, de equipos y de expertos, siempre que ellos se produzcan en condiciones que dejen a salvo la seguridad nacional. Una política contraria revelaría incompreensión de la dinámica de las realidades mundiales y de la interdependencia básica de los procesos económicos.

Nuestra actitud antiimperialista tiene, pues, una proyección bien neta: poner término a la servidumbre de nuestra economía y a sus múltiples efectos negativos y corruptores, sin dejar de utilizar, encuadrándola en una firme política de control de intereses y de influencias, la colaboración multilateral proveniente de países de superior desarrollo. Una política seria y responsable tiene que evitar tanto el desaprensivo entreguismo de ciertos sectores de las oligarquías criollas como la impenitente demagogia de ciertos dirigentes de los movimientos populares.

Raúl Ampuero, «Informe del Comité Ejecutivo a la II Reunión Plenaria del Comité Central», *Boletín del Comité Ejecutivo PSP*, 9, Santiago, agosto 1956, 4.

(Fragmentos)

Las nuevas condiciones exigen revisar a la vez la antigua cuestión de la reagrupación socialista. Como alguna vez analizara, la escisión producida el 48 tuvo su origen en una diferencia radical de mentalidad y procedimientos, incidentalmente expresada, en relación con el Gobierno del Sr. González Videla y su campaña anticomunista. Mientras el grueso del Partido buscaba desde el Congreso de Concepción una nueva línea clasista, autónoma y revolucionaria, e iniciaba una activa elaboración de las tesis que hoy constituyen la esencia de su trabajo político, un grupo de disidentes se sumó entusiastamente a la tarea de compartir con la reacción los dudosos honores de una conducta impopular. No cabían transacciones, menos aún cuando se desahuciaron todas las reglas del juego democrático, y se adoptó el motín y la polémica pública como método de discusión ideológica.

Desde entonces a ahora, el Partido Socialista de Chile cambió notablemente de rumbos. Trocó su ciego anticomunismo por una colaboración sin reservas con el Partido Comunista, abandonando, inclusive, posiciones teóricas básicas, directiva del cisma del 48, a las de otros hombres, muchos de los cuales se formaron políticamente en el P.S.P., separándose de él únicamente en 1952, con motivo de nuestro apoyo a la postulación presidencial de Ibáñez.

Los obstáculos ideológicos más importantes han desaparecido en el camino hacia la restauración de la unidad. Así lo ha entendido también el Comité Ejecutivo, en su último debate político. Por otra parte, es incuestionable que vivimos una coyuntura (sic) singularmente propicia para la rehabilitación de las ideas y el fortalecimiento de la autoridad del socialismo en las masas populares. Los planes económicos del Gobierno, de pura esencia liberal, están a un paso del colapso con lo que irremediablemente caerán en el desprestigio los slogans antisocialistas que los inspiraron; el radicalismo dejó de ser una bandera atractiva para los trabajadores, y se le clasifica en la izquierda sólo como una tardía concesión a su pasado, y el comunismo, por último, convicto y confeso como autor de errores monstruosos en el último cuarto de siglo, parece perder su influencia sobre las masas. Todo aconseja, pues, proceder con audacia en la tarea de reagrupar a los socialistas dispersos, manteniendo –indiscutiblemente– la estructura y el pensamiento básico del P.S.P.

Clodomiro Almeyda, «La concepción marxista del hombre (1963)», *Cuadernos de orientación socialista*, 25, Berlín, 1987, 4-25.

(Fragmentos)

El marxismo recoge el aspecto terreno de la concepción burguesa. El hombre está hecho para esta vida, para dominarla y realizarse en ella. Pero ese dominio y esa realización no se logran individualmente a través de la libre competencia económica entre burgueses, sino comunitariamente por la sociedad toda y en virtud de un esfuerzo colectivo para aprovecharse del poderío y de la riqueza engendrados por el capitalismo, poniendo a ese poderío y esa riqueza al servicio de la plena realización de la existencia humana.

(...)

La contradicción permanente que existe en las sociedades clasistas entre el interés individual, que aparece contrapuesto al interés social concreto a la humanidad, se va pues, superando en la medida que adviene la sociedad comunista. Ya lo que conviene a alguien no va a perjudicar a otros, ya lo que beneficia a unos no va en detrimento del prójimo. Mientras esa contradicción subsista, mientras la sociedad esté construida de tal manera que lo que a mí me agrada, o satisface, tiene como contrapartida el desagrado o la insatisfacción del otro; mientras esta situación se mantenga, de poco o nada valdrán las admoniciones en pro del amor entre los hombres o los patéticos llamados a la solidaridad humana. Porque en las sociedades clasistas es la vida misma la que nos hace a los unos enemigos de los otros, y frente a este hecho, macizo y porfiado, nada puede la buena voluntad. La fraternidad humana verdadera no es, entonces, un signo que acompaña al hombre desde su nacimiento y que un pecado original ha desvanecido. La fraternidad humana se conquista, como todos los valores, en la medida en que la práctica social, en la medida que la historia, con sus luchas y desgarramientos, vaya suprimiendo las bases materiales que oponen unos

hombres a otros, y vaya creando nuevas condiciones objetivas capaces de disponer al individuo dentro del conjunto, de manera tal que su interés coincida con el de la comunidad, que sus metas y propósitos armonicen con el del conjunto social.

(...)

La Justicia y la ambición por conquistarla emergen de la injusticia concreta y real que ha vivido el hombre mismo. En las sociedades de clases, el sentido de la Justicia aparece primero disfrazado. En estas sociedades basadas en la propiedad privada, lo que es suyo para el hombre, lo que a éste le corresponde, es la propiedad tal cual se la asigna el orden social. Es justo entonces que la autoridad le devuelva al rico la propiedad que le sobra y se la quite al pobre que la necesita, porque lo que es suyo para el hombre no es su derecho a la vida plena, sino los bienes y la riqueza que le asigna un derecho objetivo e impersonal, que no emana de las exigencias de humanidad del individuo, sino del interés de clase de quienes en las distintas épocas humanas han acaparado el monopolio de la riqueza, valor abstracto en el que se sume y se disuelve la posibilidad de la felicidad concreta.

Pero no es fácil llegar al momento en que a cada uno le será dado lo que necesita. Ello implica y supone que el hombre haya logrado crear los suficientes bienes como para colmar las apetencias de bienestar humano. Por ello, sólo la sociedad enriquecida por el trabajo puede ser integralmente justa, sólo en una sociedad capaz de producir bienestar cabe imaginar la auténtica realización de la justicia. Ya el joven Marx lo había dicho, «el desarrollo de las fuerzas productivas es prácticamente la condición primera absolutamente necesaria del comunismo, porque sin él se socializaría la indigencia y la indigencia haría renovar la lucha por lo necesario y en consecuencia resucitar el antiguo farrago...».

Y tanto es así, que para Marx, durante el período inferior del comunismo, también llamado sociedad socialista, en que ya se han socializado los bienes de producción, pero en que todavía es insuficiente el desarrollo de las fuerzas productivas y la pobreza aún acompaña a la existencia social,

durante esta etapa socialista, no puede imperar el principio comunitario y es menester que rijan la máxima de la repartición de la riqueza, llamada socialista, en cuya virtud, de cada hombre se recibe según su trabajo y a cada cual se le da según la calidad y cantidad del trabajo efectuado.

Esa norma socialista de repartición es más justa que la que impera en una sociedad clasista, porque el hombre recibe no en proporción a los bienes que posee, sino en proporción al trabajo que realiza. Y porque su trabajo es más suyo, expresa mejor su ser concreto, que los bienes, cuya propiedad le reconoce el sistema jurídico vigente. Pero todavía esa norma no realiza la plena y cabal justicia, porque lo que el hombre recibe no emana de lo que el hombre es, sino de una norma externa, objetiva e impersonal que determina cierta remuneración para todos los que trabajan en la misma condición, haciendo abstracción de la individualidad específica de su ser.

La norma socialista de repartición es más justa que el sistema clasista de repartir la riqueza, pero aún no permite que lo auténticamente suyo, lo que el hombre necesita para realizarse plenamente, le sea otorgado por la comunidad social.

Con la Justicia implícita en el sistema de repartición propio de la sociedad comunista, se conquista la Igualdad, otro valor siempre apetecido, pero siempre frustrado en las sociedades clasistas. Pero la igualdad que se impone con la verdadera Justicia no es la igualdad abstracta que nivela y uniformiza a todos los hombres y les aplica a hombres distintos el mismo rasero y la misma norma, sino la igualdad concreta que les otorga a todos por igual las cosas distintas que cada uno requiere según su peculiar naturaleza.

La igualdad a la que se llega no aplana y monotoniza la existencia humana, sino, por el contrario, destaca y realza lo que a cada hombre caracteriza, otorgándole a cada cual lo que su ser individual requiere para insertarse constructivamente con su peculiar actividad en el conjunto social.

Nada más falso, pues, que imputar al marxismo la pretensión de suprimir la individualidad mediante la realización de un igualitarismo abstracto, y por

ende inhumano e injusto.

En el proceso de construcción del socialismo y el comunismo, por el contrario, se va configurando una textura social que paulatinamente le dispensa al hombre, en el seno de la sociedad, un status cada vez más ajustado a su ser individual, concreto y real, aspirando siempre a que el hombre viva más según como él es y no según lo que tiene o lo que posee, o lo que le asigna una norma externa y abstracta.

La crítica al «socialismo realmente existente», en particular a la conducción estalinista en la Unión Soviética y en las «democracias populares» de Europa del Este, marcan el ideario del PS desde su nacimiento. Si bien los socialistas valoran el significado histórico del proyecto revolucionario de Lenin y los logros soviéticos, sostienen siempre un consistente reproche al burocratismo, al ejercicio despótico del poder y al rol de conducción internacional que asume el Partido Comunista de la URSS (PCUS).

Salvador Allende, «Sucesos en el Medio Oriente y la Europa Oriental» (discurso en el Senado, 1956), en *Salvador Allende Senador (1956-1958)*. Archivo Parlamentario Salvador Allende, Partido Socialista de Chile (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2015), 193-197.

(Fragmentos)

Lo sucedido en Polonia y lo que ocurre en Hungría no pueden sernos extraños ni dejar de interesarnos desde un punto de vista humano y social.

La experiencia vivida por la humanidad en estos días reafirma lo que hemos venido sosteniendo en cuanto a que los principios socialistas pueden y deben buscar los cauces de superación y reemplazo del capitalismo de acuerdo con las características de cada país.

Es evidente el fracaso de todas las tendencias que han creído que los regímenes políticos pueden ser trasplantados o impuestos sobre los pueblos. No hay pueblo que acepte el coloniaje mental o espiritual, y tarde o temprano su lucha emancipadora buscará sus legítimos y propios derroteros.

Nosotros hemos sostenido siempre que no pueden imponerse ideas, principios o doctrinas sobre los hombres y sobre los pueblos, así como tampoco pueden arrancarse los principios y las ideas con la persecución, la cárcel o el destierro.

Desde estos bancos, a pesar de que en la escala nacional muchas veces estuvimos, y lo estamos ahora, en entendimiento con el Partido Comunista de Chile, hemos tenido la independencia enaltecida de expresar nuestra discrepancia con algunos aspectos de la política nacional o internacional de la Unión Soviética. Lo decimos, señor Presidente, porque lo acontecido en Europa y las conclusiones del Vigésimo Congreso del Partido Comunista vienen a reconocer los propios errores cometidos durante la etapa en que la orientación interna y externa de la Unión Soviética la tuvo el estalinismo.

Es importante esta actitud, este cambio, este sentido dramático de la autocrítica llevado a límites que, para nuestra mentalidad, son casi inconcebibles, porque es evidente que la libertad de táctica, de estrategia, de movimiento, de interpretación de la realidad en los distintos países, permite que los partidos comunistas puedan encontrar hoy con otros sectores populares una posibilidad más firme de acción común.

Por otra parte, las conclusiones del Vigésimo Congreso del Partido Comunista, al reconocer públicamente que hay distintos caminos para luchar por el socialismo; al reconocer —recalco— que no sólo Moscú es el centro de las posibilidades de acción socialista, están permitiendo que los pueblos que buscan la superación capitalista tracen la modalidad de su lucha y las formas políticas de su acción de acuerdo con las realidades de cada país y sin estar sometidos al tutelaje hegemónico de ningún hombre, partido o Estado.

(...)

Sostengo que estas mismas experiencias que estoy comentando afirman y reafirman los conceptos humanistas y libertarios del socialismo. Por eso, no es extraño hacer resaltar que, en el seno de los partidos políticos de las llamadas democracias populares y en el propio pueblo, se haya expresado, en forma clara y categórica, el repudio a las viejas concepciones y se haya luchado y se luche por buscar en la amplitud de su propia autodeterminación la posibilidad de construir el socialismo sobre bases libertarias.

Es indiscutible que, en proporción a los errores cometidos, se ha despertado la reacción en dichos pueblos. El caso de Polonia no es el de Hungría. Sin discusión, los errores en que se ha incurrido en Hungría han provocado una reacción que ha llegado a convertirse, por desgracia, en una verdadera guerra civil.

Nosotros, que somos partidarios de la autodeterminación de los pueblos, no podemos dejar de expresar claramente nuestra palabra condenatoria de la intervención armada de la Unión Soviética en Hungría. Ni aun con el pretexto de aplastar un movimiento reaccionario que significara la limitación de las conquistas sociales o económicas que pudiera haber alcanzado el pueblo húngaro y la vuelta a formas políticas caducas, justificaríamos nosotros la intervención de una potencia extranjera. Y mantenemos esta actitud cualquiera que sea el país de que se trate.

Indiscutiblemente, estos errores, en el caso de Hungría, han significado la quiebra de los sectores populares y una actitud de desorientación que ha traído por consecuencia los hechos dolorosos y sangrientos que lamentamos. Sabemos también, por desgracia, que en Hungría quedan resabios de fuerzas que sin duda alguna estuvieron adscritas sin vacilación a los regímenes fascistas. Esos sedimentos y los errores cometidos en la dirección de ese pueblo son lo que ha permitido presenciar el espectáculo que a los socialistas nos producen tan justa aflicción.

Abrigamos la esperanza de que la situación en Hungría, desde el punto de vista nuestro, no signifique que se vuelva a una etapa retrógrada donde imperen el 'nacismo' o las fuerzas neofascistas y que el pueblo de ese país logre buscar y consolidar el camino del socialismo con absoluta independencia frente a la Unión Soviética y como pleno señor de su propio destino.

Raúl Ampuero, «Posición sobre la intervención soviética en Hungría» (discurso en el Senado, 1956), en *Raúl Ampuero 1911-1996. El socialismo chileno*, ed., Hernán Ampuero (Santiago: Ediciones Tierra Mía, 2002), 62-64.

(Fragmentos)

Si no estuviéramos conmovidos por la sangre que está corriendo en el mundo, diría que es hasta una suerte que se hayan producido casi simultáneamente los sucesos de Hungría y los del Canal de Suez, porque, en realidad, el tener que enjuiciarlos paralelamente da una medida de la sinceridad con que cada Gobierno o cada tendencia política o filosófica los enfoca.

En esta época en que, al parecer, la hipocresía y el cinismo son el signo de la diplomacia de las grandes potencias, hasta el punto de que alegan principios para defender ciertas situaciones que les interesan particularmente y renuncian a esos mismos principios para calificar la conducta de sus adversarios, en esta época, repito, es importante que se sepa cómo los socialistas populares, en cuyo nombre pretendo hablar esta tarde, apreciamos lo que ha venido ocurriendo en Hungría y en Egipto.

No creo necesario hacer una historia acerca de la tradicional diferencia, o, en cierto modo, de la realidad ideológica que el socialismo ofreció siempre a la versión estaliniana de la revolución que se había aposentado en la Unión Soviética durante cerca de un cuarto de siglo. Inalterablemente,

denunciamos cómo allí se estaba malogrando una revolución obrera, libertadora y socialista; inalterablemente, condenamos los excesos belicistas y de terror que se constituyeron en medidas normales en el gobierno de la Unión Soviética: inalterablemente, condenamos la pretensión de exportar la revolución llevándola en la punta de las bayonetas del Ejército Rojo a lo que se llamó después la Cortina de Hierro para identificar a los países que estaban colocados detrás de ella.

Hemos sostenido en forma permanente e intransigente que el principio básico de las relaciones internacionales para los socialistas es el respeto hacia la autodeterminación de los pueblos. En términos absolutos, como lo acaba de plantear el Honorable señor Allende, respetamos inalterablemente la autodeterminación para adoptar el socialismo o dejarlo, la autodeterminación para establecer cualquier otro tipo de gobierno que se desee.

Nos parece que el pueblo que no conquista un estado de vida superior con su esfuerzo y con su sangre no hace ningún esfuerzo por mantenerlo y lo pierde con facilidad. Ningún pueblo obtiene ventajas históricas gratuitamente, y cuando llega a lograrlas por coincidencia o por obra de los acontecimientos, no tiene conciencia del valor del patrimonio que ha llegado a sus manos.

Pues bien, ésta ha sido inalterablemente nuestra convicción, nuestro principio y nuestra posición frente a muchos acontecimientos que me parece muy extraño que no hayan encontrado eco en algunos sectores del Senado. Por ejemplo, el caso ya señalado por el Honorable señor Allende respecto de lo que ocurrió en Guatemala. No se trataba de calificar a un gobierno; se trataba de saber si había sido víctima o no de una verdadera invasión de bandoleros armados y financiado por poderes extraños al pueblo guatemalteco. Se trataba, entonces, de condenar esos hechos, de oponerse a ellos y de condenarlos. Y ésta era la única forma, en esos instantes, de ser consecuentes con este principio de reconocer a todos los pueblos el derecho a disponer de sí mismos. Cuando Yugoslavia, en un dramático proceso histórico, con un vigor ideológico que alguna vez habría de ser reconocido, rompió su sumisión a la Unión Soviética, cuando el

Partido Comunista Yugoslavo, estrechamente asociado al pueblo yugoslavo por haber establecido con él una alianza indestructible durante los años de la guerra de liberación, cuando ese Gobierno y ese pueblo lograron formar una versión nacional del socialismo, también los acompañamos con idéntica buena fe y conforme a idénticos principios.

Ahora tenemos que resolver nuestra actitud frente a dos hechos brutales: la oposición soviética a sangre y fuego por evitar que el pueblo húngaro busque su propio camino de liberación, y la circunstancia de que dos pueblos poderosos, como Francia e Inglaterra, aduciendo pretextos baladíes, falsos, tartufescos, hayan intervenido militarmente en Egipto para evitar que se consumara un acto de soberanía consistente en la nacionalización del Canal de Suez. Dos hechos éstos muy similares por su brutalidad, por su cinismo y por el atropello de todos los grandes principios de respeto internacional; idénticos casi por la diferencia potencial y material que existe entre el agresor y el agredido. En ambos casos, los socialistas populares condenamos esta intervención; en ambos, nos colocamos al lado de los pueblos que, mediante sus propios esfuerzos, procuran darse un régimen de independencia y de libertad y, en lo posible, un régimen progresista de convivencia social.

Tal es nuestro punto de vista.

Raúl Ampuero, «El PS y el XX Congreso del PCUS (1956)», en *Archivo Salvador Allende*, vol. 19, Historia documental del PSCh, 1933-1993. Socialismo y nación. Socialismo y mundo, comp. Alejandro Witker (Concepción: IELCO, 1993), p. 225.

(Fragmentos)

El Partido Comunista chileno acomodó siempre su itinerario al meridiano de Moscú. Por una especie de deformación progresiva de su rol político, común a todos sus congéneres, comenzó venerando la Revolución de

Octubre como un acontecimiento de trascendencia secular –en lo que estaba en la razón–; continuó asignando a esa experiencia un valor universal, con toda prescindencia de los factores locales y temporales; y terminó por someterse al dogma de que ningún impulso revolucionario lo era genuinamente, si no se hallaba bajo la inspiración soviética o no se integraba funcionalmente en la estrategia mundial de la URSS. Donde estaba la Unión Soviética estaba la verdad, la democracia, la paz. Si mandaba al patíbulo a la vieja guardia bolchevique, era cierto que la constituían un hato de espías y traidores; si estaba con Hitler, la guerra era un crimen inhumano de los imperialistas; si acorralaba a Tito, era para aplastar su nido de fascistas. Un Partido de tales condiciones acaba por situar la consigna por encima del examen objetivo de la realidad, coloca sus prejuicios en el lugar de sus deberes de clase.

Nuestras coincidencias ante la campaña de destrucción del ‘culto a la personalidad’ no deben apartarnos del núcleo del problema, tal como se plantea aquí. Ya vimos en qué medida el Congreso Comunista de Moscú parece determinado por un urgente anhelo de buscar la ‘convivencia pacífica’ mediante la relajación de las actuales tensiones. Ya hemos dicho, también, que ese solo resultado lo consideramos grandemente alentador. Secundariamente, ofrece una coyuntura para la rectificación de la estrategia comunista en todos los países, aunque ella resultara exclusivamente del ruidoso desplome del mito de la infalibilidad vaticana de Moscú.

Raúl Ampuero, «Respuesta del PS al PC. Carta a Luis Corvalán (1962)», en *Raúl Ampuero 1911-1996. El socialismo chileno*, ed., Hernán Ampuero (Santiago: Ediciones Tierra Mía, 2002), 78-93.

(Fragmentos)

Antes de pasar a los aspectos capitales de este intercambio de ideas, juzgamos oportuno referirnos con brevedad a su origen. Ustedes, en su carta, junto con atribuirlo a las declaraciones formuladas en Magallanes por

el secretario general del Partido Socialista, deploran la inoportunidad de las mismas, en virtud de haberlas emitido coetáneamente a la celebración del XII Congreso del Partido Comunista. Para colocar las cosas en su lugar, es indispensable decir que estimamos un deber insoslayable de cualquier dirigente de partido el exponer libremente las líneas fundamentales de acción de la colectividad a que pertenece. Ustedes lo han entendido siempre así; bastaría revisar cualquier ejemplar de la prensa comunista o los discursos políticos de sus parlamentarios para encontrar toda suerte de afirmaciones y de tesis, que, si bien reflejan la posición del comunismo chileno, se hallan en abierta contradicción con nuestros propios puntos de vista. Lo mismo tenemos derecho a hacer nosotros, en tanto no se violen ciertas elementales normas de cordialidad y de respeto mutuo, que sostenemos haberse cumplido escrupulosamente en la entrevista del sur. Por lo demás, la conferencia de prensa, fuente de la actual discusión, se efectuó casi dos semanas antes de la inauguración del congreso comunista, en la provincia más alejada de la capital, de modo que ni siquiera podría interpretarse como una expresión imprudente o extemporánea de nuestro pensamiento.

(...)

Con toda razón, la réplica de ustedes centra la polémica en el problema del ‘papel dirigente’ de la Unión Soviética sobre el movimiento obrero internacional. Este principio constituye el núcleo de la controversia y el punto de partida de muchas otras discrepancias ideológicas y tácticas que se desprenden de su aceptación o rechazo. Se proyecta, en efecto, en las respectivas concepciones de nuestros partidos sobre los problemas de la paz; de la influencia del factor nacional en el proceso revolucionario; de la apreciación del elemento militar en la lucha anticapitalista contemporánea; del origen de las desviaciones ideológicas y, sobre todo, de los medios adecuados para dominarlas y superarlas; de las formas y métodos en las relaciones entre los partidos obreros y entre los Estados Socialistas, para sólo mencionar algunas implicancias obvias.

Para situar bien las divergencias es indispensable convenir en que las palabras empleadas por nuestro secretario general pudieron ser otras, pero

significan, en todo caso, exactamente lo mismo que ustedes quieren decir cuando se refieren al ‘papel dirigente’ de la Unión Soviética y del Partido Comunista soviético o a su carácter de ‘centro’ y ‘vanguardia’ de las ideas avanzadas. Y, por lo que nosotros entendemos, no hay dirección sin subordinación, ni hay vanguardia sin retaguardia. Vale decir, de cualquier modo que se le designe, el reconocimiento de un ‘centro’ con tales características implica una actitud de acatamiento a su conducta y a sus decisiones, pues, de otro modo, todo lo dicho tendría un mero sentido verbalista o simbólico. Si ese es el valor sustantivo de los conceptos reiteradamente empleados, confirmamos nuestra resistencia a aceptarlos como un principio de acción política, aunque se trate sólo de una supeditación puramente ideológica o intelectual, ya que –por supuesto– estamos muy lejos de compartir el criterio estúpido y reaccionario de quienes sostienen que cada partido comunista es una mera pieza de ajedrez movida caprichosamente por las autoridades de Moscú. Nosotros creemos sinceramente que las decisiones del Partido Comunista chileno son tomadas aquí por sus propios dirigentes. Si así no fuera, nuestra alianza carecería de toda base moral. Pero estimamos, también, que siguen pesando sobre la mentalidad de los partidos comunistas y, entre ellos, del Partido Comunista chileno, toda una gama de concepciones, prejuicios y apreciaciones teóricas equivocadas, cuya persistencia se explica únicamente por aquel reconocimiento de una autoridad especial en el centro soviético. Para citar un ejemplo dramático y reciente, en cuya apreciación esperamos hoy estar de acuerdo, toda la etapa staliniana fue aceptada en el campo comunista sin críticas de ninguna especie, cuando era evidente, para cualquier observador medianamente informado, cómo se sustituía allí la dictadura del proletariado por una tiranía burocrática y la democracia obrera por una autocracia repulsiva. Fue, precisamente, a continuación de proclamarse la Constitución Soviética de 1936 –‘la más democrática del mundo’, según el lenguaje de la época– cuando se dio comienzo a la etapa descrita por Krushev como un período de terror sin precedentes, que comenzó haciendo sus víctimas entre los propios dirigentes comunistas de la URSS. Pocos casos ilustran mejor la manera como la subordinación a un ‘centro’ –aún el más calificado– obstaculiza el crecimiento sano y pujante del movimiento internacional y lo hace solidario en la arbitrariedad y el error.

Creemos firmemente que tales características tienden a desaparecer, porque siempre la vida vencerá sobre la inercia de las más rígidas concepciones, y es esa certeza la que ha llevado al progresivo acercamiento de nuestros partidos. Vemos con claridad cómo el fortalecimiento de la lucha de los pueblos por su liberación social y nacional hace cada día más rica y más variada la experiencia revolucionaria universal, y por eso creemos en la solidez de tal alianza y en sus extraordinarias perspectivas. Pero tenemos derecho a suponer, por lo que la historia reciente nos enseña, que, en tanto no se abandone esta noción cardinal del ‘centro dirigente’ y se la reemplace por un sistema de integración democrática de las fuerzas socialistas, cualquier vía original en la conducción revolucionaria o en la construcción socialista pasará a ser fácilmente una herejía y el origen de un cisma irremediable.

(...)

Ahora bien, podrá argüirse —y ustedes lo han dicho— que lo expuesto corresponde a una lógica abstracta, distante, sin embargo, de los hechos y de la historia. Que la URSS tiene ese papel rector independientemente de nuestros deseos y que a los hechos no se les puede invalidar con razones, por convincentes que parezcan. Lamentamos discrepar también de ese punto de vista. La Unión Soviética puede, sin duda, servir de guía en muchos aspectos del desarrollo social, pero de allí no se puede deducir un liderato absoluto y extensivo a todos los planos. Ni la antigüedad de la experiencia, ni la magnitud geográfica del país, ni el tamaño de su población, ni su poderío bélico o material constituyen factores suficientes para asignar la dirección del movimiento socialista a una nación determinada. El socialismo es una empresa demasiado compleja para suponerla sujeta a un mismo ritmo en todas las latitudes, de modo que algún pueblo que inicie con retardo su construcción bien puede alcanzar estadios superiores en un tiempo más breve que otros que lo iniciaron con anterioridad. Eso ocurrió en el sistema capitalista: los EE.UU. de Norteamérica comenzaron a recorrer ese camino cuando ya los viejos países europeos habían realizado en amplia escala la revolución industrial y, no obstante, hoy constituye el corazón de todo el sistema. Por lo demás, el socialismo no es el punto de partida en la vida de los pueblos; su

instauración y desarrollo depende en gran medida –sobre todo en las primeras fases– del grado de adelanto de las fuerzas productivas y de la evolución de los factores políticos subjetivos de la sociedad en el momento en que se establece. Mongolia Exterior es un país que lleva decenios en la construcción socialista; Checoslovaquia, en cambio, muy pocos años. Sin embargo, es probable que este último país tenga muy poco que aprender del primero; por eso pensamos que se hace un pobre servicio a la revolución y al socialismo estableciendo preeminencias basadas en criterios cronológicos. Pero hay algo más todavía: tampoco los progresos socialistas son uniformes dentro de cada nación. Una constelación de circunstancias históricas, geográficas, culturales y de todo orden hacen con frecuencia que mientras un país marcha aceleradamente en el terreno de la organización industrial, por ejemplo, se retrase en cambio en el campo de las estructuras políticas, o que se adelante en las técnicas de la explotación agraria y quede rezagado en los dominios del arte. De todo esto queremos desprender, de nuevo, la conclusión de que el reconocimiento de una dirección única en el movimiento obrero, aunque se remita a las grandes líneas ideológicas, implica limitar las fecundas posibilidades de desenvolvimiento del marxismo y de la práctica revolucionaria universal.

(...)

Ustedes sostienen en su carta: «El mundo está dividido, por así decirlo, en dos campos principales y opuestos entre sí, el campo capitalista y el campo socialista. En uno gobiernan los capitalistas y en el otro los trabajadores. La naturaleza de ambos sistemas es diferente y también diferentes son sus objetivos. En relación a un problema capital de nuestro tiempo –el de la guerra o la paz– la tendencia natural de ambos sistemas es distinta. El capitalismo, por naturaleza, tiende a la guerra. El socialismo, también por naturaleza, tiende a la paz. La fabricación de armamentos es un negocio sólo para los grandes consorcios de fabricantes de pertrechos bélicos que existen únicamente en el mundo capitalista y no en los países socialistas. Esto podría ser suficiente para no hablar de «política de bloques militares» como política de ambos sistemas y para no colocar en el mismo pie a la OTAN y al Pacto de Varsovia, a la Alianza Militar imperialista y a la Alianza Militar socialista, a una Alianza Militar ofensiva y a una Alianza

Militar defensiva, y para no afirmar, como usted lo ha hecho, que «la Unión Soviética, al comprometer a los países de su órbita con el Pacto de Varsovia, al vincularlos con compromisos militares, al realizar actos de prepotencia bélica, como ha ocurrido con la explosión atómica última, está llevando al mundo a un tipo de pugna fundamentalmente militar»».

Aparentemente, la argumentación es irrefutable, y lo sería realmente si no partiera de una premisa absolutamente equivocada y reñida con el análisis verdaderamente científico de los acontecimientos.

Veamos por qué. Para un marxista consecuente, el mundo no está básicamente dividido en dos ‘campos’, entendiéndose por ellos dos áreas geográficas perfectamente definidas en el mapa, aunque ese hecho tenga un valor innegable en la realidad contemporánea. La afirmación del ‘Manifiesto Comunista’: «La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases», nos parece válida aún hoy. El mundo, pues, está dividido en una contienda que tiene a la tierra entera por escenario, entre las fuerzas de la burguesía y las del proletariado, más nítida y esquemática en algunas regiones, más primaria y compleja en otras, pero constituyendo siempre el factor decisivo de la pugna histórica de la cual somos actores y testigos. En algunas zonas, las viejas clases opresoras han sido totalmente desalojadas del poder político, en otras se sigue luchando contra las fuerzas del capitalismo y del imperialismo en un combate frontal, mientras en otras, aún habiendo conquistado fuertes posiciones en la lucha por la libertad nacional contra el colonialismo, los trabajadores constituyen un elemento importante en la conducción del estado. En otras palabras, al admitir que es el ‘campo’, es decir, una coalición de estados, el elemento socialista por excelencia, y que la adhesión más o menos incondicional a su política y a su conducta determina el grado de socialismo de quienes luchan contra el sistema capitalista, implica, entonces, un enfoque erróneo y unilateral de trascendentales consecuencias prácticas, en especial si se recuerda que esos estados se hallan taxativamente enumerados en la ‘Declaración de los 81 partidos comunistas’ de 1960. Significa subordinar las necesidades estratégicas del movimiento obrero a la seguridad nacional de los Estados socialistas; significa subestimar toda victoria revolucionaria en tanto no

acceda a integrarse en el sistema del ‘campo’; significa calificar las conquistas políticas de los pueblos y los partidos en función de sus compromisos internacionales y no por el valor intrínseco de las mismas; significa, muchas veces, paralizar el espíritu de ofensiva del proletariado occidental ante el temor de aparecer favoreciendo una política ‘extranjera’.

(...)

El ‘campo’, pues, no es sino una de las expresiones específicas de la lucha de clases contemporáneas. No la única. Sus intereses no expresan los intereses totales de las fuerzas comprometidas en la acción anticapitalista, sino una parte de esos intereses. Cualquiera política, por tanto, diseñada sobre la premisa axiomáticamente sentada por ustedes, a saber, que el mundo ‘está dividido, por así decirlo, en dos campos principales y opuestos entre sí, el campo capitalista y el campo socialista’, constituye una formulación incorrecta y parcial del problema, que lleva a posiciones de hegemonía, incompatibles con una concepción auténtica y democrática del internacionalismo obrero.

Por todo ello, los socialistas rehusamos incorporarnos al llamado ‘campo socialista’, y someternos a cualquier ‘centro dirigente’. Propiciamos, en cambio, un multilateral, democrático y activo intercambio de ideas y experiencias entre todas las fuerzas, movimientos, partidos y estados anticapitalistas, sobre la base de la más estricta igualdad de derechos, a fin de que cada cual pueda encontrar, por sí mismo, la vía más eficaz y rápida – y la menos dolorosa– para establecer la sociedad socialista.

(...)

Sostienen ustedes, más adelante, diversas apreciaciones destinadas a justificar el derecho de los comunistas a calificar la pureza doctrinaria del movimiento obrero internacional.

Ya hemos planteado, en otra ocasión, la inconveniencia de erigir en autoridad ideológica indiscutible a cualquier partido en particular, precisamente cuando las transformaciones sociales abarcan un escenario tan extenso como el mundo y los cambios cuantitativos y cualitativos del

proceso se producen con velocidad vertiginosa en nuestra época. En tales condiciones, el proclamarse marxista no da títulos a nadie para suponerse infalible. Únicamente la confrontación honesta de las diferencias y el sostenimiento de las diversas tesis a los resultados de las praxis pueden conceder pautas científicas de valoración.

Es cierto que el análisis colectivo del conjunto de los fenómenos sociales es una manera eficaz de elaborar los elementos subjetivos y obtener la madurez ideológica para conjurar muchos errores. Pero dictaminar desde afuera de los procesos, cuándo un movimiento nacional incurre en una desviación o en otra, acompañando el fallo de toda suerte de proscipciones y amenazas, es un comportamiento ajeno a las prácticas socialistas y casi siempre dará resultados contrarios a los que se buscan. Sólo la promoción, en el seno de cada comunidad colectivista, de una cada día más amplia democracia del trabajo, de una participación creciente de los productores en la propiedad social y en la economía, puede liberar aquellos impulsos progresistas que garanticen una evolución ininterrumpida hacia formas más altas de convivencia. Porque las ‘desviaciones’ no son casi nunca artículos de importación en aquellas partes donde se ha desalojado al capitalismo; son el producto de contradicciones internas domésticas, presentes aún en tales naciones en la fase de transición y que obedecen a leyes aún insuficientemente examinadas.

Por mucho que se haya universalizado la ofensiva de los pueblos, el carácter y la naturaleza de cada sociedad y de cada gobierno dependerá esencialmente de lo que ocurra en el ámbito de sus fronteras. Cuando las clases explotadoras son erradicadas del poder, cuando la propiedad de los medios principales de producción pasa a poder de la nación o de la colectividad, cuando las relaciones de producción se alteran radicalmente, estamos en presencia de un acto revolucionario. Hacer depender la calificación de esos acontecimientos de la adhesión a posiciones internacionales determinadas, acarrea invariablemente graves errores de juicio. Nadie podría explicar satisfactoriamente, por ejemplo, por qué razón Polonia, al recibir más de 400 millones de dólares de ayuda norteamericana, se estima que contribuye, a pesar de todo, a la derrota del imperialismo, en

tanto, al aceptar una ayuda semejante, Bolivia estaría traicionando las esperanzas populares.

Luis Aguilera, «Ocupación de la República Socialista de Checoslovaquia por tropas soviéticas» (discurso en la Cámara de Diputados, 1968), en *Labor Parlamentaria, Diario de Sesiones* (Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional), s/n.

(Fragmentos)

Al dar a conocer esta noche muy someramente nuestro pensamiento sobre la situación checa, no hacemos sino ser consecuentes con una línea sostenida invariablemente durante toda nuestra trayectoria socialista, posición que podemos sintetizar así: nosotros defendemos y estamos con la estructura socialista de la Unión Soviética y demás Estados socialistas que actúan de consuno con ella, pero tenemos una actitud crítica hacia sus métodos burocráticos de construcción del socialismo. Y pasamos al repudio de esos mismos métodos, cuando conducen, como hoy día, al aplastamiento dramático de un pueblo, y al descrédito del socialismo mismo como la posibilidad humana del futuro.

Lamentamos y repudiamos, a la vez, esta bárbara intervención.

Por último, me permito dar a conocer una declaración entregada por nuestro Comité Central al mediodía de hoy, que dice:

«El Comité Central del Partido Socialista se encuentra reunido considerando la situación internacional creada con motivo de la invasión de Checoslovaquia.

«Esta Secretaría General informa que el Partido condena categóricamente la arbitraria violación de la soberanía checoslovaca por las tropas de algunos países del Pacto de Varsovia, en cuanto ella envuelve un atropello a los

principios de la autodeterminación de los pueblos y del internacionalismo proletario, que invariablemente ha defendido el socialismo chileno.

«La injustificable actitud soviética y de sus aliados en esta acción es una demostración, a juicio del socialismo, del temor de sus capas dirigentes al irreversible proceso de desarrollo autónomo de la democracia socialista.

«Esta lamentable situación, en opinión del Partido Socialista, es producto de las deformaciones experimentadas durante el período stalinista que, pese a las saludables reacciones internas producidas en su contra, perduran, desgraciadamente, todavía».

Lo que ocurre constituye una cuestión de extrema gravedad para las relaciones de los Estados socialistas y también para el movimiento socialista mundial. La dimensión inmediata de los hechos actuales se torna bastante difícil de enunciar y, nos parece obvio, su apreciación se hace aún más complicada en cuanto a las consecuencias futuras.

Caben dos alternativas: Checoslovaquia pidió, de acuerdo con el Pacto de Varsovia, intervención de los países signatarios. Esto reflejaría que, en el interior de Checoslovaquia, la contrarrevolución era suficientemente fuerte y poderosa como para poner en jaque al gobierno. En todo caso, ni aun así aceptamos la intervención armada. O no la solicitó y se ha producido lo que en este instante preocupa a Chile y al mundo: la ocupación de Checoslovaquia por las fuerzas armadas de cinco países socialistas.

Salvador Allende, «Checoslovaquia: libre determinación y socialismo» (discurso en el Senado, 1968), en *Salvador Allende: pensamiento y acción*, coord., Frida Modak (Buenos Aires: Lumen - FLACSO-Brasil - CLACSO, 2008), 62-66.

(Fragmentos)

Si nos atenemos a las informaciones de prensa, es indiscutible, para nosotros, que lo que acontece constituye una violación a los principios de no intervención y autodeterminación. Creemos en el internacionalismo proletario, en la solidaridad de los países que usan el mismo lenguaje doctrinario; pero lo que ha sucedido es muy diferente. Afirmamos rotundamente que cada pueblo, sea socialista o no lo sea, debe resolver sus propios problemas. Por eso, condenamos enérgicamente la intervención armada de los signatarios del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia.

Ha sido atropellada la soberanía de ese país. Además, políticamente, es un serio traspié que golpeará rudamente a los movimientos populares. La reacción y el imperialismo harán una inmisericorde explotación de este hecho doloroso.

Adonis Sepúlveda, «El Partido Socialista de Chile»
(versión editada de conferencia en Seccional
Independencia del Partido Socialista de Chile), audio
disponible en Biblioteca Clodomiro Almeyda.

(Fragmentos)

En ese período, la interpretación leninista del marxismo no estaba consagrada como ‘marxismo leninismo’, en primer lugar, porque había muchos teóricos socialistas de distintos países que sostenían posiciones coincidentes con las de Lenin, que no significaban más que la recuperación del sentido revolucionario del marxismo y su naturaleza no dogmática. Estas concepciones fueron abandonadas por los dirigentes socialdemócratas después del desaparecimiento de Carlos Marx y Federico Engels, que sobrevivió al primero por 12 años, aunque ambos alcanzaron a criticar las desviaciones del principal partido adepto a sus ideas, el Socialdemócrata Alemán. Lo que asentaron nuestros fundadores en su Declaración de principios, entonces, fue, ni más ni menos, que la concepción revolucionaria del marxismo, en cuya clarificación y restitución Lenin sí que fue su principal sostenedor. Años después de la muerte de éste, Stalin,

convertido en jefe del Partido Comunista, y como una manera de afianzarse en el poder, convertiría en un fetichismo el ‘marxismo leninismo, del cual se declararía su principal cultor, utilizándolo a su manera, para su beneficio y como arma contra los discrepantes de su política, a los cuales estigmatizaba como ‘enemigos del pueblo’ por no aceptar su personal interpretación de tal concepción. A medida que el dominio de Stalin degeneraba el régimen soviético convirtiéndolo en una dictadura personal, cruenta y asesina, el ‘marxismo leninismo’ pregonado desde el Kremlin se convirtió en la antítesis de las ideas de Marx y Lenin.

(...)

El Partido Socialista puede estar orgulloso de haber sido uno de los pocos partidos del mundo, que sin abandonar el sentido revolucionario de su accionar nunca cayó en la visión dogmática y utilitaria del stalinismo. Si en un momento determinado de su curso histórico se declaró marxista leninista, lo hizo explícitamente en el sentido de interpretar libremente las ideas de Marx y de Lenin.

Es por eso que el Partido Socialista de Chile, con su identidad transformadora, buscó alcanzar el poder para construir el socialismo, utilizando los métodos de lucha que fueran necesarios en cada oportunidad, tarea concebida como de largo plazo, que llena su existencia, por lo menos hasta 1973.

(...)

La concepción del Frente de Trabajadores, entonces, no fue una improvisación ni una política accidental o coyuntural. Fue madurando largos años dentro del partido y materializándose con la propia experiencia partidaria, por las frustraciones provocadas por políticas débiles y claudicantes, por la esterilidad de la participación en gabinetes ministeriales que resentían a los trabajadores y por la enseñanza que entregaban la colaboración con sectores políticos de la burguesía que siempre fueron incapaces de romper sus vínculos de clase, su compromiso con los intereses de las clases dominantes. La experiencia que se había vivido con el

Gobierno de Ibáñez en 1952, repitiendo el error trente populista, había endurecido a la militancia, que no estaba dispuesta a tolerar nuevas debilidades. En adelante, las pugnas internas estarían entre los más o los menos consecuentes con la política revolucionaria del Frente de Trabajadores.

Por tibiezas en este plano sería desplazada la dirección de Raúl Ampuero en el Congreso de Linares de 1965, asumiendo un nuevo equipo, encabezado por Aniceto Rodríguez, Carlos Altamirano, Adonis Sepúlveda, Erich Schnake, Rolando Calderón y otros que radicalizarían de nuevo las posiciones del Partido. Incluso, el Congreso de Chillán, de 1967, llevaría a algunos extremos que no correspondían a la situación concreta de Chile, privilegiando la lucha armada, en un país donde se daba un movimiento de masas desarrollado fundamentalmente por socialistas y comunistas, profundamente politizado y combativo, que buscaba cambios revolucionarios.

El socialismo chileno sigue con atención experiencias socialistas independientes de la tutoría soviética o tercermundistas, como la yugoslava y la de algunos países en proceso de descolonización. A propósito de la discusión del modelo socialista yugoslavo, adalid de la no alineación con ninguno de los dos bloques y de vocación autogestionaria, el PS marca una vez más su desconfianza hacia el centralismo estatal y expresa su adhesión a formas de gestión productiva basadas en la participación autónoma de los trabajadores y a experiencias como los consejos de fábrica. Por su parte, aunque con menos fuerza, los procesos chino y argelino convocan también el interés socialista.

Óscar Waiss, *Amanecer en Belgrado* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1956), 35-38.

(Fragmentos)

Los teóricos yugoslavos, y me atrevería a decir que amplios círculos dirigentes, tienen plena conciencia de lo trascendente de su organización y

del significado histórico de su experiencia. Trata de superar las dificultades y encontrar el camino justo, sin frenar la libre iniciativa de las masas; así lograron pasar, de la simple administración de las fábricas, al gobierno comunal como expresión más profunda de la autogestión obrera. Pocas semanas antes de nuestra llegada a Yugoslavia, habló de estas cosas Kardelj en un informe presentado a la Asamblea Federal el 16 de Junio de 1955, al discutirse el proyecto de ley sobre organización de las comunas y las uniones de comunas.

«Es –dijo– justamente este proceso de adaptación de las formas políticas al desenvolvimiento de la iniciativa socialista de abajo el que ha determinado empíricamente el ritmo del desenvolvimiento de la autoadministración social y de la socialización de las diversas funciones del aparato administrativo del Estado».

Y agregó, más adelante:

«Los éxitos obtenidos prueban que la orientación seguida en la edificación de nuestra democracia socialista es la justa. En principio, esta orientación ha sido señalada ya por Marx y por Lenin. Por Marx, sobre todo en su análisis de la Comuna de París; por Lenin, especialmente en sus escritos de los años que siguieron a la revolución de Octubre. Porque, si bien Lenin insistió en esta época sobre la estatización revolucionaria de la dictadura del proletariado (en el Estado atrasado desde el punto de vista material y cultural de la Rusia zarista, era el único medio de organizar el país para el desenvolvimiento socialista), no dejó de insistir tanto o más sobre la necesidad de extender cada vez más la base de masas del poder soviético, para frenar así la fuerza creciente del burocratismo y socializar de verdad las funciones que ejercía el aparato burocrático.

« «Luchar hasta el fin contra el burocratismo, hasta la victoria completa, no se logrará sin que toda la población participe en el gobierno del país», declaró Lenin al VIII Congreso del Partido Comunista ruso, y agregó: «El bajo nivel cultural hace que los Soviets, los que según su programa son órganos del Gobierno por los trabajadores, sean en realidad órganos de

Gobierno para los trabajadores, ejercido por la capa avanzada del proletariado y no por el pueblo trabajador».

«Y, todavía, Lenin explica que esta capa avanzada del proletariado, que participa realmente en la administración es increíblemente reducida».

Después de extenderse sobre el planteamiento de Lenin, dijo Kardelj:

«Nuestra política corresponde perfectamente a la perspectiva fijada por Lenin y la confirma. Bien entendido, desarrollando el sistema de la gestión social, nuestros trabajadores no renuncian, y no pueden renunciar, al Estado como instrumento de su poder. Compartiendo tales utopías, ellos harían un flaco servicio al socialismo. Vivimos en un mundo en el cual los antagonismos internacionales se precipitan y en el cual la intervención foránea en los asuntos interiores de los otros países representa uno de los principales medios de lucha. Además, en el interior del país, nosotros no hemos todavía eliminado los antagonismos de clase hasta el punto en que ellos no representen más algún peligro para el socialismo. Por lo tanto, aunque en el dominio de la lucha por la existencia y el libre desarrollo del socialismo y en el de la defensa de la independencia de nuestros pueblos, la situación sea ésa, nosotros pensamos que ello no debe entorpecer, en el plano del desenvolvimiento de las relaciones socialistas, el proceso a través del cual las funciones del Estado pasarán gradualmente a los órganos de la autoadministración social. Esta es la razón por la cual, en consecuencia, nosotros adjudicamos una importancia tan grande al desenvolvimiento de los Consejos obreros y a las formas análogas de autogestión de los trabajadores en la economía como en los otros sectores de la vida social, así como también al autogobierno de las comunas. Resulta evidente que es precisamente por estas formas políticas que la sociedad que progresa por una ruta socialista podrá sobrepasar, poco a poco, los restos de los antiguos sistemas sociales, y esto tanto en la forma como en el contenido».

Nadie podría sostener, válidamente, que el camino libremente escogido por los socialistas yugoslavos obedece a factores tan subalternos como una discrepancia de tipo internacional. La consciente elaboración de una línea

política tan profunda sólo puede ser el fruto de la innegable vitalidad del movimiento obrero».

Clodomiro Almeyda, «Yugoslavia en la ruta del socialismo», *Arauco*, 10, Santiago, 1960, 36-38.

(Fragmentos)

La autogestión obrera y social constituye el rasgo característico del camino yugoslavo hacia el socialismo. En lo referente a las empresas productivas, ello envuelve estimar que la propiedad colectiva y su autogestión por los trabajadores significan una forma superior y más adecuada a las condiciones yugoslavas que la propiedad del Estado regida administrativamente desde los centros burocráticos.

Pienso al respecto que la autogestión de las empresas organizadas sobre la base de la propiedad colectiva puede constituir en determinadas condiciones el mejor camino hacia la sociedad comunista, siempre que esta autogestión se combine y complemente armónicamente con la planificación general del desarrollo económico y social, absolutamente necesaria durante la construcción del socialismo; y siempre que el interés particular de la empresa generado por la competencia en el mercado no logre primar sobre el interés general de la construcción del socialismo. En otras palabras, acepto la autogestión productiva como una vía hacia la sociedad comunista en la medida que el elemento egoísta y competitivo que ella implica esté controlado por las fuerzas representativas del interés genérico de la clase obrera en la edificación socialista.

Valoro especialmente en la autogestión productiva la posibilidad que ofrece de estimular el incremento de la productividad general del trabajo a través de la obtención de mayores ganancias para la empresa y mejores ingresos para los trabajadores. Valoro igualmente el aspecto educativo de la autogestión y su significado democratizador en cuanto ayudan a crear en la masa un sentido de responsabilidad absolutamente necesario en las formas superiores de convivencia colectiva.

En cuanto a la autogestión aplicada en Yugoslavia, me parece que ella ha demostrado en la práctica su eficacia como estímulo al desarrollo económico y como agente educativo, manteniendo subordinado al interés general las manifestaciones particularistas a que necesariamente da lugar el sistema. Ello se debe, a mi juicio, al papel que cumple la Liga de los Comunistas Yugoslavos, como lúcida conciencia de su vanguardia obrera y al rol que desempeña la Alianza socialista como organización política de masas que orientan la conducta de los trabajadores conforme al interés general de la construcción socialista.

Julio César Jobet, «La Revolución Socialista de Yugoslavia», *Arauco*, 29, Santiago, 1962, 24-37.

(Fragmentos)

El primer principio del régimen socialista yugoslavo, es el mantenimiento firme del papel dirigente de la clase obrera en las posiciones claves del desarrollo social, en alianza con todos los demás trabajadores y con formas democráticas de poder que permiten la expresión real de ese papel dirigente.

El segundo principio es la orientación constante y consecuente hacia la democracia socialista en toda su vida y en todo su desarrollo social.

El tercer principio es la sostenida tendencia hacia la descentralización del poder sobre la base de la autoadministración más amplia de los trabajadores de las diferentes funciones sociales.

Para asegurar el papel dirigente de la clase obrera, los revolucionarios yugoslavos tomaron medidas con el fin de contrarrestar la tendencia a identificar los órganos dirigentes del partido con el aparato administrativo del poder ejecutivo, siguiendo este pensamiento de Tito: «cuanto mayor éxito alcancemos en nuestro nuevo camino de implantación del socialismo, no mediante el terror y la concentración de todas las funciones en manos de un pequeño grupo de hombres, sino mediante una amplia democratización y

descentralización, mayor será la influencia de nuestro ejemplo». El Partido Comunista Yugoslavo y el Frente Popular evitaron el peligro de verse identificados con el aparato del poder ejecutivo y de convertirse en el instrumento de éste o de hacer de él su propio instrumento, pues tal camino llevaría a su inevitable burocratización, manteniéndose estrechamente unido a la clase obrera y a las masas laboriosas para luchar conscientemente por la implantación de relaciones socialistas. Al mismo tiempo trataron de afirmar la clase obrera como el factor social dirigente en tanto productor, como la fuerza económica más importante capaz de atraer a los elementos sociales atrasados y de influirlos por su papel en la economía. Para conseguirlo fue necesario que las fábricas y toda la producción social se arrancasen de las manos del capitalismo privado y de las de la burocracia, confiando su dirección a los propios productores (la administración estatal y económica sirve a ese fin), y que se ha conseguido por medio del sistema de los colectivos obreros de cada empresa en particular y de cada rama económica considerada en su totalidad.

Para realizar el segundo principio, esto es, afirmar la democracia socialista impidiendo el burocratismo y el capitalismo de estado, los revolucionarios yugoslavos guardaron fidelidad al principio de Lenin, formulado en 1905: «Si alguien quiere ir al socialismo por un camino distinto al de la democracia política, llegará inevitablemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político». Con respecto a la democracia liberal, reconocen que muchos de sus principios son progresistas (y los ‘derechos individuales’ formulados por la revolución demo-burguesa forman parte inalienable del patrimonio socialista), pero, en verdad, su base y misión principales son las de proteger la propiedad privada y los privilegios de la clase burguesa poseedora. En cambio, para el socialismo, la base fundamental de una sociedad democrática que se desenvuelve en la libertad es, ante todo, la garantía de los derechos de cada persona a no ser explotada y a poder decir, en tanto productor, cómo será repartida y empleada la plus-valía del trabajo en su colectividad y en la sociedad en general.

(...)

Respecto del tercer principio directivo de la revolución yugoslava, el criterio sostenido por sus gobernantes, para lograr una efectiva descentralización, pretende establecer, en primer lugar, que los órganos centrales, tanto republicanos como federales, asuman únicamente las funciones que no pueden dirigir los órganos de base del poder popular y, en segundo lugar, incluso en lo tocante a la gestión de las funciones centralizadas se ha de tender a que este centralismo sea democrático; con un contenido y una forma de autoadministración social de un grado más elevado. Si las revoluciones populares proceden en sus comienzos a la mayor descentralización de poder, más tarde, al no saber encontrar un camino hacia formas democráticas adecuadas, empiezan a degenerar y a sucumbir en un proceso de concentración de poderes en manos de un número cada vez menor de dirigentes, coincidiendo con un estancamiento de la sociedad en general e incluso con su retorno a las formas más atrasadas. En Yugoslavia no ocurrió así por la participación de las masas trabajadoras en la dirección de las posiciones claves del estado y de la economía.

(...)

Los propios dirigentes reconocen las dificultades de su obra, sembrada de inmensos obstáculos heredados de la vieja Yugoslavia, por los hábitos del pasado, el particularismo y el egoísmo, y por la constante presión agresiva del pasado y del exterior. Tales dificultades serán vencidas en la medida que se logra un mayor ritmo en el aumento de los medios materiales del sistema, del éxito en el desarrollo de las fuerzas de producción y de la elevación constante de la conciencia socialista de los trabajadores. No se puede levantar construcciones ideales de democracia socialista sobre la base de fuerzas materiales poco desarrolladas, pero no creer en la posibilidad de lograrlo en la marcha hacia la democracia socialista significaría no creer tampoco en la posibilidad de implantar el socialismo.

Carmen Lazo, «Homenaje a la República Popular China en su decimoctavo aniversario» (discurso en la Cámara de Diputados, octubre de 1967), en *Labor*

Parlamentaria, Diario de Sesiones (Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional), 396-398.

(Fragmentos)

Señor Presidente, al cumplirse 18 años de la revolución china, admira ver cómo un país que estuvo sumido en la más negra esclavitud, en el más corto tiempo, no sólo salir a flote (sic), sino demostrar que en el campo de la técnica está en condiciones de ponerse a la altura de los más avanzados del mundo.

A mí me interesa, al rendir un homenaje al pueblo y a la revolución de la República Popular China, dejar establecidos todos los factores contra los cuales este país ha tenido que imponerse para sacar adelante a cerca de 800 millones de seres humanos, que en su inmensa mayoría vivían en las más abyectas condiciones desde el punto de vista económico, político y social.

(...)

Quienes hemos visitado China sabemos que se trata de un gran pueblo. Esta tarde, al rendir un homenaje a su revolución, no quisiera entrar en aquella parte conflictiva de las cosas, que a veces en la política internacional tienen el mismo vaivén que una veleta movida por distintos vientos. Lo importante, lo definitivo, es que China, después de la revolución, logró romper el cerco del hambre y liberar a la mujer china del zapato que la oprimía. Hay otra mentira que se ha difundido en el mundo y que muchos, por ignorancia, han ayudado a difundir: la mentira de que en los países socialistas no hay libertad y de que el hombre vive enrejado, mandado y humillado. La verdad es bastante diferente. Considero que el hombre es libre cuando tiene la posibilidad de alcanzar una educación; y estimo que la mujer es libre cuando, en vez de estar oprimida por una tradición odiosa, tiene las mismas oportunidades de luchar en el seno de la sociedad, no contra el hombre, su compañero, sino codo a codo con él; en el terreno de la ciencia, de la técnica, del saber, de la cultura.

(...)

Nadie ignora las diferencias que ha habido en el campo socialista; sería cobarde negarlas; pero esto no quiere decir que el socialismo haya fracasado en algún confín del mundo. La prueba está en que, en estos momentos, en los campos de Vietnam, en los barrios de Detroit, en Harlem, en Guatemala, en Bolivia, en Venezuela, en África, en América Latina, en Asia, en todas partes, los hombres, especialmente las grandes masas explotadas, los campesinos y trabajadores, están volviendo los ojos hacia el socialismo como única solución liberadora.

Al rendir homenaje a la revolución china, rendimos homenaje a los pasos gigantescos que ha dado, porque los chinos no han mentido cuando han dicho que van a dar un gran salto hacia adelante ni tampoco cuando han dicho que son capaces de valerse por sus propios medios y de construir por sus propios esfuerzos.

Por eso, por lo que representa el esfuerzo revolucionario de estos pueblos, por lo que significó para los chinos la revolución de octubre y el apoyo que recibieron de la Unión Soviética en un momento determinado, y por lo que representa para el socialismo internacional la revolución china, desconocida por algunos, pero imposible de desconocer por todos, porque se trata de 800 millones de seres, nosotros, los socialistas chilenos, rendimos homenaje a esa revolución; rendimos homenaje a su juventud que, con el nombre de 'guardia roja', está cautelando los principios del marxismo-leninismo; y, sobre todo, a través de China, rendimos homenaje a un pueblo que era ignorante y ciego y que ahora marcha valeroso en Oriente, convertido en uno de los grandes puntales de la revolución mundial.

En el marco de su definición internacionalista, América Latina es el espacio preferente de lucha definido por el PS desde su fundación. Enemigo declarado de las dictaduras que asolan el continente en las décadas de posguerra y atento y solidario seguidor de las batallas por la libertad y la igualdad en Guatemala, Bolivia, República Dominicana, Perú, Venezuela, Brasil, Argentina, Uruguay y demás países latinoamericanos, el socialismo chileno se identificó con las fuerzas democráticas y revolucionarias. Entre

ellas con el Movimiento 26 de Julio cuando éste, fuerza conductora de la Revolución Cubana, recién iniciaba su lucha en la sierra. El impacto del triunfo cubano en el socialismo chileno es enorme y luego se acrecienta con la derrota de Allende en las elecciones de 1964. Nuevas tensiones, alimentadas por factores orgánicos y políticos, provocan otra ruptura en el PS. La agenda de debates de ese tiempo es nutrida. Los socialistas se afirman en su tesis del «Frente de Trabajadores» y excluyen la posibilidad de una alianza con partidos pequeñoburgueses, aunque en definitiva aceptan la participación radical en la Unidad Popular, si bien con una dirección renovada y sin una posición de liderazgo. El formato de partido que tiende a imponerse, en especial después de los Congresos partidarios celebrados en Linares en 1965 y en Chillán en 1967, es el marxista leninista, aunque sobreviven formas de organización menos rígidas, habituales en el socialismo chileno. Los socialistas proclaman el carácter ininterrumpido de la revolución latinoamericana y la simultaneidad de las tareas democratizadoras y socialistas. Las polémicas sobre el Estado y el poder y las vías hacia su conquista, así como sobre el carácter de clase de las alianzas sociales y políticas, son particularmente intensas durante el curso del gobierno de la Unidad Popular y se prolongarán durante la dictadura militar.

Salvador Allende, «Cuba y la revolución latinoamericana» (discurso en el Senado, 1960), en *Salvador Allende: pensamiento y acción*, coord., Frida Modak (Buenos Aires: Lumen - FLACSO-Brasil - CLACSO, 2008), 282-285.

(Fragmentos)

Rendimos homenaje a las milicias inmoladas hace siete años en el asalto al cuartel Moncada y lo hacemos expresando que los sectores populares de Chile, la inmensa mayoría del pueblo, siente, comparte y vive los ideales de la revolución cubana. Tal hecho no puede ser extraño para nadie, porque en la conciencia del pueblo chileno existe la inmensa y profunda convicción de

que América Latina está viviendo uno de los minutos más trascendentales de su historia; que las revoluciones mexicana y boliviana señalaron ya una etapa, y que la cubana marca con caracteres imborrables un proceso de superación al dar sólidos pasos hacia la plena independencia económica y señalar, con su lucha, el camino que han de seguir los pueblos latinoamericanos para afianzar y acelerar la evolución política, económica y social que los lleve a ser auténtica y definitivamente libres.

Nosotros hemos expresado reiteradamente que, con estrategia y tácticas distintas, tal proceso deberá aflorar en los diversos países de América Latina para terminar con la etapa de vasallaje político, de explotación económica; para poner fin a la angustia, al hambre y a la miseria de los miles y miles de hombres de esta parte del hemisferio; para detener la voracidad implacable del imperialismo; para poner fin al régimen feudal de explotación de nuestras tierras; en resumen: para hacer posible el desarrollo económico y el cambio político capaces de crear un porvenir de dignidad y grandeza para el pueblo latinoamericano.

(...)

He visto en Cuba las más grandes demostraciones de masas posibles de imaginar.

Contrasta lo que yo he visto, lo que he leído, lo que he aprendido de lo realizado por la revolución cubana, con la inmensa, con la brutal, con la descompuesta, con la intencionada propaganda que, por medio de las agencias informativas internacionales, día a día y minuto a minuto, se lanza contra la revolución. Me parece innecesario destacar de qué manera la UPI y las agencias informativas controladas por el capital norteamericano han deformado y deforman lo ocurrido en Cuba. Tan sólo es comparable este tipo de información con la existente cuando se avecinaba ese gran atraco internacional perpetrado años atrás en contra de Guatemala.

(...)

Ayer era Guatemala el polvorín comunista que ponía en peligro la hermandad americana.

Hoy es Cuba.

Ayer y hoy, el Departamento de Estado norteamericano defiende, impúdicamente y por los peores métodos de presión económica y atropello, los intereses de sus connacionales, su influencia política.

Ayer y hoy, muchos gobiernos de Latinoamérica aceptan dócil y servilmente la voz de orden del poderoso país del norte.

Como siempre, la raída bandera del anticomunismo se esgrime para atentar en contra de la soberanía de los pueblos: ayer, contra Guatemala; hoy, contra Cuba.

Raúl Ampuero, «Reflexiones sobre la revolución y el socialismo», *Arauco*, 18, 1961, 30.

(Fragmentos)

Reiteradamente, aún en aquellas naciones donde la victoria revolucionaria se dio por la vía electoral, se produjo simultáneamente con ella, e inmediatamente después de establecido el nuevo gobierno, una existencia de hecho de los sectores desplazados que hizo indispensable el empleo de la fuerza. Me refiero singularmente a dos casos: al proceso boliviano, donde el Movimiento Nacionalista Revolucionario triunfó en una elección presidencial, que le fue escamoteada por los sectores castrenses y oligárquicos, y la burguesía venezolana luego de haberse establecido una incipiente democracia con la primera victoria del Partido Acción Democrática. Por ahora me interesa dejar formuladas estas observaciones, porque uno de los grandes vacíos de nuestro análisis político lo constituye el insuficiente desarrollo de la tesis del 'Frente de Trabajadores' en relación con los métodos de lucha. El Partido Socialista ha sintetizado en esta concepción una política de claro contenido social, una estrategia de valor inapreciable en la práctica de la lucha de clases, pero que enunciada en un

plano puramente principista no resuelve por sí sola la elección de los métodos de lucha.

Si el Partido desea cumplir cabalmente con su rol histórico, deberá agotar el examen del significado de la violencia en el curso de los acontecimientos chilenos. Cualquiera que él sea, y ello dependerá de condiciones históricas y sociológicas concretas, su presencia en nuestras luchas políticas parece ineludible, y sería un pecado de leso optimismo el suponerla ajena a las tradiciones de nuestras clases dominantes y una ingenuidad imperdonable incurrir en la idealización de los instrumentos electorales.

Cuando usamos, sin embargo, los medios que ofrece la democracia tradicional, debemos emplearlos a fondo, con la mayor eficacia, sin admitir que las reservas mentales debiliten nuestra acción. Una contienda electoral —como un conflicto sindical cualquiera— es una batalla de gran valor táctico, y aun cuando en ella no se resuelve la lucha de fondo, en su desarrollo y desenlace reclutamos nuevas fuerzas, enseñamos y aprendemos, elevamos la moral y la conciencia política de los participantes. Es tan deplorable el abandono de las tareas inmediatas cuando se utilizan los medios legales, en nombre de la ‘revolución o nada’, como evadir la participación en las acciones directas de las masas en nombre de una legalidad en plena crisis.

Siempre será necesario distinguir con claridad entre la revolución como proceso social, como una forma de la lucha de clases, y cierto sentido subjetivista de la revolución que a veces aprisiona a ciertos compañeros cuando la estiman no tanto como una larga, penosa y persistente movilización de voluntades populares, que alcanza su culminación dialéctica en la captura del poder, sino como una mera exaltación de la violencia individual como mero estallido de la ansiedad revolucionaria.

(...)

Entre muchos jóvenes militantes es frecuente la superestimación del factor subjetivo en el accionar político; existe, a veces, la convicción de que un partido resuelto puede forzar las condiciones objetivas, y, aún en un país donde ellas no alcanzan un nivel crítico, lograr los cambios ansiados.

Se cita como ejemplo el de Cuba. Para mantener dentro de los límites de tiempo destinado a esta charla, sólo diré que el juicio ignora datos y antecedentes indispensables para una evaluación justa de lo acontecido allí. Lo más espectacular, lo que sentimentalmente cautivó la atención y el fervor de las masas latinoamericanas en el caso cubano fue, ciertamente, la heroica aventura de Sierra Maestra. Y un análisis superficial del episodio parecería probar que bastó este gesto secular, este gesto de magnífica locura, para que las fuerzas renovadoras y contenidas de la sociedad cubana se desencadenaran en el espectáculo impresionante que mira asombrado el continente. Pero, compañeros, si rastreamos en los largos años del régimen batistiano, comprobaremos el enorme caudal de energías gastadas en la resistencia, el derroche de coraje de gran parte del pueblo y de su juventud para crear una conciencia contra la tiranía, para conectar a los distintos sectores en la lucha común, para enfrentar al sacrificio y al martirio, factores todos que revelan hondas tensiones preexistentes y un clima propicio para el despliegue de la iniciativa revolucionaria. El desembarco de Fidel Castro y de un puñado de combatientes valerosos coronó brillantemente la hazaña común, pero no desmiente que la revolución es una larga cadena de acciones –casi siempre anónimas– que es, por sobre todas las cosas, una heroica empresa social.

Por supuesto, había algo más: en la política de explotación de la dictadura oligárquica y del imperialismo, en la insatisfacción y en la íntima rebeldía del guajiro radicaban explosivos impulsos, allí se hallaban las raíces de la gesta comenzada en Sierra Maestra, continuada en la Reforma Agraria y proyectada finalmente en la construcción socialista que ahora está realizando Cuba.

Raúl Ampuero, «1964: año de prueba de la revolución chilena. Informe al XX Congreso General del Partido Socialista», en *Raúl Ampuero 1911-1996. El socialismo chileno*, ed., Hernán Ampuero (Santiago: Ediciones Tierra Mía, 2002), 94-101.

(Fragmentos)

La unificación de 1957 aportó enorme vigor y renovado prestigio público al socialismo, pero implicaba también una prolongada etapa de adaptación recíproca, durante la cual era inevitable cierto aflojamiento en el vigor de la disciplina para evitar el renacimiento de viejas rivalidades. Lograda, sin embargo, una real integración de las fuerzas que anteriormente constituyen los Partidos Socialista de Chile y Socialista Popular, y en vísperas de afrontar una lucha decisiva por el poder, comprendimos, en el Congreso de Los Andes, que se hacía indispensable una seria revisión del régimen interno del Partido. Para que estuviera en condiciones de soportar sin quebrantos las duras condiciones de una fase tan compleja, era preciso eliminar toda ambigüedad en cuanto a su composición, definir con exactitud la competencia de sus autoridades y despejar la gestación de sus Congresos Generales de todos los posibles obstáculos procesales que pudiesen desvirtuar las decisiones o quitarles peso moral. A ese fin se dirigieron variadas iniciativas.

(...)

Como en las precarias condiciones de su funcionamiento tradicional el pago de cuotas era el único elemento objetivo para calificar la actividad política del militante, ocurría a menudo que miles de miembros, virtualmente marginados del trabajo efectivo, renovaban periódicamente su condición de militantes con sólo adquirir las estampillas correspondientes a los meses –o a los años– en que se habían mantenido en una total pasividad.

Ninguna cohesión podía esperarse de tal sistema. Una numerosa proporción de afiliados sólo llegaba a decidir y a juzgar; estaba presente en las elecciones de autoridades, pero no en la acción; criticaba la gestión de los organismos superiores, pero permanecía ausente en la ejecución de las tareas. Las prácticas más nocivas del ‘asambleísmo’ tradicional habían sentado sus reales entre nosotros. La autocrítica –entendida como un honesto examen de la propia conducta, antes de extender la crítica a los demás– pasó a ser la denominación falsa de una actitud de inconformismo negativo e irresponsable. Estadísticamente, las cifras de militantes no

expresaban realidades, sino ficciones: no existía correspondencia alguna entre las fichas registradas en nuestros archivos y el número de afiliados en actividad.

(...)

Antes del Primer Pleno, a comienzos de 1962, tomamos las medidas iniciales encaminadas a precisar los contornos numéricos del Partido, a determinar las personas que ostentan legítimamente la calidad de militantes y a eliminar de nuestra convivencia a los ‘militantes de temporada’.

(...)

Consagramos así algunas prácticas tradicionales en el texto de los Estatutos y desarrollamos normas nuevas, derivándolas de la concepción general de una organización socialista revolucionaria. Fueron las principales:

1. La delimitación precisa de la fase de discusión previa al Congreso. En adelante sería el Pleno el encargado de convocarlo, iniciando con ello su gestación.
2. La elaboración de documentos preparatorios para la discusión en el seno de los Congresos Regionales y del Congreso General, que se encomienda a Comisiones de Estudios designadas por el mismo Pleno. De esta manera se espera terminar con la total improvisación en que se incurría a la hora de redactar las conclusiones de los Congresos y de darles una fundamentación adecuada.
3. Establecimiento de un organismo superior de supervisión y control del proceso de gestación del Congreso, la Comisión Nacional Organizadora, garantizada en su independencia por una especie de inamovilidad reglamentaria. Para el cumplimiento de sus atribuciones en el dilatado territorio del país operaría a través de las Comisiones Regionales, sujetas en último término a las decisiones de la Comisión Nacional.

(...)

Pero el Partido no es una coalición de parroquias independientes, es un instrumento unitario y nacional. Las regiones son unidades geográficas integradas en un conjunto indivisible. Lo que un Comité Regional realiza dentro de sus límites territoriales no es un asunto de su incumbencia exclusiva, sino que interesa y afecta a todos los otros Comités Regionales y al Partido entero.

La autoridad suprema de la Comisión Nacional Organizadora representa ese interés común y garantiza la unidad nacional del Partido.

Pero para que el ciclo discusión libre-decisión democrática-ejecución disciplinada se realice plenamente, no basta con establecer mecanismos cada vez más evolucionados. El principio del ‘centralismo democrático’ implica también un elemento subjetivo de capital importancia: la firme lealtad al Partido, la identificación ideológica con su línea, con sus métodos, con sus fines, con su destino.

Comprendo lo difícil que es definir este estado de conciencia, esta vinculación simultáneamente intelectual y emotiva, a un Partido que rechaza las posiciones dogmáticas y cualquier autoridad doctrinal que no sea la de sí mismo. La simple adhesión a las posiciones marxistas es insuficiente: bajo las banderas del marxismo se cubren demasiadas escuelas y tendencias para cumplir con tal finalidad y, por otra parte, miles de trabajadores se adscriben al Partido atraídos, al principio al menos, más por su perfil social que por sus concepciones teóricas.

(...)

Llegamos, en consecuencia, a una conclusión inevitable: únicamente la conducta cotidiana del militante puede ofrecer elementos de evaluación de su lealtad. Si discute con objetividad y con limpieza, si acata honestamente las decisiones y realiza un esfuerzo auténtico para asimilarlas cuando no contaron con su apoyo, si cumple con disciplina revolucionaria las tareas concretas, no podríamos dudar de su íntima identificación con el Partido. El que emplea, en cambio, procedimientos incorrectos para vencer en las discusiones, resiste y desfigura las resoluciones democráticas o rehúye el

cumplimiento de las actividades necesarias para la ejecución de una línea que no comparte, es un elemento de desintegración. No es la disidencia misma, entiéndase bien, la que envuelve los gérmenes dañinos para la unidad ideológica del Partido, sino la forma en que se plantea, se sostiene y se difunde.

(...)

En la práctica, las amenazas verdaderas a la unidad se cristalizan en el trabajo fraccional, esto es cuando varios militantes se conciertan para trabajar en común, creando en el seno de la organización regular un aparato clandestino.

(...)

Queremos tratar el problema con entera franqueza, porque es preciso ponerle pronto remedio.

El Partido ha sido extremadamente amplio para acoger a personas y grupos de formación trotskista. Tales elementos –heréticos para la mentalidad comunista– sólo serían objetables para nosotros por su propensión al sectarismo, y, sobre todo, por las dudas que podría plantearnos su lealtad a la organización, en el doble sentido de la disciplina y de su aptitud para asimilar correctamente los principios socialistas. De todo hemos tenido: algunos que lograron asimilarse plenamente a nuestras prácticas y orientaciones, pero, también, otros que se refugiaron aquí para explotar a nuestras bases como campo de reclutamiento para sus propios fines, en reemplazo de la esmirriada audiencia que siempre tuvieron los grupúsculos ‘cuartistas’ en la clase obrera.

Ha llegado la hora de separar la paja del grano. Si el Partido quiere surgir como la vanguardia auténtica del movimiento popular, necesita poner término a la labor diversionista de las fracciones antipartido.

(...)

La liquidación del problema ofrece riesgos, pero la inercia frente al mismo conlleva otros peores, sobre todo ahora, en vísperas de una batalla decisiva, cuando se formula casi abiertamente el propósito de crear un tercer partido obrero. En efecto, la crisis chino-soviética, principalmente, pero también el embrujo de las acciones guerrilleras en otros escenarios o la demagogia irresponsable de algunos aventureros, constituyen los ingredientes básicos de quienes pretenden fundar una nueva agrupación política, que dispute el campo a socialistas y comunistas. Nada tendríamos que objetar si se conformaran con reclutar a sus adeptos limpiamente, rivalizando con nosotros a la luz del día; pero no es así, las expectativas se fundan en la destrucción previa del Partido Socialista.

Los promotores de la campaña divisionista van más lejos. Estiman que, si bien existen desde ahora tendencias centrífugas en los partidos mayoritarios de la clase obrera, una derrota electoral en septiembre determinaría una crisis profunda en su autoridad sobre las masas. No es extraño entonces que el 1 de octubre de 1962, la Comisión Política del antiguo C.R. Santiago-Central emitiera un informe a las bases donde se lee, entre otras cosas: «La posibilidad de un acontecer político electoral, de una vía de acceso pacífico al poder está definitivamente caducada en Chile». Agrega más adelante: «en realidad, dentro del marco estricto de la población electoral actual somos y seguiremos siendo siempre la minoría». Dice todavía: «parece acercarse el término del período constitucional (de Alessandri) sin que se divise una coyuntura que permita a los trabajadores derribarlo por la fuerza».

En buen romance: en septiembre seremos vencidos en las urnas y tampoco existen condiciones insurreccionales. A la acción desintegradora se añaden las consignas del derrotismo.

En el fondo, son estas consideraciones las que determinaron la enérgica reacción de la Directiva ante los sucesos protagonizados por algunos dirigentes en el Congreso Regional Santiago-Central.

Mario Palestro, «Homenaje al Comandante Ernesto

«Che» Guevara, con motivo del primer aniversario de su muerte» (discurso en la Cámara de Diputados, octubre de 1967), en *Labor Parlamentaria, Diario de Sesiones* (Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional), s/n.

(Fragmentos)

Nuestro Partido Socialista, a lo largo y a lo ancho del país, organizó una semana de actos, a través de la combativa Federación Juvenil Socialista, de la Brigada Universitaria del Partido, del Comité Central y de sus Comités Regionales, para recordar la muerte de este gran comandante, asesinado por los ‘gorilas’ bolivianos, alcahuetes del imperialismo norteamericano, en la tierra de Valle Grande, ‘Che’ Guevara, ciudadano de América Latina, [que] había salido a recorrer estas tierras para ir entregando su mensaje de liberación, de combate y de sacrificio a todo el pueblo de América Latina.

(...)

Cada día se hace más evidente que la lucha armada, la vía armada, es el único medio de conquistar el poder que tienen el pueblo de Chile y los de América Latina, y es la única manera de erradicar a los gobiernos entreguistas de este continente, de recuperar, para la felicidad de sus pueblos y para el progreso de cada país, sus grandes riquezas nacionales. Los mismos golpes de Pistado, los mismos ‘gorilazos’, la misma presencia pestilente del imperialismo norteamericano en los países de América Latina está obligando a la juventud y a los trabajadores del continente a empuñar el fusil para sacudirse de las oligarquías nacionales y para echar a patadas de sus países al imperialismo norteamericano.

Creemos que los homenajes que el socialismo, el pueblo de Chile y los demás pueblos del continente han rendido a la figura y al recuerdo del ‘Che’ Guevara, no son sino la confirmación de la decisión de lucha y de combate de los pueblos de América Latina y la decisión de sus juventudes

de ser ellas las creadoras, las constructoras, las forjadoras de un nuevo continente, libre de los norteamericanos, libre de las oligarquías, libre de la reacción, los forjadores del futuro de países que marchan vigorosamente por el camino del socialismo, que tendrá que ser, al fin y al cabo, el destino de América Latina, y del mundo, aunque se opongan los ‘gorilas’, aunque se opongan los yanquis, aunque se opongan los gobiernos de turno de cada país que le hacen el juego al imperialismo norteamericano y que ante él representan el papel de ‘chupamedias’ y sirvientes.

Por eso esta tarde, al recordar al Comandante inmortal, al Comandanta guerrillero, Ernesto ‘Che’ Guevara, queremos rendir un homenaje a los hombres que, como él, cayeron acribillados por las balas pestilentes de los ‘rangers’ norteamericanos, de los ‘boinas verdes’, de los ‘boinas rojas’ y de ‘boinas negras’ que han aparecido en los países de América Latina. En nombre de los partidos Socialista y Social Demócrata, rindo homenaje a un hombre que unió el pensamiento a la acción, que unió la palabra a la acción, a un hombre que le diera un contenido a su frase de que «el deber de todo revolucionario es hacer la revolución», al Comandante ‘Che’ Guevara, a su sacrificio, para ratificar y confirmar su lema: «¡Patria o muerte! ¡Venceremos!».

Augusto Olivares, «Entrevista a Clodomiro Almeyda: ‘Dejar a un lado el ilusionismo electoral’», *Punto Final*, 42, 22 de noviembre de 1967.

(Fragmentos)

Conforme al criterio esbozado en la respuesta anterior, resultaría que si en un país determinado no existiera proceso político vigente alguno, el foco guerrillero vendría a sustituirlo totalmente y todo el proceso político se confundiría con el proceso guerrillero en expansión. Ahora, en la medida que en un país existe un proceso político vigente, en esa misma medida el foco guerrillero deja de ser el eje fundamental a través del cual se genera y desarrolla el proceso político y el foco guerrillero, de producirse, cumpliría

el papel de acelerador del proceso político preexistente, de precipitante para que ese proceso en su conjunto se lleve al nivel armado, en fin, para que tome un carácter complementario.

De acuerdo a este punto de vista, y dada la vigencia mayor o menor de un proceso político en nuestro país, no creo que en Chile sea la guerrilla la forma fundamental en que ha de expresarse la violencia revolucionaria. En este país existe un real proceso político que ha ido integrando, con mayor intensidad sobre todo en los últimos años, a cada vez más vastas capas de población en su seno, eso sí que con un sentido y una orientación fundamentalmente conservadoras que les han impreso las clases dirigentes con la complicidad inconsciente de la izquierda. La fase superior de la lucha política que es la violencia revolucionaria, no surgirá aquí de un foco externo a ese proceso político, como sería el foco guerrillero típico definido por Debray, sino a la inversa, emergerá como resultado de la agudización y del calentamiento al rojo del proceso político vigente.

Aquí la violencia expresará la forma más avanzada de un proceso preexistente y no la primera etapa de un proceso político naciente.

Me explico. Si en Chile una resuelta y audaz política revolucionaria de izquierda en todos los planos, encaminada a la toma del poder, llega en un momento a comprometer la estabilidad del sistema, la violencia contrarrevolucionaria –consustancial con la naturaleza de clase del súper estado norteamericano que se ha ido configurando por encima de nuestras soberanías nacionales– se hará presente en una u otra forma. O será un golpe de Estado de una fracción de las Fuerzas Armadas estimuladas por la CIA, o será una invasión de ‘marines’, para proteger ‘las minas de cobre’ o será un levantamiento de ‘guardias blancos’ impulsados por los yanquis o será una invasión de Chile por los ‘gorilas’ argentinos.

En otras palabras, cuando el sistema aparece de veras cuestionado, la violencia contrarrevolucionaria emerge por fin. De ahí que si la izquierda desea realmente tomar el poder, no puede seriamente plantearse su triunfo sino en base a su capacidad en el plano de la violencia, de hacer frente y derrotar al enemigo armado.

No se trata, pues, de hacer la idealización de la violencia por la violencia sino de tomar realísticamente las cosas como son. La izquierda, repito, no puede capturar el poder sin ser más poderosa y fuerte que la reacción, y mientras ésta, a través del súper estado norteamericano y su agente, el gobierno chileno, tenga el monopolio de la violencia, no será posible derrotarlo.

Es claro que para que una situación de esa peligrosidad para el orden social se produzca, es necesario que la izquierda aspire realmente al poder para capturarlo para sí, y no limite sus ambiciones a ser un grupo de presión que desde afuera vaya obteniendo sucesivas ‘conquistas’ economicistas o aumentando el número de sus parlamentarios. Esta política que mecánica y periódicamente practica la izquierda frente a cada elección para ganar representantes en el Parlamento y frente a cada huelga, para generar nuevos lazos que comprometan al movimiento popular con el sistema, nunca va a poner en peligro su estabilidad y, por lo mismo, no hace necesario que el enemigo saque la espada para defenderse. Su esencia violenta permanece disfrazada bajo una apariencia que disimula sus objetivos reales.

La forma fundamental que en un país como Chile pueda asumir la fase superior de la lucha política, cuando el proceso vigente llegue a colocar a la orden del día el problema del poder, es impredecible en términos absolutos. Yo me inclino a creer que es más probable que tome la forma de una guerra civil revolucionaria, a la manera española, con intervención extranjera, pero de curso más rápido y agudo.

Partido Socialista de Chile, «Acuerdos del Vigésimo Segundo Congreso General Ordinario, Chillán, 24, 25 y 26 de Noviembre de 1967», en *Historia del Partido Socialista de Chile*, Julio César Jobet (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971), 130-131.

(Fragmentos)

1. El Partido Socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo.

2. La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y, a su ulterior defensa y fortalecimiento.

Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista.

3. Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada.

Consecuencialmente, las alianzas que el partido establezca sólo se justifican en la medida en que contribuyen a la realización de los objetivos estratégicos ya precisados.

4. En 1957, el Partido Socialista formuló, en términos generales, la política Frente de Trabajadores. La experiencia histórica nos permite enriquecerla en los siguientes términos:

La política Frente de Trabajadores propugna la unidad de acción del proletariado, campesinos, y de clases medias pobres, bajo la dirección del primero. El Frente de Trabajadores se ve reforzado por la incorporación de sectores estudiantiles y de intelectuales revolucionarios a la lucha política por el Socialismo.

Postulamos la independencia de clase del Frente de Trabajadores, considerando que la burguesía nacional es aliada del imperialismo y de hecho es su instrumento; por lo tanto, ha terminado por ser irreversiblemente contrarrevolucionaria. La alianza y compromisos

permanentes con ella ha traído sólo derrotas y postergaciones al campo de los explotados. Los acontecimientos vividos en América Latina durante los últimos años como consecuencia directa o indirecta de la revolución cubana han ido progresivamente continentalizando el proceso revolucionario y desplazándolo al terreno de la violencia, en la medida en que el imperialismo ha ido acentuando su estrategia continental y mundial contrarrevolucionaria para oponerse a los movimientos populares liberadores.

La política de Frente de Trabajadores, se prolonga así, y se encuentra contenida en la política de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, la que refleja la nueva dimensión continental y armada que ha adquirido el proceso revolucionario latinoamericano. El Frente de Acción Popular ha constituido desde los últimos diez años la expresión política de la clase obrera sobre la base del entendimiento de los partidos Socialista y Comunista de Chile.

En las actuales condiciones chilenas y latinoamericanas, el FRAP debe adecuarse en sus objetivos y organización a la línea general de la política de OLAS, y debe estar destinado a convertirse en el Frente Político que una a todas las fuerzas antiimperialistas revolucionarias que luchen consecuentemente por la revolución socialista.

Raúl Ampuero, «Guerrilla y elecciones (1967)», en *Ampuero Ahora. 50 preguntas y 50 respuestas de actualidad* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1968), 26.

(Fragmentos)

La revolución cubana, para mí, es el acontecimiento político de mayor trascendencia ocurrido en América Latina en el presente siglo. Creo, asimismo, que el tránsito del capitalismo al socialismo tendrá que adquirir,

en una u otra fase de la lucha, un carácter violento. Por eso Marx hablaba de la violencia como ‘partera’ de la historia.

Lo que no comparto es la idea de que la guerrilla sea la forma, el método, la técnica o la estrategia insustituible para operar el cambio revolucionario. Hablo, especialmente, del caso chileno. Podría dar muchas razones militares y sociológicas para fundamentar mi opinión, pero no creo que pueda hacerlo en los reducidos términos de esta entrevista. Aquí, a mi modo de ver, no habrá revolución sin la presencia activa de las masas.

Tampoco comparto la idealización de la violencia –a la manera de Sorel o de Fanon– cuando algunos pretenden elevarla a la condición de fin en sí, rechazando su calidad de mero instrumento de la historia. Pienso que, por ese camino, el profundo carácter humanista del socialismo corre el riesgo de perecer.

Carlos Altamirano, «El Parlamento, ‘tigre de papel’»,
Punto Final, 55, 21 de mayo de 1968.

(Fragmentos)

Dado el sistema parlamentario que practicamos, los mecanismos de funcionamiento y la correlación de fuerzas expresadas en él, indudablemente éste no constituye un elemento dinamizador del proceso social y económico, ni tampoco contribuye a la democratización de nuestra vida ciudadana.

A pesar de lo anterior, tendencias equivocadas dentro del movimiento popular están en vías de cometer un grave error táctico, cual es el de transformar al Congreso en bastión de la lucha revolucionaria. Ante la posibilidad real de alcanzar el poder, esto es –el Poder estatal–, se contentan con ganar precarias mayorías parlamentarias, para así, a través de uniones partidistas circunstanciales imponer su criterio al Ejecutivo en la guerrilla congresista.

Para llevar a cabo este despropósito se pretende aumentar las facultades y atribuciones del Congreso en desmedro del poder central. A nuestro juicio el robustecimiento del Poder Legislativo no conducirá a la capitulación del ‘poder presidencial’ ni entregará más ‘fuerza’ a las masas; sólo atizará la vieja y gastada fronda parlamentaria, pertinaz vicio del Congreso chileno.

(...)

Muy difícilmente el Parlamento puede convertirse en motor de transformaciones radicales de la sociedad o en impulsor de una activa democratización en las decisiones públicas.

La correlación de fuerzas expresadas en el Congreso, ampliamente favorable al mantenimiento del status reaccionario, impide a éste asumir un papel rector y moralizador de los hábitos, costumbres y vicios dominantes, propios todos de una sociedad irremediabilmente dividida por profundos antagonismos de clase.

‘Un sistema parlamentarista’ –de por sí– no contribuye a democratizar la vida de un país, ni más ni menos que lo que obtener a través de la adopción de un ‘sistema presidencial’. El mayor o menor grado de democratización alcanzado por una Nación dependerá, en definitiva y casi exclusivamente, de la correlación de fuerzas existentes entre la clase explotada y la clase explotadora. Y ésta no es tarea de una ‘Reforma Constitucional’, sino obra de una ‘revolución social’.

Las continuas e injustas acusaciones lanzadas por reaccionarios contra los partidos de la clase obrera por no haber impulsado iniciativas realmente trascendentes a través del Parlamento, carecen por entero de justificación si consideramos que el ‘poder real’ reside en el ‘poder presidencial’ y no en el ‘poder legislativo’. Quien gana el poder presidencial gana el poder de la Nación. Y así lo ha entendido en país.

(...)

Sin embargo, a nosotros socialistas, no debe importarnos el hecho de que el Parlamento cumpla o no a cabalidad sus funciones de pretendido pilar de la

institucionalidad democrático-burguesa. Debe sí, en cambio, interesarnos vivamente el hecho de que sirva para realizar una política destinada a promover los cambios y a desarrollar una estrategia de clase auténticamente revolucionaria.

Lamentablemente, hasta la fecha, tampoco ha cumplido con este rol y difícilmente podrá estar a la altura del desafío exigido por las condiciones cada vez más angustiosas y apremiantes por las cuales transitan Chile y América.

Por el contrario, dada la sobrevaloración atribuida al Congreso por los sectores populares les ha impedido a éstos configurar una verdadera estrategia de toma del poder por las fuerzas de izquierda, y aún más, ha distorsionado gravemente las perspectivas de lucha de las masas por transformaciones verdaderamente radicales en las estructuras dominantes.

(...)

En este sentido el Congreso ha sido y es cementerio de grandes valores proletarios e intelectuales y de no pocos anhelos revolucionarios. Debido a una equivocada apreciación de la élite dirigente de izquierda y al predominio incontrastable de la ideología reaccionaria imperialista, se ha inducido más de una vez a leales y combativos dirigentes proletarios a cambiar su status por el de ponderados parlamentarios, cuya labor ha sido casi nula.

Es necesario restablecer los valores en su justo centro de gravedad. Ser presidente de la CUT, ser presidente de la Confederación del Cobre o de cualquier Confederación Nacional de Trabajadores, ser un gran líder estudiantil o un importante dirigente campesino, tiene mucho mayor importancia para el desarrollo del movimiento popular que ser uno de los 145 diputados o de los 45 senadores cuya labor tiene escasa y discutible efectividad en la acción política revolucionaria.

(...)

La cuestión básica del ‘poder’ jamás se resolverá en la tribuna parlamentaria. Siempre ha sido y es fruto de la lucha insurreccional de los pueblos contra sus opresores.

En consecuencia, una justa estrategia revolucionaria nunca debe olvidar que de lo que se trata en esencia no es de ganar más ‘parlamentarios’ sino de ganar más ‘fuerza’.

Y la ‘fuerza’ de un partido revolucionario no reside en el número de diputados o de senadores que tenga, sino en la confianza de los trabajadores en su dirección y en la capacidad para conducir a las masas a la conquista del poder.

De lo contrario pasan a prevalecer los votos sobre los principios; y el medio se convierte en fin.

(...)

La acción parlamentaria y la vía electoral sólo pueden presentar una utilidad en la medida que logren insertarse en una estrategia general revolucionaria de toma del poder. Jamás deben constituirse en un fin en sí mismas o adquirir una preeminencia de tal magnitud que supediten o subordine las demás formas de lucha de masas a sus naturalezas y estilos, particularmente apropiado para el desarrollo de los partidos o fuerzas conservadoras, socialdemócratas o reformistas.

Así las cosas, el parlamentario revolucionario debe comenzar por cuestionar todo el sistema de vida capitalista: las relaciones neocoloniales de explotación impuestas por los imperialistas, el despilfarro y la irracionalidad del sistema económico, su justicia de clase, su educación reducida y aristocratizante, la violencia encubierta tras un biombo de hipócrita legalidad, el Ejército convertido en política y la policía en torturadores, el carácter fraudulento de las elecciones, la prensa, la radio y los medios de difusión en poder de grandes empresarios monopolistas y, en consecuencia, una información intencionada, falsa y mentirosa de la realidad contingente.

El Congreso debe ser aprovechado esencialmente como tribuna de agitación y de denuncia de las injusticias y lacras del sistema capitalista, de los profundos vicios inherentes a una sociedad de clases; jamás los parlamentarios populares deben aparecer comprometidos o asimilados al status de vida destinado a ser sustituido por un nuevo orden; como tampoco nunca deben aparecer patrocinando la conciliación de clase; y por sobre todo deben ser los acusadores por excelencia e implacables de la corrupción administrativa, de los continuos abusos de poder la autoridad; de los atropellos y demasías de los poderosos; de los que hacen de la política un comercio y –por último– siempre debe estar al frente, a la vanguardia de las heroicas luchas de obreros, campesinos y estudiantes.

Enzo Faletto y Eduardo Ruiz, «Conflicto político y estructura social», en *Chile hoy*, CESO (México D.F.: Siglo XXI Editores, 1970), 213-254.

(Fragmentos)

El análisis del desarrollo económico hecho para la última década denota que Chile se ha incorporado al grupo de países de América Latina que en los últimos quince años han sufrido, como producto de la asimilación del proceso tecnológico, un carácter necesariamente concentrador y excluyente de su desarrollo. Es así como es posible distinguir sectores modernos, intermedios y primitivos, tomando como indicadores la eficiencia de la organización, la productividad creciente, los niveles tecnológicos y la dotación de capital por persona ocupada. Ello es observable no sólo en el conjunto de la economía, sino también en cada una de las principales áreas de la actividad económica. Con todo, la asimilación técnica ha tendido a concentrarse en determinadas actividades, en tanto que segmentos importantes han quedado al margen del proceso de tecnificación.

(...)

El sector moderno entonces se representa políticamente en términos fundamentales por los partidos Demócrata-Cristiano y Comunista. De alguna manera, sus asociaciones anotadas permiten inferir su vinculación electoral esencial a las zonas que han experimentado el nuevo tipo de desarrollo económico. Sin duda que, de todas formas, dentro del mismo sector, constituyen expresiones de clases. Por otra parte, el sector tradicional buscaría su representación política especialmente en los partidos Nacional y Radical.

El Partido Socialista aparece con rasgos muy especiales por una parte se vincula a sectores sociales que de alguna manera sufren formas de exclusión y desplazamiento producidas naturalmente por la mayor concentración económica. En cierta forma se adscriben a actividades económicas más tradicionales. Sin embargo, además, postula la representación de las concepciones más radicales que se plantean en la política contingente nacional. Se supondría que esta política como partido la asume como forma de reflejar las reivindicaciones de los sectores menos favorecidos por el desarrollo económico, contingencias que al parecer contribuyen a su radicalización.

(...)

El conflicto político reflejaría, entonces, la pugna de intereses que admiten dos tipos de manifestaciones. Por una parte, las que expresan el antagonismo entre el sector moderno y tradicional, y por otra, los intereses de clase con expresiones políticas consecuentes manifestadas por los agentes dentro de cada sector.

Ambos tipos de conflictos se interrelacionan componiendo una situación integral que se expresa en determinadas formas de alianzas.

Es natural que los sectores económicos que reflejan la contradicción económica del nuevo tipo de desarrollo pugnen por mejorar su condición en el reparto del potencial económico nacional, en un caso para mantener el dinamismo de su desarrollo que en algunas áreas industriales alcanza

niveles propios de una sociedad desarrollada, y en otros para mantener un orden de actividad económica que permita su sobrevivencia.

La importancia de la actividad fiscal para el desarrollo del país, en términos del efectivo control que tiene el Estado, del crédito, las inversiones y la política salarial, hace que el conflicto se refleje en las postulaciones de poder de los dos sectores.

De alguna manera, la pugna económica refleja el conflicto de clases que se produce en cada uno de ellos, en la medida en que las reivindicaciones económicas de los trabajadores asumen el rasgo de políticas de clases.

Estos dos tipos de conflictos configuran cuadros de políticas contingentes, que permiten ciertos tipos de alianzas que podríamos calificar en algunos casos de alianzas de clases, como la que está implícita en todo el conglomerado político que propugna y dinamiza el proceso de reforma agraria, que fundamentalmente atenta contra los intereses de los estratos tradicionales más altos. En dicho frente se encuentran las capas trabajadoras, tanto tradicionales como modernas, con presencia significativa de burguesía industrial, más dinámica. De hecho, se mantienen también esquemas de alianzas, que expresan conflictos de clases, sobre todo cuando la pugna tiende a agudizarse como producto de la mayor organicidad de los sectores trabajadores, que adquieren por consiguiente una mayor capacidad de presión, que llega a expresarse como alternativa de poder o, más simplemente, como meras políticas reivindicativas.

Circunstancialmente también se produce una alianza política que representa a todos los sectores de mayor poder económico, sin distinción de grupos, para enfrentar la presión de los trabajadores, especialmente cuando esto ocurre en las actividades industriales y mineras.

(...)

El tipo de industrialización moderna a que se ha hecho referencia se expresa en un agudo proceso de diversificación de los sectores populares. Se ha señalado a menudo que el tipo de industria moderna implica una limitada absorción de mano de obra; a este hecho se suma el incremento relativo de

los salarios de los obreros de las industrias. Estos dos elementos: número reducido de personas incorporadas y nivel de salarios relativamente más altos, implican que los obreros industriales se constituyan en un grupo privilegiado dentro de las clases populares. Ahora bien, a esta diferenciación del conjunto de los obreros industriales respecto al resto de los sectores populares se agrega la creciente estratificación en el seno de los mismos obreros industriales. Los trabajadores mejor remunerados de la industria moderna pasan a constituir la así llamada ‘aristocracia obrera’, lo que no sólo constituye una situación de hecho, sino que también se manifiesta al nivel de la conciencia y del comportamiento político.

(...)

Desde el punto de vista ideológico, la heterogeneidad del grupo obrero y la permanencia de la ideología del Frente Popular hace que se diluya al nivel del planteamiento político el punto de vista de clase del proletariado. Este punto de vista exclusivo es reemplazado por los intereses de ‘la sociedad en su totalidad’. Pero como estos intereses generales no existen concretamente, se sacrifican los verdaderos intereses del conjunto de la clase obrera a la defensa de los intereses inmediatos de algunos grupos. Esta política a menudo se denomina asimismo como ‘política realista’, reservando el calificativo de ‘utópicas’ a las que pretenden oponer la defensa y exclusividad de los intereses de la clase obrera en su conjunto.

Por otra parte, el resultado de lo que se señala es el concebir a la democracia como una preforma de la democracia proletaria y no como la forma de dominio más elaborado de la burguesía, y las más de las veces se confunde el problema del socialismo con un simple problema de ampliación de la democracia.

Cerremos esto con una breve digresión acerca del papel del campesinado. Se plantea en algún momento –quizá por afán excesivamente polémico y por tanto caricaturizando– que, en vista del comportamiento del proletariado, el campesinado debía transformarse en la clase dirigente del proceso revolucionario. Señálase en Lukács que tal hipótesis requiere

necesariamente de un fundamento teórico distinto del materialismo histórico.

Pero hay un hecho que, al margen de la pura discusión teórica, permanece. Este es el problema de la insurgencia campesina. Creemos que las escasas notas que ya consignamos y la información que existe no hacen tan descabellado pensar en la posibilidad de una salida estrictamente capitalista para el problema agrario. Lo que queremos apuntar es que el campesinado elige a sus aliados, no sólo él es elegido, y con alguna probabilidad tenderá a elegir a aquel que esté en condiciones reales de ofrecer mejores condiciones.

De modo que el carácter de la ‘revolución campesina’ dependerá del resultado de la lucha de clases en la ciudad. El tema de la conducta del proletariado recupera así toda su preeminencia.

Salvador Allende, «Entrevista Allende-Debray», *Punto Final*, 126, 16 de marzo 1971, 25-63.

(Fragmentos)

– ... Me doy cuenta que Chile tiene condiciones muy específicas y que era necesario transitar por ese camino. Lo importante es que se esté caminando de verdad y en dos meses se ha avanzado mucho. Pero vuelvo a mi pregunta, compañero Allende: los trabajadores detrás de usted han conquistado el gobierno, y si le pregunto cuándo y cómo van a conquistar el poder, ¿qué me contesta usted?

Contesto que lo vamos a conquistar cuando el cobre sea nuestro, cuando el hierro sea nuestro, cuando el salitre sea auténticamente nuestro, cuando hayamos hecho una profunda y rápida Reforma Agraria, cuando contremos el comercio de importaciones y exportaciones por parte del Estado, cuando colectivemos gran parte de nuestra producción, y digo gran parte porque honestamente le hemos planteado al país, en el programa, que habrá tres áreas: el área de economía social, el área mixta y el área

privada. Entonces, si esas cosas –hacer válida la soberanía, recuperar las riquezas básicas, atacar a los monopolios– no conducen al socialismo, yo no sé qué conduce al socialismo. Pero el poder indiscutiblemente lo tendremos cuando Chile sea un país económicamente independiente. De allí que nuestra línea esencial, vital, sea antiimperialista como etapa inicial de los cambios estructurales. De allí que el proyecto de más trascendencia es el que permite nacionalizar el cobre, la riqueza fundamental de Chile, y, ¿qué piensas tú? ¿No es cierto que está bien?

– Está bien, sí. Sin duda que en este momento el énfasis principal de la acción, el frente de lucha principal, es lo que concierne a la infraestructura económica. Para entenderlo basta recordar que la fraseología pseudosocialista, la demagogia populista, tiene una larga historia en este continente y que se distingue por no tocar precisamente a las bases económicas y financieras del sistema capitalista. Pero no se puede reducir el problema del socialismo al problema de la propiedad de los medios de producción. Usted, compañero presidente, sabe mejor que yo que la nacionalización en sí, significa poco. Queda por ver si la nacionalización puede convertirse de un simple acto jurídico por parte del Estado en una verdadera socialización, o sea, en un control y una gestión efectiva y eficaz por parte del Estado –y eso no depende simplemente de la voluntad sino del desarrollo general de las fuerzas productivas–. Queda por ver la naturaleza de clase del Estado que nacionaliza los medios de producción. Queda por ver si las relaciones de poder y de autoridad entre los hombres en los mismos centros de producción cambian realmente aun después que sean teóricamente los trabajadores dueños de las fábricas, de la tierra, etcétera... Usted conoce el slogan de Lenin: «El socialismo es la electrificación, más los Soviets». Podríamos cambiar los términos que no corresponden a la realidad chilena, pero ¿si hablamos ahora de la parte ‘soviets’ y no solamente de la parte ‘electrificación’, de la parte ‘hombres’ y no solamente de la parte ‘cosas’ ...?

Es verdad que si el asunto se mira desde el punto de vista de la construcción de la sociedad socialista, una vez superados los decisivos y absorbentes problemas actuales de la Constitución y afianzamiento del poder popular y la destrucción de las bases económicas del capitalismo monopolista, son

otros los problemas que comienzan a pasar a primer plano. Como tú bien indicas, aparecen los problemas del manejo y crecimiento de las fuerzas productivas socializadas y las nuevas relaciones entre los hombres en la producción y fuera de ella. En relación con lo primero, tú tienes que saber que una de las características del capitalismo chileno ha sido su marcado carácter monopólico, aunque estructurado sobre una base productiva bastante débil. En la industria, por ejemplo, un número inferior al tres por ciento de las empresas maneja más de la mitad de todos los recursos industriales: capital, volumen de ventas, utilidades, etcétera. Más aún, la mayoría de estas empresas y las de los demás sectores están dominadas por un puñado de no más de medio centenar de grupos industriales, comerciales y financieros. Ahora bien, el Estado de Chile tiene una larga tradición de intervención en la actividad económica, de un contenido capitalista, por supuesto. Multiplicidad de empresas estatales, control de precios y abastecimientos, control total o parcial del comercio exterior, etcétera. Así, nos encontramos, desde este punto de vista, en esa antesala del socialismo que son los monopolios y el capitalismo de Estado. Lo esencial es cambiar el contenido económico-social de su gestión. Para ello necesitamos expropiar los medios de producción que aún tienen carácter privado. La infraestructura de las fuerzas productivas y de su control está, en parte importante, preparada.

– Pero, ¿cómo se darán las nuevas relaciones sociales en este contexto?

En cuanto a las relaciones entre los hombres, y las formas que sería posible y deseable que adoptasen, tú bien sabes que existe una amplia discusión en los países socialistas y diversos criterios han sido puestos o intentados en la práctica. Entendemos que el asunto no está cerrado, ni mucho menos, no se puede afirmar dogmáticamente ‘éste es el camino’; deberemos hacer nuestra propia experiencia, la que surja de las contradicciones históricas y sociales en que se realice nuestra revolución socialista. Desde luego, existen ciertos elementos que emanan de las experiencias de los demás países, y que son más o menos comunes a muchos de ellos: creación de un nuevo sistema de valores en que se destaque el carácter social de la actividad humana, revalorización del trabajo como la práctica humana esencial, reducción al mínimo indispensable de los estímulos que impulsan la

privacidad y el individualismo. Mientras tanto, podemos adelantar que, en la práctica, la dirección de las empresas que se han expropiado o intervenido están siendo dirigidas por Comités de Trabajadores de la Fábrica encabezados por el administrador designado por el Estado. Sus objetivos ya no son la obtención de ganancias, sino satisfacer las necesidades presentes y futuras del pueblo. A medida que se constituya el área de propiedad social las formas planificadas de obtención de estos objetivos irán reforzándose.

(...)

– Algo me ha sorprendido: es la relativa desmovilización popular. Concretamente, hubo una gran movilización popular cuando las elecciones, pero hoy día parece haber decrecido; entonces, ¿cómo piensa transformar esta masa electoral en una masa revolucionaria?

Mira, antes de contestarte quiero decirte que lo que tú dices es real, pero sólo en cierta medida. Las poleas de trasmisión con el pueblo son los partidos de masas de la Unidad Popular que tienen formación revolucionaria. Por otra parte, yo no he cortado mis vínculos directos con el pueblo. Incluso he dialogado con los pobladores, con los mineros, con los trabajadores de la tierra, en los mismos centros donde viven y trabajan. Contamos además con medios de comunicación, no todos están en manos del enemigo. No estamos tan desposeídos de medio de ellos.

–¿No extrañará el riesgo de una generosidad casi paternalista en la conducción del proceso? Yo no quiero decir caudillismo, sino que usted deja caer decretos sobre un pueblo que los acepta, que los entiende por lo general, pero que no los ha pedido, concretamente, que no los ha buscado. Usted dice «el pueblo es gobierno», «el pueblo entró en La Moneda». ¿Cómo piensa hacer realidad esa consigna?

En primer lugar, tú tienes que ubicarte en Chile; tú sabes que la lucha de los partidos revolucionarios es una lucha de decenios. No puedes ignorar que en Chile se produce un fenómeno, singular en el mundo, de la unidad de los Partidos Socialista y Comunista, ambos marxistas, en la acción; fenómeno

que tiene más de quince años de existencia, lo que no ha quitado a cada uno de esos partidos sus propias características. Tampoco puedes olvidar que hay un programa común de las seis fuerzas políticas que forman la Unidad Popular, y que ese programa señala el camino del socialismo. El proceso chileno no es paternalista ni carismático. En lo personal, yo he dicho y lo reitero, que yo no soy un mesías ni un caudillo. Bien sabemos que desde la base nace el poder popular. Concretamente, tú no puedes olvidar que las organizaciones de base de la Unidad Popular son sus Comités encargados de vigilar el cumplimiento del programa.

(...)

– En cuanto al papel de los trabajadores en los centros de producción, usted ha indicado que en el área de la economía social el gobierno iba a dar participación en los directorios de empresas a los trabajadores.

Empleados y técnicos, además.

– Eso para mí, siendo usted socialista y conociendo las antiguas aunque remotas relaciones del Partido Socialista con Yugoslavia, me hace pensar en autogestión.

No, no. Nosotros hemos planteado como una necesidad la presencia de obreros, empleados y técnicos en un porcentaje en la dirección de las empresas, pero eso no implica que esas empresas vayan a tener independencia para producir. Nosotros somos y seremos partidarios de una economía centralizada, las empresas tendrán que desarrollar los planes de producción que fije el gobierno. Ahora, para que esto se cumpla, entonces discutiremos con los trabajadores. Pero no les vamos a entregar una empresa a los trabajadores para que ellos produzcan lo que quieran y para que ellos obtengan desde el punto de vista personal, porque tienen una empresa que es vital para el país, mayores ingresos que el resto. Estamos en contra de esa política.

– Entonces, apuntan hacia una planificación democrática en el sentido de planificación centralizada pero con participación de los trabajadores en las decisiones.

Evidente, evidente, y si no, no habría posibilidad del desarrollo que necesitamos; es por eso que les hemos dicho a los trabajadores, por ejemplo, cuando fui al carbón –lamento mucho no haberte invitado, me hubiera gustado sobremanera hacerlo para que hubieras visto esa zona y hubieras hablado con los trabajadores–, bueno, ¿qué les dije a los trabajadores? Ahora están produciendo ustedes 3 mil 800 toneladas de carbón al día, necesitamos producir 4 mil 700, o sea, que hay que aumentar la productividad, ustedes tienen que trabajar más, producir más, sacrificarse más. Pero no se van a sacrificar para que se llene los bolsillos la empresa particular para la cual trabajan. Ahora van a trabajar para ustedes porque les vamos a mejorar sus condiciones, les vamos a dar viviendas de seres humanos, les vamos a hacer canchas deportivas, les vamos a dar leche a sus niños, les vamos a dar facilidades de educación y van a trabajar para el país; el carbón nosotros lo necesitamos como fuente todavía energética, sobre todo frente a la disminución del petróleo. Esa es la importancia que tiene que los trabajadores conozcan los problemas nacionales y que se den cuenta de que tanto el que están en el carbón como el que está en el cobre, como el que está en la tierra, está trabajando para Chile y no está trabajando en función únicamente de sus problemas personales o gremiales.

– Usted sabe cómo en el marco latinoamericano su imagen está siendo utilizada para contraponerla a la de Fidel y la del Che. ¿Qué piensa usted de los que dicen que lo que acaba de pasar en Chile desmiente la tesis de la guerra del pueblo, la validez de la lucha armada, digamos, en otras partes?

Lo he dicho aun antes de nuestra victoria. La lucha revolucionaria puede ser el foco guerrillero, puede ser la lucha insurreccional urbana, puede ser la guerra del pueblo, la insurgencia, como el cauce electoral; depende del contenido que se le dé. Entonces, frente a algunos países no hay otra posibilidad que la lucha armada: donde no hay partidos, donde no hay sindicatos, donde hay dictadura, ¿quién va a creer en la posibilidad electoral? No hay ahí ninguna perspectiva electoral. Y esa gente, esos revolucionarios, tienen que llegar hasta el final.

Carlos Altamirano, «El Partido Socialista y la revolución chilena (1971)», *Punto Final*, 121, enero de 1971, 9-12.

(Fragmentos)

Si bien el triunfo de la Unidad Popular no ha producido hasta hoy un desplazamiento dentro de la correlación política de fuerzas, ha tenido, sin embargo, y como consecuencia directa, una radicalización progresiva del país en dos grandes sectores: los que están por cambios estructurales y los que no aceptarán esos cambios, defendiendo sus intereses por la fuerza de las metralletas, como ya lo están haciendo. Estos sectores contrarrevolucionarios que han comenzado a incorporar la violencia de las armas a la política chilena, haciéndose justicia a sangre y fuego, están sosegando sus diferencias internas para constituir un solo frente que aúne a la reacción tradicional y a la nueva derecha democratacristiana en torno a la figura de Eduardo Frei y su camarilla. Este frente está actuando a distintos niveles: en el de la política parlamentaria, obstruyendo impunemente algunos proyectos presentados por el Gobierno; en el de la economía, creando un boicot económico, abandonando industrias, saboteando cosechas; en el de la difamación por la prensa y la radio, utilizando los órganos tradicionales, pero en especial el de la DC, La Prensa; en el de la abierta sedición armada y el golpe militar, como lo demostrara la aventura que terminara con el asesinato del general Schneider, y el levantamiento armado de algunos latifundistas sureños que desconocen las órdenes impartidas por el Gobierno. Junto a la actividad sediciosa de la derecha chilena, el Gobierno de la Unidad Popular tendrá que sufrir el boicot y el asedio de los Estados Unidos y el capital extranjero, que han desatado una campaña internacional de desprestigio en contra de Chile y han llegado en algunos editoriales a llamar abiertamente al golpe militar y la intervención como única manera de derrotar el triunfo popular.

Esta situación de extrema radicalización de la derecha, que deja entrever hasta dónde será capaz de llegar en la defensa de sus mezquinos intereses,

ha tenido el efecto positivo de iniciar un proceso de unificación de todas las vanguardias revolucionarias, superando sectarismos en vista a la defensa de una causa que nos une a todos por igual. Este es un segundo triunfo de la izquierda y una gran derrota para la reacción, que quisiera ver a la izquierda en la división que viviera durante los últimos años. Pero aunque este proceso tendrá una importancia decisiva en el transcurso del proceso político que enfrentamos, no tendrá mayor significación si no va respaldado por la movilización total de las masas populares y su incorporación como sujeto activo en la organización de las instituciones políticas, en la participación de las decisiones fundamentales, en la dirección de las empresas públicas y privadas, en la planificación, organización y dirección de la economía en todas sus ramas. No es con acuerdos políticos al margen de las bases, ni sobre una masa espectadora de la lucha que libran los partidos de izquierda contra la reacción armada como será posible vencer a la reacción y construir el socialismo, sino entregando el poder a las masas de campesinos y obreros que, organizados en sus vanguardias, serán las únicas capaces de construir el socialismo chileno. Sólo esta movilización, ajena a todo paternalismo burgués, podrá hacer viable la transformación radical de nuestra economía, planificándola, reestructurándola de acuerdo a sus reales necesidades; creando nuevas fuentes de riqueza y, sobre todo, una nueva actitud moral frente al trabajo. No hay que olvidar que el gran enemigo de la revolución es el reformismo, y que el reformismo, disfrazado en su populismo paternalista y en su demagogia económica meramente redistributiva, es una solución falsa aunque posible, no del todo ajena a ciertas tendencias en la izquierda.

(...)

El triunfo de la Unidad Popular ha venido a transformar radicalmente el panorama político chileno, planteando problemas y exigencias que demandan a las vanguardias políticas de izquierda un replanteamiento estructural de sus estrategias y tácticas revolucionarias. El Gobierno de la Unidad Popular no será un gobierno más que continúe la rotación partidista del ejercicio del poder dentro de las reglas burguesas de la democracia representativa, sino un gobierno de masas que deberá promover los cambios de la estructura política, social y económica que el país ha exigido a través

de su mayoría soberana. Y ello no será posible ni manteniendo el aparato estatal burgués con su secuela de corrupción y vicios enquistados en una burocracia desmesurada, un aparato policial orientado a la represión del pueblo, un Parlamento conservador y obstruccionista y un sistema judicial clasista, ni enfrentando esta realidad con nuestras viejas formas partidistas. Los partidos de izquierda han vivido toda una existencia política aceptando sin protestas el juego electoralista, parlamentario y burgués. La nueva coyuntura histórica nos plantea un extraordinario desafío, que debemos aceptar y resolver exitosamente: la revolución chilena sólo será posible en la medida que las vanguardias de la clase trabajadora sepan revolucionarse a sí mismas, se incorporen sin temores a las masas populares y encuentren en ellas el dinamismo, la orientación y la fuerza que harán posible la conducción del pueblo chileno hacia la construcción del socialismo. El sectarismo partidista y el apego a las tradiciones del orden burgués son los grandes enemigos de la revolución.

(...)

¿Está el partido, en su forma actual, en condiciones de responder satisfactoriamente a la enorme tarea que nos espera? Como todos los partidos de la vanguardia chilena hemos recibido el desafío de tener que transformar nuestras estructuras y superar todos aquellos vicios y defectos que hemos ido adquiriendo a lo largo de una convivencia más que pacífica con la democracia burguesa. En el pasado, nuestra política no expresó adecuadamente los planteamientos ideológicos y programáticos que se fijaran en los congresos de Linares y Chillán: denunciábamos el sindicalismo economicista y terminamos practicándolo; condenamos el electoralismo, pero en más de una ocasión hemos abusado de él; planteamos la necesidad de una lucha ideológica franca y decidida, pero muchas veces la ocultamos en la política del pasillo y la transacción. Estas inconsecuencias, que sólo sirvieron para descontar a las bases y debilitar la pujanza del movimiento revolucionario chileno, no fueron causadas tan sólo por fallas individuales de los dirigentes, sino por defectos en la estructura misma del Partido. La coyuntura histórica que vivimos, de una trascendencia fundamental para Latinoamérica y el mundo, exige que superemos esos defectos con una revisión sustancial de nuestra estructura orgánica, una autocrítica

implacable a nuestros planteamientos y el esfuerzo común y solidario de las bases y los cuadros dirigentes para liquidar las formas concretas que asumen: el caudillismo, el personalismo, la desorganización y la indisciplina.

(...)

Hasta hoy, el Partido Socialista ha tolerado en su seno vicios que han subordinado muchas veces la política nacional revolucionaria a caprichos personales que han desbaratado toda acción conjunta, solidaria y de masas. Nuestro partido ha vivido en varias ocasiones desgarrado y desarticulado por estas tendencias disociadoras que será necesario superar con una nueva actitud moral y un estilo de lucha que permita golpear al enemigo burgués e imperialista a través de una mayor concentración de las fuerzas proletarias y campesinas. Al personalismo, al caudillismo, al político del pasado tendremos que oponer la dirección colegiada y la estructuración férrea de nuestros cuadros. Nuestra política tendrá que ser fiel expresión de una línea ideológica articulada y consecuente, renovada en la constante información y discusión política. Los principios ideológicos deberán primar sobre las personas y éstas tendrán que respetar las decisiones y acuerdos de las bases a nivel regional, provincial y nacional. Esta nueva política exigirá una apertura generosa y consecuente hacia nuestra juventud. Esto significa no sólo hacer participar activa y realmente a la juventud del partido en las decisiones fundamentales, sino rejuvenecer nuestros cuadros dirigentes e ir creando las bases para que el partido se anticipe a la realidad, en lugar de marchar tras ella. Será preciso darle una máxima prioridad a la organización de una escuela de cuadros que forme al militante informado y responsable, capaz de resolver las grandes tareas de la revolución chilena con firmeza, fantasía creadora y solidez moral. El futuro pertenece al hombre nuevo.

Sólo un partido estructurado férreamente, con una dirección colegiada y disciplinada, vitalizado por su juventud y en contacto directo con sus bases obreras y campesinas podrá constituir, junto a los partidos hermanos, la vanguardia chilena en la marcha hacia el socialismo.

Carlos Lorca, «Carta de la Juventud Socialista a la Comisión Política del Partido Socialista (1971)», *Boletín, Juventud Socialista, Comité Central*, 28, Santiago, marzo 1972, s/n.

(Fragmentos)

Para todos está claro que nuestro país vive una hora decisiva de su historia, en la que se está decidiendo el curso de la revolución chilena y latinoamericana por muchos años. La tarea central del movimiento popular hoy, es la conquista del poder para avanzar resueltamente en la construcción del socialismo: pero la gran carencia de esta hora es la ausencia de una dirección revolucionaria eficaz que sea capaz de movilizar a las masas, hoy virtuales espectadoras del proceso, tras sus intereses de clase. A consecuencia de la falta de una organización capaz de movilizar a las fuerzas motrices de la revolución, florecen peligrosas tendencias burocráticas y legalistas, por un lado; y por otro, surgen actitudes espontaneístas que no ayudan al proceso.

Nuestro Partido y nuestra Juventud tienen grandes virtudes, una línea política correcta y están enraizados en el corazón del pueblo chileno, pero tienen también serios defectos que conspiran contra la posibilidad de que pueda asumir realmente la dirección del movimiento popular.

Para plantear su necesaria transformación debemos percibir y juzgar al Partido tal como es en realidad, no tal como en el papel. Si bien en términos de acuerdos de congresos y de declaraciones nuestro Partido se ha ido desplazando desde una posición socialdemócrata tradicional a una posición revolucionaria, en términos de práctica no cabe duda de que ha demostrado ineficacia para jugar el rol que nosotros mismos nos asignamos.

Tenemos que reconocer que pese a los grandes éxitos electorales alcanzados por nuestro Partido, éstos no se han traducido al nivel que corresponde en organización capaz de asegurar el cumplimiento del

programa de la UP, en una estructura férrea capaz de enfrentar al enemigo de clase en cualquier terreno y circunstancia, ni en influencia y control partidario de los principales frentes de masas.

Pese a los progresos evidentes en este sentido, que nadie podría discutir, nuestro Partido está muy lejos de ser el Partido Bolchevique que dirigió al pueblo ruso en la Revolución de Octubre, muy lejos de ser una auténtica vanguardia revolucionaria. Por el contrario podríamos caracterizarlo por el bajo nivel político, por su heterogeneidad e indisciplina, por la proliferación de caudillos a todos los niveles, por su falta de ligazón a las masas, primando en los militantes socialistas un espíritu introvertido, de trabajar exclusivamente para dentro del Partido.

Nuestra organización dista mucho del modelo leninista, los núcleos no existen o no funcionan (el refichaje puede haber modificado parcialmente esta situación), no hay una definición de política del Partido para distintos frentes de masas. Creemos que estos problemas se presentan desde el nacimiento del Partido y en la situación actual es imperativo que luchemos por superarlos, que transformemos al Partido en el instrumento que la clase obrera necesita.

(...)

Para que la J.S. adquiera fuerza y peso político hay que pasar de la concepción de una organización de diversos grupos a la de una estructura firmemente organizada y conscientemente disciplinada. Acabar de una vez por todas con la montonera y hacer regir efectivamente en nuestra vida interna la concepción del centralismo democrático.

Lo anterior implica la necesidad de ir a una serie de transformaciones en profundidad en nuestra organización y nuestro estilo de trabajo que signifiquen que la Juventud pueda constituirse en la escuela leninista del Partido, verdadera cantera de cuadros revolucionarios que fortalezcan al Partido y al movimiento popular chileno.

La experiencia revolucionaria internacional apoya justamente la idea de que la Juventud en un partido marxista-leninista es el lugar de formación de los

cuadros que posteriormente engrosarán las filas del Partido.

En estos últimos meses la dirección de la Juventud ha sostenido conversaciones con altos dirigentes como Fidel Castro, quien se refirió a la necesidad imprescindible de tener la escuela formadora de cuadros que fortalezcan posteriormente las filas de la revolución: así mismo con Jacques Duclós, integrante del Comité Central del PC francés, quien describió la organización juvenil autónoma como semillero del Partido Comunista. Avala también esta posición la experiencia práctica de la juventud vietnamita, de la soviética y de múltiples organizaciones con las que hemos discutido el tema.

La reacción del imperialismo estadounidense ante el gobierno de la Unidad Popular y su proyecto no se hace esperar. El gobierno de Estados Unidos apoya y financia, desde la elección de 1964, a los adversarios de la izquierda y a partir de 1970 sostiene variadas formas de presión ilícita e interferencia que hagan posible, primero, evitar la asunción de Allende o, fracasada esta línea de acción, lograr su derrocamiento. Las implicancias de esta intervención son debatidas por el socialismo chileno, que vincula el intervencionismo al conflicto de clases interno y que reafirma el carácter antiimperialista y no alineado del proyecto socialista. El gobierno de la UP configura el sentido de la propiedad pública y de la acción estatal en la dirección de la economía e impulsa la nacionalización de las riquezas básicas, el área de propiedad social y la reforma agraria, nudos transformadores que el socialismo chileno postula desde la República Socialista de 1932, el Programa del Frente del Pueblo de 1952 y los programas presidenciales de Allende en 1958, 1964 y 1970. La tensión entre el control central y burocrático del Estado y la autonomía de los trabajadores estimula el surgimiento de nuevas organizaciones e instituciones y el debate sobre cómo ensanchar la base de apoyo social y político y formular su relación con los partidos populares, cuáles son los límites de la democracia liberal y cuál debe ser el uso de la violencia revolucionaria, temas que generan puntos de vista no siempre coincidentes entre los socialistas. El Partido Socialista desarrolla activos y a veces duros debates respecto al curso del gobierno de la UP. La cuestión de la dirección del proceso revolucionario, el dilema entre lucha social y lucha política y los intentos por concebirlas como una totalidad

compleja, el problema del protagonismo que el Estado o el movimiento social toman en determinado momento, cruzan los tres años del gobierno de Allende y su partido. Estos debates en el seno del socialismo chileno expresan, en definitiva, las contradicciones que emergen a partir de la propia heterogeneidad de la base social de la UP y abren una reflexión sobre la crisis política y las limitaciones y posibilidades que significan las alianzas políticas y sociales.

Salvador Allende, «Primer Mensaje al Congreso Pleno», 21 de mayo de 1971,
<<https://www.socialismochileno.org/PS/APSA/Discursos>

(Fragmentos)

Las circunstancias de Rusia en el año 1917 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante.

La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea. Allí se llegó a pensar que la Europa atrasada podría encontrarse delante de la Europa avanzada, que la primera revolución socialista no se daría, necesariamente, en las entrañas de las potencias industriales. Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado.

Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población pueden, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos.

Como Rusia, entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los

primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

Sin embargo, una vez más, la historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la Tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista.

Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora, la historia empieza a dar un nuevo giro, en la medida que estemos los chilenos conscientes de la empresa. Algunos entre nosotros, los menos quizás, sólo ven las enormes dificultades de la tarea. Otros, los más, buscamos la posibilidad de enfrentarla con éxito. Por mi parte, estoy seguro que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario.

Los escépticos y los catastrofistas dirán que no es posible. Dirán que un Parlamento que tan bien sirvió a las clases dominantes es incapaz de transfigurarse para llegar a ser el Parlamento del pueblo chileno.

Aún más, enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil. Para decirlo en los propios términos del general Schneider, en las Fuerzas Armadas, como «parte integrante y representativa de la Nación y como estructura del Estado, lo permanente y lo temporal organizan y contrapesan los cambios periódicos que rigen su vida política dentro de un régimen legal».

(...)

Pocas veces los hombres necesitaron tanto como ahora de fe en sí mismos y en su capacidad de rehacer el mundo, de renovar la vida.

Es éste un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales para realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta herencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista.

(...)

Científica y tecnológicamente hace tiempo que es posible crear sistemas productivos para asegurar, a todos, los bienes fundamentales que hoy sólo disfrutaban las minorías. Las dificultades no están en la técnica y, en nuestro caso, por lo menos, tampoco residen en la carencia de recursos naturales o humanos. Lo que impide realizar los ideales es el modo de ordenación de la sociedad, es la naturaleza de los intereses que la rigieron hasta ahora, son los obstáculos con que se enfrentan las naciones dependientes.

(...)

El papel social ordenador y regulador que corresponde al régimen de Derecho está integrado a nuestro sistema institucional. La lucha de los movimientos y partidos populares que hoy son gobierno ha contribuido sustancialmente a una de las realidades más prometedoras con que cuenta el país: tenemos un sistema institucional abierto, que ha resistido incluso a quienes pretendieron violar la voluntad del pueblo.

La flexibilidad de nuestro sistema institucional nos permite esperar que no será una rígida barrera de contención. Y que al igual que nuestro sistema legal, se adaptará a las nuevas exigencias para generar, a través de los cauces constitucionales, la institucionalidad nueva que exige la superación del capitalismo.

El nuevo orden institucional responderá al postulado que legitima y orienta nuestra acción: transferir a los trabajadores y al pueblo en su conjunto el

poder político y el poder económico. Para hacerlo posible es prioritaria la propiedad social de los medios de producción fundamentales.

Al mismo tiempo es necesario adecuar las instituciones políticas a la nueva realidad. Por eso, en un momento oportuno, someteremos a la voluntad soberana del pueblo la necesidad de reemplazar la actual Constitución, de fundamento liberal, por una Constitución de orientación socialista. Y el sistema bicameral en funciones, por la Cámara Única.

Es conforme con esta realidad que nuestro Programa de Gobierno se ha comprometido a realizar su obra revolucionaria respetando el Estado de Derecho.

(...)

Del mismo modo, es importante recordar que, para nosotros, representantes de las fuerzas populares, las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto, deben permanecer.

(...)

Pero no seríamos revolucionarios si nos limitáramos a mantener las libertades políticas. El Gobierno de la Unidad Popular fortalecerá las libertades políticas. No basta con proclamarlas verbalmente porque son entonces frustraciones o burla. Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables en la medida que conquistemos la libertad económica.

En consecuencia, el Gobierno Popular inspira su política en una premisa artificialmente negada por algunos: la existencia de clases y sectores sociales con intereses antagónicos y excluyentes, y la existencia de un nivel político desigual en el seno de una misma clase o sector.

Ante esta diversidad, nuestro Gobierno responde a los intereses de todos los que ganan su vida con el esfuerzo de su trabajo: de obreros y profesionales, técnicos, artistas, intelectuales y empleados.

(...)

El pueblo de Chile está conquistando el poder político sin verse obligado a utilizar las armas. Avanza en el camino de su liberación social sin haber debido combatir contra un régimen despótico o dictatorial, sino contra las limitaciones de una democracia liberal. Nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin tener que recurrir a formas autoritarias de gobierno.

(...)

Si la violencia, interna o externa, la violencia en cualquiera de sus formas, física, económica, social o política, llegara a amenazar nuestro normal desarrollo, y las conquistas de los trabajadores, correrían el más serio peligro la continuidad institucional, el Estado de derecho, las libertades políticas y el pluralismo. El combate por la emancipación social o por la libre determinación de nuestro pueblo adoptaría obligatoriamente manifestaciones distintas de lo que con legítimo orgullo y realismo histórico denominamos la vía chilena hacia el socialismo.

(...)

Nuestro camino es instaurar las libertades sociales mediante el ejercicio de las libertades políticas, lo que requiere como base establecer la igualdad económica. Este es el camino que el pueblo se ha trazado, porque reconoce que la transformación revolucionaria de un sistema social exige secuencias intermedias. Una revolución simplemente política puede consumarse en pocas semanas. Una revolución social y económica exige años.

(...)

En seis meses de Gobierno hemos actuado en todos los frentes con decisión. Nuestra labor económica está dirigida a quebrar las barreras que impiden el total florecimiento de nuestras potencialidades materiales y humanas. En seis meses de Gobierno hemos avanzado con energía por la senda del cambio irreversible. El informe impreso que acabamos de entregar da cuenta cumplida y detallada de nuestra actuación.

Chile ha iniciado la recuperación definitiva de nuestra principal riqueza básica, el cobre. La nacionalización de nuestro cobre no es un acto de venganza o de odiosidad a grupo, Gobierno o nación alguna. Estamos, por el contrario, en actitud positiva de ejercer un derecho inalienable para un pueblo soberano: el disfrute pleno de nuestros recursos nacionales explotados con trabajo y esfuerzo nacional. Recuperar el cobre es una decisión de Chile, y exigimos el respeto de todos los países y gobiernos por una decisión unánime de un pueblo libre. Pagaremos por el cobre si es justo pagar, o no pagaremos si es injusto hacerlo. Velaremos por nuestros intereses. Seremos implacables si comprobamos que la negligencia o la actividad dolosa de personas o entidades perjudican al país.

Hemos nacionalizado otra de nuestras riquezas fundamentales: el hierro. Hace poco tiempo culminó una negociación con la Bethlehem Corporation, en virtud de la cual la minería del hierro pasó íntegramente al área de propiedad social. Estudiamos en estos momentos la constitución del complejo nacional del acero que agrupará seis empresas en torno a la CAP.

El acuerdo con la industria americana ha mostrado, una vez más, que el Gobierno ofrece un trato equitativo al capital foráneo sin renunciar a los intereses básicos de nuestra nación. Pero no estamos dispuestos a tolerar el menosprecio de nuestras leyes y la falta de respeto a las autoridades que encontramos en algunas empresas extranjeras. Recuperamos para la Propiedad colectiva el carbón.

El salitre es también nuestro. Según compromiso del gobierno anterior debimos pagar 24 millones de dólares en debentures a 15 años de plazo, que, con los intereses, representaban 38. Las acciones del sector norteamericano valían 25 millones de dólares. Todo esto se ha rescatado en 8 millones de dólares pagaderos en dos años.

Hemos incorporado al área de propiedad social varias empresas –entre ellas Purina, Lanera Austral, las plantas textiles Bellavista Tomé, Fiap y Fabrilana–; requisamos la industria del cemento y la industria Yarur al ser amenazado el abastecimiento. Para evitar su quiebra adquirimos parte importante del activo de la empresa editora Zigzag, que constituirá la base

de una industria gráfica y editorial que satisfaga las necesidades culturales del nuevo Chile.

En todas las empresas incorporadas al área de propiedad social, el país ha podido comprobar el apoyo decidido de los trabajadores, el inmediato aumento de productividad, la participación activa de obreros, empleados y técnicos en el manejo y la administración.

Hemos acelerado la reforma agraria llevando a cabo parte importante de la tarea establecida para este año: la expropiación de mil latifundios. El proceso se conduce con respeto a la legislación vigente y cautelando los intereses del pequeño y mediano agricultor. Queremos instaurar una nueva agricultura más vigorosa, más sólida en su organización, mucho más productiva.

Queremos que Chile sea capaz de satisfacer sus necesidades de alimentos. Queremos que los hombres que viven de la tierra se beneficien equitativamente de los frutos de su trabajo. La estatización bancaria ha sido un paso decisivo. Con respeto absoluto de los derechos del pequeño accionista hemos estatizado nueve bancos y estamos a punto de obtener el control mayoritario de otros. Por antecedentes que tenemos, esperamos un acuerdo razonable con los bancos extranjeros. Buscamos así la dirección del aparato financiero y la ampliación del área social en las ramas productoras de bienes materiales. Queremos poner el nuevo sistema bancario al servicio del área socializada y de los pequeños y medianos industriales, comerciantes y agricultores, hasta ahora discriminados.

(...)

La construcción del área de propiedad social es uno de nuestros grandes objetivos. La incorporación a ella de la mayor parte de nuestras riquezas básicas, del sistema bancario, del latifundio, de la mayor parte de nuestro comercio exterior, de los monopolios industriales y de distribución, es una tarea ya iniciada que debemos profundizar.

En el plano económico, instaurar el socialismo significa reemplazar el modo de producción capitalista mediante un cambio cualitativo de las

relaciones de propiedad y una redefinición de las relaciones de producción. En este contexto, la construcción del área de propiedad social tiene un significado humano, político y económico. Al incorporar grandes sectores del aparato productor a un sistema de propiedad colectiva, se pone fin a la explotación del trabajador, se crea un hondo sentimiento de solidaridad, se permite que el trabajo y el esfuerzo de cada uno formen parte del trabajo y del esfuerzo comunes.

(...)

Las ventajas del socialismo no surgen espectacularmente en las primeras etapas de su construcción. Pero los obstáculos se superan con la creación de una verdadera moral de trabajo, con la movilización política del proletariado no sólo alrededor de su Gobierno, sino alrededor de sus medios de producción.

El establecimiento del área de propiedad social no significa crear un capitalismo de Estado sino el verdadero comienzo de una estructura socialista. El área de propiedad social será dirigida conjuntamente por los trabajadores y los representantes del Estado, nexo de unión entre cada empresa y el conjunto de la economía nacional. No serán empresas burocráticas e ineficaces, sino unidades altamente productivas que encabezarán el desarrollo del país y conferirán una nueva dimensión a las relaciones laborales.

(...)

Los mismos principios que informan nuestra política interior están presentes en la política exterior del país. En conformidad con la Carta de las Naciones Unidas, nuestro país apoya resueltamente la no intervención en los asuntos internos de los Estados, la igualdad jurídica entre ellos, el respeto de su soberanía y el ejercicio de su derecho de autodeterminación. La acción exterior de mi Gobierno, en el plano bilateral como el multilateral, se orienta a la consolidación de la paz y a la cooperación internacional. En consecuencia, Chile ha extendido sus relaciones diplomáticas a nuevos países. Nuestra primera decisión, obedeciendo a un

anhelo mayoritario del pueblo chileno, fue restablecer relaciones con Cuba, injustamente sancionada. Establecimos relaciones diplomáticas y comerciales, también, con China, Nigeria y la República Democrática Alemana. Hemos establecido relaciones comerciales con la República Democrática de Corea y la República Democrática de Vietnam. Y en el contexto latinoamericano hemos apoyado ante la OEA la reducción de los armamentos.

Pedro Vuskovic, «Avances y debilidades de la Unidad Popular (1971)» (Santiago: Archivo Salvador Allende, Biblioteca Clodomiro Almeyda), <http://socialismo-chileno.org/PS/sag/Unidad_Popular/Vuskovic%20Asan

(Fragmentos)

Con el objeto de poder tener una apreciación adecuada de la situación en la que nos encontramos, debemos tener en cuenta los rasgos generales del panorama económico que existía en el momento en que nos hicimos cargo del gobierno.

No sólo nos encontramos con los vicios acumulados por el sistema anterior: sometimiento de nuestra economía a intereses extranjeros, gran concentración del poder económico, extrema desigualdad en la distribución del ingreso, baja capacidad ocupacional, etc. Esta herencia, de por sí negativa, se vio aumentada por los acontecimientos que transcurrieron entre el 4 de septiembre y el 4 de noviembre. No hay que olvidar que la batalla se dio tanto en el plano político como en el plano económico. Se buscó por todos los medios crear el caos para paralizar la economía. La derecha y los sectores de gobierno de la Democracia Cristiana agotaron los recursos presupuestarios para dejarnos con las manos atadas. Se firmaron rápidamente decisiones de todo orden para dejarnos comprometidos. Se dejaron desatadas presiones inflacionarias extraordinariamente graves.

Este es el punto de partida desde donde tuvimos que empezar a actuar.

(...)

Esquemáticamente este programa a corto plazo implica las siguientes medidas:

1. Pasos importantes en la constitución del área de propiedad social.
2. Redistribución del ingreso en beneficio de los trabajadores, a través de una política de remuneraciones que para ser efectiva implica a su vez una política antiinflacionaria que defienda el poder de compra de las grandes masas. Para que eso se cumpla, el financiamiento del reajuste de salarios debe provenir de las ganancias de los empresarios y no del aumento de los precios de los productos como ha sido hasta ahora.
3. Aumento rápido de la actividad económica aprovechando las capacidades ociosas de las empresas. Esto tiene un doble propósito: aumentar el abastecimiento para el consumo popular y absorber el desempleo.

Para lograr estos propósitos, es necesario realizar un aumento general de la capacidad de compra de la gran masa del pueblo. A esto hay que agregar los llamados ‘programas movilizadores’, especialmente los de Vivienda y Obras Públicas, que al mismo tiempo que crean nuevas fuentes de trabajo, exigen el aumento de la producción en todas aquellas industrias relacionadas con la construcción y equipamiento de viviendas.

El programa implica una estrategia política determinada: enfrentar al imperialismo y a los grandes intereses monopólicos, neutralizando o ganando a los pequeños y medianos empresarios y comerciantes.

Ahora bien, es necesario aclarar que no existe en nuestro programa una mezcla de medidas ‘revolucionarias’ y ‘reformistas’ como algunos parecen haberlo entendido. Se trata de una sola orientación hacia la meta que pretendemos alcanzar. Las transformaciones revolucionarias de la economía deben expresarse en un mejoramiento de la situación de los trabajadores y en una ampliación de la base política de la UP, y a su vez las medidas redistributivas sólo pueden ser efectivas en el contexto de esta transformación económica.

Salvador Allende, «La vía chilena al socialismo y el aparato del Estado actual (1972)», en *Textos de Salvador Allende, Partido Socialista de Chile* (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2016), 361-368.

(Fragmentos)

El aparato del Estado ocupa un lugar central en la lucha revolucionaria, como instrumento del que se sirve la clase social dominante para imponer sus intereses sobre el conjunto de la sociedad. Por su conquista han luchado los trabajadores chilenos, quienes en estos momentos están dirigiendo el centro de gravedad de nuestro Estado, el poder ejecutivo. Dirigiéndolo con una inspiración revolucionaria y con la voluntad abiertamente declarada de transformar las estructuras capitalistas para abrir el camino al socialismo. Con lo que el Estado chileno se encuentra ahora en una singular situación mixta, ya que es, en primer lugar, un objetivo político a conquistar y, al mismo tiempo, un medio de acción del cual se sirven los trabajadores –a través del Gobierno– para realizar los cambios estructurales que les permitan controlar el resto del aparato del Estado.

(...)

Un partido con la responsabilidad de compartir la dirección del Gobierno es obvio que no puede limitarse a afirmar que «el paso fundamental para destruir el Estado burgués, lo constituye la toma del poder político por el proletariado». Esto es algo bien conocido. Debe proponer, necesariamente, los procedimientos a través de los cuales puede y debe actuar la acción organizada y consciente de los trabajadores. Proposición que no estará en condiciones de hacer si no demuestra una seria conclusión sobre lo que el Estado chileno es en la etapa presente de nuestra historia, sobre la naturaleza misma de las instituciones políticas chilenas.

(...)

Encontramos en el Informe Político que la dirección del partido somete a la consideración del Pleno Nacional profundas contradicciones en el capítulo sobre ‘la institucionalidad del Estado democrático burgués y los objetivos históricos de la revolución’.

(...)

El informe incurre, en la total identificación del contenido de clase de la institucionalidad, por un lado, y el origen histórico de esta última. Es una posición tajante que, al ser formulada en forma absoluta, niega o desconoce la sutil complejidad del problema. Es cierto que un régimen institucional es el producto de un orden social determinado, pero lo institucional no sólo encuentra su sentido de clase en su génesis histórica, sino, sobre todo, en la fuerza social que en un momento concreto y específico informa su funcionamiento, lo está utilizando y orientando.

El informe no puede definir, primero, al Gobierno actual como «una herramienta de poder burgués», con un «contenido de clase» ni más ni menos que burgués, y tener que reconocer después que «...la burguesía no resiste la administración de sus propias leyes por parte de fuerzas que le son enemigas. Todas las instituciones, los códigos y el aparato burocrático están hechos para asegurar el dominio de clase burgués. Sin embargo... al pasar a ser dirigidos y utilizados por sus propios enemigos de clase, se transforman en amenazas de su propia estabilidad, pierden el carácter de fortalezas del régimen».

Efectivamente, esta última apreciación se corresponde con lo que está acaeciendo en Chile desde el 4 de septiembre de 1970.

(...)

El Informe Político no puede limitar su razonamiento teórico sobre este problema a sostener que «el Estado... está organizado y concebido de forma que la clase minoritaria y explotadora ejerce una dictadura sobre los explotados, basada en dos pilares fundamentales: la burocracia y el aparato represivo». Porque semejante afirmación, correcta en su sentido último y aplicable a otros estados capitalistas, resulta primaria y simplista en el Chile

de hoy, hasta el extremo de producir tal confusión que es capaz de perturbar toda la acción política del Gobierno.

(...)

Sólo a partir de una perspectiva extraña a la realidad concreta del aparato estatal en estos momentos, puede llegarse a la conclusión de que no hay otro camino para el proceso revolucionario chileno que la quiebra y destrucción del actual régimen institucional y constitucional.

(...)

Se trata, sí, de transformar el aparato burocrático, el aparato del Estado como totalidad, la propia Carta Fundamental, en su sentido de clase y, también, en sus manifestaciones institucionales individualmente consideradas. Lo hemos dicho durante muchos años, está escrito en el programa de Gobierno de la Unidad Popular y lo estamos llevando a cabo.

(...)

El Informe no puede guardar silencio sobre uno de los hechos políticos más significativos que están ocurriendo en los últimos meses: el intento de la burguesía por negar y cambiar la esencia misma de nuestro régimen institucional porque perdió su control.

(...)

Las instituciones no son un ente abstracto. La institucionalidad responde a la fuerza social que le da vida. Y lo que está acaeciendo ante nuestros ojos es que la fuerza del pueblo, del proletariado, de los campesinos, de los sectores medios, está desplazando de su lugar hegemónico a la burguesía monopolista y latifundista. Que la conciencia y unidad del pueblo de Chile está arrinconando a la minoría privilegiada aliada con el capital imperialista. La institucionalidad vigente responde a la fuerza social que le da vida.

(...)

El programa de la Unidad Popular y, por consiguiente, el Gobierno, está plenamente de acuerdo con la afirmación del Informe de que la transformación total del sistema actual exige un salto cualitativo. Efectivamente, y precisamente esa dimensión es la que dará a nuestra política su significado revolucionario. Pero no es legítimo confundir el resultado del proceso con los medios y mecanismos, a través de los cuales se acumulen los cambios en el régimen actual para poder superar el régimen social capitalista. En otros términos, no caben saltos en el vacío. El salto en el vacío no es gratuito. Significa, sí, quiebra, derrumbe y destrucción de la actual constitucionalidad. Pero también someter al país –y, principalmente, al pueblo– a la pérdida de vidas y medios de producción. Supone destruir fuentes de vida, de trabajo y de bienestar que nuestro pueblo necesita para construir un futuro mejor. Representa introducir un factor suplementario de incertidumbre sobre la suerte a corto y medio plazo de la lucha revolucionaria. El proletariado sabe cuál es la correlación de las fuerzas dentro y fuera de Chile.

Nadie puede descartar que la burguesía, en su escalada contra el régimen institucional, llegue a intentar provocar las condiciones de la ruptura violenta. Los trabajadores organizados deben estar conscientes de ello, dispuestos a asumir el papel que les corresponde. Pero ello no implica desconocerle al régimen institucional vigente la evidencia de que está dando paso a las transformaciones estratégicas en el régimen de producción que vulneran al capital imperialista y monopólico, al tiempo que fortalecen el poder de los trabajadores.

(...)

La tarea del momento es conquistar el Parlamento. Ese es el camino más corto hacia el cambio cualitativo del aparato del Estado. El nuestro es un régimen institucional que reposa en el principio de la legalidad. Transformar la legalidad significa transformar el régimen institucional. Y ello depende, ni más ni menos, de que el pueblo confíe a los partidos que representan sus intereses la mayoría del Parlamento.

Es, por consiguiente, una perspectiva desviada señalar hoy el régimen institucional del Estado actual como el obstáculo estratégico del que depende el futuro de la revolución. Es al pueblo al que hay que mirar. A sus aspiraciones, a sus necesidades, a su organización, a su formación ideológica, a su movilización, a su persuasión y convencimiento mediante una política revolucionaria activa, inteligente y eficaz. Tareas que los partidos populares, y particularmente el Partido Socialista, pueden hoy asumir en la medida que estén preparados internamente para ello, y en la medida que utilicen correctamente las facultades que la responsabilidad de ser el Gobierno del país les proporciona.

Marta Harnecker y José Quijano, «Entrevista a Carlos Altamirano: ‘Las revoluciones necesitan enfrentar riesgos’», *Chile Hoy*, 5, julio 1972, 29.

(Fragmentos)

Con esta polarización de fuerzas, la UP logró en la última elección municipal aproximadamente el 50 por ciento de los votos en la complementaria de Valparaíso, el 49,5 por ciento; en las de O'Higgins y Colchagua, y Linares, cerca del 46 por ciento; en la Universidad el 49 por ciento. Lo mismo ocurrió en la reciente elección de la FECH, en que la UP más el FER y otros sectores de la izquierda obtuvieron alrededor del 50 por ciento, y en la Universidad Técnica más del 60 por ciento de los votos. Estoy seguro de que en la complementaria de Coquimbo también obtendremos más del 50 por ciento. La derecha ya no se puede permitir el lujo de dar una batalla dividida frente a la UP, a las fuerzas revolucionarias. Por eso no hay ninguna posibilidad de que la DC, que pretende ser una alternativa civilista el año 76, abandone como partido sus vínculos con la derecha.

(...)

Evidentemente hay un riesgo, pero creemos que todo proceso revolucionario debe asumir ciertos riesgos. Tanto el proceso soviético como el chino, el cubano o la propia guerra de liberación que está librando el pueblo vietnamita, han enfrentado día a día riesgos extraordinariamente graves. Los procesos revolucionarios necesitan correr ciertos riesgos, afrontar situaciones dramáticas. Son ellos los que contribuyen a crear conciencia. Pensamos además que si el plebiscito se plantea en torno de temas tan concretos y reales como la ampliación del área social, la ampliación y profundización de la reforma agraria y el establecimiento, en forma concreta y constitucional, de la participación de los trabajadores en todos los niveles de la vida nacional, se motivaría a obreros y campesinos, y a importantes sectores que no son propiamente de trabajadores. Entre el 49 o 50 por ciento que tiene actualmente la UP podría transformarse en un porcentaje mayor.

Salvador Allende, «Trabajadores y participación. Discurso con motivo del Día del Trabajador (1972)», en *Textos de Salvador Allende, Partido Socialista de Chile* (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2016), 433-445.

(Fragmentos)

Hay que entender, hay que darse cuenta: la participación es un instrumento fundamental para los trabajadores organizados para conquistar el poder. La participación revolucionaria de los trabajadores significa reemplazar a los propietarios privados, a los capitalistas de las grandes empresas y los monopolios. La participación –insisto y lo repito– es instrumento para afianzar el sentido del trabajo y de la responsabilidad al servicio del hombre y al servicio de la Patria. Los grandes capitalistas combaten la participación de los trabajadores porque ven en ella la consolidación del poder del pueblo; la plena participación no se improvisa, la participación se organiza, la participación se prepara, la participación es producto de la capacidad que

debe desarrollar cada compañero, campesino, empleado, técnico o profesional. Por eso tenemos que analizar, compañeros, cómo hemos avanzado y cuánto hemos avanzado en la participación.

Veámoslo:

Consejo de Trabajadores y Administración. Están constituidos en 70 empresas, alcanza a más de 70 mil trabajadores. Pero falta el reglamento para ponerlo en marcha en 27 empresas y por lo tanto no hay Consejo de Administración en ellas. Y hay todavía 14 empresas que no han estudiado siquiera el reglamento de participación, a pesar de que la CUT y el Gobierno llegaron a un compromiso el año pasado en el Congreso de Valparaíso.

Los trabajadores del campo, con Consejos Provinciales Campesinos, se han constituido en 19 provincias y no hay en 6 provincias.

Los Consejos Comunales Campesinos se han constituido tan sólo en un 70 por ciento de las comunas agrarias del país, pero lamentablemente muchos de ellos no han funcionado debidamente.

Por eso es indispensable pesar lo que ello significa, hemos avanzado, pero todavía falta mucho más. Tienen los trabajadores que entender que la única manera de fortalecer la revolución es precisamente ésta: la integración, la participación, la decisión de los propios trabajadores en todos los niveles de la vida nacional y ello es lo que vengo a plantear este día frente a ustedes.

(...)

Los Comités de Producción deben estar en la primera línea de batalla y ya he señalado la amplia gama de responsabilidades que ellos deben tener.

Los compañeros de los Comités de Administración, los compañeros directores de las empresas tienen que dialogar quincenalmente, semanalmente, con las Asambleas de Trabajadores.

Tienen que informarles, tienen que darles los antecedentes, tienen que señalarles las dificultades encontradas, los compromisos que tienen que cumplir. El Comité Relacionador entre el Comité de Dirección y la Directiva Sindical debe funcionar. No hay antagonismo entre la labor del Comité de Dirección y los dirigentes sindicales, no marchan por rutas paralelas. Se integran, se compenetran, están en la misma tarea: impulsar y empujar el progreso de las industrias estatizadas, que son industrias del pueblo.

Por eso, compañeros, quiero decirles que, preocupado seriamente por estas materias, he resuelto –y voy a leer tan sólo dos páginas y lo hago para no olvidar ningún detalle–, voy a leer las instrucciones de las resoluciones que he tomado. Primero, he resuelto dar instrucciones para que, a fines de junio, todos los comités sectoriales hayan hecho un ampliado de evaluación y movilización con los directivos sindicales, los representantes de los trabajadores en los consejos de administración, los representantes de Gobierno, interventores y gerentes en sus áreas respectivas. De ellos debe emanar la práctica futura a seguir y fijar con claridad las atribuciones de los diversos organismos de dirección. Segundo: daré instrucciones a los ministros de Trabajo, Obras Públicas, Minería, Agricultura y Economía para que, en un plazo de treinta días, elaboren un estudio profundo y riguroso, destinado a cambiar el actual sistema que fija las remuneraciones, propio de una estructura de la empresa capitalista, por un modelo que se ajuste a las características de las empresas del Área Social. Debe organizarse una amplia discusión con los trabajadores, en torno a la necesidad de encontrar nuevas fórmulas para relacionar la función que corresponde a los asalariados en el proceso de producción y las remuneraciones a que tienen derecho por su trabajo. Tercero: pediré a los servicios económicos del Gobierno que, en un plazo de treinta días, me entreguen una descripción razonada de la estructura de decisiones y responsabilidades en las empresas del Área Social, sector por sector. Cuatro: los ejecutivos de los organismos económicos del Estado, de los servicios y de las empresas tendrán que responder, ante el Gobierno y los trabajadores, no sólo con metas de eficacia en la producción de bienes y servicios, sino del nivel real de integración de los trabajadores en la marcha de las instituciones. Quinto: pensamos que es una responsabilidad de los

organismos del Estado y las universidades coordinar sus esfuerzos con la CUT para organizar un vasto y profundo programa de capacitación de los trabajadores.

Destacaremos a fines de año los organismos económicos del Estado y las empresas en que se haya concretado, en los niveles de decisión y en forma más efectiva, la integración de los trabajadores.

Hernán del Canto, «Las Bases Opinan. El PS. Opina
Hernán del Canto: entrevista sobre los comandos
comunales que surgen durante el paro patronal de
octubre», *Chile Hoy*, 26, Santiago, diciembre 1972, 16.

(Fragmentos)

Los comandos comunales surgen en octubre como órganos de coordinación de las distintas organizaciones que existen en la comuna: sindicatos, JAP, comités de vigilancia, centros de madres, juntas de vecinos, centros estudiantiles, etc., para colaborar en la solución de los problemas de abastecimiento, transporte y movilización causados por el paro patronal. Una tarea principal en ese momento era hacer funcionar el país.

(...)

Aquí hay que aclarar que no se trata en ningún caso de un poder dual, de un poder que se contraponga al Gobierno, que se plantee como un instrumento separado del proceso de los organismos de la clase obrera, los trabajadores y el pueblo que respaldan el programa y realizan en la práctica la alianza de clases que allí está planteada.

(...)

No deben ser organismos burocráticos en que sean los partidos como tales los que integran las directivas.

(...)

La dirección debe estar constituida por representantes de las directivas de las organizaciones de masas allí representadas... Los estudiantes pueden integrarse a través de sus organizaciones de la comuna, pero estos comandos no deben servir para que ciertos elementos dentro de la izquierda planteen un nuevo programa y una nueva concepción de la alianza de clases y para que los utilicen para luchar contra el Gobierno. Nosotros no decimos que no habrá que criticar al Gobierno, pero la crítica debe ser hecha desde dentro, por quienes ahora [han] asumido responsabilidades, y en un sentido constructivo para ayudar a superar debilidades.

Franck Gaudichaud, «Entrevista a Carmen Silva (2001)», en *Poder popular y cordones industriales: testimonios sobre el movimiento popular urbano. 1970-1973*, Franck Gaudichaud (Santiago: LOM ediciones, 2004), 341-344.

(Fragmentos)

... la gente de la dirección del cordón éramos casi todos estudiantes de economía o ingeniería, nadie mayor de 25 años. El dirigente político máximo era Rafael Kries. El esquema era este: la estructura del partido se armaba desde el Regional Cordillera, pero mi jefe político no era el Regional sino el que se mandaba desde el partido, y ese era Rafael Kries. El otro jefe del partido era Enrique Morales.

(...)

Lo extraordinario para mí era que eran estudiantes de Economía o Ingeniería, muy jóvenes ellos, eran los jefes políticos del partido, después venía la estructura del cordón que elegía en asamblea al presidente.

(...)

Vicuña Mackenna tiene 30 industrias muy importantes... y todos peleaban en sus sindicatos por separado. Entonces, cuando peleaba una de ellas, era la dirigencia del cordón quien dirigía las negociaciones. Todos peleábamos por eso, era un cordón... y en el cordón teníamos asesoría política del partido (PS), del MIR, del MAPU.

El PC estaba en contra y también un sector del PS, porque decían que era una estructura paralela a la CUT y nosotros decíamos que no, que era una estructura de base que no tenía nada que ver con la CUT.

El MIR tenía una estrategia propia; entonces una vez votamos por irnos a una toma. Ellos tenían diez votos y nosotros siete pero... dije que ... nuestros representantes estaban por tres mil trabajadores y ellos tenían un manicero y un diarero... entonces dije que estábamos yendo en contra del Gobierno. En ese tiempo nosotros trabajábamos con una política que era, primero, ganarse a los sindicatos y meternos en la base. Después veíamos si es que había mercado negro y, una vez que encontrábamos todas las razones, íbamos al ministro de Economía. Y a mí me nombraron coordinadora. Allí empezamos a escribir el famoso documento de la carta de los cordones al Presidente Allende. La redactamos con Altamirano en mi casa y después la aprobaron todos los cordones, le agregaban cosas, en fin.

(...)

el Partido Socialista enorme y con Allende fue aún más. Estaba, eso sí, dividido en tres sectores: los Altamirano —donde yo estaba—, los «guatones» que eran más socialdemócratas, y los «elenos» que eran un sector más pro-PC.

(...)

Después vino el paro de octubre; y esa fue una cosa maravillosa! ¡Casi todas las fábricas de Santiago funcionando sin patrones! Los obreros poniendo a andar las cosas más sofisticadas, diseñando zapatos, y vendíamos las cosas en la feria. A mí me tocó organizar la movilización, como hacer una lista de los camiones por industria para llevar los productos, como ver cuántos obreros había en las fábricas e ir a buscarlos y

dejarlos, y vamos con los basureros a buscar gas a Maipú y los llevamos a todos a Santiago; los estudiantes iban a la estación a buscar verduras y las distribuían en las poblaciones. en las poblaciones había de todo. Y todo eso duró más de un mes.

Después de esa experiencia nos dimos cuenta de que había una organización mucho más potente y menos organizada que era la de los pobladores; y la idea era coordinar los cordones, que tenían una mayor claridad política, con las poblaciones y formar esa instancia política que fueron los comandos comunales, que eran las poblaciones y los cordones unidos. Es el inicio de una experiencia de Poder Popular.

Salvador Allende, «Discurso en la Asamblea General de Naciones Unidas», diciembre de 1972,
<<http://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC>

(Fragmentos)

El pueblo de Chile ha conquistado el Gobierno tras una larga trayectoria de generosos sacrificios, y se encuentra plenamente entregado a la tarea de instaurar la democracia económica, para que la actividad productiva responda a necesidades y expectativas sociales y no a intereses de lucro personal.

De modo programado y coherente, la vieja estructura apoyada en la explotación de los trabajadores y en el dominio por una minoría de los principales medios de producción, está siendo superada. En su reemplazo surge una nueva estructura, dirigida por los trabajadores, que puesta al servicio de los intereses de la mayoría, está sentando las bases de un crecimiento que implica desarrollo auténtico, que involucra a todos los habitantes y no margina a vastos sectores de conciudadanos a la miseria y la relegación social.

Los trabajadores están desplazando a los sectores privilegiados del poder político y económico, tanto en los centros de labor como en las comunas y en el Estado. Este es el contenido revolucionario del proceso que está viviendo mi país, de superación del sistema capitalista, para dar apertura al socialismo.

La necesidad de poner al servicio de las enormes carencias del pueblo la totalidad de nuestros recursos económicos iba a la par con la recuperación para Chile de su dignidad. Debíamos acabar con la situación de que nosotros, los chilenos, debatiéndonos contra la pobreza y el estancamiento, tuviéramos que exportar enormes sumas de capital, en beneficio de la más poderosa economía de mercado del mundo. La nacionalización de los recursos básicos constituía una reivindicación histórica. Nuestra economía no podía tolerar por más tiempo la subordinación que implicaba tener más del 80% de sus exportaciones en manos de un reducido grupo de grandes compañías extranjeras, que siempre han antepuesto sus intereses a las necesidades de los países en los cuales lucran. Tampoco podíamos aceptar la lacra del latifundio, los monopolios industriales y comerciales, el crédito en beneficio de unos pocos, las brutales desigualdades en la distribución del ingreso.

El cambio de la estructura del poder que estamos llevando a cabo, el progresivo papel de dirección que en ella asumen los trabajadores, la recuperación nacional de las riquezas básicas, la liberación de nuestra patria de la subordinación a las potencias extranjeras, son la culminación de un largo proceso histórico. Del esfuerzo por imponer las libertades políticas y sociales, de la heroica lucha de varias generaciones de obreros y campesinos por organizarse como fuerza social para conquistar el poder político y desplazar a los capitalistas del poder económico.

Su tradición, su personalidad, su conciencia revolucionaria, permiten al pueblo chileno impulsar el proceso hacia el socialismo, fortaleciendo las libertades cívicas, colectivas e individuales, respetando el pluralismo cultural e ideológico. El nuestro es un combate permanente por la instauración de las libertades sociales, de la democracia económica, mediante el pleno ejercicio de las libertades políticas.

(...)

Hemos nacionalizado las riquezas básicas. Hemos nacionalizado el cobre.

Lo hemos hecho por decisión unánime del Parlamento, donde los partidos de Gobierno están en minoría. Queremos que todo el mundo lo entienda claramente: no hemos confiscado las empresas extranjeras de la gran minería del cobre. Eso sí, de acuerdo con disposiciones constitucionales, reparamos una injusticia histórica, al deducir de la indemnización las utilidades por ellas percibidas más allá de un 12.1% anual, a partir de 1955. Las utilidades que habían obtenido en el transcurso de los últimos quince años algunas de las empresas nacionalizadas eran tan exorbitantes que, al aplicársele como límite la utilidad razonable del 12% anual, esas empresas fueron afectadas por deducciones de significación. Tal es el caso, por ejemplo, de una filial de Anaconda Company que, entre 1955 y 1970, obtuvo en Chile una utilidad promedio del 21,5% anual sobre su valor de libro, mientras las utilidades de Anaconda en otros países alcanzaban sólo un 3,6% al año.

Esa es la situación de una filial de Kennecott Copper Corporation que en el mismo período obtuvo en Chile una utilidad promedio del 52% anual, llegando en algunos años a utilidades tan increíbles como el 106% en 1967, el 113% en 1968, y más del 205% en 1969. El promedio de las utilidades de Kennecott en otros países alcanzaba, en la misma época, a menos del 10% anual. Sin embargo, la aplicación de la norma Constitucional ha determinado que otras empresas cupríferas no fueran objeto de desacuerdos por concepto de utilidades excesivas, ya que sus beneficios no excedieron el límite razonable del 12% anual.

(...)

La nacionalización del cobre se ha hecho observando escrupulosamente el ordenamiento jurídico interno, y con respecto a las normas del Derecho Internacional, el cual no tiene por qué ser identificado con los intereses de las grandes empresas capitalistas.

Este es en síntesis el proceso que mi patria vive, que he creído conveniente

presentar ante esta Asamblea, con la autoridad que nos da el que estemos cumpliendo con rigor las recomendaciones de las Naciones Unidas, y apoyándonos en el esfuerzo interno como base del desarrollo económico y social. Aquí, en este foro, se ha aconsejado el cambio de las instituciones y de las estructuras atrasadas; la movilización de los recursos nacionales – naturales y humanos–; la redistribución del ingreso; dar prioridad a la educación y a la salud, así como a la atención de los sectores más pobres de la población, Todo esto es parte esencial de nuestra política y se halla en pleno proceso de ejecución.

Por eso resulta tanto más doloroso tener que venir a esta tribuna a denunciar que mi país es víctima de una grave agresión.

(...)

Desde el momento mismo en que triunfamos electoralmente el 4 de septiembre de 1970, estamos afectados por el desarrollo de presiones externas de gran envergadura, que pretendió impedir la instalación de un gobierno libremente elegido por el pueblo, y derrocarlo desde entonces. Que ha querido aislarnos del mundo, estrangular la economía, paralizar el comercio del principal producto de exportación que es el cobre, y privarnos del acceso a las fuentes de financiamiento internacional.

Estamos conscientes de que cuando denunciamos el bloqueo financiero-económico con que se nos agrede, tal situación aparece difícil de ser comprendida con facilidad por la opinión pública internacional, y aun por algunos de nuestros compatriotas. Porque no se trata de una agresión abierta, que haya sido declarada sin embozo ante la faz del mundo. Por el contrario, es un ataque siempre oblicuo, subterráneo, sinuoso, pero no por eso menos lesivo para Chile.

(...)

Como casi siempre, Chile compra a precios altos y vende a precios bajos.

Ha sido justamente en estos momentos, de por sí difíciles para nuestra balanza de pagos, cuando hemos debido hacer frente, entre otras cosas, a las

siguientes acciones simultáneas, destinadas al parecer a tomar revancha del pueblo chileno por su decisión de nacionalizar el cobre. Hasta el momento de la iniciación de mi Gobierno, Chile percibía por concepto de préstamos otorgados por organismos financieros internacionales, tales como el Banco Mundial y el Banco Internacional de Desarrollo, un monto de recursos cercano a ochenta millones de dólares al año. Violentamente, estos financiamientos han sido interrumpidos.

(...)

Estados Unidos es soberano para otorgar ayuda externa, o no, a cualquier país. Sólo queremos señalar, que la drástica supresión de esos créditos ha significado contracciones importantes en nuestra balanza de pagos.

Al asumir la Presidencia, mi país contaba con líneas de crédito a corto plazo de la banca privada norteamericana, destinadas al financiamiento de nuestro comercio exterior, por cerca de doscientos veinte millones de dólares. En breve plazo, se ha suspendido de estos créditos un monto de alrededor de ciento noventa millones de dólares, suma que hemos debido pagar al no renovarse las respectivas operaciones.

Como la mayor parte de los países de América Latina, Chile, por razones tecnológicas y de otro orden, debe efectuar importantes adquisiciones de bienes de capital en Estados Unidos. En la actualidad, tanto los financiamientos de proveedores como los que ordinariamente otorga el Eximbank para este tipo de operaciones, nos han sido también suspendidos, encontrándose en la anómala situación de tener que adquirir esta clase de bienes con pago anticipado, lo cual presiona extraordinariamente sobre nuestra balanza de pagos.

Los desembolsos de préstamos contratados por Chile con anterioridad a la iniciación de mi Gobierno, con agencias del sector público de Estados Unidos, y que se encontraban entonces en ejecución, también se han suspendido. En consecuencia, tenemos que continuar la realización de los proyectos correspondientes, efectuando compras al contado en el mercado

norteamericano, ya que, en plena marcha de las obras, es imposible reemplazar la fuente de las importaciones respectivas.

Para ello, se había previsto que el financiamiento proviniera de organismos del gobierno norteamericano. Como resultado de acciones dirigidas en contra del comercio del cobre en los países de Europa Occidental, nuestras operaciones de corto plazo con bancos privados de ese Continente –basadas fundamentalmente en cobranzas de ventas de este metal– se han entorpecido enormemente. Esto ha significado la no renovación de líneas de crédito por más de veinte millones de dólares; la suspensión de gestiones financieras que estaban a punto de concretarse por más de doscientos millones de dólares, y la creación de un clima que impide el manejo normal de nuestras compras en tales países, así como distorsiona agudamente todas nuestras actividades en el campo de las finanzas externas.

Esta asfixia financiera de proyecciones brutales, dadas las características de la economía chilena, se ha traducido en una severa limitación de nuestras posibilidades de abastecimientos de equipos, de repuestos, de insumos, de productos alimenticios, de medicamentos.

(...)

No sólo sufrimos el bloqueo financiero, también somos víctimas de una clara agresión. Dos empresas que integran el núcleo central de las grandes compañías transnacionales, que clavaron sus garras en mi país, la International Telegraph & Telephone Company y la Kennecott Copper Corporation, se propusieron manejar nuestra vida política.

La ITT, gigantesca corporación cuyo capital es superior al presupuesto nacional de varios países latinoamericanos juntos, y superior incluso al de algunos países industrializados, inició, desde el momento mismo en que se conoció el triunfo popular en la elección de septiembre de 1970, una siniestra acción para impedir que yo ocupara la primera magistratura.

(...)

Posteriormente, el mundo se enteró con estupor, en julio último, de distintos aspectos de un nuevo plan de acción que la misma ITT presentara al gobierno norteamericano, con el propósito de derrocar a mi Gobierno en el plazo de seis meses.

La agresión de las grandes empresas capitalistas pretende impedir la emancipación de las clases populares. Representa un ataque directo contra los intereses económicos de los trabajadores. Señores Delegados: el chileno es un pueblo que ha alcanzado la madurez política para decidir, mayoritariamente, el reemplazo del sistema económico capitalista por el socialista.

(...)

Una vez más, la actuación solidaria internacional de los trabajadores deberá enfrentar a un adversario común: EL IMPERIALISMO.

Adonis Sepúlveda, «PS: vanguardia del pueblo chileno (1973)», *Boletín de Información del Secretariado Exterior*, Berlín, abril de 1975, s/n.

(Fragmentos)

La 1ª oportunidad para realizar un avance generalizado y profundo en la lucha por el socialismo se presentó en los primeros sesenta días de Gobierno, esto es en el mes de noviembre de 1970. Entonces la burguesía tenía su frente interno dividido, desarticulado, y aún no se recupera de la derrota del 4 de septiembre y de su error táctico que la condujo al asesinato de Schneider. Externamente el Gobierno norteamericano no reaccionaba todavía y sólo las empresas multinacionales como la ITT y Anaconda comenzaban a coordinar sus respectivos planes, instrumentalizados por la CIA, dirigidos, primero a no permitir la toma de posesión del Gobierno de Salvador Allende y después a derrocar al nuevo régimen.

La 2ª oportunidad se dio en abril de 1971 cuando, con el 50 por ciento del electorado a favor y sin graves problemas económicos y financieros, la Unidad Popular estaba en condiciones de haber aplastado a la resistencia de la reacción a través de un plebiscito, con una gran ofensiva y movilización de masas. Así lo planteó el Partido Socialista sin encontrar apoyo.

La 3ª oportunidad la señala el resultado de las recientes elecciones. En esta ocasión, con una fuerte movilización de masas, una unitaria dirección política y un aparato de Gobierno al servicio de la estrategia revolucionaria de masas, se podría seguir debilitando a la burguesía, golpeando sus centros neurálgicos de poder, sin tregua ni respiro, impulsar con ímpetu el desarrollo del área de propiedad social, acelerar la creación del Poder Popular y hacer irreversible el proceso, entregando cada vez más posibilidad de decisión a las masas en todos los niveles.

(...)

La política nuestra debe entenderse como una lucha sin tregua e ininterrumpida que desemboca en el socialismo. La experiencia histórica nos enseña que la conciliación es la muerte de cualquier proceso de cambios revolucionarios, ya que divide y confunde a los trabajadores. La consolidación no es factible, la coyuntura política muestra que aún está pendiente el gran problema del poder. Consolidar sin avanzar fortalece al enemigo.

(...)

La solución a esta contradicción de fondo y antagónica, en último término, no será pacífica, sino que pasará inevitablemente por la resistencia violenta de la burguesía al desarrollo del programa y al creciente Poder Popular.

Carlos Altamirano, «Carta a Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista (1973)», en *Tres Documentos* (Santiago: Regional Santiago Centro, Ediciones SC, 1973), 48-62.

(Fragmentos)

Al respecto es necesario destacar también que, desde la instalación del Gobierno popular, a lo largo de más de dos años, el Partido Socialista ha estado en desacuerdo con algunas de las decisiones gubernativas. Sin embargo, jamás estimamos que ellas, por haber sido adoptadas por la mayoría de los partidos de la Unidad Popular, conformaban una línea ‘antisocialista’, sino que la consideramos un producto natural de discrepancias que debían ser resueltas democráticamente por los partidos aliados, conjuntamente con la presidencia de la República.

(...)

Los socialistas estamos de acuerdo con ustedes en que el Gobierno popular, presidido por nuestro compañero Salvador Allende, ha realizado hasta ahora una labor de la más profunda trascendencia histórica.

(...)

El Partido Socialista concibe el proceso revolucionario como una marcha ininterrumpida, sin etapas ni consolidaciones prematuras dentro del actual sistema capitalista, dirigida a conquistar la totalidad del poder por los trabajadores para realizar en forma simultánea las tareas democráticas aún pendientes y las nuevas tareas socialistas. En esta forma el proceso asume desde su inicio un carácter socialista. Este objetivo estratégico está contemplado en el Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular...

(...)

En este sentido, los socialistas, conscientes de que cualquier debilidad nuestra aparente o real estimula al adversario y desanima a las masas trabajadoras, nos hemos opuesto permanentemente a las actitudes de conciliación con los enemigos de clase, como el rechazo de la proposición formulada por nuestro partido de convocar a un plebiscito inmediatamente después de los comicios municipales de abril de 1971, aprovechando la victoria electoral conquistada entonces por la Unidad Popular, y las

conversaciones celebradas con la Democracia Cristiana en el año recién pasado, en busca de un arreglo o transacción sobre el proyecto de reforma constitucional relativo al área de propiedad social, que fracasaron en el último momento.

(...)

No obstante todo lo que se ha avanzado, nada se ha podido hacer para modificar el carácter del Estado que sigue siendo burgués-capitalista, porque la utilización de la institucionalidad vigente por el Gobierno popular no permite promover las transformaciones revolucionarias dirigidas a construir la nueva sociedad y ni siquiera hacer culminar el proceso de reformas democráticas que son susceptibles de enmarcar en el orden burgués democrático existente. Por eso, el Gobierno de la Unidad Popular sólo tendrá sentido revolucionario en la medida en que deje de apoyarse exclusivamente en dicha institucionalidad y contribuya a abrir paso a la nueva institucionalidad.

En esta perspectiva los socialistas estimulamos el desarrollo de todos los gérmenes de Poder Popular que han venido surgiendo como expresión de la movilización de masas trabajadoras en sus luchas en contra del poder burgués, representado en el campo de la economía por los patrones, en el campo de la política por los partidos reaccionarios y en el campo propiamente institucional, principalmente, por el Congreso, los Tribunales de Justicia, la Contraloría y la Administración Pública, que, en general, continúan en manos de las fuerzas reaccionarias.

Pretender hoy consolidar el proceso, deteniendo todo avance, conducirá inevitablemente al fortalecimiento del adversario y al desarme ideológico en las filas del pueblo. Por el contrario, la victoria sólo vendrá si reforzamos esa conciencia revolucionaria de las masas, cuya acertada consigna, surgida de las bases mismas, de «avanzar sin transar», señala el camino correcto hacia el futuro socialista de Chile.

Salvador Allende, «Objetivo central: defensa del

gobierno popular», *Chile Hoy*, 45, abril 1973, 32.

(Fragmentos)

Como presidente he discrepado con ciertas posiciones del Partido. Yo le he planteado al partido y al país que siendo fundador del Partido Socialista y militante de este partido no soy presidente de los socialistas, soy presidente de la Unidad Popular.

Muchas veces he discrepado del Partido Socialista porque siendo presidente de la Unidad Popular, si el PS plantea una táctica determinada, que es minoritaria dentro de la UP, yo tengo que hacer que éste acate la decisión mayoritaria. Ese es mi deber.

(...)

Ahora, ¿por qué aparece como si yo estuviera más cerca de los comunistas? Porque muchas veces se interpretó la posición del partido acerca del Frente de Trabajadores como excluyente de la Unidad Popular y mucha gente entendió, por otra parte, que el único camino era el camino armado. Yo siempre discrepé de eso, no porque piense que no es un camino, sino porque creo que en la realidad chilena no se da esa posibilidad, que es una necesidad imperiosa en otros países frente a otras situaciones, frente a otras realidades donde las Fuerzas Armadas no tienen las características de las nuestras.

(...)

A usted le parecerá una herejía. Pero se lo voy a decir: La mejor defensa de este Gobierno es la Constitución y la aplicación irrestricta de la Constitución y de la ley. Las leyes actuales permiten hacer una serie de cosas y nosotros las hemos aprovechado. Si no hubiera de parte de los sectores de oposición esa actitud obcecada y cerrada para comprender... Si fundamentalmente la Democracia Cristiana se diera cuenta de que ellos se han comprometido ante Chile a hacer un proceso revolucionario, si ellos lo definen como anticapitalista y si ellos creen en un sistema socialista

comunitario, que no he oído definir jamás, entonces una serie de leyes deberían haber sido despachadas en el Congreso. La ley que constituye el área social debería haber sido despachada hace mucho tiempo. ¿Cómo se concibe que se opongan a la ley contra el delito económico?

Jorge Silva Luvecce, «Entrevista a Manuel Dinamarca: «Los trabajadores no estamos amarrados a la legalidad burguesa»», *Chile Hoy*, 52, junio 1973, 9.

(Fragmentos)

Octubre nos demostró que la estructura burocrática de la CUT, la falta de comunicaciones entre el Consejo y los sindicatos, constituían un pesado lastre para enfrentar a los patrones. En esta oportunidad y en los sectores de mayor concentración obrera, en torno a vías y carreteras, surgió y se fortaleció un nuevo tipo de organización como los cordones industriales. Ellos permitieron una movilización cualitativamente vigorosa y cualitativamente revolucionaria.

Los cordones industriales surgen, como 1ª característica importante, enfrentando el paro patronal, y sobre todo en la lucha por la ampliación del área social.

(...)

Nosotros planteamos, saltando toda la estructura político-administrativa de los partidos, que se debería constituir, en torno a los sectores de mayor concentración obrera industrial, un Consejo o un cordón industrial. Este tiene muchas más posibilidades de movilizar a los trabajadores, entregando una dirección cercana y expedita.

(...)

Aunque es un tema en discusión, nosotros no queremos que los cordones industriales se transformen en organismos paralelos a la CUT. Y aquí esto

les quita fuerza a los propios cordones. Pensamos, sin embargo, que es positivo que los cordones se transformen en la dirección de la CUT, en un sector determinado. Ello ayuda a que el gran potencial revolucionario que allí existe irradie hacia la CUT, al Consejo provincial e incluso al Consejo Directivo nacional.

(...)

Comunal es una organización nueva que tiende a ir trasladando el poder desde la institucionalidad burguesa a la institucionalidad proletaria. Pero, para que sean organismos de poder, tienen que ser capaces en la práctica de realizar tareas de poder.

UP. Programa de gobierno de la Unidad Popular.
Política internacional. Suscrito en Santiago por los
Partidos Comunista, Socialista, Radical,
Socialdemócrata, Acción Popular Independiente (API)
y MAPU, diciembre de 1969,
<<http://www.abacq.net/imaginaria/frame5b.htm#08>>.

(Fragmentos)

La política internacional del Gobierno Popular estará dirigida a:

Afirmar la plena autonomía política y economía de Chile.

Existirán relaciones con todos los países del mundo, independiente de su posición ideológica y política, sobre la base del respeto a la autodeterminación y a los intereses del pueblo Chile.

Se establecerán vínculos de amistad y solidaridad con los pueblos independientes o colonizados, en especial aquellos que están desarrollando sus luchas de liberación e independencia.

Se promoverá un fuerte sentido latinoamericano y antiimperialista por medio de una política internacional de pueblos antes que de cancillerías.

La defensa decidida de la autodeterminación de los pueblos será impulsada por el nuevo Gobierno como condición básica de la convivencia internacional. En consecuencia, su política será vigilante y activa para defender el principio de no intervención y para rechazar todo intento de discriminación, presión, invasión o bloqueo intentado por los países imperialistas.

Se reforzarán las relaciones, el intercambio y la amistad con los países socialistas.

La posición de defensa activa de la independencia de Chile implica denunciar la actual OEA como un instrumento y agencia del imperialismo norteamericano y luchar contra toda forma de panamericanismo implícito en esa organización. El Gobierno Popular tenderá a la creación de un organismo realmente representativo de los países latinoamericanos.

Se considera indispensable revisar, denunciar y desahuciar, según los casos, los tratados o convenios que signifiquen compromisos que limiten nuestra soberanía y concretamente los tratados de asistencia recíproca, los pactos de ayuda mutua y otros pactos que Chile ha suscrito con los EE.UU.

La ayuda foránea y empréstitos condicionados por razones políticas, o que impliquen la imposición de realizar las inversiones que deriven de esos empréstitos en condiciones que vulneren nuestra soberanía y que vayan contra los intereses del pueblo serán rechazados y denunciados por el Gobierno. Asimismo se rechazará todo tipo de imposiciones foráneas respecto a las materias primas latinoamericanas, como el cobre, y a las trabas impuestas al libre comercio que se han traducido durante largo tiempo en la imposibilidad de establecer relaciones comerciales colectivas con todos los países del mundo.

Las luchas que libran los pueblos por su liberación y por la construcción del socialismo recibirán la solidaridad efectiva y militante del Gobierno Popular.

Toda forma de colonialismo o neocolonialismo será condenada y se reconocerá el derecho a la rebelión de los pueblos sometidos a esos sistemas. Asimismo toda forma de agresión económica, política y/o militar provocada por las potencias imperialistas. La política internacional chilena debe mantener una posición de condena a la agresión norteamericana en Vietnam y de reconocimiento y solidaridad activa a la lucha heroica del pueblo vietnamita.

Del mismo modo se solidarizará en forma efectiva con la Revolución Cubana, avanzada de la revolución y de la construcción del socialismo en el continente latinoamericano.

La lucha antiimperialista de los pueblos del Medio Oriente contará con la solidaridad del Gobierno Popular, el que apoyará la búsqueda de una solución pacífica sobre la base árabe y judía.

Se condenará a todos los regímenes reaccionarios que promueven o practiquen la segregación racial y el antisemitismo.

En el plano latinoamericano el Gobierno Popular propugnará una política internacional de afirmación a la personalidad latinoamericana con el concierto mundial.

La integración latinoamericana deberá ser levantada sobre la base de economías que se hayan liberado de las formas imperialistas de dependencia y explotación. No obstante se mantendrá una activa política de acuerdos bilaterales en aquellas materias que sean de interés para el desarrollo chileno.

El Gobierno Popular actuará para resolver los problemas fronterizos pendientes en base a negociaciones que prevengan las intrigas del imperialismo y los reaccionarios teniendo presente el interés chileno y el de los pueblos de los países limítrofes.

La política internacional chilena y su expresión diplomática deberá romper toda forma de burocratismo o anquilosamiento. Deberá buscarse a los

pueblos con el doble fin de tomar de sus luchas lecciones para nuestras propias experiencias de manera que en la práctica se construya la solidaridad internacional que propugnamos.

Pedro Vuskovic, *Acusación al imperialismo* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1975).

(Fragmentos)

De ese conjunto de revelaciones y declaraciones corresponde recoger por lo menos tres conclusiones, respecto de cada una de las cuales la trágica experiencia del pueblo chileno desborda los marcos de su propio drama para adquirir una significación más general.

La primera tiene que ver con el entendimiento de esa intervención como expresión de la política actual del imperialismo norteamericano hacia los países del Tercer Mundo. En Chile, no estaba de por medio como cuestión central la compensación a las compañías nacionalizadas del cobre, por mucho que se lo destaque como pretexto; lo que allí se exteriorizaba era la incompatibilidad cada vez más aguda entre la preservación de los intereses dominantes del imperialismo y las aspiraciones democráticas y de mejoramiento social de los pueblos dependientes, tanto más si éstas asumen modalidades de transformación socialista.

(...)

Una segunda conclusión tiene que ver con la impunidad con que los Estados Unidos pueden ejercer esa política, no obstante su adhesión formal a principios e instituciones que conforman un supuesto orden jurídico y una institucionalidad internacionales que deberían condenarla. Porque en definitiva, después del reconocimiento oficial de la intervención en Chile, después de las sucesivas revelaciones sobre las actividades encubiertas de la CIA, no ocurrió en realidad nada más allá de sacudir una opinión pública que no tiene capacidad propia de decisión: no hubo acción específica relevante al interior de los Estados Unidos, ni en el grado de injerencia del

Congreso de ese país en las actividades de intervención de su gobierno, ni siquiera pronunciamientos de los organismos internacionales cuya sustentación formal descansa precisamente en los principios de no intervención, como ocurre particularmente en la Organización de las Naciones Unidas.

(...)

Con ello simboliza la indefensión en que quedan los países dependientes frente a la política declarada del poder imperial.

Indefensión que es tanto mayor –y en ello hay un tercer rasgo de la experiencia chilena que trasciende sus fronteras– cuanto más han profundizado las relaciones de dependencia. Porque la dependencia representa no sólo un costo actual, en términos de la apropiación y transferencia de recursos desde el país dependiente a la potencia imperialista, y de subordinación política, económica y cultural; la propia política actual del imperialismo le da también y principalmente un sentido de hipoteca de nuestro futuro, al colocar cada vez más a los países dependientes en condiciones de extrema vulnerabilidad frente a actitudes de agresión u hostigamiento económico. Esto fue muy evidente en el caso de Chile. La dependencia acrecentada por los gobiernos anteriores representó para el gobierno popular de Salvador Allende hacerse cargo de una herencia de endeudamiento externo cercana a los 4.000 millones de dólares, cuyo servicio representaba compromisos equivalentes entre 30 y 40% de los ingresos corrientes de exportación del país; bastaba pues, como efectivamente ocurrió, que Estados Unidos suspendieran nuevas afluencias de préstamos y exigieran el servicio de los anteriores para provocar a Chile una grave crisis de balanza de pagos. La misma dependencia va forzando relaciones unilaterales de comercio, que aseguran a la potencia dominante el carácter de administrador exclusivo de bienes y servicios esenciales o críticos, al que se adapta la estructura económica y tecnológica del país dependiente, entregando a aquélla la capacidad para provocar serios trastornos si limita o condiciona esos suministros: en Chile, las importaciones de procedencia norteamericana representaban 40% de las importaciones totales, proporción que con el bloqueo impuesto de hecho

por el gobierno norteamericano y grandes empresas disminuyó a 15% después de dos años de gobierno popular. Y en esa reducción quedaron comprometidas partes, piezas y repuestos esenciales e insustituibles para un equipamiento que era principalmente de origen norteamericano, así como componentes y repuestos automotrices cuya carencia determinó la paralización de casi un tercio de los vehículos de carga y de movilización colectiva urbana. Igual ocurrió con materias primas, insumos y productos intermedios de difícil sustitución por los de otras procedencias. Como expresión de la dependencia profundizada, grandes transnacionales dominaban sectores claves de la economía chilena, disponiendo de un enorme poder de decisión que comprometía el funcionamiento de todo el sistema económico; pues bien, ese poder fue utilizado no sólo para apoyar la conspiración de la ITT, sino que se tradujo también en el sabotaje económico y maniobras delictuales de la Ralston Purina, la suspensión arbitraria de las actividades de la General Motors, o el cierre abrupto de las líneas de fabricación de la Ford Motor Co. El celoso ocultamiento de conocimientos técnicos imprescindibles, la reserva de posiciones claves para funcionarios de su exclusiva confianza, y a veces hasta la radicación en el exterior de los procesos de programación de la producción —como ocurría en Chile con el cobre, sectores de la industria petroquímica y otros— entregan a las empresas imperialistas otros tantos instrumentos de dominación, que a su vez constituyen factores adicionales de vulnerabilidad económica para los países dependientes. Hasta la operación normal del comercio exterior, canalizada usualmente a través del sistema bancario internacional, queda comprometida: en Chile, bastó una «sugerencia» del Departamento de Estado de Estados Unidos para que esas líneas comerciales de corto plazo, que tradicionalmente representaban más de 200 millones de dólares en bancos norteamericanos, prácticamente desaparecieran, entorpeciendo severamente las transacciones del país.

Dicho en pocas palabras: la misma dependencia desarrolla tales bases de sustentación, ocasiona vulnerabilidades tan extremas, que asegura al imperialismo la disposición creciente de poderosos y variados instrumentos para perpetrar su dominación y ahogar los propósitos liberadores. Chile es, respecto de ello, una experiencia trágicamente aleccionadora, desde el

momento que el gobierno popular definió sus objetivos de independencia económica nacional.

Clodomiro Almeyda. «La política internacional del gobierno de la Unidad Popular (1977)». en Clodomiro Almeyda. *Obras escogidas (1947-1992)*, ed., Guaraní Pereda (Santiago: Fundación Clodomiro Almeyda – Ediciones Tierra Mía, 1992), 34-51.

(Fragmentos)

La política exterior seguida por el Gobierno, cuyos rasgos principales hemos resumido, logró evitar el aislamiento chileno en América Latina y se pudo así mantener y desarrollar los vínculos amistosos y de cooperación con las naciones hermanas, particularmente con sus vecinos más inmediatos. Se impulsó exitosamente una política integracionista andina, latinoamericanista y crítica frente al sistema interamericano, conforme a lo establecido en el Programa de la Unidad Popular. Se minimizaron las consecuencias de las dificultades previsibles surgidas con los Estados Unidos, quitándole pretextos para obstruir más abiertamente a la política revolucionaria del gobierno chileno. Se logró separar a los Estados Unidos de sus aliados occidentales y el Japón en lo referente a su conducta frente a Chile, lográndose mantener con estos últimos relaciones políticas y económicas satisfactorias. Se ampliaron y profundizaron las relaciones con los Países No Alineados, dándole a nuestro país una audiencia en la comunidad internacional que jamás había logrado en momento alguno de su historia.

(...)

Cuestión importante que cabe plantearse, a la luz de estas conclusiones, es la relativa a la incidencia que los factores externos tuvieron en el desenlace de la crisis política que culminó con el golpe militar fascista del 11 de septiembre de 1973.

Hay quienes opinan que fueron factores externos los que, en definitiva, determinaron la frustración de la experiencia revolucionaria chilena. Especialmente se insiste en la importancia que tuvieron el bloqueo financiero estadounidense, la ayuda económica y técnica prestada por la CIA a los adversarios de la Unidad Popular y la influencia y penetración norteamericana en las Fuerzas Armadas chilenas, en inclinar la balanza de fuerzas en favor del golpe contrarrevolucionario.

(...)

En el caso chileno, como en la mayoría de los casos, la acción externa destinada a favorecer la subversión operó sobre factores desestabilizadores internos preexistentes, profundizando y extendiendo sus efectos negativos, favoreciendo, en esa forma, el éxito del golpe de Estado.

Así, el bloqueo financiero norteamericano y los obstáculos al comercio chileno-estadounidense, agravaron la crisis de la balanza de pagos y acentuaron ciertos problemas de abastecimiento, pero no puede decirse que los haya provocado y originado. El origen de la crisis en la balanza de pagos y de los problemas de abastecimiento hay que buscarlos en la dialéctica interna del proceso chileno, en la que jugaron un papel determinante la política económica seguida por el Gobierno Popular y la reacción de las clases dominantes frente a ella. Ahora, es evidente que el agravamiento en la situación de la balanza de pagos y del abastecimiento de determinados artículos desempeñó un papel importante en la conformación del clima de escasez y en la agudización de la inflación. A su vez, estos hechos fueron determinantes en la generación y extensión del descontento en significativos sectores sociales, especialmente en la clase media, lo que favoreció la viabilidad y el éxito de la rebelión militar.

Pero esto no significa tampoco que las clases medias hubieran adoptado una conducta política radicalmente opuesta, a no mediar el deterioro de la situación económica en el grado que alcanzó. La hostilidad hacia el Gobierno de la Unidad Popular de los sectores de las clases medias que jugaron un papel promotor en el golpe de Estado, no estaba determinada por el agravamiento de la situación económica imputable a la incidencia de

factores externos, sino fue más bien, y esencialmente, el resultado de una postura contrarrevolucionaria que se fue generando como respuesta a la progresiva realización del proyecto revolucionario del Gobierno y a la sensación de la irreversibilidad que paulatinamente fueron advirtiéndose en el desarrollo del proceso. Lo que sí fue consecuencia directa de la crisis económica y de su agravamiento por la incidencia de factores externos, fue la ampliación de esa hostilidad contra el Gobierno hacia otros sectores sociales que fueron, por esas razones, más proclives a ser instrumentos y manipulados por los agentes promotores del golpe.

Lo mismo puede decirse de la influencia que tuvo el aporte financiero de la CIA y los partidos políticos de oposición a la prensa de derecha y a las actividades subversivas de los dirigentes de los gremios que provocaron las huelgas patronales de octubre de 1972 y de agosto de 1973. Igualmente, la ayuda externa ya referida aumentó la eficacia de la acción política de los partidos y de la prensa opositores y la capacidad subversiva de los agentes de esas huelgas, pero tampoco puede decirse que las hayan originado. Debido a esa ayuda, la derecha sacó más votos, sus medios de comunicación de masas alcanzaron mayor influencia en la opinión pública y las huelgas patronales fueron dirigidas con mayor confianza y holgura por sus cabecillas.

Mayor relevancia que los rubros anteriores de intervención foránea tuvo sin duda la injerencia norteamericana en el seno de las Fuerzas Armadas, sobre todo a través de sus propios servicios de inteligencia militar. Allí, la influencia norteamericana hubo de jugar un rol importante para inducir las a dar el golpe de Estado, dándoles apoyo técnico y profesional y contribuyendo a mantenerlas unidas en sus propósitos subversivos. Pero también en ese caso la acción foránea se ejerció y dio frutos porque se desarrolló en un medio y en una situación interna de las Fuerzas Armadas que las hacía proclives a ceder ante las incitaciones a la subversión. En efecto, la enorme mayoría de los oficiales de las Fuerzas Armadas chilenas, por la naturaleza radicalmente reaccionaria de la subcultura política en que estaban inmersos, era impermeable e inasimilable a la política revolucionaria del Gobierno y tendía, naturalmente, a resistirla y cuestionarla. Sólo la tradición profesional de esas Fuerzas Armadas,

tradicón formada, por lo demás, en períodos históricos en que el orden social nunca estuvo amenazado de raíz, y su correspondiente hábito de obediencia a los poderes del Estado legalmente constituidos, neutralizó temporalmente su natural tendencia a oponerse a un Gobierno que, a su juicio, atentaba contra las bases mismas del orden social y de la nacionalidad. Sin esa actitud política preexistente y predispuesta en contra del Gobierno no habría fructificado el estímulo del Pentágono a la sublevación.

(...)

En resumen, podemos afirmar que la acción norteamericana destinada a ‘desestabilizar’ al Gobierno de la Unidad Popular, acción que cínicamente han reconocido autoridades responsables de los Estados Unidos, no creó los factores que produjeron la caída del Gobierno sino que amplificó e intensificó su eficacia.

Enzo Faletto, «Clases, crisis política y el problema del socialismo en Chile (1973)», en *Clases y crisis política en América Latina*, coord. Raúl Benítez Zenteno (México D.F: Siglo XXI Editores, 1977), 284-314.

(Fragmentos)

Ya anotábamos que la unidad sindical se reconstituye en 1953 y, la unidad política, en especial de los partidos Socialista Y Comunista, se articula en 1956 en el denominado Frente de Acción Popular (FRAP). El fundamento del programa de esta nueva articulación política de los partidos, por lo menos autodenominados obreros, es claramente indicativo de la nueva orientación que va a asumir el movimiento de clases en Chile. Se señaló en este programa que «el Frente de Acción Popular será una organización política unitaria de las fuerzas de avanzada, que concertará la acción de los partidos que la constituyen en el campo político, parlamentario, sindical y electoral. El Frente de Acción Popular se caracterizará fundamentalmente

por ser núcleo aglutinador de las fuerzas que están dispuestas a luchar por un programa antiimperialista, antioligárquico y antifeudal. Su acción esencial se dirigirá a consolidar un amplio movimiento de masas que pueda servir de base social a un nuevo régimen político y económico, inspirado en el respeto a los derechos y aspiraciones de la clase trabajadora y dirigido a la emancipación del país, al desarrollo industrial, a la eliminación de las formas precapitalistas de la explotación agraria, al perfeccionamiento de las instituciones democráticas y a la planificación del sistema productivo con vista al interés de la colectividad y a la satisfacción de las necesidades básicas de la población trabajadora». Como es posible ver en este resumen inicial del programa, el problema del socialismo ya no aparece planteado. El programa era fundamentalmente un programa antiimperialista, antioligárquico y antifeudal. Lo que queremos enfatizar es lo siguiente: no por primera vez aparecen como uno de los polos del enfrentamiento los grupos oligárquicos y el imperialismo. Pero aun cuando desde los inicios del proceso, el enemigo –por así decirlo– es el mismo, la alternativa de sustitución a la dominación ya no sigue siendo el socialismo. En este caso la alternativa a la dominación imperialista y a la dominación oligárquica y feudal era la industrialización y la eliminación de las formas precapitalistas. Es decir, se asume ya no una alternativa socialista, sino una modalidad que muchos autores han caracterizado como ‘la alternativa del desarrollismo’.

(...)

Lo que cabe preguntarse es ¿qué había pasado con el movimiento de la clase obrera para que la alternativa que planteaba adquiriese el carácter que señalamos? Por una parte, vale la pena señalar el surgimiento de un partido como la Democracia Cristiana, a través del cual un sector de la burguesía, en una amplia alianza pluriclasista, lograba plantear una plataforma de reformismo avanzado, lo que evidentemente quitaba aliados electorales a los partidos obreros. Además, la Democracia Cristiana había logrado incorporar a la masa independiente; sin embargo, esto sólo explica una pugna por la ampliación de la base electoral. El problema está en determinar por qué la pugna se hacía desde una plataforma más o menos coincidente. A pesar de las frustraciones que hemos venido señalando, las alternativas de transformación, con toda esta paulatina tendencia hacia lo

que podríamos calificar de reformismo o de aceptación de los moldes capitalistas, habían sido siempre iniciativa de los denominados partidos de izquierda y habían surgido desde los sectores obreros o desde los sectores medios. Con el surgimiento de la Democracia Cristiana, pasan a ser propuestas iniciativas de transformación desde la propia burguesía. Lo interesante entonces es que se deja de lado la alternativa socialista y surgen, como eje de las reivindicaciones, reivindicaciones de tipo burgués; pero éstas ya no sólo son propuestas por sectores de la llamada izquierda, sino que las reivindicaciones ‘burguesas progresistas’ son también propuestas desde la propia burguesía.

(...)

Sin embargo, lo que nos interesa señalar... es que la experiencia de la burguesía progresista también fracasó, y con el fracaso de esta experiencia volvió a abrirse la alternativa al socialismo. O más bien, quizás volvió a plantearse con tal fuerza, que la única salida de la crisis existente era enfrentarse decididamente a una alternativa socialista. Quizás pueda postular que fue precisamente el fracaso de la experiencia reformista o desarrollista lo que obligó a plantear a la clase obrera como alternativa nuevamente el socialismo.

Pero, ¿cuáles eran los problemas con los que esta alternativa ahora se enfrentaba? En términos de las relaciones entre las clases, varios autores o analistas de la política chilena han señalado que la alternativa al socialismo en Chile y de las modalidades que asume están determinadas en alguna medida por la permanencia o no de una contradicción entre sectores de la burguesía tradicional y de la burguesía moderna. En términos políticos, la posibilidad de las fuerzas que se han propuesto la transición hacia el socialismo está dada por el hecho de que se mantenga una diferencia política entre el Partido Nacional y la Democracia Cristiana. Como es de todos sabido, cada día es más difícil pensar que permanecerán las condiciones que sostienen tal contradicción. Por otro lado, uno de los grandes problemas con que se enfrenta la construcción del socialismo o la transición hacia el socialismo es, como se desprende de los apuntes que hemos hecho, la sustitución o no de la hegemonía ideológica de la

burguesía por la del proletariado sobre los sectores medios. Lo que queríamos anotar en este ensayo era que durante un proceso más o menos largo, aunque la alianza de clases se hubiese concebido como una alianza entre los sectores medios y el proletariado, de hecho lo que se escondía detrás de ella era la búsqueda de alguna forma de articulación o relación con la burguesía, y que concretamente la ideología de la burguesía había sido hegemónica, primero, con respecto a los sectores medios y también con respecto a conjunto de los sectores obreros, o por lo menos de gran parte de ellos. La posibilidad de contar con el apoyo político social de los sectores medios pasa entonces por la capacidad que tenga el proletariado para quebrar la hegemonía ideológica en relación con estos sectores. El otro tema fundamental es el de la forma que pueda asumir la alianza de clases con los sectores del campesinado... hemos visto hasta el momento, primero, que el campesinado fue el gran ausente en las alianzas políticas que logró establecer el proletariado. Que incluso el proletariado aceptó, de alguna manera, la marginación del proceso político y del proceso económico del campesinado. Que más tarde este último entró en una alianza con sectores de la burguesía con la finalidad de reivindicar sus propios intereses, expresados éstos en términos de reivindicación por la tierra en algunos casos —la mayoría quizás—, y también en reivindicaciones de participación en el sistema a través de los organismos sindicales o de organismos más políticos. De modo entonces que se plantea para el proletariado la necesidad de definir la forma que debería adquirir en la nueva situación la alianza entre proletariado y campesinado. Se suma a esto el problema de la unidad del propio proletariado. Hacíamos mención de la diferenciación interna dentro de las distintas capas proletarias, y no sólo en términos económicos, sino de la tendencia a que cada uno de estos distintos sectores estableciera alianzas de intereses con otras clases o con otras fracciones de clases. Así citábamos el caso de la tendencia a la alianza con los sectores medios y por lo tanto una diferenciación con respecto a los propios sectores de la clase obrera. La posibilidad de una hegemonía proletaria pasa, como es evidente, por el requisito de constituir una unidad del proletariado. Agréguese además la necesidad de establecer vinculaciones estrechas con sectores que no están incorporados a lo que podríamos denominar, con propiedad, proletariado industrial. Hacemos referencia a los sectores llamados comúnmente marginales.

Estos problemas de alianzas entre las clases, como es evidente, logran expresión a través de una forma de poder. El problema planteado es la capacidad del proletariado para generar sus propias formas de poder para enfrentarlas al poder burgués. Por otra parte y para finalizar, aunque no es lo menos significativo sino quizás al contrario, es evidente que va a tener incidencia la coyuntura internacional.

Referencias biográficas

Luis Aguilera Báez (1919-1979). Nació en Illapel, donde cursó sus estudios primarios y secundarios. Trabajó como obrero tipógrafo y ferroviario por más de treinta años y fue dirigente sindical durante quince. Elegido regidor por Coquimbo en 1956, ganó la alcaldía de esa comuna en 1958 y una diputación en 1961. Fue reelegido en 1965 y 1969. En 1973 fue elegido senador por Atacama y Coquimbo. Tras el golpe militar se radicó en su región hasta su muerte seis años después.

Jaime Ahumada Pacheco (1937-). Nació en Rengo. Cientista político y profesor universitario, obtuvo el grado de Magíster en la Universidad de Chile. Trabajó en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y otras instancias internacionales. Ingresó al PS en 1954. Fue dirigente estudiantil, secretario general de la FJS entre 1960- 1962, dirigente de la USOPO a partir de 1967 y, en varias ocasiones, miembro del Comité Central. Tuvo activa participación en la resistencia democrática contra la dictadura de Pinochet y en el proceso de reconstrucción y reunificación socialista.

Clodomiro Almeyda Medina (1923-1996). Estudió en los Liceos Alemán y de Aplicación, en Santiago, y abogacía en la Universidad de Chile, de la que llegó a ser profesor y director de la Escuela de Sociología. Ingresó al Partido Socialista en 1941. Ministro en el gobierno de Ibáñez, fue diputado entre 1961 y 1965, y canciller, vicepresidente de la República y destacado colaborador del presidente Allende. Luego del golpe militar fue enviado al campo de concentración de Isla Dawson, y una vez libre, en 1975, se exilió en México y la República Democrática Alemana (RDA). Encabezó un segmento del PS en la división de 1979. En 1987 regresó clandestinamente a Chile, hizo público su retorno, fue encarcelado y juzgado, y perdió sus derechos ciudadanos hasta el desplazamiento de la dictadura. Fue uno de los grandes impulsores de la unificación socialista y en 1989 asumió la presidencia del PS unido. Luego asumió como embajador en la Unión Soviética, hasta su regreso en 1991. Almeyda escribió textos teóricos y políticos, construyó una sólida relación con las bases partidarias y siguió

con atención crítica los distintos procesos de signo socialista ocurridos en su época.

Salvador Allende Gossens (1908-1973). Estudió en el Instituto Nacional y en el Liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso y se recibió de médico en la Universidad de Chile. Se inició en las lecturas socialistas con Juan Demarchi, un carpintero italiano de militancia anarquista que vivía cerca de su casa. Fundó el Partido Socialista en Valparaíso, donde fue elegido diputado, iniciando así su extensa carrera parlamentaria, y en 1939 fue ministro de Salud del gobierno del Frente Popular. Fue secretario general del Partido Socialista, al que renunció en 1951 por su rechazo a la candidatura presidencial de Ibáñez. Postuló a la presidencia de Chile en 1952 (Frente del Pueblo), 1958 y 1964 (Frente de Acción Popular) y 1970 (Unidad Popular), elección en la que triunfó. Impulsó un cambio revolucionario de signo socialista que intensificó la intervención estadounidense en apoyo de partidos de centro y derecha y sectores conspiradores de las Fuerzas Armadas. El 11 de septiembre de 1973, Allende y un grupo de sus compañeros resistió el bombardeo de La Moneda y culminó la jornada quitándose la vida, según la hipótesis más aceptada de los hechos.

Carlos Altamirano Orrego (1922-2019). Estudió en el Liceo Alemán de Santiago y en la Universidad de Chile, donde se tituló de abogado. En 1942 ingresó al Partido Socialista. Fue subsecretario de Hacienda, diputado y senador por Santiago. En 1960 visitó Cuba y trabó una trascendente amistad política con los revolucionarios cubanos. En 1971 asumió la Secretaría General del PS con el apoyo de los sectores de pensamiento más radical y de los dirigentes cercanos a Salvador Allende, con quien, más allá de las diferencias, lo unió una profunda amistad. Protagonizó las ásperas disputas de los años de la Unidad Popular y, luego del golpe, pasó a la clandestinidad hasta que logró cruzar la cordillera hacia Argentina. En el exilio habitó en Berlín Oriental y en París y estableció relaciones con líderes mundiales de la URSS, la RDA, Suecia, España, Francia, Italia y otros países durante su trabajo de denuncia de la dictadura. Fue protagonista de la división socialista de 1979 e impulsor de la renovación socialista. En 1981 decidió no postularse más a cargos partidarios y, a su regreso a Chile en 1993, se dedicó a elaborar y publicar sus reflexiones políticas.

Raúl Ampuero Díaz (1917-1996). Chilote, hijo de profesores y abogado. Combinó una buena dosis de pasión política con su aguda inteligencia, sólida oratoria, recio liderazgo y vida personal austera. Joven socialista desde 1934, fue secretario general de la FJS y en varias ocasiones secretario general del PS y senador. En 1967 encabezó una escisión y formó la Unión Socialista Popular. Luego del golpe militar fue encarcelado por varios meses y una vez libre se exilió en Roma. Desde el destierro convocó los encuentros de Ariccia con el fin de animar una convergencia del área socialista chilena y señaló la necesidad de una renovación. Al reunificarse el PS en 1989, Ampuero se reincorporó a sus filas sin nunca renunciar a su agudo espíritu crítico.

Julio Benítez Castillo (1910-1989). Obrero del vidrio y dirigente sindical. Estudió en el Liceo de Aplicación. Fue fundador de la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh). Desde su membrecía en el Grupo Avance se incorporó al Partido Comunista y luego a la Izquierda Comunista, con la que se integró al Partido Socialista en 1936. Fue parte del Partido Socialista de Trabajadores por algunos años y luego retornó al PS, del que llegó a ser miembro del Comité Central. Durante el gobierno de Allende fue subsecretario del Trabajo y ministro de Vivienda. Se exilió en Cuba luego del golpe militar y regresó a Chile poco antes de su muerte.

Carlos Charlín Ojeda (1909-1986). Escritor, geógrafo y sociólogo, se formó en la Escuela Militar, donde inició una carrera castrense. Fue ayudante de Marmaduke Grove, con quien colaboró estrechamente. En 1932 fue relegado junto a él a Isla de Pascua y en 1933 suscribió el acta de fundación del Partido Socialista. Escribió un libro ya clásico donde entrega su testimonio de la acción de Grove desde la llegada a Chile en el «avión rojo» hasta la República Socialista.

Alejandro Chelén Rojas (1912-1990). Estudió en el Liceo de Hombres de Ovalle, que abandonó tempranamente para trabajar en la actividad minera aurífera y salitrera y más tarde en la agricultura en la zona de Chañaral, donde había nacido. En los años treinta ingresó al Partido Socialista. Lector voraz, apasionado de la prensa regional y de la historia, fundó varios periódicos, escribió una biografía de Manuel Rodríguez y colaboró en periódicos nacionales. Fue dirigente de los pequeños mineros y de la Sociedad de Escritores, regidor, diputado y senador por Atacama y

Coquimbo. En 1973 ejercía la gerencia de la Editorial Quimantú y luego del golpe militar debió exiliarse.

Salomón Corbalán González (1925-1967). Nació en la Araucanía y estudió en el Liceo de Traiguén y en la Universidad de Concepción, donde presidió la Federación de Estudiantes y más tarde fue docente. Ingresó en 1945 a la Federación Juvenil Socialista. Fue diputado y senador y en 1957, al unificarse el PS, fue elegido secretario general. Activó fuertemente el trabajo político hacia el campesinado y formó la Comisión Nacional Agraria (CONAS) del PS. Fue uno de los fundadores de la editorial Prensa Latinoamericana. En 1958 y 1964 dirigió las campañas presidenciales de Salvador Allende y se convirtió en uno de los principales dirigentes del Frente de Acción Popular (FRAP) hasta su trágica muerte en un accidente automovilístico.

Hernán del Canto Riquelme (1940-2013). Nació en Santiago. Ingresó al Partido Socialista en 1957. Fue secretario general de la Federación Juvenil Socialista (FJS) y miembro del Comité Central y la Comisión Política del PS. Como dirigente sindical ocupó la Secretaría General de la Central Única de Trabajadores (CUT). En el gobierno de Allende fue ministro del Interior. Debió exiliarse en Colombia y luego en la República Democrática Alemana, donde integró diversas instancias de la dirección exterior del PS. Regresó a Chile al terminar la dictadura.

Manuel Dinamarca (1926-2010). Nació en Santiago de padre obrero y dirigente de los panificadores. Militó en las Juventudes Comunistas, fue dirigente de la Confederación de Estudiantes Nocturnos y, con posterioridad al levantamiento popular de 1957, ingresó al Partido Socialista. Afiliado a los sindicatos de la construcción, llegó a ser en 1973 secretario general de la CUT. Fue hecho prisionero por el régimen militar y una vez libre debió exiliarse en la República Federal de Alemania, donde publicó una obra sobre la República Socialista. A su regreso a Chile militó activamente hasta su muerte.

César Godoy Urrutia (1901-1985). Profesor normalista, se formó en el Liceo de Talca y en la Escuela Normal de Curicó, donde se tituló en 1918. Militante socialista desde 1933, fue regidor y diputado reelecto en múltiples ocasiones. Orador fogoso con grandes dotes de liderazgo, encabezó el «inconformismo», tendencia crítica de la colaboración partidaria con el

gobierno del Frente Popular, y más tarde un desprendimiento que sirvió de base para formar el Partido Socialista de Trabajadores. En 1944 la mayoría de sus miembros, encabezados por Godoy, ingresaron al Partido Comunista de Chile. Fue prisionero político luego del golpe militar, se exilió en México y regresó a Chile en 1984.

Eugenio González Rojas (1903-1976). Profesor, libertario y masón, se formó en el Instituto Nacional y la Universidad de Chile. Presidió a los estudiantes secundarios y a la FECH. En 1931 se incorporó como académico a su Universidad. Militó en la Acción Revolucionaria Socialista, fue joven ministro de Educación en 1932, en el gobierno de la República Socialista, y concurrió al año siguiente a la fundación del PS, del que se convirtió en su teórico más destacado. Fue secretario general del partido y senador por Santiago. Dejó el parlamento en 1957 para retomar actividades académicas y fue electo en 1963 rector de la Universidad de Chile. Escribió con pluma virtuosa trascendentales textos políticos y cuatro novelas.

Marmaduke Grove Vallejo (1878-1954). Militar de profesión, estudió en las Escuelas Naval y Militar. Participó en 1924 del movimiento de oficiales jóvenes que culminó con el derrocamiento del gobierno de Arturo Alessandri. En 1929 conspiró con Alessandri y otros militares para poner fin al gobierno dictatorial de Ibáñez. Fue dado de baja de las filas militares y organizó una intentona golpista desde Concepción, donde llegó desde Argentina en un avión rojo. Fue hecho prisionero, condenado y deportado a Isla de Pascua, de donde logró escapar. En 1932 fue el líder de la República Socialista, que duró doce días, luego de los cuales fue nuevamente deportado a Isla de Pascua. En 1933 fue principal figura en la fundación del Partido Socialista. En 1938, luego de una potente candidatura presidencial en 1932, fue postulado por el PS a la candidatura del Frente Popular que, luego de arduas jornadas, proclamó al político radical Pedro Aguirre Cerda, del que Grove fue su encargado de campaña. Su liderazgo decayó en los años cuarenta. Grove murió alejado de la actividad política.

Julio César Jobet (1912-1979). Nació en la Araucanía. Historiador, se formó como profesor en el Liceo de Temuco y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, de la que llegó a ser académico. Activo militante y dirigente del Partido Socialista y colaborador y editor de la revista *Arauco*, órgano teórico y político del PS, dedicó gran parte de sus investigaciones y

escritos a la problemática del socialismo mundial y a la historia del socialismo chileno.

Belarmino Elgueta Becker (1921-2007). Chilote, estudió en los liceos de Osorno y Ancud y en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde se tituló de abogado. Ingresó a la Federación Juvenil Socialista (FJS) en 1937. En 1943 fue jefe de la Brigada Universitaria del Partido Socialista y en 1944 miembro del Comité Central de la FJS. A partir de 1946 fue en varias ocasiones miembro del Comité Central. Fue fundador y director de la revista *Espartaco*, director de los semanarios *Consigna* y *La Calle* y editorialista y columnista del diario *Las Noticias de Última Hora*. Fue diputado y al momento del golpe militar era miembro de la Comisión Política del PS. Debió exiliarse en Argentina y luego en México, donde fue docente universitario y escribió artículos y libros sobre el socialismo chileno y latinoamericano.

Enzo Faletto Verné (1935-2003). Nació en Santiago. Estudió su Licenciatura en Historia en la Universidad de Chile y se especializó más tarde con una Maestría en Sociología en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Fue profesor de sociología en la Universidad de Chile. Luego del golpe de 1973 optó por permanecer en el país y trabajó en la Cepal, donde fue consultor hasta 1990, cuando regresó a la docencia a la Universidad de Chile. Ejerció la docencia universitaria hasta sus últimos días. Fue autor y coautor de libros y ensayos, entre ellos uno de gran trascendencia sobre la teoría de la dependencia. Militó en el Partido Socialista, donde nunca ocupó cargos e hizo sentir su aporte intelectual y su espíritu libertario.

Luciano Kulczewski García (1896-1972). Arquitecto y diseñador, estudió en el Instituto Nacional y la Universidad de Chile, y en 1933 concurrió a la fundación del Partido Socialista. En 1938 participó activamente en la campaña del Frente Popular. En 1939 asumió como administrador de la Caja de Seguro Obrero, cargo desde el cual lideró la construcción, en el norte de Chile, de conjuntos habitacionales denominados «colectivos», para paliar la falta de vivienda para la clase obrera. Muchas de sus creaciones son consideradas patrimoniales; entre otras, aquellas en que combinó su humanismo socialista con su don arquitectónico.

Carmen Lazo Carrera (1920-2008). La «Negra Lazo» nació en Chuquicamata, hija de un trabajador del mineral. Se convirtió en el

prototipo de la mujer socialista batalladora y comprometida. Estudió en la escuela primaria de Potrerillos y en la Escuela N°. 13 de Valparaíso, donde fue alumna de una profesora socialista. A los trece años ingresó al PS recién fundado. En 1937 mostró sus nacientes condiciones de oradora en la Convención que nominó a Aguirre Cerda a la presidencia. Fue dirigente de los trabajadores del cobre y de la Federación Juvenil Socialista y se incorporó al Comité Central del PS en 1941. Dos años más tarde fue la primera mujer elegida como regidora. En 1965 juró como diputada por Santiago, reelegida en 1969 y 1973. Luego del golpe militar se exilió en Colombia y Venezuela. Tras catorce años regresó a Chile y se incorporó a las tareas partidarias.

Carlos Lorca Tobar (1945- ¿?). Nació en Santiago y cursó sus estudios secundarios en el Instituto Nacional. Se graduó como médico psiquiatra en la Universidad de Chile. En 1971 fue elegido secretario general de la Juventud Socialista y diputado en 1973. Luego del golpe militar le correspondió, como integrante de la Comisión Política del Comité Central del PS, asumir en la clandestinidad responsabilidades superiores de dirección. Impulsó la reconstitución del PS en estrecha colaboración con el trabajador portuario Exequiel Ponce, jefe de la dirección clandestina. Ambos fueron detenidos en 1975. Lorca fue visto por última vez en el centro de torturas de Villa Grimaldi y se encuentra desaparecido hasta ahora. Su entrega y coraje dejaron huella en toda una generación de socialistas.

Eugenio Matte Hurtado (1895-1934). Abogado, masón, bombero y carismático líder socialista, llegó a ser Gran Maestro de la Orden Masónica. Fundó en 1931 el partido Nueva Acción Pública (NAP) y fue uno de los artífices y máximos dirigentes de la República Socialista en 1932. Su destierro junto a Marmaduke Grove a Isla de Pascua agravó la enfermedad, que le causaría una muerte temprana. A su regreso a Santiago los resultados electorales de ese mismo día registraron un 17% de los votos presidenciales para Grove y la elección de Matte como senador por la capital. En abril del año siguiente concurrió a la fundación del Partido Socialista de Chile, iniciativa de la que fue uno de los adalides.

María Luisa Montalva (1905-1990). Nació en Santiago. Fue funcionaria del Seguro Social. En 1936 ingresó al Partido Socialista y fundó la Acción de

Mujeres Socialistas, de la que fue su primera secretaria general. En el Congreso partidario de 1939 fue nominada al Comité Central. Su apellido de nacimiento era Sepúlveda, pero optó por usar el de su esposo Leoncio Montalva, fundador del Partido Socialista.

Mario Palestro Rojas (1921-2000). Nació en Santiago. Estudió en la Escuela Pública Joaquín Prieto (hoy República de Brasil) y en el liceo Manuel Barros Borgoño. Ingresó a la Federación Juvenil Socialista en 1935 y ocupó varios cargos hasta llegar a ser miembro del Comité Central del PS. En 1949 fue regidor de San Miguel, reelecto por dos períodos consecutivos, y luego elegido diputado hasta el golpe de 1973. Palestro llegó a ser una figura nacional representativa del socialista de estirpe popular, combativo e inconformista. Luego del golpe fue uno de los diez hombres más buscados del país y debió exiliarse en Noruega y Venezuela. Regresó a Chile en septiembre de 1988. Durante el periodo de fraccionamiento del PS militó en el sector conocido como PS-CNR (Coordinadora Nacional de Regionales) y luego se incorporó al PS reunificado en 1989. Ese año fue electo diputado por San Miguel. Al promediar los noventa abandonó el PS por discrepancias políticas y se vinculó a los sectores de izquierda excluidos de la Concertación.

Aniceto Rodríguez Arenas (1917-1995). Nació en Taltal. Abogado, se formó en el Liceo Valentín Letelier y en la Universidad de Chile. Ingresó al Partido Socialista en 1937. Fue diputado, senador hasta 1973 y secretario general del Partido Socialista en tres períodos. Poseyó excepcionales dotes de organizador y tejió fuertes vinculaciones políticas y afectivas con la base socialista. Dirigió la campaña de Allende en 1970 luego de haber sido su rival en la interna de su partido. En septiembre de 1973 fue enviado al campo de concentración de Isla Dawson. Una vez liberado se exilió en Caracas hasta 1987 y desde allí profundizó sus relaciones con la izquierda latinoamericana. Fue figura sobresaliente del período de ascenso del movimiento popular chileno. Culminó su vida política como embajador en Venezuela, donde falleció.

Eduardo Ruiz Contardo (1931-2011). Nació en Chillán, hijo de un masón vinculado al exilio español y muy politizado. Fue miembro de las Juventudes Comunistas, de las que fue expulsado. Se incorporó al PS, donde fue secretario general de la Juventud Socialista, en el que militó hasta su

muerte. En 1962 se licenció en derecho en la Universidad de Chile y en 1968 se doctoró en sociología en un programa conjunto de la Sorbona de París y la Universidad de Buenos Aires. En 1970 asumió como director del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. En 1973 debió exiliarse en Panamá y luego en México, en cuya Universidad Nacional desarrolló una fructífera carrera académica y emprendió acciones contra la dictadura en toda América Latina.

Oscar Schnake Vergara (1899-1976). Nació en la Araucanía. Finalizó sus estudios de medicina en la Universidad de Chile. Fue presidente de la FECH, dirigente sindical de tendencia anarco-sindicalista y uno de los fundadores del PS y su primer secretario general. Asumió como ministro de Fomento en el gobierno del Frente Popular, fue precandidato presidencial a la muerte de Aguirre Cerda, pero resolvió apoyar al radical Juan Antonio Ríos, quien lo designó embajador en Francia y luego en México. Por su cercanía con grupos declaradamente anticomunistas, fue alejado del partido en los años cuarenta y se reincorporó al comienzo de los setenta.

Adonis Sepúlveda Acuña (1919-2005) Contador, hijo del primer secretario general del Partido Obrero Socialista (POS) y luego dirigente del Partido Socialista Ramón Sepúlveda Leal, estudió en la Escuela Inglesa de Viña del Mar, en el Liceo Manuel Barros Borgoño y en el Instituto Valentín Letelier, donde financió sus estudios trabajando como operador de cine y nochero. Ingresó al PS en 1935. Tuvo un rol preponderante en los debates de los Congresos de Linares, en 1965, y Chillán, en 1967. En 1971 asumió como subsecretario general del PS y fue electo senador, y en 1973 presidió la Unidad Popular. Luego del golpe militar se exilió en Berlín Oriental y luego en México. Regresó a Chile en 1990 y se incorporó al PS recién reunificado.

Carmen Silva Rojas (1929-2008). Pintora y dibujante, participó en el Partido Socialista hasta su muerte. Estuvo vinculada a la formación de los «cordones industriales» durante el período de gobierno de la Unidad Popular. Debió exiliarse en Ecuador, donde ejerció un fructífero activismo. A su regreso a Chile fue una destacada dirigente vecinal y de la Seccional del PS del barrio Bellavista.

Jaime Suárez Bastidas (1931-1993). Nació en San Bernardo, cursó estudios secundarios en el liceo de Osorno. Se tituló de sociólogo en 1956 en la Universidad de Chile. Enseñó en varios liceos y en la Universidad Técnica

del Estado. Fue dirigente secundario e ingresó en 1950 a la Federación Juvenil Socialista. Presidió el regional Osorno del PS y fue electo miembro de su Comité Central en 1967. En el gobierno de Allende fue ministro secretario general de Gobierno y ministro del Interior, y en 1973 fue electo senador. Después del golpe militar estuvo exiliado en Perú, la Unión Soviética, México y Argentina. La dictadura lo despojó de su nacionalidad, que recuperó a su retorno a Chile en 1990.

Felisa Vergara González (1903- ¿?). Escritora, feminista. Se graduó en 1927 como Bachiller en Leyes y Ciencias Políticas en la Universidad de Chile de Valparaíso. Fue la primera mujer que, no siendo abogado, se incorporó al escalafón del Poder Judicial. Trabajó en *El Mercurio* de Valparaíso. En los años treinta concurre a fundar el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH) y el Comité Pro Derechos Civiles de la Mujer, y más tarde participó en el primer Congreso de Mujeres de Chile. Escribió en diversas revistas y diarios sobre los temas de género.

Pedro Vuskovic Bravo (1924-1993). Nació en Antofagasta. Estudió economía en la Universidad de Chile, donde luego fue docente y, en 1969, director del Instituto de Economía y Planificación. Durante veinte años, hasta 1970, trabajó en la Comisión Económica para América Latina (Cepal) de Naciones Unidas. Asumió ese año el Ministerio de Economía en el gobierno de la Unidad Popular y luego la vicepresidencia de CORFO. En su juventud fue dirigente de las Juventudes Comunistas, y en 1971, siendo ministro, ingresó al Partido Socialista, que lo recibió en acto en el Teatro Caupolicán de Santiago. Fue el conductor principal de la economía durante la primera fase del proceso chileno al socialismo. Luego del golpe se exilió en México, donde encabezó un sector socialista: la Coordinadora Nacional de Regionales (CNR). En 1990 retornó a Chile brevemente y se vinculó a los sectores de izquierda no incluidos en la Concertación. Regresó a México, donde murió.

Oscar Waiss Band (1912-1994) Abogado, escritor y periodista de pluma privilegiada y a veces virulenta. Se formó en el Liceo de Aplicación y en la Universidad de Concepción. En sus años estudiantiles se vinculó al Grupo Avance, del que también formó parte Allende, y a las Juventudes Comunistas. En la pugna Stalin-Trotsky, se alineó con las posiciones antiestalinistas. Fue fundador, junto a dirigentes como Manuel Hidalgo

Plaza, de la Izquierda Comunista, que en 1936 se sumó al Partido Socialista. Escribió influyentes ensayos sobre el socialismo latinoamericano y la experiencia autogestionaria yugoslava, memorias, textos de batalla y columnas de opinión en diversos periódicos. En 1970 Allende lo nominó director del diario *La Nación*. Vivió el exilio en Alemania Occidental y España, donde fundó revistas teóricas y escribió sus últimos libros.

Luis Zúñiga Ibáñez (1903-1977). Nació en Linares. Profesor de castellano y francés, se licenció en Letras en la Universidad de París. También ejerció el periodismo. Firmante del acta de fundación del Partido Socialista en 1933, fue varias veces miembro del Comité Central. Como dirigente del magisterio, concurrió a fundar la Unión de Profesores de Chile.

Este libro ha sido posible por el trabajo de

Comité Editorial Silvia Aguilera, Michel Bonnefoy, Ramón Díaz Eterovic, Mario Garcés, Jorge Guzmán, Tomás Moulian, Naín Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, María Emilia Tijoux, José Leandro Urbina, Ximena Valdés, Verónica Zondek **secretaria editorial** Marcela Vergara **Producción Editorial** Guillermo Bustamante **Proyectos** Ignacio Aguilera **Prensa y redes** Anet González **Diseño y Diagramación Editorial** Karla Morales, Leonardo Flores **Corrección de Pruebas** Raúl Cáceres **ventas** Elba Blamey, Olga Herrera, Ilva Calderón, Francisco Cerda **Bodega** Paola Estévez, Hugo Jiménez, Juan Huenuman, Carlos Rodríguez, Henry Martínez **Comercial Gráfica LOM** Elizardo Aguilera, Eduardo Yáñez **Servicio al Cliente** Ingrid Rivas **Diseño y Diagramación** Luis Ugalde **Edición electrónica** Sergio Cruz **Producción Imprenta** Carlos Aguilera **Secretaria Imprenta** Jasmín Alfaro **preprensa** Mariela Valdez **Impresión Digital** William Tobar **Impresión Offset** Francisco Villaseca **Encuadernación** Rosa Abarca, Edith Zapata, Fernanda Acuña **mensajería** Juan Flores **Mantención** Jaime Arel **Administración** Mirtha Ávila, César Delgado, María Paz Hernández.

LOM ediciones